Círculo Militar ◆ Biblioteca del Oficial

PREMIADA CON MEDALLA Y DIPLOMA DE HONOR EN LA EXPOSICIÓN DE RÍO DE JANEIRO

reproducción de la tapa perteneciente a la tercera edición

APUNTES DE HISTORIA MILITAR

PARTE TEORICA

POR EL

Mayor de E. M. JUAN PERÓN

TERCERA EDICIÓN

Publicada con la ayuda económica del Ministerio de Ejército

VOLUMEN 398

BUENOS AIRES, JUNIO DE 1951

REPÚBLICA ARGENTINA

Integrantes de la subcomisión de cultura en el año 1951.
Reproducción de la tercera edición.

CÍRCULO MILITAR

BIBLIOTECA DEL OFICIAL

PUBLICACIÓN FUNDADA POR INICIATIVA DEL
GENERAL DE DIVISIÓN D. RODOLFO MARTÍNEZ PITA

APUNTES
DE
HISTORIA MILITAR

PARTE TEORICA

Queda hecho el depósito que marca la ley Nº 11.723.

INDICE

Página

ADVERTENCIAS (de la tercera edición, del año 1951) 13
ADVERTENCIAS (de la segunda edición, del año 1934) 14
ADVERTENCIAS (de la primera edición, del año 1932) 19

Capítulo I.—LA HISTORIA MILITAR

1.—Objeto del estudio de la historia militar 21
A.—Actividades que comprende 21
B.—Forma de su estudio 22
C.—Importancia de su estudio y opinión de los conductores y autores militares clásicos 23

2.—Enseñanza de la guerra por la historia militar 24
3.—Metodología del estudio de la historia militar 26

A.—Enseñanza de la guerra.—Su extravío de largo tiempo.—Sus causas 26
B.—La escuela de la guerra, por sí, resulta insuficiente 28
C.—Fundación de una enseñanza racional: su base: la Historia . 29
D.—Teoría de la guerra y doctrina de guerra 30
E.—La teoría como base del estudio 31
F.—Método a seguir para la enseñanza de la guerra por la Historia 34

4.—Diferentes conducciones según los hombres y las épocas 39

A.—Los conductores 44

a) Ciro (el Viejo) 44
b) Epaminondas 48
c) Alejandro 53
d) Aníbal 63
e) Julio César 73
f) Gustavo Adolfo 77
g) Federico II 81
h) Napoleón 85
i) San Martín 91

B.—La evolución del arte 99

Capítulo II.—La guerra

Página

1.—Naturaleza de la guerra 101
A.—Características fundamentales de la guerra 101
B.—De cómo debe considerarse a la guerra la continuación de la política por otros medios 103
C.—De cómo debe considerarse a la guerra un acto de fuerza destinado a imponer nuestra voluntad al adversario 105
D.—El fin y los medios de la guerra 107
E.—Causas de la guerra 109
F.—Distintas clases y formas de guerra 110
G.—Factores que favorecen o perjudican el desarrollo de la guerra 111
1º Los factores morales 113
2º Los factores materiales 116
3º Algunas consideraciones finales 122
2.—La guerra moderna y sus características originales 124
A.—La nación en armas 124
B.—El país no se prepara para la guerra sino para una guerra determinada 125
C.—El interés económico es el que impera 128
D.—El aniquilamiento de la guerra moderna 129
E.—La estrategia moderna no aspira más que a un resultado: la batalla 130
3.—La estrategia 132

Capítulo III.—La preparación para la guerra

1.—El concepto de la nación en armas 139
2.—Los factores políticos 143
A.—La conducción política en la paz y el conductor de guerra. 144
B.—La conducción política en la guerra 146
C.—Los objetivos políticos y los objetivos de guerra 150
D.—La acción de la diplomacia 153
E.—Las condiciones político-internas 162
3.—Los factores económicos 164
A.—La industria y la producción, la economía y las finanzas. 164
B.—Los mares en su relación con la guerra terrestre 165
C.—Los bloqueos marítimos y su influencia en la guerra 166
D.—La guerra terrestre y la marítima 166

Página

4.—Los factores orgánicos 167
A.—Situación militar de los beligerantes 171
B.—Unidad en la dirección de la guerra 172
C.—El Comando Supremo 175
D.—Unidad en la conducción de las operaciones 178

Capítulo IV.—Planes de operaciones

1.—Definiciones y aclaraciones 179
A.—Plan de guerra 179
B.—Plan militar 181
2.—Contenido del plan de guerra, militar y de operaciones 182
3.—Consideraciones sobre los planes de operaciones 185
A.—Previsiones y alcance del plan de operaciones 185
B.—La situación política y el plan de operaciones 189
C.—El objetivo de guerra y el plan de operaciones 190
D.—Los medios de acción y el plan de operaciones 191
E.—Elaboración y dirección de los planes 192

Capítulo V.—Teatro de operaciones

1.—El teatro de operaciones y el plan de operaciones 197
2.—Estudio geográfico del teatro de operaciones 198
3.—El teatro de operaciones desde el punto de vista estratégico.... 200
4.—Influencia del teatro de operaciones en la organización 201
5.—El teatro de operaciones en la instrucción, concentración y maniobras estratégicas 203

Capítulo VI.—La reunión de los medios (movilización).

1.—La movilización y el plan de operaciones 208
2.—La movilización y la iniciación de la guerra 209
3.—Medios y recursos para acelerar la movilización 210

Capítulo VII.—Apresto de los ejércitos (concentración)

1.—La concentración y el plan de operaciones 215
2.—El dispositivo de concentración 218
A.—Concentración ofensiva 221

Página

B.—Concentración defensiva 223
3.—La zona de concentración 224
4.—La seguridad para la concentración 233

Capítulo VIII.—La conducción

1.—El conductor 237
2.—El Comando Superior 243
Aspecto moral de la conducción estratégica 248
Las formas de la conducción estratégica 251
La doctrina estratégica 253
Los objetivos de la conducción estratégica 254
Relación entre los medios y los objetivos 255
3.—Los Comandos subordinados 256

Capítulo IX.—Formas esenciales de la guerra

A) Ofensiva estratégica 259
B) Defensiva estratégica 259
C) Ofensiva táctica 260
D) Defensiva táctica 260
1.—Ofensiva estratégica 260
2.—Defensiva estratégica 271

Capítulo X.—Las maniobras estratégicas

1.—Maniobras por líneas interiores 277
A.—Espacio para la maniobra 278
B.—Actividad, actividad, actividad 279
C.—Asegurar el aniquilamiento de un núcleo 280
2.—Maniobra de ejércitos convergentes 282
3.—La maniobra de ala 282
4.—La ruptura estratégica
Observaciones finales 284

Página

Capítulo XI.—Los principios de la guerra

Los principios de la guerra 286
1.—Idea sobre lo que es un principio de guerra 286
2.—¿Qué finalidad persigue la enseñanza al considerarlo? 287
3.—¿Cuáles son los principios según los diversos autores? 291
4.—El valor circunstancial y relativo de los principios a la luz de los ejemplos históricos 294
5.—La guerra no cabe en el estrecho marco de un número limitado de principios 299
6.—El principio sometido al caso concreto 302
7.—Los principios napoleónicos 302
..... 303

Capítulo XII.—La batalla

La batalla 287
1.—Relación entre la maniobra estratégica y la batalla 309
2.—Las formas de la batalla 310
3.—La batalla frontal y la batalla-maniobra 313
4.—Napoleón y la batalla 315
5.—El centro de gravedad de la batalla 316
6.—Los medios 318
7.—La reunión de las fuerzas 319
8.—La conducción de la batalla 320
9.—El aniquilamiento es siempre el fin 321
10.—La seguridad y la sorpresa 321
11.—Algunas conclusiones 323

CROQUIS

(En un sobre al final de la obra)

1. Batalla de Timbrea.
2. Batalla de Leuctra.
3. Batalla de Mantinea.
4. Batalla de Gránico.
5. Batalla de Iso.
6. Batalla de Arbela.
7. Batalla de Cannas.
8. Batalla de Chacabuco.
9. Batalla de Maipú.
10. Plan de Carlos Guillermo Fernando de Brunswick.
11. Guerra de 1870.—Maniobra alemana.
12. Concentraciones alemana, rusa y austro-húngara, 1914.
13. Concentración de Schlieffen.
14. Concentración alemana en la Prusia Oriental, 1914.
15. Maniobras de Tannenberg.
16. Batalla de Tannenberg.
17. Campaña de Italia, 1796.

ADVERTENCIAS

(DE LA TERCERA EDICIÓN, DEL AÑO 1951)

Por pedido de S. E. el SEÑOR MINISTRO SECRETARIO DE ESTADO DE EJÉRCITO, quien manifiesta haber recibido por parte del personal superior a sus órdenes, numerosas sugestiones en el sentido de que la Biblioteca del Oficial considerara la posibilidad de reimprimir «APUNTES DE HISTORIA MILITAR» por el Mayor D. JUAN PERÓN, *el Señor Presidente del Círculo Militar,* considerando que la Institución había sido solicitada en igual sentido, dispuso la publicación de la 3ª Edición, la que se efectúa *"textualmente", de acuerdo a las indicaciones de su autor, General de Ejército* D. JUAN PERÓN.

ADVERTENCIAS

(DE LA SEGUNDA EDICIÓN, DEL AÑO 1934)

Según anoté en las *Advertencias* de la primera edición de estos apuntes, su objeto era llenar las necesidades de la clase. y los confeccioné pensando que pudiera completarlos en los años sucesivos, dándoles así un carácter más amplio y haciéndolos más comprensibles.

Sin embargo, las tareas en el desempeño de la cátedra en otro curso no me han permitido cumplir el programa que me había trazado y que antes menciono. Pero la buena acogida que a ellos le han dispensado los camaradas jóvenes que deben iniciar estos estudios y su pedido de publicación en la BIBLIOTECA DEL OFICIAL, me han impulsado a completarlos en algunos de sus aspectos, a fin de imprimir una nueva edición. Es natural que de ninguna manera saldrán completos, pero he puesto mi buena voluntad, superior a mis conocimientos, a fin de satisfacer ese pedido que honra a estos modestos apuntes.

Ellos, a mi entender, llenan el objeto de dar a los jóvenes oficiales los rudimentos necesarios para comenzar los estudios relacionados con la materia de «Historia militar» en el aspecto *estratégico*. En ella, por falta de un estudio regular y según lo he comprobado en los varios años que llevo de profesor, especialmente en el Curso I - B, los oficiales que deben iniciar su estudio carecen de un criterio definido sobre la orientación de la materia y su objeto, ya que muy pocos han tenido ocasión antes de tratar regularmente una campaña desde el punto de vista estratégico.

Un falso concepto sobre los estudios estratégicos ha llevado a la creencia de que un teniente no debe penetrarlos, cuando, en realidad de verdad, debían comenzar con la profesión misma. Napoleón fué un gran estratega poco después de los 20

años; Alejandro, probablemente el más grande conductor de todos los tiempos, lo era a los 18.

Creo que es un error crear a los estudios estratégicos una aureola de dificultades. Lo que hay que hacer es presentar os en forma sencilla y fácil, para que el que los encare por primera vez pueda penetrarlos en forma progresiva y completar sucesivamente sus numerosos aspectos. Proceder de otra manera es crear alrededor de ellos verdaderas barreras, que los hacen impenetrables, cuando lo que se impone es buscar precisamente caminos que los hagan accesibles a todos.

Los conocimientos que estos apuntes tratan, están dirigidos a servir de una manera directa a los estudios aplicativos *sólo elementales*, a fin de no imponer al que se ejercita temas o trabajos sobre situaciones concretas, de cuyos asuntos no tiene noticias y cuyos conocimientos generales no le dan las armas necesarias para su solución y libre juego de sus criterio, como tampoco lo llevan a la comprensión total del asunto que trata. La utilidad aplicativa resulta así enormemente disminuída.

El sistema de *enseñar por el error* no puede ser útil para el que comienza estos estudios, porque, aparte de que no se encuadra en método alguno, tiende a formar hombres temerosos de tomar un partido, cuando lo que se impone es formar la decisión y capacidad de resolución. Ello sin considerar que la repetición sistemática de una ejercitación sin base, lleva a la superficialidad.

Un oficial me decía y con razón, que poner un tema de historia militar concreto a un principiante que nunca ha tratado y desconoce lo que es, por ejemplo, «un plan de operaciones» y sobre su solución hacerle las observaciones para que las aprenda, sería lo mismo que si a un aspirante a músico, en sus primeras lecciones, su maestro le dijera: «siéntese y toque el Himno Nacional, que yo se lo voy a corregir».

Es natural que, en historia militar como en música, es necesario aprender primero, para ejercitar luego. No implica ello tampoco pasarse al extremo de hacer de la estrategia una especie de «ciencia pura»; que no tendría utilidad; pero entre ambos extremos existe un término medio, que es el conveniente.

El estudio de la estrategia, como toda disciplina científica, está sujeto al método y por ello no puede ser ni absolutamente idealista ni exclusivamente empírico. Debe aceptarse también que el verdadero y único método para llegar a la verdad no puede ser tampoco ni la observación, ni la comparación, ni la inducción aisladas, sino que es la reunión de todas estas operaciones, ayudadas por los principios de la razón. No puede aceptarse que, por ser la estrategia un asunto experimental, su estudio esté reducido a la ejercitación sistemática de casos concretos y menos aún para el que recién empieza tales estudios, de los que desconoce el apreciable margen de experiencia que la Historia ha cristalizado en preceptos a lo largo del desarrollo del arte militar de todos los tiempos. «La aplicación ordenada (en relación de medio a fin) de todas nuestras fuentes y facultades intelectuales a la presencia de lo conoscible constituye la ley objetivo - subjetiva del método correspondiente a la naturaleza del conocimiento como obra ideal - real.» Según esta ley, no es el método simple esfuerzo del sujeto activo, sino que consiste en la aplicación, de parte de él, de las leyes de la inteligencia y de las categorías a la presencia de lo conoscible. Pone así el sujeto en acción los medios que en sí encuentra y los aplica (no los crea), aunque en conformidad con lo que exige el fin o, en otros términos, el método es objetivo - subjetivo.

En mi concepto, es necesario reaccionar, tanto en el estudio de la estrategia como de la táctica, contra un excesivo empirismo, perjudicial a la enseñanza, que lleva muchas veces a aceptar asuntos sin comprenderlos.

Si bien la *lógica aplicada*, que crea métodos especiales para cada disciplina científica, fijará el conveniente a seguir en estos estudios, es necesario recordar que la *filosofía* y la *lógica* indican que el método es uno y total en relación al fin de conocer la realidad y de poner en ejercicio las leyes de cumplirlo y ellas no pueden ser olvidadas sin desmedro.

El que se dedique a la enseñanza, que es una de las misiones más fundamentales de los jefes, no debe olvidar que al método real se refieren los especiales y su división general en *analítico* y *sintético*. Estos dos procedimientos: *análisis* y *síntesis*, se suceden en el desenvolvimiento de la inteligencia y se compenetran en la complejidad de lo real y de la unidad de nuestra propiedad de *conocer*, base para *distinguir* (análisis) y *asemejar* (síntesis). Por eso, aunque distintos, no se excluyen, siendo necesarios el uno al otro como operaciones integrantes del método completo.

Proceder a descartar el método sintético para adoptar como único el analítico, es tan perjudicial como abandonar al segundo en beneficio exclusivo del primero. El método analítico puro nos llevará a distinguir, pero no a fijar, porque la enorme cantidad de casos que el campo de la guerra puede plantear en otras innumerables circunstancias, no permite cristalizar reglas ni fijar conceptos que puedan retenerse para cada caso. Se estudia la estrategia, no para volver a aplicar el procedimiento por si el caso se repite, que sabemos no sucederá, sino para ser más «sabio» en todas las circunstancias.

El método sintético permitirá asemejar (no igualar) y facilitará la comprensión, con la inevitable semejanza que en un sinnúmero de cuestiones existe en cada caso concreto que la guerra plantea. Para la enseñanza es así indispensable y no puede prescindirse de él, ya que es *descendente*, porque marcha de lo simple a lo compuesto; *deductivo*, porque va de lo general a lo particular; *compositivo*, por las funciones que en él predominan; *racional*, porque parte de las verdades generales; *sintético*, porque condensa la complejidad de los objetos en la unidad de lo simple y *expositivo* o de *enseñanza*, por la inflexibilidad con que conduce y afirma.

Sin embargo, este método, como elemento aislado, es también perjudicial: «procediendo el método sintético desde la contemplación de las verdades generales a la deducción de los casos particulares en ellas contenidos, pero sin la percepción efectiva de la existencia de los objetos, llega, si se ejercita aislado del análisis, a resultados puramente inteligibles o abstractos, que podrán revelar todo el rigor lógico que el razonamiento consienta, pero que no tendrán realidad mientras

no vayan precedidos del análisis o percepción directa de los objetos a que correspondan o apliquen.»

En los estudios militares, como en toda clase de estudios, es necesario aunar los métodos indicados, preparar el concierto del idealismo con el empirismo. No puede haber método sin ser sintético - analítico; su ley general consiste en experimentar, razonar y verificar los resultados de la razón especulativa. Con ambos medios perseguimos idéntico fin: afirmar la unidad del método, probar los hechos por las ideas y las ideas por los hechos y conocer la realidad.

Para proceder dentro de este criterio en el estudio de la estrategia es necesario proceder *sintéticamente:* dando al principiante las *verdades generales* susceptibles de fijar y *analíticamente:* llevándolo a la ejercitación y comprobación de esas verdades en el caso particular. Los apuntes llenarán una parte de lo primero, en la concepción más elemental, es decir, pondrán a disposición del joven oficial algunas verdades generales que él podrá conocer, aprender y comprender. En posesión de ellas, deberá ir a los casos concretos que la historia de la guerra le presentará y en ellos analizará causas y efectos y llegará a las conclusiones y comprobaciones que su criterio pueda fijar.

En algunos casos, una mala interpretación del objeto de estos apuntes ha hecho pensar que comprenden demasiadas cuestiones y muy elevadas para un principiante. Grave error, en mi concepto. Presentan un cuadro general de la materia, indispensable a todo el que inicia un asunto complejo como este y base del *método sintético.* El novicio se formará el cuadro de conjunto indispensable, abarcará integralmente el panorama y así se capacitará para encarar el estudio razonado, minucioso y profundo de cada asunto, que impone el *método analítico,* sin perder la relación que éstos deben mantener con el conjunto.

ADVERTENCIAS

(DE LA PRIMERA EDICIÓN, DEL AÑO 1932)

Los apuntes que este libro contiene tienen por objeto evitar las anotaciones que los alumnos toman generalmente en clase, en perjuicio de las explicaciones. Lo que un alumno puede anotar, en general, está tratado en ellos, de manera que la clase puede ser aprovechada ampliamente para *entender, aclarar* y *fijar* los conceptos emitidos. Además, la publicación de los mismos, con anticipación al curso que ha de seguirlos, presenta la ventaja de que los alumnos puedan concurrir a clase con ideas más o menos definidas sobre los asuntos a tratar, lo que capacita al profesor para dedicarse con especialidad a los puntos fundamentales y extenderse en ejemplos y explicaciones, que, en otra forma, por razones de tiempo, no podría hacer.

Respondiendo a las directivas de la Escuela, el desarrollo de los apuntes corresponde al programa presentado y aprobado para el Curso I - B y puede servir igualmente para el concurso de admisión, ya que, en líneas generales, las exigencias son iguales.

El desarrollo amplio de la *teoría de la guerra* responde a las «directivas complementarias», que prescriben: «La *historia militar* en el Curso I - B y por este año también en el I - A. Deberá comprender en su enseñanza dos períodos, tendentes a:

» 1º Dar los conocimientos teóricos necesarios, en forma de capacitar a los alumnos para encarar los problemas de la guerra con una orientación claramente definida.

» 2º Ejercitar tales conocimientos en la aplicación y sacar de este trabajo el mayor rendimiento posible en el desarrollo de las cualidades del alumno. »

En ese concepto, el presente libro ha debido ser redactado

e impreso en un tiempo muy limitado, lo que en parte me excusa de haberlo hecho incompleto y probablemente factible de mayor perfeccionamiento. Por ello el plan que me he trazado responde a la necesidad de perfeccionarlos y aumentarlos con algunos ejemplos y aclaraciones, como así también con un abundante material gráfico. Aspiro a que, al terminar el año escolar de 1932, pueda imprimir unos apuntes relativamente completos, donde habré agregado las aclaraciones y ejemplos que haya presentado durante el curso de este año.

CAPITULO PRIMERO

LA HISTORIA MILITAR

1.—OBJETO DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

Su objeto, según lo define Balk, es: «conducir la guerra con experiencia ajena, porque la propia es difícil poderla cosechar, cuesta cara y llega tarde».

Por medio de su estudio buscamos contacto con los acontecimientos mismos, llegamos a cada caso concreto y de él sacamos enseñanzas de todo orden. En tal concepto, la historia militar comprende las actividades guerreras en todos los órdenes: material, espiritual, intelectual y físico. Ella estudia por eso los hechos, así como los conductores, los ejércitos, los medios, las circunstancias de tiempo y lugar, las organizaciones, las doctrinas y los factores de todo orden que intervienen en ellos.

A—ACTIVIDADES QUE COMPRENDE

Grandes son, entonces, las actividades que su estudio comprende, pudiendo considerarse que la guerra, en su concepto más integral, está abarcada por los estudios históricos militares.

La *estrategia* recibe de ella las enseñanzas y cristaliza sus principios, preceptos y reglas, que han de servir de base para su aplicación en la conducción de la guerra misma. Ejercita también esa misma teoría en la aplicación de los numerosos casos que la misma historia militar le brinda. Extrae también del conocimiento de los grandes conductores de la Historia, las

virtudes militares que es necesario desarrollar e imitar para preparar a los generales del futuro.

La *táctica* recibe asimismo sus principios y formas de ejecución, sancionadas en los numerosos campos de batalla que la Historia pone a disposición y le permite deducir los del futuro dentro de un límite de probabilidades.

La *organización* tiene en la historia militar las enseñanzas sucesivas que la han hecho evolucionar en servicio de una mejor conducción, que resumen su finalidad fundamental: *servir a la estrategia y a la táctica.*

En fin, todas las materias afines a la guerra reciben algún beneficio de la historia militar.

B.—FORMA DE SU ESTUDIO

Si compleja se manifiesta la guerra en su ejecución, no lo es menos en su consideración y estudio. Por eso la historia militar que la trata necesita recurrir a una minuciosa metodología, que fije una *finalidad precisa* y establezca las líneas generales a seguir para alcanzarla. Según sea esa finalidad, será la forma en que se estudie.

De acuerdo con la orientación que nuestra Escuela Superior de Guerra fija para esta materia, ella debe comprender los *estudios estratégicos.*

De ello se infiere que la materia debe comprender el estudio de la *conducción de ejércitos.*

Debe entenderse entonces que, siendo la *finalidad* de nuestra materia el estudio de los grandes problemas que la guerra plantea, será necesario ir a los más fundamentales, desechando las pequeñas cosas. Con ese objeto y a fin de evitar interferencias con otras materias, delimitaremos nuestras actividades en la forma que determina el programa de la materia. Ahora bien: nuestra acción comprende a la totalidad del *campo estratégico* y como el *campo táctico* está así comprendido en aquél, reduciremos nuestra intervención hasta la batalla misma y dentro de ella lo que corresponda al Comando Superior.

Por tratarse de alumnos cuya generalidad por primera vez inician estos estudios en forma regular, la enseñanza a impartir comenzará por las cuestiones más elementales, siguiendo en forma progresiva de lo fácil a lo difícil y de lo simple a lo complejo.

En cuanto se refiera a la metodología, puede consultarse el apartado Nº 3 de este capítulo.

C.—IMPORTANCIA DE SU ESTUDIO Y OPINION DE CONDUCTORES Y AUTORES MILITARES CLASICOS

Actualmente se ha reconocido la importancia que la historia militar tiene en el aprendizaje de la conducción de la guerra. Las opiniones más autorizadas así lo afirman:

Napoleón: «Las altas partes de la guerra no se adquieren sino por la experiencia y por el estudio de la historia militar de las guerras de los grandes capitanes.»

Federico II: «Los grandes ejemplos y los grandes modelos educan al militar.»

Clausewitz: «Los ejemplos históricos aclaran todo, dando además un gran valor a la historia militar.»

Schlieffen: «Para ser buen conductor de ejércitos es esencial el conocimiento de la historia militar, lo que antiguamente era fácil siguiendo en el séquito de un gran capitán, pero hoy es preciso concretarse a bibliografías.»

Balk: «Conducir la guerra con experiencia ajena, porque la propia es difícil poderla cosechar, cuesta caro y llega tarde.»

Jomini: «Buenas teorías basadas en principios verdaderos y justificados por los hechos son, en nuestra opinión, agregadas a las lecciones de la Historia, la verdadera escuela del mando.»

Foch: «Mientras más falta hace la experiencia de guerra a un ejército, dice el General Peucker, tanto más necesita recu-

rrir a la historia de guerra, como instrucción y como base de esa instrucción.»

Sobre la oportunidad en que deben comenzar estos estudios, podríamos responder, de una manera general, que ellos deben iniciarse con la profesión misma. La vida de un hombre es relativamente corta para abarcarlos y de ello se infiere que no existe tiempo para perder.

Un prejuicio, sumamente perjudicial, que muestra a los jóvenes oficiales como faltos de experiencia y de juicio para tratar los grandes problemas de la guerra y su conducción, ha imperado en algunas partes con resultados funestos. No debe olvidarse que Napoleón, Alejandro, Ciro, etc., fueron grandes conductores ya en su adolescencia. Contra ese mismo prejuicio parece reaccionar el conde Schlieffen: «Para conseguir su objetivo consideró que hasta los oficiales jóvenes se ocuparan en la solución de grandes problemas operativos. Al plantear los temas para los tenientes 1ros. a prueba en el Estado Mayor solía ir muy lejos en ese sentido; pero, indudablemente, era acertado su pensamiento básico. *El que no se prepara desde temprano para la conducción operativa no se hallará en condiciones a una edad más avanzada, cuando sea llamado a desempeñarse como conductor o como colaborador.* (Del libro *Cannas*.)

2. — ENSEÑANZA DE LA GUERRA POR LA HISTORIA MILITAR

El estudio de la guerra por la Historia tiene provechos positivos, que enumeramos en forma general, para después tratarlos en detalle al referirnos a la metodología. Ellos son, en síntesis:

a) Capacidad y predisposición del espíritu para encarar los problemas en el campo estratégico.

b) Examen minucioso de los acontecimientos histórico-militares buscando el contacto con la realidad de la guerra.

c) Aplicación y deducción por el estudio crítico-histórico-militar de los principios, reglas o preceptos prácticos de aplicación en el campo estratégico.

d) Previsión y deducciones, dentro de las posibilidades del momento, sobre las probables características de la guerra futura.

Es natural que tan elevada finalidad no puede ser alcanzada sino por el paciente y continuado estudio de muchos años. A ella será menester agregar la necesidad de un método, sin el cual grandes energías se pierden y aun llegan hasta malograrse. Esta, como cualquier disciplina científica, necesita un plan que escalone los sucesivos objetivos a alcanzar, con el objeto de acumular progresivamente nuevos bagajes cuando los conocimientos adquiridos posibilitan comprender nuevas y más profundas cosas.

Para nuestro curso estableceremos el primer objetivo, ya de por sí amplio para empezar, pero que, resumiendo las cuestiones más fundamentales, nos capacitará para comenzar el estudio regular y metódico de las campañas de los grandes conductores.

Tal objetivo está representado por:

a) Conocimientos teóricos sobre la conducción de la guerra, tratados desde un punto de vista objetivo.

b) Ejercitación en casos concretos, a fin de adquirir la «cualidad de aplicación» de la teoría aprendida a los casos particulares.

c) Estudio crítico militar, para desarrollar el juicio crítico, capacidad de análisis y criterio propio y preparar la más difícil cualidad del conductor: «crear en estrategia».

3.—METODOLOGÍA DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR

A.—LA ENSEÑANZA DE LA GUERRA.— SU EXTRAVIO DE LARGO TIEMPO.—SUS CAUSAS

«Enseñanzas de la guerra han habido en todos los tiempos», afirma el Mariscal Foch. En efecto: Jenofonte, ya en su *Ciropedia*, desarrolla sus ideas sobre este tema más que sobre los altos hechos de su hérpe. Alejandro recibe de Filopemen y su padre la enseñanza del arte de la guerra. Aníbal la recibe de su padre, el General Amílcar Barca. Otros la han adquirido siguiendo agregados a los ejércitos durante la campaña misma.

La tendencia moderna del estudio de la guerra se dirige hacia la historia militar. De ella extrae las enseñanzas integrales en la parte moral, intelectual y material.

Durante largo tiempo la enseñanza de la guerra sufrió un extravío, como consecuencia de una materialización de los factores que en ella intervienen. A este respecto dice Foch: «Se suprimían las cantidades morales en cuanto a *causa*, se las suprimía también en cuanto a efecto. La derrota pasaba entonces a ser el producto de las cantidades materiales, mientras que la veremos ser un resultado puramente moral, el de un sentimiento, el descorazonamiento, el terror producido en el vencido por el empleo combinado de las fuerzas morales y materiales puestas simultáneamente en acción por el vencedor.

» La teoría llegaba entonces a la conclusión: Para ser victorioso hay que contar con el número, con la fuerza, con mejores fusiles, mejores cañones, bases, posiciones, etc. La Revolución, Napoleón sobre todo, iban a contestarle: No somos más numerosos, no estamos mejor armados y, sin embargo, nos batimos, porque, por medio de nuestras combinaciones; haremos el número en el punto decisivo; por medio de nuestra energía, de nuestra instrucción, de nuestras armas, fuegos y bayonetas, llegaremos a sobreexcitar nuestra moral y a quebrantar la vuestra.» «Es así cómo esas teorías, que se habían creído hacer exactas basándolas en datos ciertos y matemáticos, tenían la desgracia de ser radicalmente falsas, porque habían omitido la premisa más importante del problema, ya se tratase del mando o de la ejecución, la que inspira el tema, lo hace vivir: *el hombre*, con sus facultades *morales, intelectuales, físicas;* porque tendía a constituir la guerra en *ciencia exacta*, desconociendo su naturaleza misma de *«drama espantoso y apasionado»*.

De ahí provinieron esos sistemas de guerra empleados en los últimos siglos anteriores a Napoleón. «Semejantes teorías llegaban a las peores consecuencias. La enseñanza de las escuelas militares era la primera, pues sólo se preocupaba de la materia. De ahí nacían esos estudios exclusivos del terreno, de la fortificación, del armamento, de la organización, que sólo tocan la parte terrestre del arte. En cuanto a la parte divina, la que resulta de la acción del hombre, se la tomaba desde tan alto que no se podía ni comprenderla ni explicarla. Apenas si se la entreveía en los estudios históricos, tratados a grandes brochazos, de la Historia a la manera de Alejandro Dumas: series de hazañas extraordinarias inexplicables, si no se admitía la existencia de causas misteriosas, hijas del prodigio o de la fatalidad, como ser el genio incomprensible del Emperador o su estrella.»

Pero entonces la enseñanza conducía fatalmente al fetichismo o al fatalismo, a la negación del trabajo, a la nulidad de una cultura intelectual, a la pereza del espíritu.

Se nacía con dotes o sin ellas.

Se tenía la chispa sagrada o no se la tenía.

Era menester además ir al campo de batalla para saberlo.

Esta falsa escuela llegó hasta el siglo XVIII, pero los prusianos reaccionaron contra ella y prepararon su victoria del 70 con espíritus formados en la enseñanza de la Historia, el estudio de casos concretos, ya que desde el comiengo del siglo era de ese modo que Sharnhorts, Willisen y Clausewitz habían formado el comando del ejército prusiano.

Para conocer y comprender la guerra no se habían concretado con girar alrededor de la herramienta que la hace, a

demostrar las partes materiales, sin tener en cuenta al hombre. Habían estudiado el libro de la Historia, concienzudamente analizada, un ejército, tropas en movimiento y en acción, con sus necesidades, sus pasiones, sus debilidades, sus sacrificios, sus capacidades de todo orden: «lejos de ser una ciencia exacta, la guerra es un drama espantoso y apasionado.» Esa era la esencia del tema por dilucidar, así como también el *punto de partida de un estudio racional.*

B.— LA ECUELA DE LA GUERRA, POR SI, RESULTA INSUFICIENTE

La guerra es, sin duda, una fuente de experiencia inagotable para aprender la conducción de sus más variados aspectos. Algunos han sostenido también que *«la guerra sólo se aprende por la guerra misma»*. Lejos de nuestro ánimo el desconocer la importancia que puede tener la experiencia que se adquiere frente a un enemigo real y el temple especial que da al carácter el tomar resoluciones en medio de la emoción que producen los hechos; reconocemos, en cambio, la imposibilidad de emplear la guerra misma para instruirnos los unos a los otros.

El General Foch, refiriéndose a esto mismo, afirma: «Es insuficiente porque no nos prepara para las primeras acciones, las más decisivas, sin embargo, de la próxima guerra. La campaña estaría terminada cuando nuestra instrucción empezaría, pero ¿con qué resultado y a qué precio? Desgraciados, sin duda.

» Es, pues, esencial no falsear el sentido en el alcance de semejante enseñanza.

» Sin ir más allá de las mulas del Mariscal de Sajonia, hacer la guerra sin inteligencia y sin reflexión no despierta idea sobre los principios que la rigen, aun cuando sólo se tratara del establecimiento de una línea de puestos avanzados, de la defensa de un río, de una frontera o del papel de una vanguardia. La gravedad de las situaciones no trae consigo la luz ni la improvisación feliz. Generalmente, aun apaga parcialmente los espíritus cultivados. Es, pues, con facultades propias que hay que partir para hacer la guerra, aun para comprenderla.»

La realidad del campo de batalla es lo que no se puede estudiar; sencillamente, se hace lo que se puede para aplicar lo que se sabe. Por lo tanto, para *poder un poco hay que saber mucho y bien.*

Esto nos explica, en 1866, la debilidad de los austríacos, que debieron haber sido instruídos por la guerra de 1859, frente a los prusianos, que no habían combatido desde 1815. Los primeros hicieron la guerra sin comprenderla (como los franceses de 1870, que, sin embargo, habían guerreado bastante); los segundos la comprendieron sin hacerla, pero la habían estudiado.

C.—FUNDACION DE UNA ENSEÑANZA RACIONAL; SU BASE: LA HISTORIA

Planteado el problema de la enseñanza de la guerra y descartadas las formas absolutas que antes mencionamos: ya sea el estudio positivista de una teoría científica que descartaba el elemento vivo de la guerra o una enseñanza vivida de la misma, llegamos a la necesidad de crear. Para ello será necesario no apoyarse sólo en los datos positivos, que son incompletos, ni en las condiciones morales, ya que éstas son forzosamente variables e indeterminadas, ni seguir un proceso imaginativo por simple razonamiento. Es necesario crear apoyado en los hechos mismos. Es necesario ir entonces a los hechos recurriendo a la historia militar, para comprender el fenómeno complejo de la guerra. En ella tomar los hechos unos después de otros, considerarlos en sus numerosos aspectos, compenetrarse de sus más insignificantes detalles, esto en medio de las circunstancias en que se desarrollaron. El estudio así encarado tiende a dar un resultado de enseñanza integral, ya que los hechos generalmente no tienen desperdicios, si ha de considerárselos en todo su verdadero valor. Ello ha creado la necesidad de una metodología en el estudio de la historia de la guerra y que ensayamos al final de este capítulo.

Del conjunto de esos minuciosos estudios es que nació la enseñanza de la guerra, teniendo como base a la Historia.

«Mientras más hace falta la experiencia de la guerra a un ejército—dice el General Peucker—tanto más necesita recurrir a la historia de guerra, como instrucción y como base de esa instrucción. Aunque la historia de la guerra no esté en condiciones de reemplazar la experiencia adquirida, puede, sin embargo, prepararla. En la paz *pasa a ser el verdadero medio de aprender la guerra y de determinar los principios fijos del arte de la guerra.*»

D.—TEORIA DE GUERRA Y DOCTRINA DE GUERRA

Hemos afirmado la existencia de *una forma de enseñanza* nacida de la Historia y llamada a desarrollarse por nuevos estudios históricos.

¿Cuál es esa *forma*? Dejemos contestar al Mariscal Foch: «Se la dedujo en forma de una *teoría de guerra* que se *puede enseñar* y que se os enseñará y en forma de una *doctrina* que se os enseñará a practicar».

Estas palabras deben entenderse como la *concepción* y la *puesta en práctica,* no de una *ciencia de la guerra* o de un *dogma cerrado,* lote de verdades intangibles fuera de las cuales no había más que herejía, pero sí cierto número de principios, indiscutibles cuando han sido bien establecidos, de *aplicación variable* según las circunstancias, es lo racional, pero siempre orientada, sin embargo, en un mismo sentido, el *sentido objetivo.*

La *doctrina* se prolongará en las altas esferas de la guerra gracias al desarrollo de las facultades por un mismo modo de ver, de pensar y de obrar, llevando más o menos lejos, según el valor de cada uno; constituyendo, sin embargo, una disciplina de los espíritus, común a todos.

La doctrina de guerra está entonces destinada a dar la indispensable cohesión moral e intelectual de los comandos, armando criterios, voluntades y sentimientos.

«Coloca a todos en un mismo punto de partida inicial de sus apreciaciones básicas. Ella lleva tácitamente el consejo o la recomendación en síntesis del Alto Comando. Sirve como eje principal de todas las grandes y pequeñas decisiones. Entrando profundamente en ella se descubre el *por qué* de las tendencias en los procedimientos derivados de las reglas de la guerra y que se encuentran en los reglamentos. La *doctrina de guerra* aparece así como la legítima matriz en que se gesta la estrategia y la táctica nacional.» (Teniente Coronel Cernadas.) Al tratar *«planes de operaciones»* veremos en detalle de dónde salen las bases para la formación de la doctrina de guerra.

La *doctrina de guerra* es esencialmente nacional y diferente en cada caso, es la orientación única que guía la preparación de todas las fuerzas vivas de la nación organizadas militarmente para una guerra y muy especialmente a los Comandos, a quienes guía hacia la dirección más conveniente en lo operativo y en lo táctico.

Por eso la *doctrina de guerra* comprende a su vez la *doctrina estratégica* y la *doctrina táctica.*

La *doctrina estratégica* corresponde a los Comandos Superiores y ella se expresa y resume en instrucciones, directivas y reglamentos para la conducción y empleo de las grandes unidades.

La *doctrina táctica* corresponde a los Comandos inferiores y se encuentra expresada en los reglamentos tácticos.

E.—LA TEORIA COMO BASE DEL ESTUDIO

¿Existe en realidad una teoría de guerra?

«Primeramente, *ciencia* o *teoría*—afirma Dragomirow—son dos cosas bien diferentes, porque todo arte puede y debe tener su teoría, pero sería absurdo querer hacerla una ciencia. Nadie pretendería hoy pensar que pueda haber una *ciencia de la guerra.* Sería un absurdo tan grande como una ciencia de la poesía, de la pintura o de la música. Pero esto no quiere

decir, de modo alguno, que no exista una *teoría de la guerra*, así como existe una para las artes liberales y pacíficas. No es, pues, esa teoría la que hace los Rafaeles, los Beethovens, los Goethes, pero ello pone a su disposición una técnica sin la cual les sería imposible elevarse a las cimas que éstos alcanzan.»

«La *teoría del arte de la guerra* no tiene la pretensión de formar Napoleones, pero procura el conocimiento de las propiedades de las tropas y del terreno. Señala los modelos, las obras maestras realizadas en el campo de la guerra y con ello allana las vías de los que la Naturaleza ha dotado de capacidades militares.

» Ella no permite al hombre tener la tranquilidad de pensar que *sabe lo referente a ese asunto*, mientras que sólo conoce una parte. Recetas para *crear* obras maestras, como Austerlitz, Friedland, Wagram, para conducir campañas como la de 1799 en Suiza o librar batallas como Königgrätz, he ahí lo que la teoría es incapaz de dar. Pero presenta esos modelos como temas de estudio a la meditación de los hombres de guerra y esto no para que los imiten servilmente, sino para que se compenetren de su espíritu y para que se inspiren en ellos.

» Si la teoría de guerra se ha extraviado es porque muy pocos tácticos habían visto la guerra.»

« Existe, pues, una teoría de guerra—dice el Mariscal Foch—que en primer término comporta los siguientes principios:

» Principio de la economía de las fuerzas.

» Principio de la libertad de acción.

» Principio de la libre disposición de las fuerzas.

» Principio de la seguridad, etc.»

Se ha discutido la existencia de esos principios y en seguida su fundamento y, sin embargo, Napoleón ha escrito: «*Los principios de la guerra son los que han guiado a los grandes capitanes,* cuyos altos hechos nos ha transmitido la Historia.»

Lloyd, asimismo, dice: «Por carecer de principios seguros y determinados se cae en cambios continuos, ya se trate de organización, de formación o de maniobras.»

Otro tanto expresa el Mariscal Bugeaud: «Existen pocos principios absolutos, pero hay algunos. Cuando se trata de establecer un principio sobre la guerra, inmediatamente gran número de oficiales creen resolver la cuestión diciendo: todo depende de las circunstancias, según cómo sople el viento hay que orientar la vela. Pero si de antemano no sabéis la vela o la forma de vela que conviene a tal o cual viento, ¿cómo podréis orientarla según el tiempo?»

«*Buenas teorías*—dice Jomini,—basadas en *principios verdaderos* y justificados por los hechos, son, en nuestra opinión, agregados a las lecciones de la Historia, la verdadera escuela del mando. Si ellas no hacen un grande hombre, porque los grandes hombres se hacen solos, cuando las circunstancias lo favorecen, forman por lo menos jefes bastante hábiles para desempeñar perfectamente puestos de segunda fila, bajo órdenes de grandes generales.»

«Podemos, pues, con razón—termina Foch,—llegar a la conclusión: *El arte de la guerra, como todos los otros, tiene sus teorías, sus principios o bien no sería arte.*»

Aceptada la existencia de la teoría de guerra, es natural que aceptemos que ella debe representar la base de nuestros estudios. Es entonces con su conocimiento que entraremos a la Historia y sus acontecimientos. Ella representará las armas con que nos defenderemos ante los problemas que la realidad plantea en el campo de la historia de guerra, los elementos de juicio para juzgar y la base para crear.

Sin embargo, es necesario precaverse contra un absolutismo siempre perjudicial en materia de guerra. Es necesario aplicar esa teoría, más que poseerla. «La enseñanza de los principios—dice Foch—no busca un resultado platónico de erudición: poblar el espíritu de verdades nuevas y ciertas.» «La guerra es, ante todo, un arte sencillo y todo de ejecución.» (Napoleón.) Conocer los principios, si no se sabe aplicarlos, a nada conduce. En la guerra el hecho predomina sobre la idea, la acción sobre la palabra, la ejecución sobre la teoría.

Sería vana la enseñanza que se detuviera en la idea, en la

palabra, en la teoría y que no llegara a la aplicación de los principios.

Así, más allá de *saber*, aspira a *poder;* más allá del conocimiento de los principios, persigue su aplicación constante, única enseñanza capaz de desarrollar el juicio, el carácter, la facultad de obrar racionalmente y, por lo tanto, eficazmente, como se verá más adelante. Pero para *poder* es necesario *saber;* además de la confianza que ese saber implica para su poseedor.

«Cuando un hombre de guerra—dice el General Peucker—tiene el sentimiento íntimo de estar preparado, cuando sabe que, por medio de la instrucción adquirida, podrá orientarse fácilmente en circunstancias muy difíciles, su carácter se afirma; adquiere la facultad de tomar oportunamente una resolución precisa y de ponerla prácticamente en ejecución.

» Por el contrario, todo hombre consciente de su ignorancia o de la necesidad que tiene el oír los consejos de otro, es siempre indeciso, permanece perplejo y se halla pronto a desmoralizarse.

» Las cualidades de carácter son sin duda las primeras en el hombre de guerra, pero ¿dónde puede conducir la energía si carece de la instrucción necesaria para conocer el objetivo que debe perseguir y los medios que permiten alcanzarlo?»

F.—MÉTODO A SEGUIR PARA LA ENSEÑANZA DE LA GUERRA POR LA HISTORIA

Hemos dicho anteriormente que «la guerra es un arte sencillo y todo de ejecución» y que conocer la teoría, si no se sabe aplicar, de nada vale. La enseñanza de la guerra, por otra parte, busca desarrollar el juicio y la decisión.

El método que tomemos deberá estar orientado hacia esas finalidades. No podrá ser exclusivamente teórico, ni tampoco exclusivamente de aplicación. Lo primero formaría diletantes y generalizadores, que en un arte experimental como la guerra no podrían desempeñarse con provecho. Lo segundo, es decir,

abordar los casos concretos sin los necesarios conocimientos teóricos, sería un camino largo, sinuoso y que a menudo conduce a errores de concepto y hasta a desmoralizar al alumno.

«La enseñanza de los conocimientos militares—dice el Mariscal Moltke—tiene, sobre todo, por objeto llevar al alumno a *hacer valer* su bagaje intelectual (es decir, la teoría que el profesor le ha enseñado). Esa acción recíproca y vivificadora no puede producirse cuando uno se concreta a enseñar y los otros a escuchar. Por lo contrario, surge naturalmente cuando el profesor a sus *lecciones técnicas* agrega *ejercicios* en cuyo desarrollo las *materias enseñadas* son aplicadas a *casos particulares.*»

De esta afirmación de Moltke surge el método: la teoría, una vez enseñada, aplicarla a casos particulares.

A ese mismo respecto el General Peucker agrega:

«Hay que ejercitar mucho a los oficiales alumnos a *obrar por sí mismos*, a fin de desarrollar en ellos la actitud de utilizar sus conocimientos teóricos en la práctica de la vida... Entrever una verdad científica no quiere decir que se la puede encontrar más tarde por razonamiento. Hay gran distancia entre esa *concepción* y la *facultad preciosa* que permite hacer de los conocimientos militares adquiridos la base de nuestras resoluciones.

» Entre esos dos términos: *concepción científica* y *arte de mandar*, existe un *abismo* que el método de enseñanza debe hacer salvar a los alumnos si quiere merecer el nombre de *método práctico.*

» Se procederá, pues, por aplicación.»

Refiriéndose a esto mismo, sigue el Mariscal Foch: «...aparece con el método el resultado perseguido: pasar de la concepción científica al arte de mandar, de la verdad adquirida y conocida a la puesta en práctica de esa verdad. Ese abismo la escuela prusiana supo franquerlo, como lo prueba el hecho: los comandantes de las vanguardias en 1866, salidos recientemente de los bancos de la escuela, abordaron los problemas de esa campaña con un aplomo, una seguridad de mano y, por lo

tanto, un vigor de ejecución que hasta ese momento se creía sólo propio de hombres que se habían batido mucho y bien.

» Hagamos otro tanto; por las mismas vías y por los mismos puentes salvemos el abismo.

» Para esto una enseñanza práctica comporta la aplicación a *casos particulares* de los principios fijos sacados de la Historia, con el propósito de preparar la experiencia, de aprender el arte de mandar, de dar, por fin, el hábito de obrar correctamente, sin tener que razonar.

» Hemos dicho *casos particulares* y no *casos generales* porque en la guerra sólo existen *casos particulares;* todo es asunto especial, nada se reproduce.

» En primer lugar las premisas del problema raras veces son *ciertas,* jamás *definitivas.* Todo se encuentra en estado de constante modificación y de deformación. Esas premisas no tienen, por lo tanto, el valor absoluto que tienen las premisas matemáticas.»

En síntesis, el método puede esbozarse así:

a) Dar los conocimientos teóricos necesarios, en forma de capacitar al alumno para encarar los problemas de la guerra con una orientación claramente definida.

b) Ejercitar tales conocimientos en la aplicación a numerosos casos concretos, tratando de unir la teoría a la aplicación y sacar de este trabajo el mayor rendimiento posible en el desarrollo de las cualidades y condiciones del alumno.

La *primera parte* debe hacerse orientada ya a la aplicación, para lo cual será necesario que en la exposición de la teoría el que enseña trate los diversos aspectos de ésta con abundante ejemplificación, en forma de inducir, desde las primeras lecciones, a buscar el desarrollo de la facultad de *aplicar* y orientar desde los primeros pasos la enseñanza hacia su finalidad fundamental.

La *segunda parte* es puramente de aplicación. Se tomará una campaña o acontecimiento militar y se lo estudiará minuciosamente, tomando los hechos unos después de otros, exa-

minándolos lo más cerca posible en medio de las circunstancias en que se desarrollaron: tiempo, lugar, temperatura, numerosas causas depresivas, equivocaciones, etc.

Ello creará, sin duda, en el espíritu de cada uno la convicción de que cada caso contemplado es particular, es decir, que se presenta en un ambiente y circunstancias propias que le dan un carácter absolutamente original, donde ciertos factores toman importancia y otros la pierden.

«Con esa falta de analogía en los problemas militares—dice Foch—aparece naturalmente la impotencia de la memoria para resolverlos; la esterilidad de las formas invariables, figuras, esquemas, etc.; por lo tanto, se impone la única solución justa: la aplicación variable, según las circunstancias de principios fijos.

» Principios fijos aplicables de un modo variable, según las circunstancias, en cada caso, que siempre es particular y que exige ser tratado independientemente, tal es nuestra conclusión momentánea; ¿no nos conduce en la aplicación a la anarquía de las ideas que se tenía la pretensión de reemplazar por la unidad de doctrina, el establecimiento de una teoría?

» Pues bien, no; a pesar de lo que se puede pensar momentáneamente, la concordancia aparecerá luego en la aplicación de principios fijos a casos variados, como la consecuencia de una manera común de abordar el tema: *de un modo puramente objetivo.*

» De un mismo modo de mirar resultará, primero, una misma manera de ver.

» De esta común manera de ver, un mismo modo de obrar.

» Esta última luego se convertirá en instintiva: otro resultado apetecido.

» Lo que acaba de decirse exige explicaciones.

» De un mismo modo de mirar resulta un mismo modo de ver: Así como el aspecto de un edificio varía según la dirección en la cual se le mira y se muestra lo mismo a todos los observadores que lo contemplan del mismo lado, así también las cuestiones militares piden la misma contestación a todos

los que la miran desde un mismo punto de vista. Ahora bien: en la guerra sólo hay una manera de abordar y de mirar las cuestiones: es la *manera objetiva.*

» El arte militar no es, pues, un arte de solaz; la guerra no es un arte de aficionado, un deporte. No se la hace sin causa, no se la hace sin objeto, como se podría hacer música, pintura, cazar o jugar al tennis, sin que haya gran inconveniente en detener o proseguir el ejercicio, en hacer mucho o poco. En la guerra todo se encadena, se domina, se compenetra; no se hace lo que se quiere. Cada operación tiene su razón de ser, es decir, un objeto; ese objeto, una vez determinado, fija la naturaleza y el valor de los medios que deben ponerse en acción, el empleo que debe hacerse de las fuerzas. Ese objeto es, en cada caso, la contestación a la famosa pregunta que Verdy du Vernois se hacía al llegar al campo de batalla de Nachod.

» Frente a las dificultades que se le presentaban, se golpea la cabeza, busca en su memoria un ejemplo o una enseñanza que le dé la línea de conducta que debe seguir. Nada lo inspira. «¡Al diablo—dice—la Historia y los principios! Después de todo, ¿de qué se trata?» E inmediatamente su inteligencia se despeja. He ahí la manera objetiva de tratar el tema. Se aborda una operación por su objeto, en el sentido más amplio de la palabra: ¿de qué se trata?

» Este modo de mirar y en seguida de ver trae como consecuencia un mismo modo de obrar, como es fácil deducirlo. Pero además, una vez planteada la cuestión en esa forma, se obtiene una contestación clara, precisa y que dice: adaptación sin reservas de los medios al objeto; solución lógica *a priori*, pues excluyendo toda forma preconcebida sólo se inspira del caso particular y lo trata integralmente. Conducta racional, prolongación de un estudio objetivo, tal es el primer resultado cierto y común, garantizado a todos los que abordan el estudio en esta forma: ¿de qué se trata? En seguida, una vez adquirido el hábido de estudiar y obrar así en numerosos casos concretos, el trabajo se hace en cierto modo inconsciente, instintiva y automáticamente y esto en razón del desarrollo dado en ese

sentido a los reflejos cerebrales. Verdy du Vernois lo prueba. Da al diablo la Historia y los principios, pero explota el conocimiento que tiene de ellos, porque sin posesión de su tema, sin la costumbre adquirida de reflexionar, de discutir, de decidir, no hubiera podido hacerlo al afrontar una situación difícil.»

Dentro de estas ideas generales es que iniciaremos nuestros estudios, empezando por la teoría, que consideraremos en sus diversos puntos. Terminado ello, seguiremos con la aplicación en la campaña libertadora del General San Martín, buscando en los numerosos aspectos que se presenten, por casos concretos, la solución de los problemas que se planteen, teniendo en cuenta los dos puntos fundamentales mencionados: *la aplicación de la teoría aprendida y la solución de cada caso, encarado por su punto de vista puramente objetivo.*

4. — DIFERENTES CONDUCCIONES SEGÚN LOS HOMBRES Y LAS ÉPOCAS

Como ya analizáramos previamente al referirnos a la importancia de conductor en las operaciones, veremos en este capítulo los diferentes generales de la Historia cuya conducción ha llegado a ser famosa por el acierto que la ha caracterizado.

Dos cuestiones nos parecen previas al estudio de la guerra misma; es la de sus elementos principales:

a) Los conductores en su sucesión.

b) El arte de la guerra en su evolución.

A fin de hacer más clara la exposición sobre estos asuntos, los trataremos en el orden mencionado, dedicando primero a los conductores clásicos toda nuestra atención, para hacer resaltar sus cualidades y calidades. En segundo término analizaremos el arte en su evolución, para compenetrarnos de sus formas y elementos de fondo que los han caracterizado en las distintas épocas en que imperaron.

Estos dos elementos de la guerra: «el conductor y el arte militar», han seguido siendo los verdaderos exponentes que

caracterizan a la conducción en el drama de la guerra. Existen historiadores y escritores militares de las dos tendencias: los que dan primacía al conductor sobre la teoría del arte y los que, a la inversa, dan preponderancia práctica a la teoría del arte sobre el artista.

Colocándonos sobre el justo medio y asignando valores con justicia, aceptemos a cada uno en su valor relativo, considerando al conductor como el elemento *vital* del arte y a la teoría como el elemento *inerte* del mismo.

En general, la conducción de guerra exige la aplicación consciente y racional de la teoría del arte de la guerra y la utilización de todas las cualidades y calidades que pueda reunir el conductor y el éxito y su magnitud estarán comúnmente en razón directa a las virtudes del artista y a la aplicación que éste haga de los preceptos o principios evidenciados por la teoría del arte.

Así como el *artista* «nace» y no «se hace», se afirma comúnmente que el *conductor* está en las mismas condiciones, ya que es artífice dedicado al difícil y complicado mecanismo de la guerra.

Sin embargo, en la inmensa caravana de los artistas que, en todas las ramas de las artes, han pasado por el mundo, no todos han sido *«predestinados»*. Muchos de ellos han llegado al *genio* por *método*. Negar la existencia de ellos sería negar la teoría, con la cual todo arte se perfecciona y supera a sí mismo.

Los genios, tan raros en la Historia, han aplicado instintivamente la teoría de la guerra y muchos de ellos han justificado sus éxitos y fracasos por la aplicación o violación de determinados principios del arte militar. Otros han ajustado su conducta a los principios, preceptos y reglas del arte militar, en forma de dar a sus decisiones un fundamento lógico y creando a base de conocimientos adquiridos en el profundo estudio del arte mismo.

Es natural que el genio guerrero ha superado siempre, pero es preciso reconocer que en la conducción de ejércitos no siempre se dispone de «genios» para comandarlos. Es necesario entonces preparar en la educación e instrucción al conductor que más se aproxime y a tal efecto desarrollar las *virtudes morales*, las *capacidades intelectuales* y las *cualidades físicas y materiales*, que hagan del futuro conductor una garantía.

El medio de la guerra impone al conductor un cúmulo de condiciones y cualidades, que determinan al *«hombre completo»*. Debe poseer un acabado concepto del arte militar, un conocimiento profundo de la teoría de la guerra, ser capaz de crear y tomar decisiones inspiradas en el más lógico racionalismo y poseer, por sobre todas las cosas, un espíritu fuerte y bien templado, que lo haga capaz de aplicar sus concepciones, perseverar en ellas hasta el éxito o adaptarse a nuevas situaciones de los acontecimientos.

Negar la posibilidad de formar conductores sería caer en la escuela decadente de los fatalistas del siglo XVIII, que afirmaban que si el conductor no se *«hace»* sino que *«nace»*, es inútil buscar en el perfeccionamiento y en el método lo que ha negado la naturaleza; se abandonaban así a su fatalismo absoluto y seguían la fácil escuela que Jomini estigmatiza: «Desgraciados los hombres de guerra y las naciones para quienes la ciencia de la guerra es un peso enojoso y que no quieren reconocerle la influencia del arte para no verse obligados a aprenderle», en contraposición con la inmortal verdad moltkeana: «El genio es trabajo».

Libres entonces de prejuicios absolutos, iniciemos el estudio y la consideración de estos dos elementos fundamentales de la estrategia: *la teoría de la guerra*, que llamaremos así a los preceptos, reglas y principios del arte y el *conductor*, que, como elemento vital del mismo, los ha creado, aplicado o practicado en el gran campo experimental de los acontecimientos históricos.

La evolución del arte de la guerra puede considerarse paralela, en su perfeccionamiento, a la sucesión de los conductores de la Historia, de modo que tal evolución está ligada a ellos en forma absoluta. Sin embargo, un estudio minucioso nos

obliga a tratarlos por separado, pero con las relaciones naturales que se impongan en tales casos.

El arte militar tiene en su estructura fundamental un elemento invariable y otro variable. Las formas y técnicamente todo lo que se refiere a material, medios, procedimientos profesionales y funcionamientos, constituye la parte variable, que ha evolucionado y seguirá haciéndolo en forma paralela al progreso general de la humanidad. El elemento invariable está en los principios fundamentales de la conducción que, con mayores o menores medios, seguirá rigiendo el fondo de la guerra misma.

Hay elementos que en su fondo no pueden variar, a pesar de los numerosos perfeccionamientos y diversidad de situaciones, porque su valor constante está en la verdad de un principio mecánico. El principio es cierto, la dificultad está en su aplicación. Como ejemplo mencionaremos el siguiente episodio:

«Una conversación de Bonaparte con Moreau nos hará comprender mejor esta nueva mecánica», dice Foch.

La escena pasa en casa de Gohier, quien la relata en la forma siguiente:

«Los dos generales, que nunca se habían visto, parecían tan encantados uno como otro de encontrarse. Anotaremos en esta entrevista que los dos se contemplaron un momento en silencio. Bonaparte lo rompió el primero expresando a Moreau el deseo que tenía de largo tiempo de conocerlo.

»—Llegáis de Egipto victorioso—le contestó Moreau;—yo de Italia después de una gran derrota.

»Después de algunas explicaciones sobre las causas de esta derrota, concluyó:

»—Era imposible que nuestro valiente ejército no fuera abrumado por tanta fuerza reunida. Es siempre el número mayor que bate al más pequeño.

»—Tenéis razón—dijo Bonaparte,—es siempre el número mayor que bate al más pequeño.

»—Sin embargo, general, con pequeños ejércitos habéis batido a grandes—dijo a Bonaparte.

»—Aun en ese caso—replicó,—es siempre el menor número que fué batido por el mayor.

»Lo que le indujo a desarrollarnos su táctica:

»—Cuando con fuerzas inferiores me encontraba en presencia de un gran ejército, concentrando con rapidez el mío, me dejaba caer como un rayo sobre una de sus alas y la desbarataba... Aprovechaba en seguida el desorden que esa maniobra nunca dejaba de producir en el ejército enemigo para atacarlo en otra parte, siempre con todas mis fuerzas. Lo batía así en detalle y la victoria que resultaba era siempre, como usted lo ve, el triunfo del mayor número sobre el más pequeño.»

El arte consistía en *hacer el número*, de tenerlo en el punto de ataque elegido; el medio de obtenerlo, *la economía de fuerzas*. Prolongar la acción mecánica por el aprovechamiento hasta el último extremo del desorden que dicha maniobra produce en el ejército enemigo, de la *superioridad moral* que establece en el propio. He ahí la guerra, según Napoleón.

El número mayor vence al número menor, es la verdad que en último análisis se sustenta. La forma de conseguirlo es tarea del conductor. *He ahí la teoría del arte en su enunciado y la tarea del artista en la ejecución*. La primera representa una forma o elemento invariable de la guerra, la segunda representa el elemento infinitamente variable según los casos y los medios, y que llamamos genéricamente *la economía de fuerzas.*

Al tratar los conductores lo haremos en dos aspectos fundamentales:

1º *Su personalidad histórica*, para que, conociendo sus cualidades principales, podamos formar una idea sobre su personalidad, apreciando sus valores morales, que tan grande influencia tienen en la conducción.

2º *Sus cualidades como conductor en las operaciones*, para conocer la aplicación que ha hecho de la teoría de guerra, que nosotros hoy conocemos y buscamos de asimilar, así como también su acción en la tarea de organizar, vestir, alimentar y conducir su ejército hasta la decisión, como aconsejara el conde Shlieffen.

A. — LOS CONDUCTORES

a) CIRO (EL VIEJO)

Su verdadero nombre era Agradato.—Medo: Fundador del reino de Persia.

Vive: entre los 579 y 529 años antes de J. C.

Resumen histórico

Comienza su vida entre pastores, habiendo sido despojado de su origen noble por su abuelo, el Rey de Media. Apenas alcanza su edad viril, promueve la guerra civil contra su abuelo y ocupa el reino de los medios, cuando cuenta apenas 22 años.

A los 24 años comienza a guerrear para engrandecer el imperio fundado por él. En sucesivas campañas conquista la Lidia; derrotando a su rey Creso; los jonios pasan a ser súbditos persas; conquista el Asia Menor y penetra en las más remotas regiones del Extremo Oriente; se apodera de la Bactriana Bactres, Margiana, Uvarazimya, Jogdiana y extiende sus dominios hasta las estepas siberianas; conquista la Tartaria china, la Haraiva, Harauvati, Zaranca hasta la ribera del río Indo. Vuelve Ciro luego sus armas contra los caldeos, conquistando todo el imperio y toma Babilonia.

Es de hacer notar que este conductor, como muchos otros, encontró el apogeo de su gloria entre los 20 y los 35 años.

Como conductor de ejércitos

Caracteriza su conducción una energía marcada en las operaciones, su espíritu de iniciativa y las operaciones ofensivas que correspondieron a sus sucesivas conquistas.

Se presenta como un conductor genial en sus operaciones contra la coalición de egipcios, lidios y caldeos que, 548 años antes de J. C., se produce para luchar contra los persas.

El éxito de esta campaña lo asegura Ciro por sus atinadas medidas, obteniendo, en primer término, la *sorpresa estratégica* por el avance de su ejército sin previa declaración de guerra, con lo que impide la reunión de las fuerzas de sus adversarios. Obra después por *líneas interiores*, con excelente *economía de fuerzas*, batiendo en detalle a lidios y caldeos, lo que procuró la retirada de los egipcios.

Su característica fundamental en la conducción era la *acción de masa*, lo que le procuró numerosos éxitos.

Demuestra siempre amplia iniciativa y abandona las rutinas, buscando en la *sorpresa* un elemento coadyuvante del éxito. Así reacciona contra la costumbre de pasar a «cuarteles de invierno», opera en plena estación invernal, apareciendo en territorio enemigo y atacándolo en sus propios cuarteles, cuando aquél menos lo suponía.

Obró siempre con amplia *libertad de acción*, que a menudo consiguió con la iniciativa en las operaciones, imponiendo al enemigo desde el comienzo de las mismas su propia «ley de acción».

Hizo un empleo organizado y consciente de la seguridad y la exploración. Esta última fué confiada a la caballería liviana.

En la persecución fué implacable. La llevó hasta conseguir el total aniquilamiento del enemigo.

Armonizó el empleo de las armas en el combate, dando al dispositivo una oportuna disposición, mucha cohesión y utilizando oportunamente las reservas.

Sus tropas fueron a la lucha bien preparadas y organizadas, lo que las capacitó en muchos casos para resistir y vencer hasta con inferioridad numérica.

Creó un ejército permanente de 40.000 hombres, que dividió en Guardia Real (Inmortales) y 30.000 hombres del ejército de línea.

Con el resto del personal constituyó la reserva. Planeó y organizó el reclutamiento general del país en personal y recursos, para lo cual hizo la división territorial militar del país en distritos.

Organizó los cuadros de oficiales y creó la unidad táctica de 1000 hombres, dividida en fracciones menores. Creó las

tropas de camelleros, que en realidad era infantería montada en camellos.

Creó los carros de guerra, empleados preferentemente en la ofensiva.

Dispuso de tropas de zapadores, que empleó en gran escala en el sitio de Babilonia. Con esas tropas construyó allí un gran dique, desviando el curso del Éufrates, que posibilitó la toma de la ciudad (538 años a. d. C.).

BATALLA DE TIMBREA

Una de las más famosas batallas de Ciro de que se tenga memoria por la historia de Jenofonte (1) es la de Timbrea (557 a. d. C.), desarrollada entre el ejército medo de Ciro y el de Lidia, comandado por su propio rey: Creso.

El lugar donde se desarrolló es una llanura (Frigia) denominado Timbrea, Asia Menor, situado al sudeste de Ipso. Es una de las batallas más importantes de la Antigüedad. Decidió a quien debía de pertenecer el dominio de Asia Menor, poniéndolo en manos de Ciro.

Los efectivos que intervinieron en esta batalla, según se atribuye, fueron los siguientes:

Ejército lidio (Creso):
360.000 infantes,
60.000 jinetes,
300 carros de guerra.

Ejército persa (Ciro):
160.000 infantes,
36.000 jinetes,
300 carros de guerra.
Algunas torres de madera móviles.

(1) *Ciropedia.—Historia de Ciro el Mayor*, de Jenofonte.

Desarrollo de la batalla

Tomado el contacto con las caballerías, ambos ejércitos toman su dispositivo para la batalla: Creso en un frente de siete kilómetros forma su línea, constituyendo el centro con las tropas egipcias en cuadros de cien hombres por lado, mientras que sus alas, destinadas al envolvimiento por rebasamiento, sólo tienen una profundidad que no sobrepasa los 10 ó 20 hombres, siendo, en consecuencia, relativamente débiles.

Ciro, en conocimiento de la formación de su enemigo, adelgaza su habitual orden de combate, disponiendo en el centro su línea poco profunda: 100 carros falcados cubrieron el frente de las divisiones persas, 100 se colocaron en el flanco derecho y 100 en el flanco izquierdo. En las extremidades de las líneas formadas por estos dos últimos grupos se situó un destacamento de todas las armas, listo para entrar en acción. Las torres de madera fueron dispuestas a retaguardia de las divisiones. Los camellos en el ala izquierda.

Se produce el choque por el avance de los lidios. Ciro avanza lentamente y ocultando sus intenciones hasta último momento. Cuando el encuentro entra en la fase inicial, los lidios ponen en ejecución su envolvimiento de las alas persas; pero entonces ambos destacamentos de ala precedidos de los carros de asalto, se precipitan furiosamente sobre las alas del ejército de Creso y las derrotan, mientras el centro contiene frontalmente a la masa. Ambas fuertes alas siguen su movimiento, persiguiendo a las alas lidias fugitivas y así se completa el doble envolvimiento y, en consecuencia, el aniquilamiento del ejército de Creso, quien es tomado prisionero.

La batalla de Timbrea es una batalla-maniobra, quizá la primera de la Historia o de que se tenga noticias, por lo menos.

La maniobra empleada por Ciro es una «maniobra de ala», lo que llamaríamos hoy de «doble envolvimiento», del tipo de «Cannas». Es, en consecuencia y por excelencia, la maniobra de aniquilamiento y la empleada por los conductores clásicos de todos los tiempos.

b) EPAMINONDAS

Uno de los grandes generales de la antigua Grecia. *Nace* en Tebas en el año 400 a. d. C.

Resumen histórico

Recibió una educación esmerada. Discípulo de Lisis de Tarento, que le enseñó los principios de la escuela pitagórica, debio gran parte a esta enseñanza la reflexión y gravedad que le caracterizaron. Cultivó la gimnasia y las bellas artes. Al entrar en la edad propicia (20 años) comenzó a tomar parte en los negocios públicos y en la carrera de las armas, siendo ya considerado entonces como uno de los mejores soldados de Tebas y como uno de los grandes oradores de Grecia.

Tomó parte en la primera batalla de Mantinea (385 años a. d. C.). distinguiéndose en forma sobresaliente. Durante más de diez años interviene activamente en la pacificación de su país, azotado por la lucha interna entre los oligarcas y demócratas.

Su acción como conductor comienza recién en la guerra entre espartanos y tebanos, donde vence a aquéllos en la batalla de Leuctra. Organiza, después de esta guerra victoriosa, un ejército de 70.000 hombres e invade el Peloponeso, se apodera de Esparta, después de destruir sus fuerzas. Calumniado por sus propios compatriotas, es condenado a muerte, de la que se salva gracias a su elocuencia. En cambio, fué degradado y se le confió el cargo de velar por que la ciudad estuviera limpia y bien surtida. Aquel héroe lo desempeñó con celo y dijo: «Si los cargos ensalzan al ciudadano, este ennoblece también los cargos».

Hacia el año 368 los tebanos, atacados por corintios, atenienses y espartanos, volvieron por la necesidad de su gran general. Así Epaminondas se ve, a los 43 años al frente nuevamente de un ejército de 1000 infantes y 600 jinetes y con esas fuerzas acomete al enemigo, tres veces superior y lo de-

rrota totalmente. Es acaso el hecho más notable de su vida militar, aunque sea menos conocido que las batallas de Leuctra y Mantinea.

Siguió luego su campaña contra los corintios, a quienes venció, regresando después hacia la Beocia debido a algunos reveses. A consecuencia de esta campaña desgraciada fué, probablemente, privado del mando, pues en este mismo año sirvió como simple soldado, en el ejército enviado contra Alejandro, tirano de Felea, en Tesalia. Este ejército, mal dirigido, se vió pronto en gran peligro, lo que impuso como jefe a Epaminondas, con el aplauso unánime de los soldados. Venció a Alejandro y regresó a Tebas, donde recibió en premio su antigua dignidad.

En 366 años a. d. C. Epaminondas invade por tercera vez el Peloponeso, con resultados negativos, debido a una coalición que se formó allí; pero invade por cuarta vez, derrotando a los aliados en Mantinea.

La nueva táctica creada por Epaminondas, su incomparable habilidad como general, su mucha valentía como soldado, su destreza y severidad en el combate, el inmenso prestigio que le acompañaba, el terror que su nombre inspiraba al enemigo, habían divinizado en ocasión de la batalla de Mantinea al héroe tebano. Pero, atravesado por un dardo, ya al final de la batalla, confió el mando del ejército al General Galidas y murió exclamando: «He vivido bastante, pues dejo a mi patria victoriosa».

Este conductor, no suficientemente conocido por las generaciones de jóvenes soldados, es un ejemplo de virtudes y condiciones. Reunía todas las cualidades: el vigor del cuerpo, el encanto de la elocuencia, la elevación del alma, el desinterés, la bizarría y la habilidad estratégica. Dice un historiador griego: *«que nadie sabía más ni hablaba menos».*

Como conductor de ejércitos

Su conducción era enérgica y decidida, empleando, según las circunstancias, la ofensiva o defensiva estratégica, pero utilizando en el campo táctico la ofensiva a fondo.

Así en la batalla de Mantinea (362 a. d. C.), con 30.000 hombres, ataca decididamente a atenienses y espartanos, que, en número de 20.000 hombres, al mando de Agesilao, habíanse dispuesto para la defensa.

En cambio, en la campaña que termina en la batalla de Leuctra, Epaminondas, con 7500 hombres, se mantiene a la defensiva estratégica, esperando la ofensiva que le traen los espartanos con 20.000 hombres. Llegados al campo táctico, Epaminondas les sale al encuentro y los ataca, derrotándolos completamente.

Maniobró siempre con la masa de sus fuerzas reunidas y sistematizó la ejecución de las marchas en país enemigo en el sentido del espacio a recorrer y la duración de las mismas.

Epaminondas fué el primero que utilizó la requisición en país enemigo.

Utilizó la caballería en gran escala para la exploración.

Se sirvió en gran escala de la sorpresa, ya sea en el campo estratégico como en el táctico y orgánico.

Utilizó el combate de noche, produciendo la consiguiente sorpresa en el enemigo.

Creó el *orden oblicuo*, que utilizó en todos sus combates y batallas, pues hasta entonces sólo se había combatido en *orden paralelo*, también llamado lineal.

Creó para ello un tipo de organización y fraccionamiento adecuados, reforzando la primitiva falange de 12 a 48 filas.

De las operaciones de Epaminondas surgió el concepto del empleo de las masas de maniobra en el orden oblicuo, que con tanto éxito empleó después Federico II.

Con la muerte de Epaminondas el sistema del orden oblicuo cayó en desuso, hasta que Federico II lo puso nuevamente en vigor, mediante el empleo eficaz e inteligente que hiciera de él en sus numerosos años de continuo guerrear.

Sin embargo, a Epaminondas le cabe el honor de haber sido su creador.

BATALLA DE LEUCTRA

Librada en la Beocia (Grecia), al sudoeste de Tebas, entre Epaminondas y Cleombroto, rey de Esparta.

6.400 tebanos.
25.600 espartanos y aliados.

Se libra con inferioridad numérica y con éxito por parte de Epaminondas. Este conductor consigue compensar, con la ayuda de su arte superior, la desventaja que presupone tal inferioridad.

El jefe espartano despliega su ejército en orden de batalla normal, para empeñar frontalmente la batalla, a usanza de la época.

Epaminondas coloca sus fuerzas de manera que la masa principal de sus tropas quede en el ala izquierda, constituída por la Falange Tebana y el Batallón Sagrado (300 hombres al mando de Pelópidas). El resto de la línea en *orden delgado*, es decir, con poca profundidad. La caballería al frente y lista para la acción.

Desarrollo de la batalla

Las fuerzas espartanas avanzan frontalmente, precedidas de su caballería. Epaminondas lanza la suya, que rechaza a la enemiga, sobre la infantería en el frente, obstaculizando así su avance. Esta circunstancia es aprovechada por el caudillo tebano para hacer accionar su ala izquierda, preconcebidamente reforzada, mientras el resto del frente permanece inmóvil. La Falange Tebana acomete el ala derecha del frente enemigo, mientras el Batallón Sagrado asalta a los hoplitas espartanos por el flanco y la retaguardia. Destrozada la derecha de estas fuerzas, Epaminondas generaliza el ataque en todo el frente y completa el éxito inicialmente conquistado sobre el ala derecha del enemigo.

La batalla de Leuctra es una «maniobra de ala», envolvi-

miento del ala derecha espartana. Se caracteriza en el dispositivo tebano por un fuerte centro de gravedad en el ala izquierda.

Es también, como la de Timbrea, descripta anteriormente, una batalla-maniobra, que demuestra, como aquélla, que no es necesaria la superioridad numérica para vencer al enemigo, sino que es posible hacerlo con número menor, pero en tal caso es necesario que el conductor valga el doble de lo que numéricamente falta.

Croquis 8

BATALLA DE MANTINEA

Librada en el Peloponeso, llanura de Mantinea, entre espartanos y atenienses, al mando de Agesilao y tebanos, al de Epaminondas.

Ejército tebano:	30.000 infantes.
	3.000 jinetes.
Ejército espartano:	20.000 infantes
	2.000 jinetes.

Ambos ejércitos al avistarse toman las disposiciones para la lucha, haciéndolo frontalmente los espartanos y atenienses. El caudillo tebano dispone sus fuerzas también para el choque frontal, pero escalona la Falange Tebana detrás de su ala izquierda, en tanto que en la derecha mantiene 3000 jinetes tesalios ligeros.

Desarrollo de la batalla

Ambos ejércitos se atacan frontalmente. La caballería de Tesalia derrota y persigue a la caballería de Agesilao.

La infantería tebana avanza un escalonamiento hacia la izquierda y ataca el centro del frente de combate del enemigo, haciéndole perder toda cohesión. Inmediatamente acomete por el flanco a los atenienses que han quedado a la derecha de los

tebanos. En el ala izquierda la Falange Tebana sigue la lucha, mientras en la derecha completan el éxito la caballería de Tesalia y la infantería ligera.

En esta batalla muere Epaminondas atravesado por un dardo, cuando el éxito ha coronado ya su tarea.

Mantinea es otra batalla-maniobra que emplea la «maniobra de ala», pero no con la misma eficacia que en Leuctra. Fué una batalla feliz, pero no de aniquilamiento. Fué un simple envolvimiento. Sin embargo, puede observarse en ella un centro de gravedad, aunque indudablemente no de la fuerza del de Leuctra y, por consiguiente, tampoco de su eficacia. Mantinea fué más bien indecisa.

c) ALEJANDRO

(Alejandro II "El Magno")

Macedonio.—Rey de Macedonia.—Vivió entre los 356 y 323 años a. d. C.

Resumen histórico

Ha sido considerado como el conductor más completo de la Antigüedad griega. Reunía las cualidades más sobresalientes para ello. Sus grandes ojos brillaban con limpidez extraordinaria; su cara era blanca en extremo; la nariz aguileña; el pelo rubio y ensortijado; su cabeza, ligeramente inclinada sobre el hombro izquierdo, le daba un aspecto majestuoso; de estatuta mediana, pero de acabadas proporciones; esbelto y vigoroso, reunía, en suma, la belleza física que tanto halagaba a los griegos.

Su primer maestro fué Leónidas y su preceptor Lisímaco de Acarnania. Le aficionaron a los héroes de Homero, siendo de todos Aquiles el que más le atraía. A los 13 años tuvo de maestro a Aristóteles, que escribió para su discípulo un libro sobre el arte de gobernar. Revisó la *Ilíada*, libro favorito de Alejandro. Aristóteles dió a Alejandro cuantos conocimientos poseía sobre la humanidad: la música, la medicina, la filosofía

y llegó a inculcarle conocimientos de la poesía épica. *Filopemen y su padre le enseñaron el arte de la guerra.*

Desde muy joven sintióse arrastrado por la ambición y tuvo en alto precio la autoridad real. Preguntándole, al ver su habilidad en la carrera y en la lucha, si disputaría el premio en el Olimpo, replicaba: «De buena gana iría allí si supiera que había de encontrar reyes para rivales». Lamentábase viendo los triunfos y conquistas de su padre (Filipo), diciendo: «No me dejará por hacer nada». Su padre le dice: «Hijo mío, busca otro reino: el mío es pequeño para ti».

A los 16 años, durante una de las guerras que mantuvo su padre, gobernó el reino; los embajadores del Rey de Persia, llegados por aquel tiempo, quedaron admirados de la precocidad de su talento. Poco después salvó a Filipo la vida en un combate. Asistió, en 338 años a. d. C., a la batalla de Queronea, mandando una de las alas del ejército de su padre y destrozó el Batallón Sagrado de los tebanos, decidiendo la victoria.

Dueño del trono a los 20 años (336), todo parece conjurarse en su contra. Los tracios e ilirios se sublevan. Atalo, apoyado por Macedonia, pretende despojarlo; Atenas celebra con regocijo la muerte de Filipo; los tebanos degüellan a los macedonios y levantan la Grecia contra Alejandro. Éste comienza su reinado con el castigo de los asesinos de su padre y ajusticia a Atalo y demás culpables. Marcha a Grecia (después de aliarse con los celtas) con la rapidez características de sus conquistas. Al llegar a Beocia exclama: «Cuando yo estaba en Iliria Demóstenes me calificaba de niño; cuando llegué a Tesalia de adolescente; quiero mostrarle al pie de las murallas de Atenas que soy un hombre». Tebas fué tomada por asalto y arruinada. Atenas se entrega sin resistencia. Pasa a Corinto, visita a Diógenes, reúne a los diputados de Grecia, consigue arrebatarlos con su elocuencia y recibe el nombramiento de jefe supremo de los ejércitos que habían de ir a luchar contra Persia.

Prepárase para su marcha al Asia, enardeciendo con sus discursos a los jefes y soldados. Hace matar a todos aquellos de sus parientes que puedan representarle un peligro en su au-

sencia. Reparte sus bienes, contestando a Pérdicas que le pregunta: «¿Qué guardas para ti mismo?»—«Guardo la esperanza».

Van en su ejército los mejores generales de Filipo y todos los compañeros de armas de Alejandro. Sale de Pella con 33.000 infantes, 4500 jinetes y 70 talentos de víveres (para 40 días). Una escuadra de 160 galeras. Pasa el Bósforo y marcha hacia los persas; pasa el río Gránico, en cuyas orillas lo espera Darío con 40.000 hombres; cae sobre éstos y los destruye.

Alejandro en esta campaña sigue otra ruta que la de Ciro el Joven y Agesilao, pues éstos marcharon directamente, atravesando el Asia Menor, a Babilonia; más hábil que éstos, eligió otro camino penoso y dilatado, pero más seguro. Esa misma marcha le permitió conquistar nueve pueblos distintos.

Regresa a Macedonia ante el ataque que los enemigos amenazan llevar contra su reino. Vence después a Darío en la batalla de Iso (29 de noviembre de 333). Diez mil persas sucumbieron en esa lucha, quedando en poder de Alejandro la familia y tesoros de Darío. Marcha después a Damasco y lo conquista, lo mismo que Tiro, Jerusalén y Gaza: después de siete meses de lucha, conquista Chipre. Darío, consternado, le envía embajadores y le ofrece a la princesa Statira, 10.000 talentos, una dote de 30.000.000 y toda el Asia Menor. «Yo aceptaría si fuera Alejandro», dijo Parmenión. «Yo también si fuera Parmenión», le contestó Alejandro. Pidió todo el Imperio y continuó su marcha hacia Egipto. Funda allí Alejandría, lazo de unión entre Oriente y Occidente. Avanza luego al interior de Libia, vuelve a Egipto, pasa al Asia y atraviesa el Éufrates y el Tigris y en los confines de Media y Asiria, en las llanuras de Arbelas, el año 331, se encuentra con el ejército persa, compuesto por 1.000.000 de infantes, 40.000 caballos, 200 carros de guerra y elefantes. Darío lo ataca, pero es totalmente derrotado. Un año después Darío, apuñaleado por sus propios súbditos, muere en los brazos de Alejandro, quien lo consuela y promete protección para sus familiares.

Sigue Alejandro sus conquistas, asegurando los nuevos paí-

ses conquistados y ocupa Babilonia. Allí se asimila a las costumbres persas y comienza la decadencia de este gran hombre. Sin embargo, en una reacción conquista la India, derrotando al rey Poro, quien, a pesar de sus elefantes y su valentía, es destrozado. Preguntándole Alejandro: «¿Cómo quiere ser tratado?», el altivo rajah le contesta: «Como rey». Fué complacido en sus deseos, porque el vencedor le devolvió el reino engrandecido.

Pretende ir más allá en sus conquistas, hacia el Ganges, pero los macedonios, rendidos y desmoralizados, se negaron a seguirle. Le abandonaron y regresan a Europa. Alejandro sigue después solo su regreso y desde Ecbatana, donde después estuvo, despacha a Grecia su famoso mensaje: «Marchad y decid a Grecia que Alejandro, abandonado por vosotros, sólo confía en los bárbaros que ha vencido.» Organiza un ejército de persas y al día tercero los macedonios lloran a la puerta de su tienda y solicitan el perdón, que obtienen con estas palabras: «Todos formáis parte de mi familia.» Poco después, a los 32 años y 8 meses, le sorprendió la muerte, víctima de los excesos de un banquete.

Alejandro, aun siendo macedonio, visto bajo sus condiciones personales, reúne las grandes cualidades y los profundos vicios de aquellos ilustres generales griegos, que eran al propio tiempo grandes políticos y que se llamaron Milcíades, Temístocles, Pericles, Alcibíades, etc., pareciéndose su destino al de estos hombres hasta en la grandeza y escasa duración de su poderío.

Como conductor de ejércitos

Su conducción se caracteriza por una brillante economía de fuerzas. Ninguna tarea a cumplir en el campo estratégico desvió fuerzas de su ejército que pudieran serle necesarias en la decisión. Utilizó especialmente las maniobras de ala, para las que se demostró verdadero maestro.

Atendió con especial esmero los reabastecimientos de su ejército, organizando zona de operaciones y formando grandes depósitos de víveres y vestuario.

Procedió asimismo a la explotación de los recursos, aseguró las comunicaciones por vías fáciles y cortas, las que hizo cuidar por columnas volantes de infantería y caballería, las que tenían además la misión de conservarlas dentro de las bases de operaciones, intimidar a los habitantes y efectuar la exploración.

Demuestra una habilidad muy grande en la conducción político-militar de sus campañas. Un hecho que prueba esto puede verse en su acción de colocarse entre los griegos y los persas, evitándose complicaciones con los primeros.

Establece un *comando superior* que se encarga de los servicios de retaguardia y planes políticos de Alejandro, manteniendo a su vez el ascendiente macedónico. Se ve en él ya la idea del comando organizado.

Prepara su ejército de acuerdo al objetivo político y lo instruye y prepara para el esfuerzo a realizar. Es proverbial el entrenamiento de sus tropas para las marchas y combates.

La persecución la aplicó hasta el último extremo, llevada con toda tenacidad, lo que hizo que ninguno de los ejércitos persas por él derrotados pudiera escapar para presentar después nueva lucha. Su tipo de maniobra, generalmente de aniquilamiento, hizo también que a menudo la persecución no fuera necesaria.

Sus batallas y combates se han caracterizado por su acción sobre las alas, flancos y retaguardia, ya sea por ataques en orden oblicuo o envolvimientos simples o dobles, siempre adaptándose a las circunstancias y buscando una decisión absoluta.

BATALLA DE GRÁNICO

Librada entre los macedonios, a órdenes de Alejandro y los persas, en el río del mismo nombre, en la Misia (Asia Menor).

Ejército macedonio:	30.000	infantes.
	5.200	jinetes.
Ejército persa:	30.000	infantes mercenarios griegos.
	20.000	jinetes.

Alejandro con su ejército avanza decididamente sobre los persas, que lo esperan en posición en la segunda orilla del río Gránico. De la marcha toma el orden de batalla con seis falanges en el centro, con la caballería pesada y tropas ligeras a los flancos. Alejandro a la derecha, con sus tropas escogidas, y a la izquierda Parmenión. Avanzó amagando la izquierda persa.

Los persas, al notar el avance de Alejandro, reforzaron su izquierda con casi toda su caballería.

Río por medio, los ejércitos se detuvieron.

Desarrollo de la batalla

Mientras esto sucede, Alejandro monta a caballo y, a la cabeza de las tropas escogidas que lo rodean, se lanza al agua y comienza la acción. Una lluvia de flechas cubre a las tropas de Alejandro, mientras se lucha por conquistar la segunda orilla. La caballería de la derecha consigue pasar el río y se reúne con Alejandro, derrotando a la caballería persa.

La infantería del centro de combate recién entonces comienza a moverse contra la persa. Parmenión en el ala izquierda ha seguido un procedimiento similar al de Alejandro. Ambas alas ceden, la caballería persa se retira y abandona a las falanges griegas. Es en ese momento que Alejandro hace actuar el centro y aferra a la infantería persa por el frente y ataca sus flancos con sus alas adelantadas, consiguiendo su aniquilamiento.

La batalla de Gránico es una maniobra de ala, de doble envolvimiento. El centro se limita a aferrar, mientras ambas alas derrotan a las enemigas y luego envuelven. Alejandro pone en ella por primera vez en práctica el concepto que predominará en su táctica: entretener frontalmente al enemigo y atacar sus flancos, buscando la superioridad allí y, finalmente, una vez el enemigo empeñado en sus flancos, embestirlo decididamente en el frente. Es una batalla-maniobra en la que consiguió aniquilar a la infantería persa. La caballería, muy superior a la macedónica, consiguió retirarse.

BATALLA DE ISO

Después de la batalla de Gránico, Alejandro continúa su conquista en el Asia Menor. Darío reúne su ejército en Comagena con la intención de oponerse a los macedonios.

Ejército persa:	600.000 hombres.
Ejército macedonio:	34.000 hombres.

La batalla se libra entre el golfo de Iso y la montaña, en el valle del río Pinaro.

Darío hace avanzar al sur del río 30.000 jinetes y 2000 infantes como seguridad, para tomar su dispositivo de batalla, el que organizó de la siguiente manera: el centro constituído por 30.000 griegos mercenarios, que constituían su mejor infantería: atrás de éstos 60.000 cardaquios, cubriéndolos, en filas sucesivas, con la demás infantería. A la derecha la masa de su caballería. A la izquierda una parte pequeña de caballería. Delante del centro las compañías reales y el propio Darío.

Alejandro situó su caballería en las alas, la falange en el centro y cubriendo su ala derecha contra los 20.000 persas que la amenazaban dispuso a los flecheros (4000 hombres).

El ala derecha era mandada por Alejandro y la izquierda por Parmenión.

Desarrollo de la batalla

Dispuestos ambos ejércitos así, Alejandro continuó el avance lentamente con su ala derecha un tanto adelantada. Al llegar al río y al alcance de los flecheros persas, los macedonios se lanzaron con su ala derecha al río con gran decisión y los persas no pudieron resistir su empuje y se retiraron hacia retaguardia.

Alejandro penetró así profundamente en el dispositivo del ala izquierda de Darío y atacó de flanco a la infantería griega, que se vió obligada a combatir en desventaja y fué derrotada. El éxito del ala derecha y sobre el centro persa era, sin duda, la decisión, pero en el ala izquierda la fuerte caballería persa había presionado a Parmenión, el que simuló una retirada y cuando los persas, algo desorganizados, lo perseguían volvió caras y derrotó su caballería, a la que persiguió más allá del Pinaro. Cuando esto sucedía, en el ala derecha se había completado ya la victoria.

Es también la batalla de Iso una maniobra de ala, envolvimiento del ala izquierda persa. Alejandro ha vencido con una extraordinaria inferioridad numérica porque ha sabido conducirse dentro del principio esencial que dice: *no importa ser inferior en el campo estratégico si se es más fuerte en el campo táctico; no importa ser inferior en número en el campo táctico si se es capaz de ser más fuerte en el lugar decisivo.*

Alejandro, diez y ocho veces inferior en número, fué más fuerte que Darío donde se produjo la decisión: el ala izquierda persa.

Sin embargo, no fué una batalla de aniquilamiento. Darío escapó con numerosas tropas y así le fué posible presentarse posteriormente frente al conquistador de Asia, pero por última vez.

BATALLA DE ARBELA

Croquis 6

Librada entre los macedonios de Alejandro y los persas de Darío, en proximidades de Arbela, en la llanura de Gangamela y el río Baumade, que el caudillo persa había hecho arreglar y emparejar en forma de permitir mejor la maniobra de su caballería y carros falcados.

Ejército persa:	1.000.000	de infantes.
	40.000	jinetes.
	200	carros falcados.
	20	elefantes.
Ejército macedónico:	40.000	infantes.
	7.000	jinetes.

Al avistarse ambos ejércitos, adoptaron su formación de combate. Alejandro formó su orden de batalla colocando en el centro las tropas ligeras, seguidas de la infantería macedónica y finalmente los simias y peltastos. Delante del centro la caballería extranjera. En el ala derecha, al mando de Alejandro, la caballería de Ménidas (Escuadrón Real: 200 hombres macedonios, 7 escuadrones: 2500 hombres; total: 2700 hombres), el cuerpo de Aretes y, finalmente, la infantería pesada (25.000 hombres.

En el ala izquierda Parmenión con la caballería griega y tesala (2500 hombres) y alguna infantería.

Darío desplegó su amplio frente, sobrepasando las alas de Alejandro. Dos masas de caballería en los flancos. En el centro su enorme masa de infantería, la que a su frente tenía aún una fuerte línea de caballería y, finalmente, su reserva a retaguardia. Delante de la caballería del frente una línea de carros falcados y elefantes.

Desarrollo de la batalla

Alejandro marchó resueltamente sobre los persas, acampando a su frente y a muy pocos kilómetros de distancia. Así

pasaron la noche con las armas en la mano. Al amanecer del día siguiente ambos ejércitos avanzan y se juntan, comenzando la lucha.

Darío comienza atacando con su infantería del ala izquierda a la derecha de los macedonios, los que a su vez atacan valientemente allí. Es tal el número persa que las tropas de Alejandro se ven abrumadas en la lucha, pero mantienen su cohesión y resisten. Luego de larga lucha, la fuerza persa de la izquierda se desorganiza ante la impetuosidad de la infantería macedonia. Darío, advertido de ello, lanza al ataque a sus carros falcados contra las falanges de Alejandro y avanza con todo el ejército.

Alejandro, que dirige en persona el ala derecha, centro de gravedad de todo su dispositivo, lanza al ataque a la caballería de esa ala, mientras él personalmente acomete con el grueso de su infantería pesada al ala izquierda de Darío, a la que hace pedazos. La acción sigue y el pánico se apodera de los persas y se contagia a lo largo de sus filas. Darío huye y ello es el principio del fin.

Parmenión en el ala izquierda se ha visto en graves apuros entretanto. Pero la ayuda de Alejandro no se hace esperar, restableciendo allí el orden y continuando la persecución hasta la noche.

Los persas habían perdido en ella su imperio, además de 300.000 muertos y un número aún mayor de prisioneros. La lucha se había desarrollado entre dos ejércitos desproporcionados, pues los persas eran más de veinte veces superiores a sus vencedores.

La batalla de Arbela es, como las anteriores, una batalla-maniobra por excelencia y su éxito extraordinario y sorprendente se debe a que Alejandro ha sabido, una vez más, ser fuerte en el lugar decisivo, aun cuando en el resto del frente de batalla fuera extraordinariamente débil. Se trata de un ataque de la unión del ala izquierda y el centro, destinado a hundir allí el dispositivo y atraer el flanco de la masa de la infantería persa. No existe en la historia del mundo el caso de un éxito que pueda compararse al de Alejandro, que con menos de 50.000 hombres haya derrotado a más de 1.000.000 de combatientes. Es indudablemente un caso que probaría lo que puede un conductor con el genio del gran macedonio y pone en evidencia la sentencia del rey Federico el Grande: que puede vencerse con menor número, pero en ese caso el general debe compensar lo que numéricamente falta. En Arbela las disposiciones de Alejandro compensaron a un número de 950.000 combatientes.

En general, Alejandro utilizó admirablemente el terreno y sus acciones demuestran la importancia que este conductor daba a este elemento de la acción táctica. Era común que Alejandro, cuando las circunstancias lo permitía, hiciera construir antes del combate un campo atrincherado que utilizaba como punto de apoyo. En él reunía los recursos necesarios, dejaba los impedimentos y le servía en caso de retirada como posición de recibimiento.

En la conducción táctica era característico en él que ejerciera el comando directo de la batalla o el combate y ocupara su puesto en el lugar decisivo.

Como organizador evolucionó y revolucionó totalmente la organización de la época en lo referente a las tropas combatientes.

Organizó y fué el creador del servicio sanitario de campaña así como también los servicios de transporte del ejército.

d) ANÍBAL

General cartaginés.—Vivió entre 247 y 183 años a. d. J. C.

Resumen histórico

Hijo del general Amílcar Barca, habíale llevado su padre a España y hecho jurar odio eterno a los romanos, cuando sólo contaba nueve años de edad. Muerto su padre le sucedió en

el mando del ejército (entonces hereditario) su yerno Asdrúbal y asesinado éste, en el año 221 a. de J. C., cuando sólo contaba 26 años, Aníbal es elegido por el ejército como general.

Por esta sintética noticia sobre la juventud de Aníbal puede observarse que recibió otra instrucción que los conductores antes mencionados y que al igual que Epaminondas fué un simple general, cuya vida, desde su más tierna edad, transcurrió en los campamentos, acostumbrándose a todo género de fatigas. Alejandro y Ciro en cambio fueron reyes y así su situación y prestigios eran distintos.

Nombrado Aníbal general a los 26 años, para sostenerse en su puesto necesitaba dar muestras de su pericia y realizar conquistas que le proporcionaran grandes riquezas con que aplacar la sed de oro que devoraba a su patria.

Organiza su ejército e inicia sus campañas contra la península ibérica a la cual somete. Siguió por el territorio carpetano y el de los vacceos, llegó hasta Elmántica (hoy Salamanca) y logró que ésta capitulara. Con estas y otras expediciones adquirió renombre militar, la confianza de sus soldados y tesoros inmensos para Cartago.

Habíale sonado la hora de provocar a los romanos. Una cuestión de límites entre los turboletas y los saguntinos sirve de pretexto. Habiendo sido Aníbal árbitro de esta cuestión falló contra los segundos (aliados de Roma). El incumplimiento del fallo da lugar al sitio y destrucción de Sagunto en el año 219 a. de J. C. Los romanos rompen el tratado con los cartagineses y se declara así la segunda guerra púnica. Era ya Aníbal un prestigioso general. Recibe amplios poderes del senado cartaginés y en la primavera inicia las hostilidades. Parte de Cartagena con 100.000 infantes, 12.000 caballos y 40 elefantes. Se dirige a Italia por tierra recorriendo un camino largo y penoso, pero consigue así aislar a Roma, aliándose con los pueblos que encuentra en el camino. Cruza toda España, atraviesa los Pirineos, avanza hasta el Ródano, batiendo a los galos. Llega a fines de octubre a los Alpes en el nacimiento del río Iser y cruza esta cordillera en sólo 15 días, con enemigo al frente y en país hostil. Se efectúa así el primer pasaje de los Alpes realizado por un ejército organizado; veinte siglos después, Napoleón se alaba de haberlo repetido.

El precio de esta hazaña de Aníbal le había costado enormes efectivos: no le quedaba más que 20.000 infantes y 6000 jinetes. Tenía a su frente un pueblo que podría oponerle 100.000 soldados aguerridos. Se produce el primer choque en la batalla de Tesino y vence a los romanos. Con el éxito, su ejército aumenta de efectivo por los pueblos de galos cisalpinos que se le unen. Durante el invierno, que pasa en la Galia Cispadana, consigue reunir 90.000 soldados. Cruza los Apeninos y acampa en Trasimeno el año 217 a. de J. C. Atrae a los romanos y los derrota en la batalla del mismo nombre. Marcha sobre Roma, ante el enemigo que se retira en orden. Derrota sucesivamente a todas las fuerzas que se le oponen. Terencio Varrón es elegido cónsul y marcha con el ejército romano al encuentro del de Aníbal. Se encuentran en Cannas (en la Apulia) en agosto de 216 a. de J. C. La derrota romana fué total. Antes de seguir su avance a Roma, pide refuerzos a Cartago, pero no los recibe. Llora cuando recibe de su patria, por boca de Hannón, la siguiente respuesta: «Si Aníbal es vencedor, no los necesita; si es vencido, no es digno de ellos.»

Desarrolla entonces una admirable política y consigue decidir a numerosos pueblos contra Roma. Sin embargo, no consigue sino disponer de miserables efectivos con los que da lecciones a los romanos acuchillando a sus legiones. Asdrúbal penetra en Italia en ayuda de su hermano Aníbal con 52.000 hombres, pero es derrotado.

Ante la amenaza a Cartago, ésta llama a su general, como único medio de salvación. Éste que con 30.000 hombres era la pesadilla de sus adversarios, llamado ahora, viendo que tras 16 años de continua lucha en país desconocido, tenía que abandonarlo sin realizar sus propósitos, da rienda suelta a su ira, saquea a numerosas ciudades italianas y regresa. De nuevo en su patria, da nuevas fuerzas a los cartagineses. Conociendo la terrible situación de su patria para hacer frente al ejército

de Escipión el Africano, procura evitar la lucha, para lo cual busca de convencer al senado.

Avístase con el general enemigo en los llanos de Zama para negociar la paz. No hubo avenencia y Escipión y Aníbal se retiraron a sus respectivos campamentos. Poco después Aníbal era derrotado en los campos de Zama por las fuerzas de Escipión el Africano.

Sigue Aníbal al servicio de su patria como sufeta (cónsul), y ante el peligro de ser entregado a los romanos, se refugia en la corte de Antíoco III, el Gran Rey de Siria. Desde allí intenta nuevos planes contra Roma que fracasan. Vencido Antíoco por los romanos promete entregar a Aníbal, pero éste huye a Bitinia (Asia Menor), colocándose bajo la protección de su rey, Prusias. Perseguido allí también por sus implacables enemigos, los romanos, antes que entregarse a ellos se envenena y muere pronunciando estas palabras: «Libremos a Roma de sus inquietudes, ya que no sabe esperar la muerte de un anciano.» En el mismo año, pero en Italia, falleció su único vencedor: Escipión el Africano.

Coméntase de Aníbal y Escipión la siguiente anécdota. Encontráronse, según ella, en la corte de Antíoco estos dos generales y el segundo preguntó al primero: —«¿Quién os parece el mayor general que ha habido en el mundo?» — «Alejandro», contestó Aníbal. — «¿Y después de Alejandro?» — «Pirro, rey de Epiro.» — «¿Y el tercero?» — «Yo», respondió Aníbal con arrogancia. — «¿Y qué diríais si me hubierais vencido en Zama?» — «Entonces, replicó Aníbal, me contaría el primero de todos.»

Aníbal como conductor de ejércitos

Ha demostrado en las guerras púnicas ser el conductor más hábil que, como estratega y como táctico, haya producido la raza semítica.

Manejó y condujo la política y la guerra de su país sacando en ambas el máximo de provecho, por una armonización adecuada y conveniente. Parece surgir de este conductor genial la conveniencia de un entendimiento completo entre la guerra y la política, haciendo que la primera «sea la continuación de la segunda por otros medios.»

Así por adecuadas previsiones de política internacional, preparó las mejores condiciones posibles para entrar en campaña contra los romanos. Durante su accidentada marcha a través de España y las Galias, no hizo sino asegurar con la fuerza la unión política planeada, para aislar totalmente a Roma.

En la conducción misma, no se subordinó a reglas absolutas y supo siempre amoldarse por entero a las circunstancias.

Sus operaciones se han caracterizado por un brillante estilo. Su travesía de los Alpes y los Apeninos y la campaña de Italia, ponen en evidencia sus cualidades como conductor. En todas estas operaciones mantuvo en todo momento el comando directo de las fuerzas.

En la persecución estratégica se mostró encarnizado y tenaz.

Su forma característica de operar fué la maniobra de ala, buscando el envolvimiento simple o doble, pero actuando siempre contra los flancos y retaguardias del enemigo.

Es maestro en las batallas de aniquilamiento, como veremos en la breve descripción que haremos de sus tres batallas más clásicas. A menudo se cita a la batalla de Cannas como ejemplo de la *«batalla clásica de aniquilamiento»*; por eso nos detendremos más en su descripción.

BATALLA DE TREBIA

Algunos choques aislados han sido favorables a las fuerzas romanas, mandadas por Sempronio; éste como consecuencia de ello se muestra ansioso por combatir. Separa los campamentos de ambos enemigos el río Trebia. Aníbal aprovecha los deseos del general enemigo y lo induce a avanzar por medio de una estratagema con su caballería, que lo hace dirigirse contra los cartagineses. Mientras tanto, Aníbal oculta en el profundo cauce de un arroyo a su hermano Magón con 1000 jinetes y

1000 infantes escogidos, quien recibe la orden de intervenir en el momento oportuno contra la retaguardia enemiga. Sempronio vadea el río y despliega sus fuerzas en orden de combate. Aníbal forma por su parte el frente de combate con su infantería pesada. Sobre ambas alas, divididas en partes iguales la caballería pesada y los elefantes. La caballería adelantada para inducir al enemigo al avance y la infantería ligera, recibieron orden de reunirse con el ala derecha. Al ataque de los romanos, el centro cartaginés cede, mientras ambas alas atacan los flancos con toda decisión y ante el fuerte ataque del ala derecha cartaginesa, Sempronio decide la retirada y comienza a repasar el río. En ese momento interviene el destacamento oculto, ataca y completa totalmente la derrota.

BATALLA DE TRASIMENO

El ejército cartaginés de Aníbal ha efectuado penosísimas marchas a través de Etruria, teniendo a su frente al cónsul Flaminio, quien con un numeroso ejército le espera.

Aníbal comienza a talar los campos buscando una provocación, lo que consiguió y hábilmente atraído por una vanguardia cartaginesa, Flaminio se interna en el desfiladero del estrecho valle de Trasimeno. Aníbal, que había ocupado las alturas que dominaban el valle, cae sobre los romanos cercándolos. Éstos, sorprendidos, no tuvieron tiempo de aprestarse a la lucha y sufrieron una espantosa derrota.

Croquis 7

BATALLA DE CANNAS

Del conde Schlieffen:

« El 2 de agosto del 216 a. de J. C. se hallaban en la llanura apuliana, en la orilla izquierda del Aufidius (Ofanto) y a proximidades de su desembocadura, donde, por otra parte, existía el pueblo de Cannas, el ejército de Aníbal con su frente hacia el O. y contrapuesto el ejército del cónsul Terencio

Varrón. Éste, que había recibido del otro cónsul Pablo Emilio el comando que se relevaba diariamente disponía de:

55.000 infantes pesados (hoplitas).
8.000 infantes ligeros (arqueros).
6.000 jinetes.

Total 69.000 hombres. En los campamentos fortificados se encontraban además:

2.600 infantes pesados (hoplitas).
7.400 infantes ligeros (arqueros) o sean

10.000 hombres, atrás, a su disposición; de modo que la fuerza total del ejército romano se elevaba a 79.000 hombres.

Aníbal disponía solamente de:
32.000 infantes pesados.
8.000 infantes ligeros.
10.000 jinetes.

Total 50.000 hombres.

Con un enemigo considerablemente superior en número delante de sí, con el mar a sus espaldas, se hallaba Aníbal en una situación que no tenía nada de buena. Sin embargo, Pablo Emilio, de acuerdo con el procónsul Servilio, quería evitar una batalla con Aníbal. Ambos temían a la superioridad de la caballería cartaginesa, a la que principalmente debía Aníbal las victorias de Ticino, de Trebia y del lago Trasimeno. No obstante, Terencio Varrón, deseando vengar las derrotas sufridas por las armas romanas, resolvió dar una batalla decisiva. Fundaba sus esperanzas en la superioridad de sus 55.000 infantes pesados sobre los 32.000 enemigos, de los cuales sólo 12.000 eran cartagineses y los 20.000 restantes iberos y galos, tropas auxiliares de valor inferior en cuanto a armamento e instrucción se refiere.

Para que el ataque pudiera realizarse con el máximo de potencia, dió Terencio a su ejército un dispositivo especial para la batalla. Reglamentariamente debía disponer la infantería pesada en tres líneas compactas: las dos primeras de igual fuerza (hastarios y príncipes) con 4.000 hombres en el frente y en total 12 filas, la tercera (triarios) de solamente la mitad de la fuerza dividida en 16 columnas iguales, de 60 hombres (10 en el frente y 6 en profundidad), apretadamente, detrás de aquélla.

Tal dispositivo, que resulta a Terencio de frente demasiado amplio, lo modificó aumentando el número de filas de 18 en 36 con un frente de 1600 hombres. La caballería la dispuso en las alas. La infantería ligera, cuya misión era iniciar el combate, rodeando al enemigo para auxiliar la acción de la caballería, la colocó sobre los costados.

Aníbal dispuso sus tropas oponiendo al frente enemigo 20.000 iberos y galos en unas 12 filas de profundidad aproximadamente. El grueso de su caballería, bajo las órdenes de Asdrúbal, lo colocó en el ala izquierda; la caballería liviana en el ala derecha. Detrás de ambas y por partes iguales, los 12.000 infantes pesados cartagineses. Así dispuestos, marcharon ambos ejércitos el uno contra el otro. Asdrúbal venció la débil caballería enemiga del ala derecha. Los jinetes romanos fueron ultimados, echados en el Aufidius o dispersados. El vencedor, pasando después por detrás de la infantería, cayó sobre la caballería romana del ala izquierda, que hasta entonces sólo había tenido escaramuzas, con la caballería liviana. Atacados por ambos lados, fueron también acá completamente rechazados los romanos. Después de la desaparición de la caballería enemiga, se volvió Asdrúbal contra las espaldas de las falanges romanas.

Mientras tanto ambas masas de infantería habían avanzado una contra otra. Al chocar fueron rechazados los cuerpos iberos y galos, no tanto por el empuje del choque de las 36 filas romanas, sino como consecuencia de la superioridad de su armamento y de su escasa instrucción para el combate

cuerpo a cuerpo. El avance romano se detiene, sin embargo, tan pronto como los escalones cartagineses mantenidos atrás se adelantan y por conversiones a la derecha e izquierda, caen sobre los flancos enemigos al mismo tiempo que los jinetes de Asdrúbal amenazan sus espaldas. Los «triarios» dan media vuelta, los «manípulos» de las dos alas se rebaten hacia afuera, viéndose los romanos obligados a formar un largo y denso cuadro, en el que hacen frente a todos lados y por todos se ven atacados por la infantería con cortas espadas, por la caballería con lanzas, bolas arrojadizas y flechas que no fallaban en dar en blanco compacto. Los romanos son más y más rechazados y oprimidos.

Carentes de auxilio y de defensa esperaban la muerte. Aníbal, rebozando rencor su corazón, recorrió el lugar de la matanza, animando aquí a los más valerosos, insultando allí a los poco activos.

Recién al cabo de horas dieron término los soldados a su tarea.

Cansados de tal masacre, tomaron prisioneros a los 3000 sobrevivientes.

En estrecho espacio se hallaban amontonados 48.000 cadáveres. Pablo Emilio y Servilio habían caído; Varrón, con algunos jinetes, escasos legionarios pesados y el grueso de los livianos habían escapado.

En el pueblo Cannas y en los dos campamentos cayeron todavía miles de prisioneros en manos del vencedor. Éste perdió 6000 hombres, la mayoría iberos y galos.

Una batalla de aniquilamiento completo se había dado, tanto más digna de admiración cuanto que, contrariando todas las teorías, fué ganado con inferioridad numérica. «Acción concéntrica contra el enemigo no conviene al más débil», ha enseñado Clausewitz y Napoleón «que el más débil no debe rodear ambas alas enemigas».

Aníbal, el más débil, no sólo obró concéntricamente, contrariando la teoría, sino que rodeó ambas alas, atacando, además, las espaldas enemigas.

El armamento y la manera de combatir han cambiado totalmente después de 2000 años. No se va al combate cuerpo a cuerpo con cortas espadas, sino que se abre el fuego a miles de metros; el arco ha sido reemplazado por el cañón de retroceso; la honda por la ametralladora. Las masacres han sido reemplazadas por las capitulaciones; sin embargo, las condiciones fundamentales de la batalla no han cambiado. La batalla de aniquilamiento puede librarse hoy según el mismo plan con que la concibiera Aníbal en su tiempo. El frente enemigo no es el objetivo del ataque principal. No es contra él que deben reunirse las masas. Emplazarse las reservas; *lo fundamental es aplastar los flancos.* Estos no deben ser buscados en los extremos de las alas del frente, sino en toda la profundidad y extensión del dispositivo enemigo. El aniquilamiento será completado por medio de su ataque contra las espaldas de aquél. Esto corresponde, en primera línea, a la caballería. No necesita cargar a «infantería intacta», pues, al principio, puede precipitar en la perdición de las masas enemigas con sus armas de largo alcance. Condición previa del éxito, es que el enemigo estreche su frente adoptando un dispositivo profundo con sus reservas acumuladas detrás del mismo, profundice sus flancos, aumentando el número de los combatientes condenados a la inactividad. Fué suerte la de Aníbal tener a su frente a un Terencio Varrón, que anuló su superioridad, al disponer su infantería en una profundidad de 36 hombres. Generalísimos de su escuela se han encontrado en todos los tiempos, con exclusividad de ciertos períodos en que más hubiese sido de desear para los prusianos.

e) JULIO CÉSAR

Dictador romano y una de las primeras figuras de la Antigüedad; gran general, gran político, elocuente orador y escritor distinguido.

Nace en Roma el año 100 a. de J. C. y muere en la misma el año 44 a. de J. C.

Resumen histórico

A los 17 años fué nombrado sacerdote de Júpiter y poco después expulsado de Roma. César era en aquella época uno de los jóvenes más corrompidos. Durante su exilio en Asia asistió a varias campañas militares a las órdenes de pretores romanos, hallándose en el sitio de Mitilene. De regreso a Roma se perfeccionó en la elocuencia. Sus primeras acciones en el comando las efectuó por su cuenta, reuniendo tropas y sin tener misión alguna, combatió y rechazó la invasión del poderoso rey de Ponto.

De vuelta a Roma (74 años a. de J. C.) es elegido individuo del colegio de los pontífices, buscó el favor popular por hábiles adulaciones y repartos abundantes. Elocuente, audaz, disoluto, pródigo, gastaba sin medida y contraía deudas inmensas, para cuya satisfacción no tenía otros recursos que los de la guerra civil y las revoluciones. Se valió de todos los medios, nobles e innobles, para escalar posiciones políticas. Fué destinado (año 61) para el gobierno de la España Ulterior y aunque sus acreedores se opusieron a su partida, mediante la garantía de Craso pudo hacerlo. Una vez en la península vertió lágrimas ante el busto de Alejandro Magno que adornaba el templo de Hércules en Cádiz, diciendo a los que le preguntaban la causa de su aflicción: «Creéis que no son justas mis lágrimas, cuando considero que Alejandro a mi edad había sometido tantos pueblos y que yo no he hecho todavía nada memorable.»

En la península ibérica al frente de 15.000 hombres realizó

la conquista de algunos pueblos, con la que consiguió allí renombre. Regresó a Roma con oro abundante para satisfacer sus deudas y comprar partidarios. Fué nombrado cónsul y ayudado por Pompeyo y Craso formaron una especie de asociación para dominar a la República. Esto en la Historia se lo conoce con el nombre de *Primer Triunvirato.* Desde entonces César impuso su voluntad en Roma.

Realizó la campaña contra los helvecios, llegando en ocho días al Ródano, derrotándolos y obligándolos a regresar a su país. Siguió su campaña contra los germanos, a cuyo rey Ariovisto venció y obligó a retirarse al este del Rin (año 58 a. de J. C.). No ha sido posible seguir paso a paso los triunfos de César en las Galias. Esta sería la primera campaña. En la segunda conquista Bélgica (año 57); en la tercera (56) la Aquitania y la Armórica; en la cuarta (55) hizo dos expediciones, una a la Germania y otra a la Bretaña. En la quinta (54) dominó la parte meridional de esta isla. En lo sucesivo tuvo que desorganizar las coaliciones de varios pueblos galos, siendo la más formidable la promovida por Vercingétorix, que terminó en el sitio y toma de Alesia (51), quedando sometida la Galia.

Unas 800 plazas y más de 300 pueblos sometió César en estas campañas. Más de 3.000.000 de hombres reconocieron la autoridad de Roma y todo el país, hasta el Rin, quedó reducido a provincia romana. Para llegar a resultados tan gloriosos realizó César cosas prodigiosas: aprovechó las disensiones de unos pueblos; provocó a otros; compartió peligros y fatigas con sus soldados; marchó por la Galia, sin temor a la lluvia, a la cabeza de sus legiones; atravesó a nado los ríos, escribió sus famosos *Comentarios*; halló tiempo para dictar a cuatro secretarios a la vez; dió muerte a dos millones de hombres; franqueó las montañas del Jura y de Auvernia, los bosques de la Galia, los pantanos del Mosa y de Flandes, las selvas vírgenes del Sena, demostró que poseía el genio de los grandes capitanes, al mismo tiempo que el valor de un modesto soldado.

Por estas conquistas, todas las riquezas de la Galia vinieron a manos de César, que las repartía en Roma, comprando

todas las conciencias venales, las del pueblo, las de los magistrados, las de los senadores y agitando continuamente a la ciudad, donde, a pesar de su ausencia, era poderoso.

Mantuvo el gobierno de las Galias y sus legiones y promovió la guerra civil contra Roma. Avanzó con sus tropas (5.000 a 6.000 hombres) y se detuvo en el río Rubicón, límite de su gobierno, diciendo a sus amigos: «Si no paso el Rubicón lo he perdido todo y si lo paso, en cuantas desgracias envolveré a Roma.» Luego se lanzó resueltamente al agua, pronunciando su célebre frase: «*Alea jacta est*» (la suerte está echada). Con esto dió comienzo a la guerra civil. Recorrió Italia en medio de las aclamaciones de los pueblos y estableció su cuartel en los arrabales de Roma. Ante la negativa de acceder a sus deseos sacó del tesoro 300.000 libras y regresó a España para terminar la lucha contra sus enemigos civiles. Vencidos éstos volvió a Roma, donde fué nombrado dictador y desarrolló una política benéfica y conciliadora.

Hizo todavía una expedición a Grecia para someter a Pompeyo, al que venció en la batalla de Farsalia (48); la persecución de su enemigo se efectuó a través de Grecia, el Asia y más tarde de Africa. Siguió luego de Egipto a Siria, atravesó la Galacia y conquistó el reino de Ponto, venciendo sólo en tres días a su rey Farnaces. Asombrado César de su rápido triunfo, escribió a su amigo Aminicio sus memorables palabras: «*Veni, vidi, vici*» (he venido, he visto, he vencido).

Vuelto a Roma prosiguió su gobierno con el beneplácito general. En el año 46 a. de J. C. corrió al Africa y en la batalla de Tapso derrotó a los restos de los republicanos. Siguió después su gobierno en medio de una adulación extraordinaria, que él prestigiaba con dádivas generosas. Fué sucesivamente nombrado dictador perpetuo, cónsul, *imperator,* general en jefe y pontífice.

El día en que el senado debía conferirle el título de rey, fué asesinado por los miembros de una conspiración en el propio recinto.

Como conductor de ejércitos

Caracteriza su conducción una energía marcada en las operaciones. Toma siempre la iniciativa. Ejecuta una guerra eminentemente de movimiento, tratando por medio de maniobras rápidas, de impedir la reunión de las columnas enemigas batiéndolas parcialmente.

Dispone que sus bases de operaciones sean sólidamente organizadas. Pueden citarse como ejemplo de ello las campañas de las Galias y Egipto.

Aplica en sus operaciones la requisición en país enemigo del que trata siempre de hacer vivir a su ejército. Con inferioridad numérica acomete a sus adversarios, se coloca entre ellos y por maniobras rapidísimas por líneas interiores, los bate sucesivamente.

Utiliza en gran escala la exploración lejana por la caballería del ejército, que hace depender directamente de él. Con ello asegura su acción, pudiéndose afirmar que las victorias del Aisne y del Rin, se deben en gran parte a las excelentes informaciones de su exploración.

Emplea la persecución a fondo y la prosigue hasta aniquilar totalmente al enemigo.

Hizo un aprovechamiento admirable del terreno en la acción táctica. La demostración frontal con un ataque de ala a fondo, le era típico. La acción principal era su objetivo y en ella elegía un flanco sobre el que caía y aplastaba sin consideración a otro asunto.

Modificó la organización de la legión en forma de adaptarla a las necesidades de su forma de operar. Los dispositivos nunca los hizo rígidos sino que los modificó permanentemente.

Sus principios orgánicos aún perduran: «calidad sobre la cantidad; selección de cuadros; preparación física y moral del combatiente.»

Como Aníbal, ponía la política al servicio del interés militar y viceversa.

f) GUSTAVO ADOLFO

(Gustavo II el Grande)

Sueco.—Rey de Suecia.—(1594 - 1632).

Resumen histórico

Recibió una excelente educación integral. Sucedió a su padre en el trono en 1611, cuando contaba 17 años de edad, continuando la guerra empeñada con Rusia, Polonia y Dinamarca. La paz de 1613 con los dinamarqueses le devolvió la ciudad de Colmar; despojó a los rusos de Ingria, Carelia y una parte de Livonia, con el auxilio de su antiguo general Santiago de la Gardie y merced al tratatado de Estolbova (1617) alejó a los rusos del Báltico. El rey de Polonia, Segismundo, reivindicaba la corona de Suecia, Gustavo le despojó de toda la costa entre Riga y Dantzig y de la mayor parte de la Prusia polaca. En esta guerra salió herido varias veces, mostrando grande aptitud militar.

Ante la invasión alemana a Waldstein y Pomerania opone Gustavo Adolfo sus fuerzas haciendo fracasar la empresa. Acude después en auxilio de los protestantes de Alemania, acepta la misión de jefe de la liga protestante; con un ejército disciplinado, gran amor a la gloria militar y grandes esperanzas, pone manos a la obra. El 19 de marzo de 1630 se embarcó en Elfsua Wen con 18.000 hombres y abundante artillería, llegó al oeste de la desembocadura del Oder y ocupó en seguida toda la Pomerania. Pronto Gustavo, severo, religioso, justo y clemente para con sus pueblos, se vió rodeado de numerosos partidarios. Los espantosos furores del general católico Tilly, destructor de Magdeburgo, atrajeron a Gustavo la mayor parte de los príncipes alemanes del norte, al duque de Pomerania y a los Electores de Brandeburgo y de Sajonia. El Elector Palatino se presentó a pelear bajo sus banderas. En septiembre de 1630 obtuvo Gustavo contra Tilly la gran victoria de Breitenfeld o de Leipzig; después se dirige por Franconia y el

Palatinado y derrota nuevamente a Tilly en Openheim y Maguncia. En seguida volviéndose hacia el valle del Danubio, venció todavía a Tilly, quien fué muerto en el paso del Lech (10 de abril de 1631). Ocupó a Augsburgo y a Munich, pero tuvo que replegarse ante las numerosas fuerzas que había reunido Wallenstein para salvar a Fernando II. Atrincheróse junto a Nurenberg y trató de concluir pero no pudo arrebatar el campo a su formidable enemigo. Retiróse entonces por Nordlinga y Donauwerth y sabiendo que los enemigos arrasaban la Sajonia corrió a salvar este país, muriendo durante la batalla de Lutzen. Conducidos por sus lugartenientes y en particular por Bernardo de Sajonia, los suecos vengaron su muerte, alcanzando una gran victoria.

Como conductor de ejércitos

Su conducción se caracterizó por el empleo indistinto de la ofensiva o defensiva estratégica, según las circunstancias, pero seguida de la ofensiva táctica por una acción rápida y enérgica.

Organizó y preparó su ejército en la mejor forma posible adaptando sus cualidades a las necesidades de la guerra que debía hacer. Su claro concepto orgánico formó un ejército fuerte bien organizado y disciplinado. Ello explica muchos de sus éxitos.

Suprimió los cuarteles de invierno, operó en toda estación y con ello obtuvo muchas sorpresas sobre sus enemigos.

Efectuó la persecución a fondo y encarnizada, siendo ésta una de sus principales características.

Empleó una metódica preparación política y militar para asegurarse neutralidad y alianzas, creando las mejores condiciones para operar.

Operó creando sólidas bases de operaciones situadas en forma tal que sirvieran sin estar expuestas a la acción del enemigo.

Sistematizó las marchas, creando el siguiente dispositivo:

Exploración: En el frente y los flancos destacó a la caballería ligera, provista de armas especiales y organizada especialmente. Tenía además la misión de reconocer posiciones, podía empeñarse en combate a pie o a caballo si era necesario y la distancia a que se destacaba era relativamente larga.

Esta caballería era apoyada en sus misiones por el grueso de la caballería pesada que le seguía detrás.

A continuación seguía la infantería, que marchaba por brigadas con su artillería de campaña. Detrás la artillería pesada.

Detrás los bagajes, cuya protección era dada por una escolta especial, bien disciplinada. Suprimió la chusma que antes seguía a los ejércitos.

Cerrando la columna de marcha iba el resto de la caballería pesada (coraceros).

En el combate, su maniobra favorita fué el ataque de ala simple o doble, generalmente rebasando un ala y atacando la retaguardia enemiga por una conversión.

Utilizó también el martillo defensivo. Supo en situaciones difíciles eludir el combate, desprendiéndose y retirándose a tiempo.

Dió gran importancia al terreno y sacó de él todas las ventajas posibles.

Generalmente, para su orden de combate empleaba un dispositivo general similar, colocando la infantería en dos líneas, por brigadas paralelas (fuera del alcance de la artillería) entre las cuales colocaba su artillería de campaña. La caballería en las alas y en los flancos.

La artillería pesada a su disposición la mantenía a cubierto y a retaguardia para emplearla en el momento oportuno.

Como organizador se caracterizó por una revolución casi total de la organización de la época, así como también la utilización de elementos de una gran perfección técnica.

Puede citarse entre ello:

Cambió las milicias mercenarias por un ejército permanente y nacional, que existía y era instruído durante los períodos de paz.

Creó leyes de reclutamiento que, prohibiendo la admisión de delincuentes, elevaron el nivel moral del soldado y prestigio

del ejército. Los extranjeros eran aprestados en unidades especiales.

Creó recompensas, estableció un estricto régimen disciplinario fundado en la justicia y por resortes especiales desarrolló las virtudes militares de la tropa. Así obtuvo un ejército disciplinado y de grandes cualidades morales.

Organizó los cuadros de oficiales bajo las garantías de la más estricta justicia. Creó la ley de cuadros, estableció los escalafones y determinó el régimen de los ascensos regido por la antigüedad y la elección. La primera prevalecía en tiempo de paz y la segunda en la guerra. Impuso como requisito para ascender por elección la competencia personal, evitando con esto los ascensos por influencias. Los oficiales que cometiesen faltas deshonrosas eran separados inmediatamente. Se ocupó en todas formas para perfeccionar la preparación de sus oficiales.

Reglamentó los alojamientos y alimentación de las tropas y estableció grandes reformas favorables al ejército.

Uniformó el vestuario y distinguió armas y servicios.

Creó las proporciones entre las armas y distribuyó los efectivos correspondientes.

Estableció el juramento a la bandera y fidelidad al Rey.

Creó el tribunal militar encargado de velar por el cumplimiento de la ley y asesorar sobre los méritos y capacidad de los oficiales.

Creó la artillería liviana de campaña para el apoyo directo de la infantería, dándoles las condicions técnicas adecuadas a su misión.

Formó las reservas orgánicas con carácter permanente para llenar claros producidos en las operaciones.

Organizó la infantería en la forma que ha llegado casi a nuestros días; creó la brigada a dos regimientos, de dos batallones a cuatro compañías.

En artillería aplicó por primera vez las concentraciones de fuego sobre un solo punto, preparando así el ataque de la infantería en dicho lugar.

Dió a la caballería su papel de arma de choque. Armó a ésta de lanza y mosquetón (carabina). La empleó en la exploración y en el combate a pie y a caballo.

g) FEDERICO II, EL GRANDE

Prusiano.—Rey de Prusia.—(1712 - 1786).

Resumen histórico

Pasó, con gran disgusto de su padre (Federico Guillermo I, «el rey sargento»), los primeros años de su juventud, dedicado a cultivar las letras y las artes, relacionado con los primeros escritores y filósofos franceses. A causa de la diversidad de carácter hubo desaveniencias entre padre e hijo; el primero golpeó brutalmente al segundo y quiso ahogarle porque no renunciaba sus derechos a la sucesión. Federico trató de huir de la Corte, escapando de un campamento militar donde se encontraba. Descubierto, fué condenado a muerte y sólo pudieron salvarle numerosas influencias, conmutándosele la pena por la de prisión en el castillo Kaustrin, desde cuya fortaleza presenció la ejecución de su amigo y cómplice Katte. Bajo sus aficiones encerraba Federico un genio de primer orden.

Dedicó toda su actividad y su constancia, su pensamiento y su vida entera, a un solo objeto: el engrandecimiento de Prusia.

Los grandes talentos de Federico II y el brillante ejército que su padre le había dejado, encontraron bien pronto un vasto campo en la Guerra de Sucesión austríaca. Mucho antes de que los demás aliados pensasen en tomar las armas, Federico II, terminados sigilosamente todos los preparativos, penetró en Silesia, conquistándola en pocas semanas. La emperatriz de Austria (María Teresa) mandó contra el rey de Prusia, un ejército, que fué derrotado en Molvitz en 1744; al año siguiente penetraron los prusianos en Moravia, vencieron

de nuevo a los austríacos en la batalla de Czarlau y obligaron a Austria a firmar el tratado de Berlín por el cual cedía Silesia a Prusia, separándose así Federico de la liga contra Austria. Luego, vuelto nuevamente contra Austria, penetra en Bohemia; derrota a los sajones en Kaeldorf, se apodera de Sajonia, firmando después el tratado de Aquisgrán.

Ejerce después el gobierno de Prusia impulsando todas las actividades en forma progresiva y admirable. Una nueva lucha estalla en 1756 y sorprende a Federico en plena preparación de su ejército.

María Teresa de Austria, que había cedido Sajonia con disgusto, forma contra Prusia una coalición compuesta por Austria, Sajonia y Francia. Sabiendo Federico que las potencias aliadas trataban de repartirse sus Estados, de improviso penetró en Sajonia, dando comienzo a la Guerra de Siete Años, derrotó a los austríacos y sajones y pasó a Bohemia, en donde derrotó de nuevo a los austriacos en el año 1757 en la batalla de Praga. La fortuna se declara en contra de Federico poco después, siendo derrotado en Kolin y más tarde, al verse rodeado por los ejércitos de Austria, Rusia, Suecia y Francia, pidió la paz, que le negaron los aliados, tomando por esta causa la desesperada resolución de vencer o morir. En tan críticas circunstancias dió la batalla de Rossbach, en la que Federico derrotó al ejército franco-sueco, quedando en su poder Sajonia y luego Silesia. No por esto consiguió desanimar a los aliados: Austria y Rusia le atacaron con nuevos ejércitos y aunque sobre la primera alcanzó la victoria de Leuthen y la de Zorndorf sobre la segunda, al fin fué derrotado por los rusos en la batalla de Kunersdorf, debiendo la salvación de su reino a la desunión de sus enemigos. Los triunfos marítimos de Inglaterra, única aliada de Federico y el cansancio de las potencias continentales, decidieron la paz. Rusia y Suecia firmaron el tratado de San Petersburgo y Austria y Sajonia el de Hubertsburgo (1763), ambos con Prusia, conservando ésta Silesia y restableciendo las cosas al estado que tenían antes de la guerra. Federico se ocupó desde entonces

de evitar la vuelta de una lucha semejante, sosteniendo un numeroso ejército y asegurando a su Estado una alianza sólida en el Continente.

Federico como conductor de ejércitos

Su conducción ha sido característica. Se afirma que ha sido el inspirador de Napoleón y se debe reconocer como a una de las grandes figuras del arte militar.

Su conducción en las campañas que ha realizado han demostrado su genio militar múltiple, ya que no sólo se ha mostrado como un óptimo conductor, sino que su ejército recibió de él un gran perfeccionamiento desde el punto de vista orgánico, así como en la instrucción.

Se mostró siempre inclinado con preferencia a las maniobras de ala, buscando la batalla decisiva por el envolvimiento. En la aplicación de tales maniobras especula, en gran parte, con el carácter inactivo del enemigo y con gran conocimiento de él.

Sus concentraciones se caracterizan por la reunión poco antes del choque, marchando hasta entonces con su ejército dividido. Tal sucede en la campaña de Bohemia (1757) antes de la batalla de Praga. En esa invasión atraviesa las montañas en una *maniobra por ejércitos convergentes* que termina en la batalla mencionada. En tal caso Federico se expone a ser batido en detalle, pero sus conocimientos sobre los austríacos le hacen deducir acertadamente que permanecerán inactivos.

La *maniobra por líneas interiores* la emplea como una necesidad para poder hacer frente a efectivos enormemente superiores, que los aliados presentan ante su ejército. Por esa maniobra los bate separadamente. En esta maniobra su conducción es enérgica y rápida y en ella Federico pone en juego todos sus recursos.

En 1757, la coalición formada contra Prusia era tan numerosa que a Federico no le queda otro recurso que iniciar sus operaciones con gran premura. Se dirige contra Austria, a fin de evitar la llegada de las tropas francesas, rusas y

demás coaligados, buscando con aquélla una paz por separado. Lánzase sobre Bohemia y triunfa en Praga (6 de mayo de 1757). Más tarde es derrotado en Kolin (18 de junio) retirándose en dirección a Breslau. En su camino de retirada se entera que un ejército francés, del príncipe Soubise, de 30.000 hombres llega en ayuda de los austríacos. Toma 16 batallones y 25 escuadrones de su ejército y se dirige a Dresde a presentarle batalla. En Dresde refuerza su ejército en 15 batallones y 20 escuadrones. Maniobra evitando al ejército sueco que lo amenaza con 21.000 hombres; derrota en Rossbach a 50.000 suecos y franceses. Obtenida esta victoria regresa, realizando una marcha de 300 kilómetros en 16 días, para lo cual dispuso que las tropas dejaran su equipo y fueran alimentadas en los pueblos y ciudades por la población civil. Mientras esto se realizaba, las tropas prusianas que habían quedado frente a los austríacos fueron derrotadas en proximidades de Breslau y perseguidas. La llegada de Federico, vencedor en Rossbach, pone fin a esa situación. El 5 de diciembre, ya reorganizado su ejército, da la batalla de Leuthen, con sólo 21.000 hombres y derrota a los austríacos, fuertes en 85.000 soldados al mando del príncipe Carlos.

Antes de la batalla Federico reunió a los jefes y los arengó, imponiéndolos de la necesidad de vencer y manifestándoles que era imperiosa la batalla, que debía ser de vida o muerte y que esperaba de todos que como buenos prusianos se harían honor.

Los jefes a su vez hicieron lo mismo con los oficiales y éstos con la tropa. Este proceder tuvo, sin duda alguna, gran influencia en el éxito.

Hemos citado esta campaña como un ejemplo sobre la forma de operar de Federico, en que pone de manifiesto su decisión, audacia y admirable conducción. Otros ejemplos pueden encontrarse en el mismo sentido en sus campañas de 1758, 1759 y 1760.

Desde el punto de vista táctico aplicó admirablemente el orden oblicuo, creado por Epaminondas. Se caracteriza por

la rapidez de maniobra, la que lleva a cabo con el mayor rendimiento por la prolija instrucción de sus tropas en oposición a la lentitud de las del enemigo. Federico en todas sus batallas aplicó su sistema según las circunstancias, en forma que lo varió casi totalmente. Empleó el aferramiento frontal combinado con el doble envolvimiento (Rossbach).

Como organizador, además de los detalles orgánicos del ejército, en los que puso singular preocupación, fué el creador de la *artillería a caballo* y del Estado Mayor, reglamentando sus funciones tal como subsiste hoy.

Como resultado de lo anterior creó la *Escuela de Estado Mayor,* con la que se buscó preparar los oficiales de Estado Mayor y darles la necesaria unidad de doctrina.

Creó además la *academia militar* para el reclutamiento de oficiales.

Estableció los campos de instrucción, donde las tropas se reunían en grandes masas, para mostrar ante el rey la eficacia de su preparación. Alguno de ellos, como el de Postdam, actualmente se conservan.

Batallas de Federico (1).

h) NAPOLEÓN

(1769 - 1821)

Es, sin duda, la más grande personalidad militar de las estudiadas hasta el presente.

Reunió en su gigantesca personalidad las más altas cualidades del conductor.

Por ser demasiado conocido no daremos su resumen histórico, limitándonos en cambio a enumerar sus campañas, como dato ilustrativo de su eficiencia militar.

(1) Véase: Praga, Rossbach, Leuthen, Zorndorf, Kunersdorf, Liegnitz, en la obra *La batalla de aniquilamiento,* Gunther Frantz.— Biblioteca del Oficial.

Durante las campañas de la Revolución Francesa, de 1792, 1793, 1794 y 1795 actúa en su calidad de oficial de artillería y paulatinamente se destaca hasta hacerse conocer. Sobresale en el sitio de Tolón y de allí pasa al teatro de operaciones de Italia donde pone de manifiesto sus condiciones como general.

Campañas de 1796 - 97

Bonaparte es nombrado general comandante del ejército de Italia, el que había permanecido tres años sin llegar a nada. Inicia la campaña, derrota a los sardos, firma la paz y luego persigue a los austríacos hasta Mantua, fortaleza que sitia. Los austríacos traen cuatro expediciones que Bonaparte derrota sucesivamente, imponiendo la paz en Viena, después de derrotar a los austríacos en Tagliamento. Con el armisticio de Leoben y tratado de Campo Formio termina esta campaña.

Expedición a Egipto

Bonaparte conociendo la situación política difícil, expediciona a Egipto. Derrota a los mamelucos en la batalla de las Pirámides. Marcha a Siria. Se retira después a Egipto. Los turcos desembarcan en Abukir, Bonaparte los ataca y derrota a pesar de su crítica situación. Regresa secretamente a Francia.

Campaña de 1800

Bonaparte hace frente a la coalición formada contra Francia. Mediante hábiles operaciones en las que se ve precisado a atravesar los Alpes, derrota a los enemigos totalmente en Marengo.

Campaña de 1805

Napoleón, ya emperador de los franceses, debe hacer frente a una nueva coalición formada por Inglaterra, Rusia, Austria, Suecia y Nápoles. Toma la ofensiva y derrota sucesivamente en Ulm y Austerliz a sus enemigos. Termina esta campaña con la *paz de Presburgo.*

Campaña de 1806 - 1807

Nueva coalición contra Francia compuesta por Inglaterra, Rusia, Prusia y Sajonia. Napoleón ha conseguido poner de su lado a Holanda, Baviera y Baden. Bonaparte toma la ofensiva, choca con el enemigo en Saalfeld y se produce un combate de vanguardias. Derrota después a los aliados en Jena y Auerstadt en la doble batalla del 14 de octubre, los persigue hasta el invierno. En la nueva estación propicia continúa la campaña derrotando al enemigo sucesivamente en las batallas de Preussisch Eylau y Friedland, con lo que termina la campaña en el tratado de Tilsit.

Campaña de 1808 - 1813

En esta campaña Napoleón tiene que hacer frente a España, Inglaterra y Portugal. España está bajo una dominación francesa de hecho, teniendo a un hermano de Napoleón como rey, José I. Ante los levantamientos en España y el avance de los portugueses e ingleses, Napoleón toma las operaciones y avanza hacia Madrid derrotando a los españoles en Río Seco, Almonacid, Espinosa de los Monteros y Somo Sierra. Toma Madrid y hace perseguir al ejército inglés hasta la Coruña donde se embarcan.

Campaña de 1809

Nueva coalición formada por Austria, Inglaterra, España y Portugal. Napoleón los bate sucesivamente en dos acciones separadas. Termina la campaña en la batalla de Wagram.

Campaña de 1812

Napoleón busca destruir el poder ruso en su propio territorio. Avanza hacia Moscú.

Los rusos se retiran hacia el interior haciendo resistencias en Vilna, Vitbsk, Smolevsky y dando la batalla de Borodino. Napoleón ocupa Moscú, pero había perdido más de 100.000

hombres. Ofrece la paz al zar Alejandro, pero éste no la acepta. Napoleón ordena la retirada, la más trágica de la Historia.

Campaña de 1813

Napoleón derrota a los rusos y prusianos mandados por Federico Guillermo III y Alejandro I en las acciones de Gross-Görschen y Bautzen y después de una batalla poco provechosa en Dresde, se da la de Leipzig y Napoleón se retira, combatiendo por la posesión de las fortalezas.

Campaña de 1814

Es la continuación de la anterior, donde las operaciones muestran los recursos de Napoleón, pero que ante la superioridad de los enemigos debe capitular y abdicar: Se ausenta a la isla de Elba.

Campaña de 1815

Napoleón, después de los Cien Días, regresa y organiza un nuevo ejército de 150.000 hombres. Toma la ofensiva y derrota a Blücher en la batalla de Ligny, quien se retira. Napoleón destaca pocas fuerzas para perseguirlo y se dirige contra los ingleses de Wéllington. Se libra la batalla de Waterloo (Belle Alliance) en la que Napoleón tuvo grandes probabilidades, pero la vuelta y aparición de Blücher la convirtió en una derrota absoluta de los franceses.

Como consecuencia de ello, Napoleón fué confinado hasta terminar sus días en Santa Elena.

Como conductor de ejército

La conducción de Napoleón se ha caracterizado por lo variable en la aplicación de la teoría de guerra. Nadie como él se ha ajustado menos a reglas o sistemas. Sin embargo, según su propia opinión y expresión, existen principios que rigen la conducción, a los que él ha prestado preferente atención.

Su estrategia podríamos calificarla de «grandes objetivos». Nunca busca, como era común en su época, conseguir pequeños objetivos u objetivos secundarios. Él se trazó un gran objetivo y a ése subordinó todo lo demás.

Fué el estratega de las maniobras que busca la batalla decisiva. Al empeñar sus fuerzas en la batalla tentó siempre el aniquilamiento y generalmente en cada una de ellas se jugó el todo por el todo.

Un carácter férreo, una perseverancia constante, una audacia sin límites, sin pecar de temerario, una reflexión profunda y un elevado espíritu de responsabilidad, fueron las condiciones que adornaron su gran inteligencia.

Un amor a la gloria y una ambición desmedida hicieron de este hombre admirable un peligro para la paz de Europa durante veinte años.

Unía a su natural energía una actividad física y una capacidad de trabajo tal, que le permitían manejar personalmente los asuntos de Estado durante la conducción misma de las operaciones.

Preferentemente operó por la ofensiva estratégica y táctica, quitando desde el principio de las operaciones la iniciativa al enemigo e imponiéndole su propia ley de acción.

Sus concentraciones las hacía tendiendo a colocar su ejército en ángulo recto, para amenazar la retaguardia y flanco adversarios por cualquier lado que éste pudiera presentarse. (Campañas de: 1805, 1806, 1809, etc.).

En sus maniobras pone una imponderable rapidez de movimiento, no vacilando en renunciar a la línea inicial de operaciones para tomar otra más conveniente, cuando las circunstancias eran favorables, obligando al enemigo a aceptar la batalla decisiva con frente invertido.

Busca la batalla en las mejores condiciones de efectivos, lugar y circunstancias, buscando el aniquilamiento del ejército enemigo y no su simple derrota.

Su maniobra favorita y en la que era un verdadero maestro, fué la por *líneas interiores*, a la que se vió siempre obli-

gado debido a su permanente inferioridad numérica. Por medio de ella obtuvo sus mejores éxitos estratégicos.

En el campo táctico aplica casi el mismo criterio que en el estratégico, busca el envolvimiento por desbordamiento de las alas o bien la ruptura central.

Empleó grandes masas de caballería y artillería para producir la decisión y explotar la victoria.

Empleó la artillería por concentraciones de fuego en contra de las ideas de la época.

Empleó, en la acción táctica, poderosas reservas para obrar por sorpresa y en el punto decisivo.

Desde el punto de vista orgánico hizo gran obra, comenzando por reconstituir el ejército francés destruído en su constitución por la Revolución Francesa.

Reglamentó el servicio de conscripción, que hasta entonces se había aplicado en forma arbitraria. Con ello formó ejércitos de grandes masas.

Creó la gran unidad estratégica: *Cuerpo de Ejército,* formado por dos *divisiones de infantería,* una división de caballería, un regimiento de artillería y reserva.

Las divisiones de infantería las creó a dos brigadas, de dos regimientos a cuatro batallones.

Con la caballería sobrante formaba la reserva y con la artillería el parque general.

Creó los distritos militares para el reclutamiento y los depósitos para instrucción.

Creó el *tren de artillería* para atender los servicios del arma.

Creó parque de ingenieros y transportes administrativos en general.

Creó la Legión de Honor, como estímulo para sus jefes y oficiales y formó una verdadera aristocracia militar confiriendo títulos de nobleza a sus oficiales según sus méritos.

Batallas de Napoleón (1).

---

(1) Véase: Marengo, Ulm, Jena, De Rusia a Leipzig, 1813, Ligny, en la obra *La batalla de aniquilamiento,* de Gunther Frantz.—Biblioteca del Oficial.

i) SAN MARTÍN

Nace el 25 de febrero de 1778 en Yapeyú, Misiones, donde su padre, Capitán D. Juan de San Martín, ejercía el cargo de gobernador.

Muy joven es llevado a Buenos Aires y se traslada con su familia a España.

Permanece dos años incorporado al «Seminario de Nobles», en Madrid. Cuando aún no había cumplido doce años sentó plaza de cadete en el Regimiento de Murcia. Asciende a Subteniente cuando cumple los quince años.

Sirve inicialmente en África, en la guerra contra los moros. Pasa posteriormente a Orán, donde asiste al famoso sitio de esta fortaleza.

Posteriormente presta servicios en 1793 en la campaña contra Francia. Toma parte en las batallas de Masden y Trouilles. Asciende hasta el grado de Teniente 2º.

Toma parte en 1801 en la campaña de Portugal, interviniendo en el sitio de Olivenza. Posteriormente interviene con su antiguo regimiento, en los bloqueos de Gibraltar y Ceuta.

Marcha en 1807 a la campaña de Portugal con el Regimiento de Voluntarios de Campo Mayor.

En 1809 asciende al grado de Ayudante Primero e incorporado al ejército del General Castaño, que combatía contra los franceses. En esa campaña se distingue brillantemente en la acción de Arjonilla, por lo que fué ascendido a Capitán por mérito de guerra, pasando al Regimiento de Caballería de Borbón. En él toma parte en la batalla de Bailén, donde es ascendido por mérito de guerra al grado de Teniente Coronel de Caballería, cuando apenas tenía treinta años de edad. Interviene posteriormente en la batalla de Tudela y en 1811 en la de Albuera, pasando al Regimiento de Sagunto.

El 9 de marzo de 1812, en la fragata «Jorge Canning», desembarcaban en Buenos Aires un grupo de criollos que viajaban desde Europa para incorporarse al movimiento de libertad iniciado en Buenos Aires, entre ellos San Martín. Sus com-

pañeros eran Alvear, Matías Zapiola, Chilavert y Barón de Holmberg. El 16 de marzo la Junta lo nombra Teniente Coronel de Caballería y Comandante del Escuadrón de Granaderos a Caballo a organizarse y el 7 de diciembre de 1812 asciende a Coronel del Regimiento de Granaderos a Caballo.

El 3 de febrero de 1813 se cubre por primera vez de gloria en América, en la acción de San Lorenzo. El 29 de enero de 1814 se hace cargo del Ejército Auxiliar del Perú en el cual ha sido designado General en Jefe, con fecha 10 de enero del mismo año. El 10 de agosto es nombrado Gobernador Intendente de Cuyo, Allí organiza y crea el Ejército de los Andes. El 1 de agosto de 1816 es nombrado General en Jefe del Ejército de los Andes.

El 21 de enero de 1817 inicia el paso de los Andes y el 12 de febrero aniquila a las fuerzas defensoras de Santiago, del Coronel Maroto, en la batalla de Chacabuco.

El 15 de junio de 1817 el gobierno de Chiie le nombraba General en Jefe del Ejército de Chile. En 1818 realiza la campaña del Sur de Chile contra el ejército de Osorio.

El 19 de marzo de 1818 es sorprendido en Cancha Rayada, donde sufre un revés, pero ya el 5 de abril aniquila a las fuerzas españolas én la batalla de Maipú, consagrando así definitivamente la libertad de Chile.

En 1820 con el cargo de General en Jefe del Ejército Libertador del Perú, emprende su famosa expedición del Pacífico, partiendo de Valparaíso el 20 de agosto de 1820. Desembarca en Pisco el 13 de septiembre, ordenando la primera campaña de la Sierra, a órdenes del General Juan Antonio Alvarez de Arenales.

El 24 de octubre efectúa demostraciones sobre Ancón y el 30 de octubre y 12 de noviembre desembarca en Huacho.

El 9 de julio ocupa Lima, asumiendo el mando supremo.

El 21 de septiembre de 1821 se rendía la fortaleza del Callao.

Con ello se consolidó la libertad argentina, chilena y peruana.

El 26 de julio de 1822 se realiza la famosa conferencia de Guayaquil y San Martín abandona el teatro de sus hazañas.

Falleció en el ostracismo, en Europa, en 17 de agosto de 1850, cuando aún la Historia no había hecho suficiente justicia a su eminente grandeza.

Como conductor de ejércitos

San Martín, como todos los grandes conductores, ha sido hombre de «grandes objetivos», jamás empeñó acción alguna tras un objetivo pequeño. Su vida misma, puesta al servicio de una gran idea, es la prueba de ello y su renunciamiento a desviar su conducta hacia cuestiones pequeñas de la política, evidencia la firmeza de sú ideal y la máxima que regló su vida: «Serás lo que debes ser, o si no, no serás nada», es otra muestra de esta aseveración.

Conocedor profundo de su arte, fué un maestro en la economía de la fuerza, empleando siempre el esfuerzo simultáneo y evitando los parciales. Así decía en 1814: *«yo no he visto en todo el curso de nuestra revolución más que esfuerzos parciales,* excepto los emprendidos contra Montevideo, cuyos resultados demostraron lo que puede la resolución; *háganse simultáneos y somos libres».*

San Martín caracterizó al conductor reflexivo y consciente. Poseía las grandes cualidades morales imprescindibles en un comandante de tropas. Era también un acabado maestro y un edificante ejemplo para sus oficiales. Los mejores generales de la República en la Revolución, fueron reclutados por él o instruídos en la escuela de su enseñanza, que será la mejor norma eterna para los oficiales argentinos.

Era así un conductor y un maestro, difícil dualidad que sólo se consigue en los hombres dotados de un equilibrio extraordinario.

He dicho en otra oportunidad que en tiempo de paz cambiaría un conductor por un maestro. Como también en tiempo de guerra cambiaría todos los maestros por un conductor. Clausewitz hizo por el arte de la conducción más que muchos

de los conductores juntos. Éstos enseñaron a hacer la guerra, aquél enseñó a comprenderla.

San Martín fué para su ejército ambas cosas: maestro y conductor.

Fué como todos los grandes conductores el estratega que busca la batalla decisiva; al empeñarla llevó «la firme resolución de morir con gloria», en busca del aniquilamiento del enemigo.

Su conducción es *clásica,* eminentemente *clásica.* Su arte es el arte superior de los genios.

Como organizador se distingue sobre todos los conductores americanos de su época: el Ejército de los Andes es el mejor ejército que se haya creado en América, tanto en su organización como en su instrucción y dotación. Formó personalmente los mejores jefes y oficiales de la emancipación, algunos de los cuales se mantuvieron en el comando de tropas hasta la época de la organización nacional y eran irreemplazables. Sus tropas instruídas, disciplinadas y entrenadas, fueron superiores a los veteranos españoles de las guerras napoleónicas.

El Ejército de los Andes fué creado de «la nada». Fué necesario fabricarlo todo y para ello dentro de la falta absoluta de medios. Sin embargo, San Martín, con su talento múltiple, montó fábricas, formó depósitos, capacitó operarios y fabricó desde la canana y el mandil modestos, hasta el propio afuste del cañón.

Fué el creador en América de la artillería de montaña a lomo y sobre prensa-zorra. Fué el primer conductor sudamericano que dispuso de un Estado Mayor organizado. Fué también el creador de los servicios de estado mayor, revelándose un maestro en las informaciones y organización de aprovisionamientos y reabastecimientos. La aplicación de sus recursos políticos, económicos, financieros, industriales, en el servicio de estado mayor, representan hoy un ejemplo a imitar. Sus planes de operaciones pueden servir de modelo al ejército más moderno de nuestra época.

En el campo táctico se distingue la alta inspiración de un

Aníbal y de un Napoleón. Sus batallas son de aniquilamiento absoluto. El empleo de grandes masas para producir el éxito y explotar la victoria es su característica más marcada. Empleó la artillería en masa, por concentraciones de fuego, en contra de las ideas de la época. La acción sobre el flanco y la retaguardia del enemigo, por la maniobra de ala, fué de su preferencia.

Una energía extraordinaria en las operaciones y la aplicación de una ofensiva persistente y metódica fueron las características tácticas de su acción.

En la batalla su actitud personal fué decisiva y lo vemos multiplicarse en todas partes para la dirección de la misma y aun intervenir personalmente en la acción, cargando al frente de sus granaderos, cuando la situación, como en Chacabuco, así lo impone.

BATALLA DE CHACABUCO

Croquis 8

Librada en la cuesta de Chacabuco, al norte de Santiago de Chile, entre el Ejército Realista (fuerzas que defienden Santiago) a órdenes del Coronel Maroto y el Ejército de los Andes, a órdenes del General San Martín.

Efectivos de los ejércitos:

Ejército de los Andes: Infantería 2.700, caballería 850, artillería (9 piezas presentes) 240, zapadores 120. Total: 3.910.

Ejército realista: Infantería 3.120, caballería 1.300, artillería (18 piezas) 600. Total: 5.020.

De los cuales sólo tomaron parte en Chacabuco: Infantería 1650, caballería 400, artillería (2 piezas) 30. Total: 2.080.

El 9 de febrero de 1817 el Ejército de los Andes, después de pasar la cordillera del mismo nombre, efectuó su reunión en el valle de San Felipe de Putaendo y a las nueve de la noche llegaba al pie de la cuesta de Chacabuco.

Simultáneamente las fuerzas realistas de Santiago de Chile y las que se habían retirado ante el avance de los patriotas, se concentraban ocupando la cumbre de dicha cuesta.

El día 10 de febrero ambas fuerzas se encontraban frente a frente en la cuesta de Chacabuco: los realistas de Maroto ocupando la hacienda de la Cuesta. San Martín y sus fuerzas repechando la misma.

San Martín utilizó el 10 y el 11 para los reconocimientos y el 11, a la noche, impartió la orden para el ataque. Las fuerzas realistas habían ocupado posición en una altura que interceptaba el camino a Santiago.

San Martín avanzó con su ejército en dos columnas, una débil frontalmente y otra más fuerte destinada a caer sobre la retaguardia de las fuerzas españolas para aniquilarlas.

Desarrollo de la batalla

El día 12 de febrero ambas columnas patriotas comenzaron a subir la cuesta por las rutas de montaña que conducen a la hacienda de Chacabuco. A medio día la fuerza que debía efectuar el aferramiento frontal (columna de O'Higgins), se encontraba frente a la posición española y, en contra de las recomendaciones de San Martín, inició el ataque sin esperar a la División Soler que, teniendo que recorrer mayor camino, tardaría aún dos horas. El resultado de este ataque frontal prematuro fué que la División O'Higgins se viera en muy crítica situación, que salvó el propio General en Jefe cargando a la cabeza de las tropas de su guardia, lo que permitió a O'Higgins retirarse.

San Martín, temiendo ver comprometida la acción por la imprudencia de O'Higgins, ordenó a la columna envolvente apresurar la marcha y dirigirse al flanco de Maroto.

Antes del anochecer la batalla había terminado con la intervención de Las Heras en el flanco y la retaguardia, siendo totalmente aniquiladas las fuerzas realistas: 500 muertos, 600 prisioneros, inclusive 32 oficiales, la artillería, parques, etc., fueron los trofeos de la jornada. Dos días después San Martín entraba triunfador en Santiago de Chile.

Batalla donde se ha empleado la maniobra de ala en forma de envolvimiento del ala izquierda realista. Fué de efectos aniquiladores y sin duda hubiera sido aún de mayores proporciones, a no mediar la conducta imprudente, aunque sí valerosa, de O'Higgins.

Es una batalla esencialmente maniobra. La batalla de Chacabuco es la culminación admirable del plan de San Martín para el «Paso de los Andes», pues este genial conductor *ha vencido las más altas cordilleras que ejército alguno haya pasado,* frente a un enemigo superior en número, al cual ha llevado a una batalla de aniquilamiento. Su arte se evidencia aún más si se tiene en cuenta que ante un enemigo superior en el campo estratégico, ha llegado a la batalla con una marcada superioridad de medios.

BATALLA DE MAIPU

Croquis 9

Librada el 5 de abril de 1818 entre el Ejército Unido, al mando del General San Martín y el Ejército Realista de Chile, al mando del General Osorio. En la margen norte del río Maipo, al sur de Santiago de Chile.

Ejército Unido: 5.000 hombres.

Ejército realista: 5.500 hombres.

Ambos ejércitos el día 4 se encontraban ya en sus respectivos órdenes de batalla, frente a frente y listos para iniciar la lucha. El Ejército Unido, con seis batallones en primera línea y dos de reserva sobre el centro, manteniendo su artillería en el centro y sobre las alas de la infantería. Detrás de ambas alas la caballería fraccionada en partes iguales.

Los realistas, a menos de cuatro kilómetros al frente, habían ocupado con sus cuatro batallones una loma y en un mamelón de la izquierda en actitud de flanquear, colocaron

fuertes fracciones. La caballería en el claro y otra fracción en el ala derecha. La artillería distribuída en el frente.

La infantería realista era muy superior a la patriota, pues los batallones patriotas apenas alcanzabn a efectivos de 200 hombres, mientras que los 4 batallones enemigos tenían casi 1000 hombres cada uno. En cambio la caballería patriota era superior.

Desarrollo de la batalla

El 5 a medio día la artillería patriota abría el fuego sobre los realistas dando comienzo a la batalla.

Las caballerías de ambos flancos se lanzan al ataque y destrozan las caballerías realistas de los flancos, que se retiran y dispersan. Ambas infanterías chocan frontalmente, pero los realistas, muy fuertes en infantería, ponen al ala izquierda patriota en serio apuro. Pero la intervención de la reserva y la artillería salva esta situación. Mientras tanto, en el ala derecha la División, Las Heras rechaza a Primo de Rivera y comienza el envolvimiento del flanco de las fuerzas principales realistas.

Tal situación llevó al desbande de las fuerzas realistas que apresuradamente se lanzaron en retirada hacia las casas de Lo Espejo, donde fueron rodeados y tomados prisioneros, escapando sólo un batallón realista que, perseguido por la caballería de Freyre, no fué posible alcanzarlo, debido al estado de los caballos. Sin embargo, a las 18.00 horas, 2000 muertos españoles cubrían el campo de batalla y 3000 prisioneros eran desarmados en Lo Espejo. Todo el armamento, banderas y material fué copado en Maipú.

Maipú es una batalla-maniobra, cuya conducción comienza por el choque frontal en el encuentro de los dos ejércitos. Desde ese momento los patriotas buscan las alas, primero la S. E. y luego la N. O. del enemigo. El primer envolvimiento falla, pero el segundo se realiza y decide la batalla. Es la conducción táctica por excelencia, nada ha podido preverse, son los acontecimientos mismos de la batalla los que aconsejarán las sucesivas medidas. Es como ninguna otra acción, una batalla que impone al General en Jefe que la conduzca desde su iniciación hasta el fin.

B. — LA EVOLUCION DEL ARTE

Como resultaría demasiado largo para estos apuntes hacer una descripción sobre el proceso evolutivo del arte de la guerra, he preferido anotar en la planilla que va inserta en la página siguiente los diferentes datos que caracterizan las distintas etapas en que la evolución ha fijado períodos identificables por sus conductores y sus hechos.

En él el lector podrá formarse una idea más o menos objetiva de los distintos períodos y la influencia que en ellos han tenido los hombres, los métodos, las formas de la guerra y el estado general de la cultura de los pueblos. Si se desea profundizar tales estudios, la bibliografía de la Biblioteca del Oficial es rica en tales asuntos. De sus volúmenes recomiendo especialmente los números CLXIII, CLXIV, CLXV y CLXVIII: *La evolución del arte de la guerra,* del General Héctor Bástico y *El arte de vencer,* por el General Arturo Boucher.

CAPITULO II

LA GUERRA

1.—NATURALEZA DE LA GUERRA

A.—CARACTERISCAS FUNDAMENTALES DE LA GUERRA

Numerosas son las definiciones que sobre la guerra se han hecho, pero nos interesa para nuestros estudios conocer especialmente lo que al respecto afirma Clausewitz:

«*Es la continuación de la política por otros medios.*»

«*La guerra es, un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad.*»

Tales afirmaciones seguiremos en la disertación y aclararemos en su verdadero contenido, para formar un juicio más o menos exacto de las características de la guerra moderna. El reducido tiempo de que disponemos sólo nos permite tomar lo fundamental. Tales pensamientos a nuestro juicio encierran, desde el punto de vista militar, las afirmaciones más fundamentales de la guerra de nuestros tiempos.

Veremos, pues, la política influyendo en la *preparación para la guerra*, así como también la *conducción misma de las operaciones*. La existencia de una estrecha vinculación entre la conducción de la política y la de la guerra es una consecuencia de la guerra moderna. No puede concebirse en la organización de los Estados un régimen que no asegure la relación de tan importantes cuestiones.

Por otra parte, el segundo aforismo de Clausewitz que mencionamos indica claramente los medios a poner en práctica—*la fuerza*—y la finalidad que persigue la guerra—*la destruc-*

ción del poder del adversario. Este enunciado singularmente sencillo ha evolucionado con los tiempos desde la Antigüedad hasta el presente, a través de hombres y sistemas, desapareciendo algunas veces y surgiendo otras en todo su verdadero valor. Hoy, puede afirmarse, que el concepto mundial se ha establecido. Nadie piensa de distinto modo: *El fin de la guerra es el aniquilamiento del enemigo*, cualesquiera sean los medios puestos en la balanza de los destinos de los pueblos.

Sin embargo, esta verdad ha sido conquistada a través de numerosas guerras de la época moderna, que han destruído afirmaciones tales como:

Joly de Maizeroy: «La ciencia de la guerra, no consiste solamente en saber combatir, sino mucho más en evitar el combate, en escoger posiciones, en dirigir las marchas de modo que se llegue a librar batalla cuando se le juzgue indispensable.»

Maussebauh, al elogiar al príncipe Enrique (hermano del gran Federico) decía, «Supo atraerse la fortuna por marchas atrevidas; más feliz que César en Dyrrachium, más grande que el príncipe de Condé en Rocroi, a semejanza del inmortal Berwick, *la victoria sin batalla.*»

El Mariscal de Sajonia mismo, hombre de mérito incontestable, sin embargo, pero de su tiempo, con respecto a esta misma guerra decía: «No soy partidario de las batallas, sobre todo en el principio de la guerra. Estoy persuadido que un hábil general podrá hacerla *toda la vida* sin verse obligado a ellas.»

En cambio obsérvese a los grandes conductores. Ellos buscaron siempre las batallas para definir la guerra y se aferraron a ellas como el único medio de decidirlas. Así Napoleón, escribía al Mariscal Soult en 1806, en circunstancias de entrar en Sajonia: «*Nada hay que desee más que una batalla.*» Anhelaba sin duda alguna la decisión.

La guerra moderna busca destruir el poder enemigo para imponerle nuestra voluntad. Para ello es necesario la lucha activa. Es necesario la batalla, que siendo la síntesis de toda la guerra, representa el acto más fundamental de la misma.

La guerra moderna impone así buscar una rápida decisión. Ejércitos de millones o cientos de miles de hombres, la paralización de las actividades del país como resultante de la «nación en armas», imponen una guerra de corta duración, para poner nuevamente en marcha el mecanismo nacional detenido. No habrá en la actualidad nación suficientemente rica como para hacer la guerra durante muchos años sin quedar en la más absoluta ruina. Ello exige, entonces, guerras cortas y para ello se impone una rápida decisión, buscando desde el principio la batalla.

B.—DE CÓMO DEBE CONSIDERARSE A LA GUERRA LA CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA POR OTROS MEDIOS

Un país en sus aspiraciones puede tener el simple deseo de mantenerse y progresar dentro de sus límites por el natural desarrollo de sus riquezas y la capacidad energética de sus habitantes. Puede asimismo ambicionar ciertas riquezas o hegemonías que la naturaleza le ha negado.

De tales estados de aspiraciones o ambición nacerán respectivamente sus miras y sus planes de acción. Los primeros, los que no ambicionan sino lo suyo poseerán un *objetivo negativo;* los segundos, los que ambicionan tendrán un *objetivo positivo.*

Los gobiernos de tales Estados, interpretando el sentir nacional encaminarán sus miras políticas hacia la consecución de tales objetivos nacionales. De ello nacen los objetivos políticos, que naturalmente pueden ser positivos o negativos, según sean los intereses que los pongan en juego.

En las relaciones normales de los países, sus hombres dirigentes ponen en juego todos los medios posibles para conseguir lo que el *objetivo político del Estado* aconseja como conveniente a las necesidades o aspiraciones del mismo. Para ello se establece una verdadera lucha entre las naciones que tienen intereses contrapuestos, donde se ponen en juego todos los medios sin llegar por ello a una ruptura de las relaciones que naturalmente mantienen los Estados. En esta lucha política

es la *diplomacia* quien tiene la palabra y que representa el brazo derecho de la *política* en sus luchas de tiempos de paz.

Conjuntamente con la acción desarrollada por la diplomacia en tiempo de paz, la política debe prever aquello que por medios pacíficos no podrá conseguir, a pesar de los esfuerzos que la diplomacia haga en favor. De ahí surge la posibilidad de conseguir por medios violentos lo que por medios pacíficos no será posible hacer.

Como resultado de las relaciones mismas de los países y de los intereses comunes o paralelos, nace el acercamiento o distanciamiento de determinados Estados y como resultado de ello las alianzas.

Previendo entonces que sea necesario echar mano a los medios violentos para conseguir el *objetivo político* que la diplomacia no asegura, es que el político debe disponerse a tomar contacto con el militar para preparar la acción, en forma de seguir la misma finalidad de la diplomacia (el objetivo político), pero por medio de la acción militar.

De ello nacen las vinculaciones entre el político y el estratega y por eso la guerra no puede ser otra cosa *que la continuación de la política por otros medios.*

Comúnmente el político da al militar las posibles hipótesis de guerra que surgen de las relaciones internacionales y sobre ellas éste construye el programa de acción de las fuerzas vivas del país que deben ser puestas al servicio de la guerra. Como la preparación del país para esa guerra implica participación de todas las fuerzas vivas, es natural que esa preparación se haga en estrecha cooperación y colaboración entre político y estratega.

Cuando sobreviene la crisis política y se declara la guerra, se pone en ejecución todo el mecanismo preparado y político y militar, trabajan estrechamente unidos para conseguir, mediante el aniquilamiento del enemigo y la imposición de nuestra voluntad, el *objetivo político* del país.

C.—DE CÓMO DEBE CONSIDERARSE A LA GUERRA UN ACTO DE FUERZA A IMPONER NUESTRA VOLUNTAD AL ADVERSARIO

Durante el siglo XVII y XVIII, especialmente, existieron teorías raras sobre la ejecución de la guerra. Se pensó a menudo que por demostraciones y maniobras artísticamente planeadas y realizadas, se obligaría al enemigo a retirarse, cuando la situación le fuera desfavorable antes de empeñar la batalla.

Como naturalmente debía suceder, Napoleón, desde 1796, se encargó de demostrar a los que de tal modo pensaban, que estaban en el más profundo error.

A este respecto afirma Foch, refiriéndose al sistema de maniobras citado: «En todas esas concepciones ha desaparecido el propósito de obtener un resultado por medio de la lucha. El sentimiento de la fuerza ha sido reemplazado por el de la figura; la mecánica de la guerra se ha convertido en geometría de la guerra; la intención se substituye al hecho; la amenaza al golpe, a la batalla.» «El error consistía en señalar como objeto de la guerra la ejecución de maniobras artísticamente combinadas y no la destrucción de las fuerzas del adversario. El mundo militar siempre ha caído en esos errores cuando ha abandonado la noción recta y sencilla de las leyes de la guerra, idealizando la materia, descuidando el sentido natural de las cosas y la influencia del corazón humano en las resoluciones de los hombres.» (Von der Goltz).

Semejante formalismo conducía igualmente a la pedantería y se oía a los generales austríacos, batidos por Napoleón en 1796, exclamar con admiración. «No es posible desconocer, como lo hace ese Bonaparte, los principios más elementales del arte de la guerra.»

Napoleón ha sido, sin duda alguna, inspirado a su vez en el gran Federico, el iniciador de la conducción moderna de guerra. Con él se inicia la nueva era, la de las luchas de pueblos contra pueblos. Él se encarga de fijar las normas que nos

llegan a nosotros, sobre la finalidad y los medios de la guerra.

« La Revolución Francesa, dice Clausewitz, había dado a la política y a la guerra un carácter que el gran Federico no había previsto, así como no se puede saber, la víspera de un gran acontecimiento, la dirección que tendrán las cosas.

» La Revolución Francesa, por la fuerza y la energía de sus principios, por el entusiasmo con que arrastraba al pueblo, había arrojado todo el peso de ese pueblo y todas sus fuerzas en la balanza en que, hasta ese momento, sólo había pesado un ejército reducido y las limitadas rentas del Estado.»

Ante el concepto moderno de la «nación en armas» el sistema mencionado ha muerto definitivamente, para no resurgir más, pese a los temores que en tal sentido tenía Clausewitz cuando escribía: «¿Quién sabe si dentro de algunas generaciones no se verá reaparecer el entusiasmo por la vieja esgrima y los métodos anticuados; condenar los combates y las batallas de Bonaparte como actos de barbarie?».

«Todos los esfuerzos de los escritores militares deben tender a ponerse en guardia contra esos peligrosos errores. ¡Que el cielo se digne conceder a nuestros trabajos una influencia saludable en el espíritu de los hombres a los que el porvenir reserva el gobierno y la dirección de los intereses de nuestra patria!»

Es de este anhelo profético, convertido en realidad, que nació el Estado Mayor prusiano: del abandono de la vieja esgrima y de las prácticas anticuadas; del estudio concienzudo de los combates y de las batallas de Napoleón, consideradas no como actos de barbarie, sino como *únicos medios* de la guerra en su sentido más exacto. Hagamos de esto nuestro provecho; termina Foch.

Sentado así el enunciado justo de la finalidad de la guerra, debemos considerar que la doctrina del aniquilamiento ha trascendido de la guerra a la batalla y, en fin, a las operaciones en general. Hoy el objetivo más alto que puede alcanzarse en toda operación de guerra es, sin duda alguna, *el aniquilamiento del enemigo.*

D.—EL FIN Y LOS MEDIOS DE LA GUERRA

El fin de la guerra surge claramente de lo que hemos dicho al referirnos a su propia naturaleza: *imponer al adversario nuestra voluntad.*

Para ello es necesario la *acción de fuerza* opuesta a la que el enemigo pueda presentar en este campo de la violencia. De ello surge como natural la lucha por el logro del mencionado fin.

Clausewitz, al considerarlo, compara así la guerra:

«La guerra no es otra cosa que un combate singular amplificado. Si queremos concebir como unidad del simulacro de combates singulares que la constituyen, nada mejor que representarnos dos luchadores. Cada uno pretende, por medio de la fuerza física, someter al otro al *cumplimiento de su voluntad; su fin inmediato es derribarlo e incapacitarlo para ulterior resistencia.*

» Así también en la guerra el fin inmediato *es aniquilar el poder enemigo* para el logro del fin ulterior: *imponer nuestra voluntad.*

» Someter al enemigo a nuestra voluntad, es el *fin político.* Para conseguir este fin tenemos que *dejar indefenso al enemigo* y este es, conforme con nuestro concepto, el *fin propio de la acción guerrera.* Este representa al fin político y lo substituye en cierto modo como a algo no perteneciente a la guerra misma.»

Debemos entonces considerar que el *fin propio de la acción guerrera* es dejar indefenso al enemigo. Ello implica para la guerra misma: o bien la destrucción del poder adversario (su aniquilamiento) o la conveniencia de ceder ante la perspectiva de males mayores en caso de seguir la acción.

« Si el enemigo ha de cumplir nuestra voluntad, dice Clausewitz, es preciso ponerlo en una situación que sea más perjudicial que el sacrificio que de él pretendemos obtener; las desventajas de tal situación no deben, por lo menos, según las apariencias, ser transitorias; de otro modo, esperaría el con-

trario mejor ocasión y no cedería. Todo cambio producido en aquélla por la prosecución de la acción guerrera debe conducir a otra peor, cuando menos así ha de parecernos. La peor situación a que se puede llegar un beligerante es la total carencia de defensa. Si ha de someterse al adversario al cumplimiento de nuestra voluntad por medio de la acción guerrera, es preciso o incapacitarlo de hecho o colocarle en tal estado que quede amenazado de este resultado, según toda probabilidad. De aquí se desprende que el desarme o derribo del adversario, como queramos llamarlo, debe ser siempre el fin del acto guerrero.

He ahí, pues, la moderna concepción del fin de la acción guerrera: *el aniquilamiento del enemigo.*

Recalco bien esta finalidad y cada uno de los que inicien el estudio de la guerra debe ser guiado por esta premisa. Ella encarna en las operaciones estratégicas el objetivo militar o estratégico. Sólo el aniquilamiento del enemigo es en la guerra moderna, el objetivo que guía a la conducción superior. El olvido de este objetivo por los conductores que antes mencionamos, llevó a una deformación de la acción guerrera, hasta que Napoleón los llamó a la realidad con sus operaciones y batallas que tenían un sello de *aniquilamiento.*

Es, pues, la guerra moderna, eminentemente de aniquilamiento.

Los *medios* para obtener tan alto objetivo, hoy representan la totalidad de las fuerzas vivas de la o las naciones que realizan la guerra. En este campo no existen limitaciones, la guerra se hace por todos los medios.

«El poder se arma con los inventos de las ciencias y las artes, para encontrar el poder», afirma Clausewitz. Hoy este concepto se ha ampliado hasta límites imprevisibles. La guerra impone aprovechar hasta la última energía vital, física, material y espiritual, en forma de sumar nuevas fuerzas, de todo orden, hacia el logro del objetivo previsto.

La política pone en movimiento todo su mecanismo antes y durante la guerra, para sumar fuerzas materiales o espirituales, buscando aliados activos o pasivos, creando las mejores

condiciones para las operaciones, formando movimientos de opinión favorables a la finalidad buscada, anulando los que obstaculicen el logro de ella, neutralizando errores anteriores por sabias medidas del presente, cediendo algunas veces en un lado para obtener mayores beneficios en otros, en fin, una acción activa y consecuente con la finalidad militar del momento.

La economía nacional, manteniendo por todos los medios las actividades, a fin de no detener el mecanismo nacional y producir el máximo para las necesidades de guerra.

La industria manteniendo su producción en parte y transformando el resto para servir a la guerra.

La prensa y la propaganda desarrollando una acción dinámica y apropiada a las conveniencias políticas y sociales y buscando efectos contrarios en el campo enemigo.

Las finanzas buscando de mantener el más elevado índice, por una administración minuciosa y severa.

Y por sobre todas ellas, las fuerzas vivas del país, transformadas en poder, utilizando el máximo de las reservas físicas y materiales, organizadas convenientemente y dirigidas en la mejor forma posible, se encaminan hacia la acción directa, en procura del objetivo anhelado.

E.—CAUSAS DE LA GUERRA

Las causas de la guerra han evolucionado con el tiempo, en forma de variar totalmente con el grado de civilización, estado social y desarrollo económico mundial.

Así en la antigüedad las guerras de conquista fueron comunes, especialmente durante las civilizaciones de Oriente, Grecia y Roma. Pasaron después a ser religiosas o dinásticas. Luego de carácter social como la Revolución Francesa. Sucedieron después las luchas por la independencia y por la formación de las nacionalidades. Luego vino la lucha por razones económicas.

Es en este concepto que las causas de la guerra deben bus-

carse hoy, como en todos los tiempos, en los problemas políticos, sociales y económicos, profundamente arraigados en los intereses de los Estados. Se desarrollan o se atenúan a través de los tiempos, pero aparecen bien claros en las grandes crisis políticas.

Si se investigan las causas, es necesario, comúnmente, buscar en la historia de los pueblos, desde largo tiempo atrás, esos intereses que ocasionan el choque de ellos convertidos en ejércitos.

Los pretextos tan comunes, en cambio, son causas aparentes que los países buscan para disfrazar sus verdaderos intereses o ambiciones.

F.—DISTINTAS CLASES Y FORMAS DE GUERRA

Las guerras, según se consideren, pueden ser de distintas clases y de formas diversas, pero debe entenderse que llevando siempre la misma finalidad militar: *el aniquilamiento del enemigo*, tales designaciones obedecen sólo a una necesidad clasificativa.

Según sus causas, las guerras pueden ser con una finalidad económica, política, social, dinástica, de independencia, etc.

La *guerra popular* es aquella que el pueblo la desea y que como consecuencia de ella en el período de crisis la pide y durante la realización facilita en todas formas la acción del profesional, quedando así allanados todos los inconvenientes en el menor tiempo; todas las actividades del país se ponen pronto al servicio de la guerra y las medidas previstas se desarrollan con gran celeridad.

En la *guerra impopular,* en cambio, nadie coopera y la población demuestra en todas formas que no la desea. Los inconvenientes de todo orden surgen desde los primeros momentos y aumentan a medida que se desarrollan los acontecimientos.

Según el medio en que se realiza, puede llamarse guerra naval o marítima si ésta se desarrolla entre los poderes navales de los beligerantes y guerra terrestre la que se desarrolla en los territorios continentales. Con la constitución de las nuevas fuerzas aéreas en los numerosos países del mundo, que han adoptado esa organización, puede llegarse también a la *guerra aérea.*

Según el número de beligerantes, puede clasificarse en guerra simple a la producida entre dos países y guerra de coalición a aquella en que intervienen varios países en uno o ambos bandos.

Según la forma de realizarla podríamos clasificarlas también en: *guerra ofensiva* aquella en que sus operaciones se realizan por medio de la ofensiva estratégica y *guerra defensiva* a la que emplea las formas de la *guerra estratégica.*

Pueden encontrarse otras clasificaciones, según se considere a la guerra en otros aspectos, pero para nuestros estudios posteriores nos basta con conocer y uniformar esta terminología.

G.—FACTORES QUE FAVORECEN O PERJUDICAN EL DESARROLLO DE LA GUERRA

Anteriormente hemos considerado la guerra en su *naturaleza* misma, sus distintos tipos, sus causas y los pretextos comunes para hacerla, así como las características originales de la guerra moderna. Hemos hablado también del arte militar, de su teoría y de su doctrina.

Ahora nos dedicaremos a considerar diversos factores, que generalmente se presentan auspiciando el éxito en el desarrollo mismo de la guerra o creando probabilidades adversas, según ellos se encuentren en el propio ejército o en el adversario, respectivamente.

Tales factores han existido desde los más remotos tiempos y han evolucionado en sus valores relativos, con la evolución

del arte mismo de la guerra y las diversas formas de combatir que los tiempos, la ciencia y el arte han impuesto a la guerra.

En la consideración que de tales factores haremos, seguiremos progresivamente su explicación, dando el valor que cada uno tiene y luego los estudiaremos brevemente en su evolución histórica, para finalmente sacar conclusiones sobre su valor actual.

Dos son las grandes categorías en que comúnmente han sido clasificados los factores que intervienen en el desarrollo de la guerra:

1º *Los factores morales.*
2º *Los factores materiales.*

Los primeros no son otra cosa que una serie de circunstancias concurrentes, de orden moral, que facilitan e impulsan la feliz realización de todo acto guerrero, que pueden crearse, orientarse y poner en favor del éxito en la guerra.

Los segundos representan en general la fuerza que ha de oponerse al enemigo, su organización, preparación y potencia de combate, que aseguren una superioridad de medios sobre el adversario.

Es natural considerar que tales factores están estrechamente vinculados unos con otros y que los favores de Marte se inclinaron y se inclinarán siempre hacia el campo de uno de los contendientes que mejor haya sabido preparar y aprovechar tales factores, desde un punto de vista integral y dando a cada uno de ellos el valor que las circunstancias aconsejaran en cada caso.

Sería difícil decir, sin temor de cometer un error, cual de los factores es el preponderante. Vivimos, sin embargo, una época de preponderancia de los *factores morales*, pero es necesario hacer presente que tal preponderancia es un producto experimental de las últimas guerras, de donde también puede sacarse la enseñanza que existe una verdadera relación entre los factores morales y materiales, que se complementan en la acción, ya sea para equilibrar las probabilidades de éxito o

inclinar decididamente la balanza de la decisión hacia el lado del que los tenga en mayor proporción.

1º LOS FACTORES MORALES

Entre éstos podemos considerar, como una clasificación general, tendente a tomar todas las circunstancias de que hablamos, los siguientes:

a) Características del pueblo.
b) La política.
c) Indice patriótico.
d) La influencia personal del conductor.

a) Características del pueblo

El concepto de la *nación en armas* ha dado a este factor una importancia tal, que puede afirmarse que el *ejército es hoy más que nunca el reflejo del pueblo que lo produce.*

El conductor moderno deberá estar dotado entonces de condiciones especiales para interpretar y resolver los problemas militares, teniendo en cuenta las características del pueblo.

Será también este factor el que imponga la necesidad de preparar la guerra en el campo espiritual, llevando al pueblo mismo el convencimiento de las necesidades que la motivan e inspirando en él, que será el ejército de mañana, el sentimiento del deber colectivo o individual más conveniente a las necesidades de la defensa nacional.

Para ello la Historia nos proporciona como enseñanza la existencia de factores de forma y de principio. Los primeros no pueden ser aplicados sin antes analizar si cuadrarán a nuestras características; los segundos son de aplicación universal. A estos últimos es a los que hay que echar mano para su aplicación, tanto en la preparación como en la realización misma de la guerra.

b) La política

Ya hemos hablado sobre la necesidad de una colaboración permanente del político y del militar, por razones de relación entre la política y la guerra.

El factor político tiene, pues, una importancia capital en la preparación y realización de la guerra.

Para considerarla como factor diremos que la política es el conjunto de principios de gobierno de que se vale el jefe del Estado y sus colaboradores para dirigir al país y elaborar su grandeza, considerada desde el punto de vista interior y exterior.

De ello se deduce que debemos considerar la *política exterior* y la *política interior*.

La *primera* tiene a su cargo las relaciones del país con las potencias extranjeras y por ello la misión elemental será, desde el punto de vista militar, preparar en el campo político internacional la guerra en las mejores condiciones posibles.

La *segunda* tiene fundamental importancia en la preparación moral, física y material del pueblo, en forma de preparar su espíritu para intervenir ventajosamente en una contienda de carácter guerrero.

De la acción de ambas el conductor tiene mucho que esperar; a ellas tendrá mucho que agradecer o que reprochar en la realización misma de las operaciones cuando los valores morales del ejército sean puestos en juego y cuando las condiciones en que se realice nuestra guerra nos agrupe alrededor, amigos o enemigos.

Quiera Dios que en este sentido no tengamos que reprochar a nuestros políticos como lo hiciera el emperador Guillermo II en sus *Memorias*, cuando dice: «El Ejército alemán no perdonará nunca el haber sido defraudado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, empeñado en el mantenimiento de la paz a todo precio.» Y quiera también que nuestra política interior dé los resultados que dió al gran imperio alemán cuando, el 4 de agosto, en el Reichstag, declara el diputado

Haase en nombre del *Partido Socialista:* «En la hora del peligro no abandonamos a nuestra patria.»

c) Indice patriótico

Este factor ejerce una acción decisiva sobre el ejército de campaña, no sólo en la potencialidad del movimiento, sino en el mantenimiento de la capacidad para llegar hasta el fin.

El índice patriótico debe perdurar no sólo hasta el primer choque, sino hasta aniquilar al enemigo; por ello es necesario que el pueblo sienta su patriotismo con la mayor intensidad y que no sean explosiones momentáneas que lejos de ser beneficiosas son perjudiciales. Todos los sufrimientos de la guerra deben ser mitigados por el amor patrio.

Esta alta finalidad sólo puede conseguírsela con un trabajo intenso de los hombres de gobierno y una educación e instrucción moral elevada en todos los órdenes, en el hogar, en la escuela, en el cuartel y en las agrupaciones de todo carácter.

Esta parte de la preparación para la guerra, debe ser objeto de fundamental atención; necesitamos fuerza espiritual y ésta sólo la conseguiremos, entre otras cosas, desarrollando consciente y decisivamente el sentimiento de nuestra nacionalidad.

d) La influencia personal del conductor

El General Fortmüller ha dicho: «En último análisis, las guerras han sido perdidas por el conductor.»

La Guerra Ruso-Japonesa, de 1904-1905 y la Mundial, de 1914-1918, parecen darle la razón en último término. La experiencia de las numerosas guerras anteriores también acumulan argumento sobre esta afirmación.

César, Alejandro, Aníbal, Federico, Napoleón, Moltke, San Martín, son numerosos ejemplos de lo que pesan los conductores en las guerras.

Federico el Grande afirma: «Aunque el efectivo de las tropas prusianas sea inferior al del enemigo, no se debe deses-

perar en vencerlo, pero entonces es menester que las disposiciones del General valgan el doble de lo que numéricamente falta.» Él dió muestras siempre de que esta afirmación era exacta y lo probó en Leuthen derrotando con 20.000 hombres al archiduque Carlos que contaba con un ejército de 85.000 soldados.

Sobre las condiciones del conductor hablaremos más adelante, pero debe tenerse desde ya en cuenta que su valor en el orden intelectual, físico y moral tiene una influencia por demás decisiva en las operaciones que realiza.

2º FACTORES MATERIALES

Pueden considerarse a éstos representados por el personal, material, terreno, objetivo que se persigue, medios económicos y capacidad guerrera.

a) Personal

Es el conjunto de hombres que constituye la fuerza armada y que obra como elemento vital de la guerra.

b) Material

Es el conjunto de elementos que sirven al personal para aumentar sus fuerzas y satisfacer sus necesidades.

c) Terreno

Es el teatro sobre el cual obran el personal y material.

Preparar estos tres elementos para que respondan de la mejor manera posible al fin deseado, es materia de la *organización.*

La organización tiene también influencia decisiva en las operaciones y de ahí la estrecha relación que debe existir entre ella y la conducción.

Con la organización se prepara el ejército para el esfuerzo a realizar en la forma más perfecta posible, teniendo en cuenta el esfuerzo a realizar y las dificultades a vencer.

Actualmente, desde el punto de vista doctrinario, se acepta universalmente la conveniencia de que el probable conductor sea a la vez el que organice el ejército. Nada más lógico y natural. Nadie mejor que él conoce cuál será el futuro, cómo empleará la fuerza y cuál será el camino que siga, para conseguir el objetivo. Nadie mejor que él sabrá qué fuerza necesita, cuál será su organización y distribución y qué condiciones de instrucción y preparación deberá tener para cumplir satisfactoriamente su misión.

A este respecto ha dicho el Mariscal conde de Schlieffen que otros podrán organizar el ejército, pero nadie podrá hacerlo en forma que el conductor tenga algo que agradecerle.

a) Personal

Una mayor población presupone superioridad numérica y si bien ello no es un factor decisivo puede llegar a serlo en el caso de un equilibrio en los demás diferentes factores que influyen en las operaciones.

Así también una mayor población representa una conveniencia en el sentido de que facilita la promoción de reservas y la acción de masas, disminuyendo, aparentemente, el tributo de sangre ante la opinión nacional y relativamente cuando se guerrea con enemigo de menor población.

La densidad de población supone siempre una mayor facilidad para la movilización, concentración y transporte en general, así como la campaña y centros poco poblados dificultan grandemente la movilización.

La homogeneidad de razas, carácter, costumbres, etc., de una nación, tiene importancia capital en sus condiciones para la guerra, teniendo presente que una uniformidad completa favorece en gran forma la conducción.

b) El material

Tiene una influencia marcada y a veces decisiva en las operaciones, por eso generalmente es elemento preponderante a

considerar en las conferencias de desarme. Es el factor que sigue la evolución de la técnica e impone al país la necesidad de mantenerse al día en tal evolución, para no llegar a la guerra en condiciones inferiores a un enemigo más previsor.

Es sin disputa el complemento indispensable que valora la superioridad numérica. Una masa por grande que sea sin los convenientes materiales que la valoricen, pierde todo valor intrínseco como fuerza de combate.

La disminución del factor material puede ocasionar una natural disminución en el factor moral, porque lógicamente el corazón del hombre se siente siempre mejor templado cuando sus fuerzas materiales lo capacitan mejor para la acción.

Una tropa de infantería armada a fusil Máuser se sentirá con mayor capacidad moral que otra a su frente armada a fusil Rémington, lo mismo que una artillería mejor dotada, de mayor alcance y poder de destrucción, hará crecer las condiciones morales de sus propias fuerzas hermanas.

Las ventajas del material resultan poderosas cuando se las suma a otros factores y resultan de un valor incalculable para la moral.

c) El terreno

Es de gran importancia en toda operación de guerra, considerar especialmente el terreno en que se realizará, pues según sea éste, imprimirá a la guerra misma un carácter especial que es necesario respetar.

Si bien la conducción es similar en la montaña que en la llanura, puesto que obedece a los mismos principios, en cambio las formas de combatir varían de manera fundamental e imponen como consecuencia diferentes elementos. Así, el *terreno*, en ambos casos, llega a imponer el *material* y tiene marcada preponderancia sobre la selección del personal. La montaña impone, por ejemplo, hombres y dotación para la guerra exclusivamente de montaña; una llanura como nuestra frontera nordeste, con gran abundancia de accidentes hidrográficos, impondrá un material especialmente elegido y experimentado al efecto.

Buscar tales remedios es la tarea del organizador que creará, si no los hubiere, los elementos necesarios que adapten a las tropas al escenario en que deban actuar.

Desde tales puntos débese considerar al terreno como factor material, que será nuestro mejor aliado si nos hemos puesto a tono con sus exigencias y será nuestro enemigo más constante y encarnizado si, olvidando las previsiones naturales, no nos hemos preparado para vencer los obstáculos que aquél nos presente en la realización de las operaciones.

Desde el punto de vista estratégico, operativo y táctico, el terreno influye sobre las operaciones. Es necesario sacar de él el máximo de provecho, por previsiones adecuadas, que pongan a éste en condiciones de servir a las necesidades y designios del conductor, valorando cada obstáculo y buscando el modo de vencerlo en forma de aprovecharlo y volverlo en contra de las intenciones del enemigo.

d) El objetivo que se persigue

El objetivo perseguido da como resultado la posibilidad de una mejor apreciación de la situación y como consecuencia una mayor facilidad para la preparación para la guerra y de ello se deduce la importancia que para las operaciones mismas tiene el objetivo que se persigue.

Un claro *objetivo político positivo* dará en todo momento una visión clara de la dirección a marcar en las relaciones internacionales y producida la guerra lo será siempre en momento oportuno.

Dice el General von der Goltz en *La Nación en Armas:* «La política determina, por lo general, el momento de la ruptura su feliz elección es de una importancia extraordinaria. Es evidente que es mucho más fácil elegir con acierto ese momento, si la guerra es realmente la continuación de la política dirigida ya en los preliminares diplomáticos hacia el ataque, que cuando se trata de una nación que sólo desea la paz y que se ve

repentinamente frente a la necesidad de tomar las armas para su defensa o para salvaguardar su honor.»

Si nos referimos al *objetivo militar* es natural que influya en las operaciones en forma decisiva, desde que es él quien marca el trabajo a realizar.

Aun cuando se acepta generalmente como objetivo en las operaciones el ejército enemigo, pues batido y aniquilado éste el éxito de la campaña está asegurado, débese tener especialmente en cuenta que para llegar a esta finalidad es necesario escoger un camino y que no siempre nos es dado tomar el más corto y expeditivo.

Si es posible marchar hacia el enemigo y las fuerzas, la capacidad y la moral permiten buscar la batalla para tentar su aniquilamiento, es natural que este factor estará decididamente a nuestro favor y tendrá influencia sobre nuestras fuerzas morales.

Si en cambio las necesidades y posibilidades nos obligan a esperar al enemigo en el propio territorio, las cosas cambian de aspecto y será necesario esperar el momento para retemplar el espíritu y tentar la victoria sobre el enemigo.

Sin embargo y a pesar de las consideraciones precedentes, es natural pensar que la magnitud del objetivo tiene también influencia sobre la realización de la guerra en sus diversas etapas. Por ejemplo: No resultaba lo mismo en la guerra 1914-1918 para los alemanes derrotar al mundo puesto en su contra, que lo que era para los aliados vencer a Alemania y Austria Hungría metidos dentro del anillo de hierro de la Entente.

e) Los medios económicos

La guerra representa hoy más que nunca una inmensa destrucción de valores y en consecuencia es necesario disponer de ellos en todos sus aspectos.

La forma de disponer de ellos es, sin duda alguna, poseyendo todos los medios y llegando en tal concepto a «bastarse a sí mismos», condición a la que aún no pueden aspirar los

pueblos nuevos como el nuestro, que seguiremos muchos años dependiendo del exterior.

Sin embargo, poseemos un buen crédito al que podremos recurrir en caso necesario para hacer efectivas nuestras necesidades, cumpliendo el precepto napoleónico: «El dinero hace la guerra».

Dentro de este factor es necesario considerar el esfuerzo industrial a realizar por la industria privada, así como los diversos asuntos a resolver de orden financiero, económico, etc. Tanto más favorables nos serán éstos, cuanto mayores previsiones se hayan tomado en la paz, a fin de capacitarlos para el esfuerzo que deban realizar en la guerra.

f) La capacidad guerrera

Este factor está representado por el cúmulo de valores que se mantienen unidos, tendiendo al mismo fin: la consecución del *objetivo ambicionado.*

De esta capacidad guerrera depende en alto grado la política exterior del Estado, pues sería ridículo tener ambiciones que no pudieran sustentarse con las armas, cuando llegue el momento de cambiar la diplomacia por la guerra.

Debe considerarse como capacidad guerrera, en el concepto moderno, no sólo al ejército de que se dispone, sino al cúmulo de sus fuerzas vivas, teniendo en cuenta que la guerra moderna pone en juego las actividades integrales del país. Sin embargo, es conveniente someter esas fuerzas vivas al juicio de apreciación hecho de acuerdo a la preparación que se tenga, pues los elementos dispersos o empleados en forma defectuosa o divergente, poco suman en la balanza de los valores positivos para la guerra.

Para la apreciación de tales valores se impone un estudio profundo y minucioso, pues a menudo la superficialidad en las consideraciones de la propia capacidad y de la de los posibles enemigos, hace incurrir en peligrosas equivocaciones.

3º ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Hemos tratado en síntesis los diversos factores que intervienen en la guerra, desarrollados sólo en un aspecto general, pues el tiempo disponible no nos permite hacerlo en otra forma. Sin embargo, debo hacer presente para el propio gobierno de los señores alumnos que sobre cada uno de ellos puede disertarse horas, tan importantes y tantos son los aspectos que se descubren en ellos a poco de penetrar en el espíritu de cada uno.

Sin embargo, con haberlos citado, se puede establecer el interrogante siguiente: *¿En la guerra tienen preponderancia los factores morales sobre los materiales o viceversa?*

Hagamos un poco de historia para contestarlo, ya que las ideas a este respecto han evolucionado con el correr del tiempo.

Antiguamente se daba casi exclusiva importancia a la *superioridad numérica y a la del material.*

Hasta el año 1700, aproximadamente, estas ideas perduraron con algunos casos aislados de preponderancia de otros factores, pero como regla general se consideraba decisiva la superioridad numérica y del material.

Con la aparición de Federico II en el escenario militar las cosas cambiaron fundamentalmente, pues éste mostró al mundo militar cómo era posible batir a un enemigo superior en número y en material por medio de maniobras bien ejecutadas y disposiciones acertadas por parte del Comando.

La época de Federico caracteriza también la evolución del *orden lineal al orden oblicuo*, del cual fué él su más entusiasta partidario, para lo cual buscaba la superioridad en un punto vulnerable del enemigo y allí decidía la acción prevista.

En esa época se pensó con fundamento que el *factor decisivo en la guerra era la capacidad y preparación del Comando.*

Napoleón en sus numerosas campañas no hace sino confirmar esta afirmación, pues mediante su admirable conducción vence sucesivamente a todos los enemigos que se le presentan, casi siempre con una inferioridad numérica notable. Sin

embargo, en esta época los factores morales adquieren una marcada importancia.

A pesar de ello, los *factores morales* no llegan a imponerse aún sobre la capacidad del Comando que sigue imperando como principal. Aun en 1871, después de la Guerra Franco-Prusiana, se ve a los escritores franceses de la época atribuyendo la derrota a los numerosos errores del Comando. Los vencedores, en cambio, ya reconocen preponderancia a los factores morales sobre los materiales.

La Guerra Ruso-Japonesa, por las especialísimas condiciones en que se realizó y por el ejemplo dado por Japón, dejó como enseñanza los valores de los factores morales de un ejército, al extremo de que en esa guerra se los considera desde todo punto capitales y decisivos. Los comandos eran capaces en ambos lados, pero los medios materiales eran mucho mayores de parte de los rusos. En cambio los factores morales estaban en el campo japonés y ellos decidieron la guerra a su favor.

La Guerra Mundial de 1914-1918 no ha hecho sino refirmar la importancia y preponderancia de los factores morales, aun cuando la desproporción habida entre ambos contendientes no haya permitido llegar a enseñanzas concretas al respecto.

A pesar de que reconocemos el valor de los factores morales, es necesario desprenderse en el campo doctrinario de toda idea absolutista. La evolución nos enseña el valor de cada uno de los factores, que ha estado en primer plano según las épocas y según las circunstancias, pero no es la preponderancia absoluta de ninguno de ellos la que crea las mejores condiciones para el desarrollo de la guerra (1).

Podemos afirmar hoy, que ni la superioridad numérica, ni la del material, son decisivas en la guerra. También puede afirmarse que el factor moral se ha impuesto en estos últimos tiempos, pero que no es su valor, de carácter exclusivo ni mucho menos.

(1) *«En último análisis, las guerras y las batallas son ganadas o perdidas por el conductor»*, es lo único que parece cierto.

No es, pues, un factor determinado el que asegura el éxito en la guerra, sino un cúmulo de ellos que concurrentemente trabajan y acumulan circunstancias favorables, elaborando lentamente la victoria.

Tengamos un ejército apropiado a nuestras fuerzas y de un número suficiente para enfrentarse a nuestros enemigos; eduquemos a nuestro pueblo en el más puro amor a la patria; preparemos conscientemente a nuestros comandos; organicemos y preparemos apropiadamente las fuerzas vivas de la nación; preparemos políticamente las mejores condiciones para entrar a la guerra y habremos elaborado el germen de la victoria. La guerra misma será la satisfacción de estos desvelos.

2.—LA GUERRA MODERNA Y SUS CARACTERISTICAS ORIGINALES

A.—LA NACION EN ARMAS

La guerra moderna se caracteriza por ser una lucha de un pueblo contra otro o de varios de ellos.

En ese concepto, esta lucha se desencadena con inesperada potencia y entran en juego insospechados intereses.

Esto ha dado a la guerra un carácter original y ha sentado premisas concluyentes para su realización.

Foch, al abordar este tema, sintetiza a la guerra moderna en forma práctica al decir:

« Guerra más y más nacional.

» Masas más y más considerables.

» Predominio más y más fuerte del factor humano.

» Necesidad, por lo tanto, de volver a esa conducción de tropas que aspira a la batalla como argumento; que emplea la maniobra para alcanzarla.

» Conducción caracterizada por: *preparación, masa, impulsión.*»

En cuanto a estos tres caracteres, son de tal modo profundos que van a imprimirse en todos los actos de la guerra por pequeños que éstos sean.

No podrá haber acción bien conducida si no satisface a las tres condiciones:

Preparación: es decir, en el ánimo un plan de acción, basado en el sentido concienzudo de la tarea o de la misión asignada, así como en el examen detallado, minucioso del terreno, plan susceptible, por otra parte, de modificaciones; tropas dispuestas y escalonadas para preparar y emprender la ejecución.

Masa: es decir, un grueso, lo más fuerte posible, reunido, reservado, disponible para perseguir la ejecución del plan.

Posibilidad: de multiplicar esa masa por la impulsión: es decir, de lanzar al fin de cuentas esa masa, más o menos dispersa en el principio, reagrupada para concluir y lanzarla toda junta contra el mismo objetivo.

Es decir, hemos llegado a la guerra de masas donde el empleo sucesivo de los esfuerzos resulta siempre fatal. Es necesario interpretar la guerra moderna en sus verdaderas exigencias:

1º Un gran despliegue inicial de fuerzas. «Entrar en campaña con el ejército más numeroso posible.»

2º Reunir en la batalla el máximo de fuerzas posible.

3º Llevar al centro de gravedad de la batalla, el máximo de fuerzas que puedan concurrir para decidirla.

Tal es lo que llamaríamos en este caso una conveniente economía o empleo de las fuerzas, cuestión hoy más fundamental que nunca por las características originales de la guerra moderna.

B.—EL PAIS NO SE PREPARA PARA LA GUERRA SINO PARA UNA GUERRA DETERMINADA

Comúnmente se afirma que el país se prepara para la guerra y tal afirmación resulta demasiado vaga, de acuerdo con

el perfeccionamiento que la guerra moderna ha impuesto a la preparación de los pueblos en lo referente a la defensa nacional.

Cada guerra requiere hoy un estudio y una preparación especiales, que satisfagan del modo más completo las exigencias particulares, que tal guerra plantea en el campo de la concepción y en el probable campo de la ejecución.

« El que escribe sobre estatrategia o sobre táctica debiera concretarse a enseñar una estrategia y una táctica nacionales, únicas susceptibles de ser provechosas a la nación para la cual se escribe.»—(Von der Goltz).

« Tratamos de estudiar y de enseñar la guerra. Antes de emprender este estudio, es menester determinar de un modo exacto de qué guerra hablamos. Estamos todos de acuerdo sobre el tema que nos representamos por esta palabra: ¡la guerra! Si no lo estamos, si no perseguimos el análisis de la misma idea, van a producirse inmediatamente falsas interpretaciones y por consiguiente errores. Fijemos, pues, hoy los caracteres generales de la guerra, en particular su objeto y sus medios, el modo racional como debe mirarse su objetivo, en la Francia de ahora, para encontrar en ese estudio las bases de nuestra conducta, es decir, nuestra táctica.»—(Foch).

« La guerra nace y recibe sus formas de las ideas, de las relaciones que existen en el momento que estalla.»—(Clausewitz).

Hoy, para cumplir en forma que el país tenga algo que agradecer al ejército, es necesario ajustarse a las necesidades de una preparación racional e integral de las fuerzas vivas de la nación, para emplearlas en la guerra que sucederá en un plazo más o menos largo y de la cual sólo pueden vislumbrarse algunas posibilidades.

Para ello el procedimiento es sencillo en el campo doctrinario, aunque no siempre es fácil llevarlo a la práctica debido a innumerables factores adversos, que intervienen en la solución de problemas tan fundamentales para la existencia misma del Estado.

Tal procedimiento parecería el indicado a continuación, que se encuadra en los preceptos más conocidos y aceptados:

1º Establecimiento de la o de las hipótesis de guerra más probables, por parte de los encargados de la conducción de la política.

2º Establecimiento del plan de guerra en colaboración, por los agentes directivos y naturales del Estado y el conductor militar. En la consideración de este punto entran todas las fuerzas vivas del país, consideradas en el esfuerzo a realizar en la guerra y su preparación.

3º Establecimiento de cada uno de los planes, militar, económico, industrial, financiero, etc., de manera de asegurar en la mejor forma posible la concurrencia de todos los esfuerzos a la guerra.

4º Le quedaría entonces al conductor la tarea de la preparación militar de la guerra y el establecimiento de los planes de operaciones.

Para ello parecería lo más indicado:

a) Establecimiento de cada una de las hipótesis de guerra.

b) Apreciación de cada una de ellas desde el punto de vista militar.

c) Para cada una de ellas establecimiento del plan de operaciones.

d) De acuerdo con las conclusiones del plan de operaciones el conductor sacará las bases para todo su trabajo en forma de establecer:

Doctrina estratégica,
Organización del ejército,
Instrucción del ejército,
Operaciones iniciales (movilización y concentración),
Operaciones hasta donde sea posible prever.

Como en todas las actividades militares el enunciado de estas cuestiones es sencillo y fácil, es en la realización donde las dificultades se hacen presentes, muchas veces con caracteres insalvables.

C.—EL INTERES ECONOMICO ES EL QUE IMPERA

Las guerras modernas con su carácter nacional han pasado a ser preponderantemente económicas.

Después de haber sido el medio violento que los pueblos empleaban para crearse un sitio en el mundo en cuanto a naciones, se convierte en el medio que practican todavía para enriquecerse:

«Las guerras modernas se han convertido en negocios de las naciones. Éstas tienen sus intereses así como los individuos. El egoísmo nacional es inseparable de la grandeza nacional.»—(Von der Goltz).

«La guerra de intereses de menos en menos interesante, de más en más interesada, que aspira a la fortuna de las naciones. ¿Qué cosa es esa fortuna?

»La fortuna de los pueblos se ha modificado como la de los individuos: de territorial que era o que es todavía en las monarquías, se ha convertido en gran parte mobiliaria en los Estados de representación nacional, en los gobiernos de forma parlamentaria. La fortuna es un papel título de renta para los particulares: tratado de comercio para las naciones.

»El medio de obtenerla para estas últimas, de satisfacer sus apetitos, es la guerra.»—(Foch).

Ejemplos: La guerra del 70. Los alemanes por medio de sus victorias de 1870-71 adquirieron:

1º Alsacia y Lorena.

2º El Imprio y con ello el rango de gran potencia, con gran influencia en Europa, proporcionando una mejor situación a cada uno de sus súbditos en el extranjero, asegurando mercados a la industria y comercio alemanes (porque el comercio sigue la bandera, dicen los ingleses, que son conocedores en negocios).

3º Adquirieron el tratamiento de nación más favorecida por Francia desde el punto de vista comercial y aduanero y con ello el medio mejor de introducir a buen precio los productos de su industria.

La Guerra Chino-Japonesa.—Los japoneses obtuvieron después de la paz de Simonosecki pequeñas concesiones territoriales, pero enormes ventajas económicas.

1º El derecho de penetrar en China, que le aseguraba ventajas enormes y el desarrollo de su mercado.

2º Posibilidad de que la marina mercante japonesa esparciera por Oriente primero y por Occidente después, los productos de manufactura japonesa.

3º Libertad de comerciar en Extremo Oriente.

La guerra en Cuba, que, al decir de Foch, «lo mismo que el asunto de Fashoda, todos buscan una salida a un comercio, a una industria que, produciendo más de lo que pueden vender, están constantemente ahogados por la competencia creciente. ¿Y entonces?, se les abre nuevos mercados a cañonazos.»

« La Bolsa misma ha tomado una influencia tal, que para la defensa de sus intereses puede hacer entrar los ejércitos en campaña.»—(Moltke).

« ¿Quién empujó a la guerra contra los boers? No fué ciertamente la reina de Inglaterra, pero sí los mercaderes de la City.»

La guerra europea no fué sin duda encendida por el asesinato de Sarajevo, ni por Alsacia y Lorena, sino por un surgimiento alemán demasiado peligroso para la industria y el comercio mundial inglés.

D.—EL ANIQUILAMIENTO EN LA GUERRA MODERNA

« La guerra que estudiaremos, positiva en su naturaleza, sólo admite soluciones positivas: no hay efecto sin causa; si queréis obtener el efecto desarrollad la causa, aplicad la fuerza.

» Si no queréis hacer retroceder al adversario, batidlo; sin esto no habréis hecho nada y para esto hay un solo medio· *la batalla.*

» No hay victoria sin batalla.»—(Foch).

« La victoria es el precio de la sangre; debe adoptarse el procedimiento o bien no hacer la guerra. Todas las consideraciones de humanidad que se pudiera hacer valer os expondrían a ser batidos por un enemigo menos sentimental.»—(Clausewitz).

Las guerras serán cada vez más encarnizadas y en los tiempos que corren sólo el aniquilamiento puede ser el fin. Los medios para conseguirlo podrán variar en forma apreciable, pero la finalidad de la guerra se ha cristalizado en ese precepto: «aniquilar al enemigo para someterlo a nuestra voluntad».

Por eso la violencia ha aumentado y aumentará con los medios que se dispongan para hacer la guerra. Ya lo había dicho Bismarck: "La guerra misma de 1870 sólo será un juego de niños comparada con la del mañana.»

Ese es el objetivo único, que dirigirá y encaminará la guerra en los campos de ambos adversarios; aniquilamiento por aniquilamiento, es el lema.

No pueden existir limitaciones en este aspecto de la guerra, que, como ya lo hemos dicho al referirnos a su fin, busca derribar al enemigo poniendo en juego todos los medios posibles. Ese fin único es, en general, en todos los casos el que guía las operaciones hacia una decisión absoluta, buscada en la acción táctica con caracteres más o menos absolutos. Así, las operaciones de la guerra moderna son en la mayoría de los casos un encauzamiento de las fuerzas hacia un acto decisivo: la *batalla*, donde a menudo uno de los adversarios pierde el derecho y el poder para seguir la lucha con probabilidades de éxito.

E.—LA ESTRATEGIA MODERNA NO ASPIRA MAS QUE A UN RESULTADO: LA BATALLA

Siendo la finalidad expuesta el punto de orientación de las operaciones, es natural considerar que la conducción no aspire sino llegar a la batalla, en las mejores condiciones para librarla.

Dice Foch a este respecto: «La guerra moderna no puede valerse de otros argumentos que los que procuran la destrucción de ese ejército (el enemigo): la batalla, el aplastamiento por la fuerza.»

« Bonaparte siempre marchó rectamente hacia el objetivo, sin preocuparse en absoluto del plan estratégico del enemigo; sabía que todo depende de los resultados tácticos y seguro de obtenerlos, buscó sin cesar y en todas partes las ocasiones de combatir.»—(Clausewitz).

Didigirse a los ejércitos enemigos, síntesis de su potencia combativa y derrotarlos, utilizando para ello el mejor camino y empleando la táctica que lo produce más rápidamente, he ahí la tarea fundamental de la guerra moderna.

No puede pensarse ya en maniobras para llegar a las comunicaciones del enemigo, amenazar sus bases de operaciones, ocupar tal o cual parte de su territorio, etc., que puedan representar un valor por sí mismas. Ese carácter lo tendrán sólo las maniobras que lleven a la batalla en condiciones tácticas ventajosas.

« Los resultados tácticos solos constituyen ventajas en la guerra, afirma Foch. La decisión por las armas, tal es la única sentencia que vale, porque sólo ella produce un *vencedor* y un *vencido;* sólo ella modifica la situación respectiva de los partidos, quedando uno dueño de sus actos y el otro obligado a aceptar la voluntad del adversario.»

«En adelante no existirá estrategia que prevalezca contra la que asegura y aspira a resultados tácticos: *la victoria por la batalla.*»

Estrategia que prepara únicamente decisiones tácticas; he ahí la conclusión a que llegamos en esa parte del arte militar, que ha dado nacimiento a las teorías más científicas.

« En la guerra, aunque se puede seguir un gran número de vías, el combate constituye el único medio de alcanzar el objetivo apetecido. En la guerra constantemente todo permanece sometido a la decisión por las armas, que falla en última instancia. Ahora bien: desde el momento que el adversario se

decide a recurrir a esa jurisdicción suprema, es menester imprescindiblemente seguirlo en esa apelación, salvo que se tenga la certidumbre que no lo quiera hacer; es exponerse a perder el proceso si se adopta desde el principio una conducta más prudente. En realidad, la guerra no dispone más que de un medio: el combate; ahora bien: cualquiera que sea el sistema adoptado, ofensiva o defensiva, es siempre la táctica la que decide y todas las concepciones estratégicas deben tender a resultados tácticos porque estos solos constituyen la causa fundamental de toda solución feliz.»—(Clausewitz).

De ello se desprende que la estrategia sirve a la táctica; ya que los resultados tácticos son los fundamentales en toda acción y que la estrategia, por sí misma, no existe.

¿En qué consisten esos resultados tácticos?

« La guerra moderna deriva de las ideas de Napoleón, quien puso primero de relieve la *importancia de la preparación* y el todo poder de la *masa* multiplicada por la *impulsión*, para quebrantar en una batalla, buscada desde los comienzos de la guerra, las fuerzas morales y materiales del adversario.»—(Clausewitz).

3. — LA ESTRATEGIA

Estrategia, del griego *strates*, ejército y *agein*, conducir. También significa, en la acepción griega de la palabra, general o jefe.

Ha recibido numerosas definiciones, según la interpretación que le han dado Clausewitz, Vial, Bonnal, Marmont y otros.

Se la define comúnmente como el arte de dirigir las operaciones militares para conseguir la victoria.

Clausewitz dice que el arte militar consiste en la táctica y la estrategia; la primera estudia particularmente la forma de combate y la segunda el uso de los combates y sus relaciones con el objeto de la guerra.

Vial dice: «Es el arte de disponer y hacer mover las tropas en el teatro de operaciones.»

Marmont dice: «Es la parte de la guerra que se refiere a la conducción.»

Bonnal dice: «Que es el arte del Alto Comando, el de concebir en oposición a la táctica que es el de ejecutar.»

Von Bülow en su viejo libro *Ejército del sistema de guerra moderna*, dice: «El arte de la guerra tiene dos ramas: la estrategia y la táctica. La primera es la ciencia del movimiento de dos ejércitos fuera del círculo visual. Comprende todas las operaciones de la guerra; es la parte de la ciencia cuyas combinaciones se encadenan con las de la política y la administración. El estratega es el arquitecto, el táctico es el albañil.»

Foch afirma: «La estrategia no aspira más que a un resultado: la batalla.»

Nosotros la definiremos diciendo que *es el arte de conducir los ejércitos en el teatro de la guerra en forma tal de imponer la propia voluntad al enemigo o conseguir su aniquilamiento. La finalidad de la estrategia es llegar a la batalla en las mejores condiciones.*

Si bien es cierto que la existencia de la estrategia se remonta a la época de los griegos, poco se había difundido en aquellos tiempos. En ellos el concepto de la estrategia era distinto. Puede decirse que el conocimiento de la estrategia se inicia con Federico el Grande y Napoleón.

En general, la estrategia se basa en un conjunto de principios que hacen de su aplicación adecuada, el acierto de la conducción.

Los principios no son sino preceptos fundamentales, que sólo pueden sufrir pequeñas modificaciones a través de los siglos. La aplicación del principio se podrá hacer en forma distinta en cada caso.

La diferencia fundamental entre la estrategia y la táctica está en que la primera interviene en todos los actos de la guerra, la segunda sólo en la lucha activa, la batalla o el combate.

TERMINOLOGÍA ESTRATÉGICA.—A fin de aclarar y uniformar el concepto sobre los diversos términos estratégicos, se transcriben a continuación algunas definiciones.

Teatro de guerra.—Conjunto de regiones terrestres o marítimas sujetas a la influencia de las operaciones militares o navales de los países beligerantes. Se acepta hoy como teatro de guerra, en general, todo el territorio de los países que toman parte en la guerra, así como las regiones marítimas en las cuales actúan sus poderes navales.

Teatro de operaciones. — Es la parte o las regiones del teatro de guerra donde se desarrollan efectivamente las operaciones militares. Pueden ser terrestres o marítimas o de ambas naturalezas conjuntas. En un mismo teatro de guerra pueden existir varios teatros de operaciones.

Puntos estratégicos.—Son los diferentes lugares de un teatro de guerra, que por su importancia pueden llegar a ser un objetivo militar o geográfico.

Son militares o de maniobra cuando interesan a la acción de las tropas mismas y geográficos cuando interesan a la situación considerada geográficamente.

Base de operaciones.—Región de la cual un ejército en campaña extrae los recursos pará sostener la lucha. Dados los medios de comunicación de que se dispone en la actualidad, para el ejército que lucha contra el de una nación limítrofe, puede considerarse base de operaciones todo el propio país (excepto cuando se interpone un accidente geográfico que pueda llegar a aislar a las tropas, obligando en tal caso a crear una base intermedia en territorio enemigo).

Base de operaciones intermedia (o secundaria).—Se da este nombre a las bases de operaciones que instalan las tropas en campaña, entre el propio país (o la base principal) y el frente de operaciones, cuando éste queda excesivamente alejado de aquél. En este caso se almacenan, en determinadas regiones, los diversos recursos, como para cubrir las necesidades de las tropas durante un tiempo más o menos largo.

Base de operaciones principal.—Corresponde este nombre a la base que provee directamente los elementos y recursos necesarios a las tropas en campaña, ya sea a éstas o a las bases intermedias.

Línea de operaciones.—Es la dirección o el conjunto de caminos en que opera un ejército o partes de él, desde su zona de concentración hasta el objetivo a alcanzar.

Línea de comunicaciones.—Se denomina así a las vías fluviales, terrestres o marítimas, que ligan a los ejércitos con sus centros naturales de abastecimientos y evacuaciones de todo orden.

Punto de invasión.—Son las puertas naturales que presentan las fronteras de un país para su invasión por ejércitos enemigos.

Líneas de invasión.—Son los caminos que atravesando por los puntos de invasión unen el propio territorio con el del enemigo.

Centro de gravedad estratégico.—Es la parte del dispositivo del o de los ejércitos donde se hace actuar la potencia principal en procura de la decisión.

Conducción estratégica.—Es la que se refiere a la conducción del total de las fuerzas puestas en juego en la guerra.

Conducción operativa.—Es la conducción parcial de las unidades operativas desde sus zonas de concentración hasta la toma de contacto con el adversario. También corresponde esta denominación a la conducción del total de fuerzas empleadas en un teatro de operaciones secundario con respecto al principal.

Despliegue estratégico.—Formación del frente de avance al iniciarse las operaciones de guerra. Puede también decirse que es la colocación en línea de las unidades operativas, que forman el total de un frente estratégico, para dar comienzo a las operaciones.

Frente estratégico.—Es el ancho del dispositivo adoptado

por el total de fuerzas que actúan en el teatro de operaciones, una vez terminado el despliegue estratégico.

Líneas de defensa estratégicas.—Son aquellos obstáculos geográficos que, por su naturaleza y características especiales, constituyen para un invasor verdaderas barreras naturales. Una cadena de montañas, río ancho y caudaloso, una zona desértica, una línea de fortificaciones permanentes, constituyen líneas de defensa estratégica.

Línea de retirada.—Es la misma línea de operaciones u otra cualquiera, sobre la cual un ejército o partes de él, marcha en retirada.

Reserva estratégica.—Es el conjunto de unidades operativas retenidas a retaguardia de un frente de operaciones donde se producirá la decisión de la guerra, con el objeto de emplearlas oportunamente en el sector decisivo. De ello se deduce que su aplicación puede justificarse sólo en el caso de una defensiva estratégica y en dispositivos articulados en profundidad.

Vanguardia estratégica.—Dispositivo estratégico, en el cual se agrupan las fuerzas de manera que una parte de ellas, la menor, se sitúa delante de la masa principal, constituída ésta en una, dos o más agrupaciones, de manera que en el conjunto, la parte adelantada constituye una especie de cuña avanzada hacia vanguardia. El objeto de la vanguardia estratégica es sondear al enemigo atrayéndolo hasta asirlo, entretenerlo, desgastarlo y recién entonces asestarle un golpe mortal con la masa principal. Este procedimiento es propio del que emplea la defensiva estratégica inicial, aunque puede emplearse también en la ofensiva. La doctrina que ha establecido su aplicación es francesa y contraria a la alemana, que preconiza el desdoblamiento estratégico en una sola línea con escalonamiento lateral ofensivo o defensivo, según el caso.

EL CONCEPTO MODERNO DE LO ESTRATEGICO, LO OPERATIVO Y LO TACTICO

En la Guerra 1914-1918 la magnitud del teatro de guerra y la diversidad de los teatros de operaciones han creado nuevas terminologías en lo referente al campo estratégico, operativo y táctico.

Ha resaltado la conveniencia de separar las operaciones estratégicas, propiamente dichas, de las operativas, que comprenderían: la primera, las operaciones totales del o de los ejércitos que operen en todos los teatros de operaciones de un teatro de guerra y la segunda, las operaciones correspondientes a un teatro de operaciones.

A este respecto dice el barón Freitag Loringhoven:

« En el ejército alemán y a partir del Estado Mayor, se ha ido suprimiendo la palabra *estratégico*. En lugar de ésta empleamos el término *operativo* y con él señalamos más sencilla y claramente la diferencia con todo lo que se considera táctico. Todo lo que es operativo se desarrolla independientemente del verdadero combate, mientras que con la expresión *estratégico* las cosas se confunden fácilmente, como lo ha demostrado el ejemplo de nuestros adversarios, quienes hablan de condiciones estratégicas donde no se trata más que de cuestiones puramente locales. El empleo del término estrategia, en todo caso, debe quedar limitado a las más importantes disposiciones de la conducción de los ejércitos.»

CAPITULO III

LA PREPARACIÓN PARA LA GUERRA

1. — EL CONCEPTO DE LA NACIÓN EN ARMAS

Al referirnos a las características originales de la guerra moderna, ya hemos hecho resaltar la importancia de este concepto, relativamente nuevo y para obtenerlo las naciones del presente se empeñan a fondo, buscando encauzar en la paz y utilizar en la guerra hasta la última fuerza viva del Estado, para conseguir su objetivo político.

Esta feliz expresión, que tan bien sintetiza la guerra integral, se debe al Mariscal von der Goltz y data de 1883. Es, en cierto modo, la teoría más moderna de la defensa nacional y lo que hoy constituye la base fundamental del concepto orgánico.

Desde la Antigüedad este concepto ha evolucionado constantemente, pasando de la familia a la tribu, de ésta a los ejércitos de profesionales y mercenarios; a la leva en masa y, por último, a la lucha de pueblos contra pueblos, que no es otra cosa que «la nación en armas».

Hoy los pueblos disponen de su destino. Ellos labran su propia fortuna o su ruina. Es natural que ellos en conjunto defiendan lo que cada uno por igual ama y le interesa defender de la patria y su patrimonio. Las luchas del presente son de pueblos contra pueblos, donde cada uno de sus componentes comparte por igual la gloria del éxito o soporta las desgracias de la derrota.

Si vendrá un desarme general, nadie puede decirlo; la Historia aconseja al Estado prepararse para la defensa y

ello utilizando hasta la última energía física, intelectual y material.

Osvaldo Spengler, en su libro *La decadencia del Occidente*, hace oír su consejo diciendo: «El resultado práctico de las teorías reformadoras del mundo es regularmente una *masa sin forma* y, por lo tanto, *sin historia*. Todos los reformadores y ciudadanos mundiales sostienen, consciente o inconscientemente, ideales de fellah (un pueblo antinacional, agricultor de Egipto, que desde la conquista del Egipto por los árabes abandonó paulatinamente su lengua, adoptando junto con la religión, la lengua del amo: el árabe). *Su éxito significaría la renuncia de las naciones dentro de la Historia, no en beneficio de la paz eterna, sino en beneficio de las otras*. La paz mundial es, todas las veces, una resolución unilateral. La «paz romana» tiene para los emperadores soldados posteriores y para los reyes militares germanos este único significado político: hacer de una población amorfa de cien millones, el objeto de la poderosa voluntad de pequeños grupos guerreros. Esta paz costó sacrificios pacíficos, contra los cuales los de la batalla de Cannas son casi nulos. Los mundos de Babilonia, China, Egipto e India pasaron de una mano conquistadora a otra y pagaron la lucha con su propia sangre. ¡Esta fué su paz!

« Cuando los mogoles conquistaron la Mesopotamia en 1041, erigieron con cien mil cráneos de la población de Bagdad, *que no se había defendido*, un monumento para recordar su victoria. «Más bien muerto que esclavo», es un dicho antiguo de los campesinos de Frisia. Lo contrario es el lema de toda civilización tardía y cada cual ha tenido que sentir lo que cuesta.

» He ahí el dilema: prepararse para subsistir o resignarse a sucumbir ante el más poderoso o mejor preparado. Esta es la voz de la experiencia histórica, en esta hora en que los destinos de los pueblos dependen de sus propios actos.»

La Guerra Mundial ha probado suficientemente que ninguno de los grandes pensadores que, como Spengler, dudaron siempre de la eficacia de teorías artificiosas, se había equivocado. Si la Guerra de 1870 afirmó el concepto de la necesidad de la *preparación integral del Estado para la guerra*, la Mundial de 1914-1918 lo ha confirmado plenamente, llevando este concepto a extremos tan grandes como imprevistos.

Es, pues, la guerra del presente y será a no dudarlo la del porvenir, sin limitaciones en los medios y sin restricciones en la acción. A esa guerra de todas las fuerzas, llevada a cabo por un pueblo contra otro pueblo, ha de sucederle otra guerra de iguales o aun mayores proporciones y de características aún más siniestras.

A este respecto veamos lo que dice von der Goltz: «Si se observa el pasado, parece que la historia de guerra desde 1792 hasta 1914, exclusive, forma un conjunto uniforme, al que imprime un sello el concepto del ejército formado por la *nación entera* y la conducción de guerra que busca la decisión por *acciones rápidas y potentes*, tal como Napoleón las realizó por primera vez; pero con la Guerra Mundial hemos entrado en un nuevo período de evolución, cuyos primeros asomos ya aparecen en la Guerra Ruso-Japonesa.»

¿Cuáles son las características de este nuevo período? Son, en nuestro sentir, un más acabado perfeccionamiento del concepto de *la nación en armas*, el aprovechamiento al último extremo de todas las fuerzas del Estado para batir al adversario. No son nuevas teorías, son las mismas rejuvenecidas por necesidades nuevas. El mismo autor parece darnos la razón en seguida al decir: «Pero si aún el pensamiento de Schlieffen se hubiera realizado tal como fué su intención, las potencias anglo-sajonas no hubieran dado ni remotamente su juego por perdido. El aniquilamiento del ejército francés no hubiera sido un remedio contra el bloqueo de hambre, al cual Alemania, a pesar de los más brillantes éxitos en el campo de batalla, sucumbió finalmente.

» Es que la Guerra Mundial, que abarcó continentes y océanos, originó nuevos fenómenos y nuevos conceptos en la conducción de la guerra. *Había que emplear también nuevos medios para responder a sus exigencias* »

Es entonces declarar la necesidad de llevar al extremo pre-

visible el concepto de *la nación en armas,* utilizar todos los medios y poner en ejecución de ellos todas las fuerzas.

Tal es el concepto, sin limitaciones, eminentemente integral.

Así se explica que Alemania, que busca con su admirable ejército aniquilar al francés, llevándolo a una batalla con frente invertido y de cerco, entre sus fortificaciones, el Jura suizo y el ala derecha alemana de conversión, es a su vez batida por un cerco total, pero de nuevo tipo. Son las fuerzas nuevas puestas en juego. Sin embargo, Alemania ha sucumbido a la gran idea estratégica de Aníbal. Por una superioridad hasta entonces nunca vista le fué preparado un Cannas, un cerco que estranguló estratégica, política, económica y moralmente, no solamente al ejército, sino junto con él a toda la nación. Ello prueba sin duda una admirable aplicación de la movilización y empleo integral de las fuerzas, para aniquilar la totalidad de las fuerzas adversarias. Por otro lado es forzoso reconocer, por más que cambien las formas, que *las leyes fundamentales* de la guerra son eternas. Al Cannas de los alemanes, los aliados le impusieron otro Cannas, más amplio, con nuevas fuerzas, pero Cannas al fin.

Este pone en evidencia (sea cual fuere la guerra de que se trate, que intervengan dos o más países) la necesidad de volcar en la acción todas las fuerzas vivas de la nación, sin restar una sola, en un esfuerzo único y poderoso, con la *masa* desde la iniciación, para asegurar el éxito. Ello impone una preparación de paz también integral, que permita desde la iniciación de la guerra lanzar la totalidad del esfuerzo. Los esfuerzos sucesivos son fatales en estrategia.

« El pequeño ejército, a formarse por enganche, concedido a Alemania por el tratado de Versailles, cuesta más que el ejército imperial de paz de 1914, siete veces más fuerte. Este último pudo recibir, en la movilización, el poderoso incremento de los hombres aptos ya instruídos, siendo así el mârco del mejor y más aguerrido ejército que haya visto el mundo. Era la *nación en armas alemana,* con la desgraciada limitación de que no era su expresión total a causa de no haber aplicado,

sino en forma incompleta, el servicio militar obligatorio general.» Esta amarga queja de von der Goltz nos habla bien claro, sobre el precio de la imprevisión y los tributos del vencido.

A la *nación en armas* corresponde *la movilización y organización integral.* Hoy la preparación para una guerra ha pasado a ser no sólo tarea de militares, sino de todos los habitantes, gobernantes y gobernados, militares y paisanos.

Esa es la expresión moderna y la razón de ser de la preparación para la guerra, que se convertirá en los hechos, en la razón de ser o no ser de la nación.

Si aceptamos la imprescindible necesidad de la preparación integral del país, en forma tan amplia que, llegado el momento, pueda convertirse en *un pueblo en armas* y decidir por sí mismo sus destinos, será necesario tratar brevemente en qué consiste esa preparación.

Tomaremos para eso tres grandes divisiones, agrupando en ellas los asuntos más fundamentales, para dar sólo una idea de lo que necesita la conducción en ese sentido, dejando lo que sea de organización para que sea tratada por el profesor de esa materia.

Debemos aclarar que el concepto de la preparación integral del país comprende todas las actividades y fuerzas vivas de la nación, en el sentido de sus aspectos físicos, intelectuales, materiales, morales, etc. Como nuestra materia debe limitarse a la conducción, estudiaremos los factores políticos, económicos y orgánicos en su relación con la estrategia, pero sin intervenir en asuntos que son propios de otras materias que se estudiarán en el curso.

2 — LOS FACTORES POLÍTICOS

Política de guerra.—Diremos que se aplica este nombre al conjunto de combinaciones por las cuales un hombre de Estado coloca a su país en condiciones de poder luchar con ventajas con sus más probables enemigos. Producida la guerra,

influye sobre los sucesos de la misma, en unión de la conducción militar, para conseguir el fin que se propone.

A.—LA CONDUCCION POLITICA EN LA PAZ Y EL CONDUCTOR DE GUERRA

Si, como hemos afirmado, *la guerra es la continuación de la política por otros medios,* debemos reconocer que entre el órgano encargado de la política y el encargado de la guerra debe existir antes, durante y después de la misma, el entendimiento más absoluto.

Esto es fácil de explicar si se tiene en cuenta que, tanto en paz como en guerra, político y militar son dos personalidades que se compenetran y se sirven. No sería posible pasar de un estado a otro (de la paz a la guerra) sin transiciones bruscas si no ha habido la mutua comprensión y la amplia colaboración.

El *político* sirve al *militar* durante la paz creándole las mejores condiciones políticas para la guerra.

El *militar* sirve al *político* en la guerra aniquilando el poder enemigo, a fin de que el primero consiga imponer su propio objetivo político, que es el de la nación.

Ambos deben marchar de acuerdo en la paz y en la guerra para facilitarse sus respectivas tareas en bien particular y general del Estado.

Un ejemplo de ello encontraremos en las luchas por la unidad alemana. Bismarck y Moltke, político y militar, se complementaron y sirvieron mutuamente. Así, por la acción del «Canciller de hierro», Moltke fué a los campos de batalla de las guerras de 1866 y 1870 a certificar los éxitos conseguidos ya en el campo político por aquél. Las victorias obtenidas por Moltke permitieron a Bismarck realizar su objetivo político: la unidad alemana.

Ese mismo gran imperio, en 1914 dió muestras de haberse apartado de la senda señalada por la Alemania del siglo XVIII. Separado Bismarck de la cancillería del imperio, la conducción

política cayó en manos menos hábiles. Llegamos a 1914 y la situación política es desastrosa: Alemania está rodeada de enemigos y cuenta sólo con un débil aliado. Su ejército es el más poderoso del mundo, pero la política no ha sabido o no ha podido, crearle las mejores condiciones para la lucha. Como consecuencia de ello su poder se estrella contra el mundo. Su ejército cae vencido con su pueblo. En este caso, al contrario de lo que pasó en 1866 y 1870, la política inhábil labró la derrota del ejército. La derrota de éste impuso a la política la necesidad de ceder todo y perder las conquistas ganadas durante un siglo de lucha y de trabajo. He aquí el resultado de la imprevisión y de la falta de entendimiento de la política y la conducción.

De ello se queja el káiser Guillermo II en sus *Memorias,* cuando dice: «El ejército alemán no perdonará el haber sido defraudado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, engañado por la idea de mantener la paz a todo precio.» Ello no hace sino corroborar la falta de entendimiento entre la política y la conducción. Mientras el ejército alemán seguía fiel a su idea de que «el imperio alemán había sido formado con la espada y que sólo ella podía mantenerlo», el político pensaba que podría conservarse una paz difícil, vagando en la esperanza de que el éxito le saliera al paso.

Caras son las lecciones de la Historia para echarlas en olvido. Ellas prueban la necesidad irrefutable de que político y militar marchen estrechamente unidos hacia los destinos superiores de la nación.

En doctrina resulta singularmente sencillo indicar el procedimiento:

1º La política fija el objetivo político del país de acuerdo con las necesidades o aspiraciones del Estado. Pone a la diplomacia en acción para conseguirlo por todos los medios pacíficos. Previendo de que ello no sea posible, busca de crear las mejores condiciones políticas para el caso de que el objetivo deba conseguirse por medios violentos.

2º Demostrada la impotencia de la diplomacia y produ-

cida la crisis política, debe ser reemplazada aquélla por la guerra, para el logro del objetivo. Como la política le ha creado las mejores condiciones, la guerra será de características ventajosas y el éxito del ejército dará al político y al Estado el objetivo previsto.

Es difícil, según lo prueba la Historia, conseguir esta perfecta coordinación, pues lo que en teoría resulta tan simple y sencillo es en la práctica donde encuentra inconvenientes difíciles de salvar. A menudo sucede el caso de que el político debe recurrir al conductor para asegurarse si la fuerza es suficiente para sustentar las pretensiones y ante la impotencia de ella debe ceder. Si no lo consulta y se lanza a un conflicto guerrero, las consecuencias a menudo resultan funestas para el Estado.

Ello es lo que sintetiza la conocida frase: «El país debe tener la política de su ejército o el ejército de su política.»

B.—LA CONDUCCION POLITICA EN LA GUERRA

Hemos tratado en forma general la influencia de la política en la preparación para la guerra, donde interviene con un objetivo definido y prepara las mejores condiciones generales para el caso en que tal objetivo no pueda ser conseguido con la diplomacia y deba ceder esa misión a las fuerzas armadas.

Veremos ahora cuál es la influencia y relaciones de la política y el conductor cuando se ha delegado en éste último la tarea de conquistar lo que la diplomacia ha sido impotente para conseguir.

Es necesario, ante todo, hacer constar que en las relaciones de la política y la conducción de guerra, existen tres períodos bien marcados:

1º Período de paz hasta la declaración de guerra.

2º Período de guerra hasta el aniquilamiento del enemigo.

3º Período de las negociaciones de paz hasta la firma del tratado y terminación de las gestiones.

En el primer período la política tiene preponderancia sobre la conducción, en el segundo la preponderancia pasa al conductor en lo referente a la guerra misma y en el tercero la responsabilidad se reparte, aun cuando debemos reconocer al político una acción preponderante. En todos estos períodos se impone un acuerdo absoluto entre las partes y una íntima y mutua cooperación.

« También sigue sucediendo que la política decide sobre la manera de iniciar la guerra—dice von der Goltz—. Si en 1866 hubiéramos seguido una política vacilante, en vez de los acontecimientos decisivos producidos entre Austria y Prusia, si esta última se hubiese limitado a no entregar Schleswig que había ocupado y establecido sus ejércitos, por consiguiente, únicamente para la defensa, Austria con una política hábil que inspirase confianza, habría logrado no sólo que la Pequeña Alemania, sino también que Francia tomara parte en el ataque contra Prusia. Lo mismo puede decirse del ejemplo de 1870. Es fácil calcular cuán difíciles se hubiesen desarrollado entonces los acontecimientos militares. El mundo no hubiese presenciado un Königgratz, ni un Sedán ni un Imperio Alemán. También la Guerra Mundial se habría encarrilado desde un principio hacia otras vías o probablemente se habría evitado del todo, si Alemania hubiese tomado a tiempo la resolución viril de despedazar con un potente golge el cerco de hierro que la estrechaba cada día más, establecido alrededor de sus fronteras, antes de que los preparativos bélicos de la Entente hubiesen alcanzado tan alto grado de perfección, como fué el caso en el año 1914.

» *La política determina, por lo general, el momento de la ruptura; su feliz elección es de una importancia extraordinaria.* Es evidente que es mucho más fácil elegir con acierto ese momento si la guerra es realmente la continuación de una política dirigida ya en los preliminares diplomáticos hacia el ataque, que cuando se trata de una nación que sólo desea la paz y que se ve repentinamente frente a la necesidad de tomar las armas para su defensa o para salvaguardar su honor. En

este último caso la política desea evitar la guerra. Ella espera hasta el último momento el éxito de las negociaciones y, en consecuencia, deja pasar desaprovechadas las oportunidades militares favorables. Pero entonces el enemigo da el golpe, por supuesto en el momento que le parece más oportuno. Así le sucedió a Alemania en 1914. Su declaración de guerra no tenía otro fin que impedir que su situación militar se hiciera aún peor por una larga espera.»

En resumen: es la política la que crea la situación general en que un Estado entra en la lucha. Esta situación ejercerá a su vez, una influencia profunda en las resoluciones y en la actitud del comandante en jefe, como también en la disposición de ánimo del ejército y de la nación.

La política gobierna, además, las relaciones con los Estados que no toman parte directa en la guerra, pero a los cuales interesa en diversos sentidos el desenlace de ésta. Su buena o mala voluntad puede ser de mucha importancia. Alemania ha recogido en este sentido durante la Guerra Mundial las más desfavorables experiencias, puesto que la mayor parte de los Estados neutrales, por la presión de los aliados, tomó parte en forma más o menos intensa en las medidas de éstos para la estrangulación del comercio alemán. La más funesta para Alemania fué la actitud de los Estados Unidos de Norte América. Si éstos, como era su deber si permanecían neutrales, midiendo con igual vara a ambos partidos, no hubiesen permitido la perturbación de su comercio con Alemania o hubiesen suministrado material de guerra a ambos partidos o negado igualmente a los dos, habría sido para la causa de Alemania una ventaja de la mayor importancia.

Grande pudo ser en este sentido la acción política de Alemania durante el primer año de guerra. Sin embargo, sus hombres de Estado desconocían el verdadero valor de la gran república norteamericana. No hicieron nada o por lo menos nada efectivo, por un acercamiento real con aquel país.

Ello muestra una vez más la necesidad de que aun durante la guerra la política desarrolle un dinamismo muy grande en

favor de una feliz terminación de la misma. En la Guerra Mundial han surgido mil formas de esa acción caracterizadas en la diplomacia, prensa y propaganda, listas negras, presiones de toda naturaleza, etc.

Sin embargo, como lo dice von der Goltz, dada la energía y violencia que caracterizan a los hechos militares de nuestros tiempos, es natural que tan pronto comienzan los cañones a tronar, la política exterior pasa a ocupar, más que en épocas anteriores, un lugar secundario. En las guerras anteriores, las potencias, aun cuando la lucha abierta ya se había iniciado, reservaban casi siempre una parte de sus ejércitos a la expectativa de otras complicaciones. La política decidía el empleo de esa reserva. Frecuentemente las relaciones diplomáticas entre las partes beligerantes no se interrumpían. Así, por ejemplo, el embajador inglés en San Petersburgo permaneció en su puesto durante toda la Guerra de Siete Años. Hoy se juega desde un principio el todo por el todo; antes debe producirse la suerte por las armas, la que será según lo haya resuelto el Destino.

La política exterior no vuelve a recuperar su influencia sino cuando en una de las partes beligerantes el deseo de la paz comienza a sobreponerse al de continuar la guerra. Es cierto que su intervención, si procede de una manera poco hábil, puede producir lo contrario de lo propuesto. Así, por ejemplo, no ha contribuído absolutamente en nada para abreviar la lucha sangrienta ni los diferentes ofrecimientos de paz de Alemania, durante la Guerra Mundial, ni mucho menos la llamada «resolución de paz» del Parlamento. Muy al contrario: han acallado las pocas inclinaciones a la paz existentes entre sus enemigos, robusteciendo, en cambio, el partido que abogaba por la continuación de la guerra hasta el aniquilamiento completo del adversario. Tampoco los pasos dados por el Papa y por el pacifista americano Ford, para la prematura iniciación de la paz, dieron resultados. Tales tentativas de intervenir en los grandes acontecimientos están condenadas al fracaso y es mejor evitarlas en forma absoluta.

Es natural que cuando el éxitto de la lucha ya no es dudo-

so, la política exterior tendrá que intervenir a fin de establecer las bases sobre las cuales ambas partes pueden negociar la suspensión de hostilidades. La parte más débil se hallará entonces, por cierto, ante una tarea muy difícil. Ante todo tendrá que evitar tomar medidas políticas que pudieran empeorar aún más la situación militar. Precisamente esto se hizo de parte del gobierno alemán bajo el Príncipe Máximo de Baden, cuando, a fin de poder iniciar las negociaciones con el enemigo, renunció, sin equivalente alguno de la otra parte, al empleo de su arma más eficaz: la guerra submarina.

Hacia el final de la guerra frecuentemente ejercen su influencia terceras potencias. Al principio ésta será de índole política, pero puede aumentarse hasta llegar a ser una intervención armada, determinando el límite hasta el cual pueden llegar las pretensiones del vencedor y lo que el vencido debe ceder. En tales condiciones la política puede tener una influencia inmediata hasta en las resoluciones del comandante en jefe. Consideraciones políticas pueden determinar en ciertas circunstancias todavía una batalla que, si bien innecesaria desde el punto de vista puramente militar, es considerada por una de las partes beligerantes como última tentativa y por la otra como última medida coercitiva.

Puede afirmarse de una manera general que la política y la conducción de guerra marchan de la mano tanto en la preparación como en la ejecución de una guerra.

C.—LOS OBJETIVOS POLITICOS Y LOS OBJETIVOS DE GUERRA

Nos ha parecido conveniente aclarar bien el concepto de lo que representa un objetivo de guerra y uno político.

Comenzaremos por definir a cada uno de ellos.

Objetivo político.—Constituye la aspiración política del Estado. Es la necesidad o ambición de un bien que un Estado tiende a mantener o conquistar para su perfeccionamiento o engrandecimiento en el concierto mundial o continental de las

naciones. Acciona para ello con su política en la paz y con sus fuerzas en la guerra.

Pueden ser *negativos* o *positivos*, según se trate de mantener lo existente o conquistar algo nuevo; *continentales* o *mundiales*, según se trate de conquistas con carácter local o mundial, respectivamente.

Algunos han llegado a afirmar que existen *objetivos económicos*, que suplantan al político. Ello es en nuestro concepto un error. La economía tiene en el Estado moderno, una gran importancia en el establecimiento del objetivo político, pero no puede llegar a suplantarlo. En todo caso, en este orden de ideas, es la política que rige a la economía y no lo contrario. Von der Goltz parece entenderlo así, cuando afirma: «Ahora como antes rige, por lo tanto, la frase de Napoleón, según la cual *la política es el destino.* Si en Alemania de la posguerra se ha creído deber cambiarla para nuestra época por la frase la *economía es el destino,* se ha cometido un error muy peligroso.

Es verdad que puntos de vista económicos pueden ejercer una gran influencia en la política, pero cuando ellos pasan a primer plano se llegará a situaciones muy difíciles. La situación de Alemania en las décadas que precedieron a la Guerra Mundial era tal, que hubiese hecho bien en asegurarse con concesiones económicas la benevolencia política de Inglaterra o Rusia. Pero le parecía más importante hacerse pronto rica. De esta manera se enemistó con ambas por cuestiones económicas y tiene que mirar ahora cómo otros pueblos recogen los frutos de su trabajo. El interés político llevó en 1914 a Bélgica hacia el lado de Inglaterra y de Francia; pero el interés económico la hubiese llevado indiscutiblemente hacia Alemania, pues los muelles del puerto de Amberes muy pronto estarían desiertos si esta última dejara de dirigir la exportación de sus zonas más importantes de producción por el gran puerto del Escalda. También la actitud de Francia después de la guerra es una prueba indiscutible de la preponderancia de los intereses políticos. La organización de sus finanzas debiera

hacerle aparecer como absolutamente necesario cobrar una elevada indemnización de guerra. Pero únicamente una floreciente economía alemana estaría en condiciones de pagarla. Mas como ella podría conducir a un resurgimiento de Alemania, también en el orden militar, Francia prefiere renunciar, si bien sin manifestarlo abiertamente, a todo pago, arruinando así junto con el imperio también al comercio alemán. El fin político es aquí también el factor decisivo.

Los objetivos políticos del presente son muy complejos en su gestación e intervienen en ello tan numerosos factores que es difícil desentrañarlos si no se los analiza profundamente. Es que la naturaleza de la guerra moderna coloca a cada uno de los que intervienen frente al dilema fatal: ruina o victoria. Por eso se explica que en la actualidad las guerras *sólo son posibles si median grandes intereses políticos.* Dice von der Goltz a este respecto: «Estos intereses se disimulan, por cierto, muchas veces. La ruptura entre las naciones es aparentemente el resultado de pequeñeces. Así tuvo que servir una controversia sobre los derechos a extensos bosques, en las márgenes del río Yalú, para motivar el ataque japonés contra Rusia en el año 1904; de la historia de guerra se pueden enumerar muchos casos análogos en que naciones enteras se encontraban en una lucha de vida o muerte por causas secundarias. El asesinato del Príncipe Heredero austríaco y de su esposa, en Sarajevo, no era motivo suficiente para que por esa razón millones de hombres tuvieran que morir. En todos estos casos la situación era tal que lo que aparece como causa no es sino pretexto a que recurre el antagonismo político producido por rozamientos de muchos años.

» Nos aproximamos, en cierto modo, a un estado primitivo de la naturaleza, en el cual las guerras de pueblos vecinos sólo puede producirse por el odio recíproco. Pero existe esta diferencia: este odio no es ya instintivo, sino producido por la colisión de intereses ideales, entre los cuales figuran, en primer término, el poder y la preponderancia. Ambos son elementos políticos.»

Es, pues, en las condiciones de política exterior, donde hay que buscar los cimientos del objetivo político de un país, corroborarlo en sus condiciones económicas, sociales, culturales, militares, etc., tomando del acervo histórico la verdad de cada cosa.

Objetivo de guerra.—Es siempre el *aniquilamiento del enemigo,* según hemos ya explicado al referirnos a la naturaleza de la guerra.

La función del poder armado de un país en la guerra se reduce a la lucha por un *objetivo fundamental* o *principal,* que como dejamos expresado representa el *aplastamiento del poder enemigo* con la finalidad ulterior de conseguir el *objetivo político.* Esta es la relación, de efecto a causa, que existe entre ambos objetivos: político y de guerra.

Será entonces un error afirmar que el *objetivo político,* al declararse la guerra, se convierte en *objetivo de guerra.* No hay tal conversión. Son dos actos materialmente separados, que no tienen más punto de contacto que la mencionada relación que entre ellos existe. No podría ser de otra manera, si se piensa que siendo la guerra un acto *eminentemente concreto,* necesita tener su propio objetivo también *eminentemente concreto.* Se acepta, como es natural, que el logro del *objetivo político* es en la guerra una consecuencia del logro del *objetivo de guerra,* pero haciendo el natural y fundamental distingo que entre ellos existe.

D.—LA ACCION DE LA DIPLOMACIA

La diplomacia representa la *aplicación del conjunto de conocimientos y principios necesarios para conducir con acierto los negocios públicos entre los Estados.* En tal concepto, es una parte de la política, cuya acepción más amplia nos la presenta como la *aplicación del conjunto de reglas que deben seguir los gobernantes en sus relaciones con los ciudadanos y con los otros Estados.*

Hemos dicho que una de las tareas de la política es crear las mejores condiciones posibles para realizar la guerra, en procura de lo que la diplomacia no ha podido conseguir. Esta tarea es también del campo de la diplomacia y se desarrolla por una orientación concretamente definida y con un objetivo claramente establecido.

¿Cómo actúa la diplomacia? En forma similar a la conducción de guerra. La política le fija un objetivo al cual debe llegar por los numerosos medios que posee. Si la política logra que la diplomacia obtenga el objetivo político trazado, su tarea se reduce a ello y termina allí en lo que a ese objetivo se refiere. Si la diplomacia falla, entonces es encargada de preparar las mejores condiciones para obtener dicho objetivo por la fuerza, siempre que la situación haga ver como necesario el empleo de este medio extremo.

Un ejemplo aclarará la cuestión: El período político que precedió a la Guerra Mundial es rico en enseñanzas de este orden. Tomemos para ello la situación de las potencias con sus intereses particulares y veamos después cómo se agruparon por la acción de las respectivas diplomacias, preparando, ya en el campo político, la derrota del enemigo en la guerra.

Los intereses estarían representados:

Inglaterra.—Quiere la hegemonía mundial. Su comercio debe preponderar sobre la competencia ruinosa de Alemania. Necesita mantener su dominio en los mares mundiales. Su escuadra no debe romper el equilibrio de su teoría de «*Two power standard*».

Francia.—Quiere Alsacia y Lorena, también una revancha de la Guerra de 1870. Pretende asimismo una hegemonía continental.

Rusia.—Mantiene su política paneslavista y quiere el dominio de los Balcanes.

Austria-Hungría.—En contraposición a Rusia, mantiene su dominio moral sobre los Balcanes, algunos de cuyos pueblos están bajo su soberanía.

Italia.—En evidente pugna con los intereses franceses e ingleses, sueña con un predominio del Mediterráneo y reconquistar los territorios allende el Adriático.

Rusia e Inglaterra.—Chocan por sus intereses encontrados en Extremo Oriente.

Inglaterra y Francia.—En abierta contradicción de intereses han estado por irse a las manos en Fashoda.

Austria e Italia.—Son enemigos irreconciliables.

En resumen: Si consideramos el cuadro que presentaba Europa veinte años antes de la Guerra Mundial, podríamos decir sin temor a exagerar, que cada país presentaba conflictos con los otros, en forma de crear una atmósfera común de odios y opuestos intereses.

Un trabajo paciente y constante de las diplomacias de todos estos países se estableció hasta 1908, en que se pusieron en juego todos los recursos imaginables. El resultado de esta proficua y admirable labor, fué que los países fueron paulatinamente alejándose unos de otros para formar agrupaciones con intereses comunes en dos bandos representados por la Triple Alianza y la Triple Entente.

La concentración diplomática de la Triple Entente se hallaba prácticamente terminada ya en el año 1908. Para esa época, las diferencias entre Inglaterra, Francia y Rusia habían sido allanadas o al menos aplazadas. Japón, encadenado a la Entente por su alianza con Inglaterra. Italia, a pesar de continuar formalmente adherida a la Triple Alianza, se había colocado materialmente en una situación neutral. Sólo Alemania y Austria-Hungría debían hacer frente a los enemigos muy superiores de la Entente.

¿Cómo se había llegado a esa situación?

Dejemos contestar a Karl Helfferich: «Yo, personalmente, no vacilo en reconocer a nuestros adversarios, con especialidad a los ingleses, una habilidad diplomática mayor, la conducción superior de los negocios políticos. Sus hombres de Estado dominaban sobre todo el arte de subordinar a las

grandes líneas directrices de su política todos los intereses y sentimientos, aun los de no escasa importancia en sí, que se oponían a aquéllas.»

Simple resultó a las diplomacias inglesa y francesa preparar un campo propicio a la formación de un círculo adverso a los Imperios Centrales; para ello le bastaban sólo dos tareas, que desde largo tiempo llevaron a cabo sus cancillerías en los Estados del Viejo Mundo ante la ineficacia de la política alemana:

1º Arreglo diplomático para allanar o postergar las dificultades existentes entre Francia e Inglaterra.

2º Gestiones diplomáticas con el objeto de mantener el *statu quo* en las relaciones anglo-rusas y postergar la solución de conflictos creados por intereses encontrados. Esta tarea era fácil después de la Guerra Ruso-Japonesa.

Para la solución de estos problemas se tenían argumentos suficientes, ya sea en Francia, como en Inglaterra, porque se mantenía latente el temor alemán, que se oponía al logro de las aspiraciones.

Este camino elegido con acierto por las diplomacias de Francia e Inglaterra tiene en las ulterioridades de los acontecimientos mundiales un valor extraordinario, porque además de preparar políticamente la guerra llevó a casi todas las naciones del mundo, que de alguna manera estuvieran ligadas a ellas, la acción necesaria para preparar el aislamiento del enemigo.

Francia comenzó acertadamente por unirse con Rusia, cuyos intereses no estaban abiertamente en pugna por el momento. La aspiración rusa sobre el Mediterráneo era un asunto lejano que pudo bien olvidarse en las horas que se buscaba una alianza contra Alemania. Así, un acierto de Francia hizo que su diplomacia se adelantara a la alemana ganando el más conveniente aliado para la futura guerra. Explotó para ello oportunamente la situación política y, enemiga mortal de Alemania, hizo las gestiones para atraer a Rusia, que por su parte tenía intereses manifiestamente contrarios a los de Alemania, tratando de conseguir una posición importante en el Báltico y abrirse en el sur un acceso al Mediterráneo, lo que equivalía a plantear directamente un conflicto contra la Triple Alianza. Ello era más grave si se tiene en cuenta que el dominio sobre el mar Báltico era una cuestión vital para Alemania, lo mismo que el mantenimiento de una Turquía fuerte. Austria-Hungría no transaría nunca con la influencia rusa en los Balcanes y la entrada de ésta en el Mediterráneo sería desfavorable para Italia, que integraba la fórmula de la Triple Alianza. Era, pues, fácil para Francia retraerse a Rusia, ante el abandono voluntario que la diplomacia alemana hizo de este país, para seguir siendo consecuente con sus aliados.

Uno de los factores que más se hacen sentir en los actos diplomáticos de las naciones, es indudablemente *la oportunidad*. Así, cuando Inglaterra sintió la necesidad de una unión con otras potencias del Continente, los Estados del mismo se encontraban divididos en las dos tendencias y perfectamente individualizados. La elección era cuestión sencilla. Inglaterra se decidió lógicamente, desde su punto de vista, por el grupo que representaba la tendencia antialemana. El pueblo que más podía competir comercialmente con ella, tanto en América como en Asia Central, Africa y Oriente, donde los intereses eran antagónicos.

La alianza de Alemania con Italia, cuyos intereses eran opuestos a los de Inglaterra en el Mediterráneo, era una razón más y, por otra parte, Francia y Rusia no amenazarían de ningún modo la supremacía británica en los mares y en el comercio mundial, por lo menos por mucho tiempo.

El tiempo transcurre y los dos triunfos decisivos se producen para la diplomacia francesa: su unión con Inglaterra y la amistad de ésta con Rusia. En efecto: Francia e Inglaterra llegan a un acuerdo provisional, basado en sus recíprocos intereses coloniales, resolviendo sus diferencias en Egipto, Fashoda y Marruecos. Por esto las ambiciones de ambas han dejado de estar en oposición. Lo mismo ocurre con los intereses de Ingla-

terra y Rusia en Oriente y Asia Central y apenas si existen por el momento motivos para un conflicto entre ambas.

En todos los asuntos pendientes entre los Estados de la Triple Entente se ve la mano de la diplomacia francesa, que evidencia una aptitud excelente.

Su claro objetivo político positivo dió en todo momento una visión clara de la dirección a marcar en la orientación de las relaciones internacionales y produjo la guerra en el momento oportuno.

Un éxito sugerente que se suma a los anteriores es la situación de Italia, aliada con Alemania y Austria-Hungría cuyas relaciones son cordiales con Francia e Inglaterra. Se había dejado llevar, en distintas ocasiones, hacia una política ajena a la Triple Alianza, por la influencia de la hábil diplomacia francesa.

Los hechos demuestran una evidente eficacia en la diplomacia francesa, que indudablemente estuvo muy ayudada por las circunstancias.

Analizada la acción de la diplomacia en la Triple Entente veamos, en cambio, del lado de la Triple Alianza cómo se procedió, a fin de establecer comparación y sacar conclusiones al respecto.

Alemania continuó con la anticuada alianza de los tiempos de Bismarck. Ello representaba una tarea estática para la diplomacia alemana, que dormía sobre los laureles que el viejo canciller supo conquistar para la Alemania de otros tiempos, en que su ejército marchó a la guerra para certificar un triunfo que el genio político y el talento de Bismarck, habíanle preparado durante la paz. Razón tiene Guillermo II en sus *Memorias* cuando dice: «El ejército no olvidará haber sido sorprendido por culpa del Ministro de Relaciones Exteriores.»

La política con su estrategia particularísima prepara las guerras haciendo una conveniente *economía de las fuerzas* y buscando apoyos en qué sustentar o apoyar sus pretensiones. La fuerza es a la vez el único regulador de la política.

« El Estado que renunciara a emplear su fuerza en el mo-

mento oportuno correría hacia su ruina o su muerte», afirma von Bernhardi y los hechos parecen darle la razón. Eso es precisamente lo que ha ocurrido a Alemania que, confiando en una paz peligrosa, no inició una guerra, cuyas probabilidades de éxito eran matemáticas, en 1905. Diez años después la situación era otra, por la acción de la diplomacia enemiga y la ineptitud de la imperial. Poco tiene Alemania que agradecer a sus políticos. Mientras la diplomacia aliada desarrolla gran actividad en pro de proyectos y designios bien determinados y hace esfuerzos para aprovechar la situación política mundial en el sentido práctico y en armonía con sus intereses, la alemana esperaba el éxito sin salir de su inacción. Esa característica de la política, como resultado de los sueños pacifistas de las clases directoras, son, en realidad de verdad, el error fundamental de la política alemana.

La política es una lucha de intereses opuestos y quien la dirige sin ser dueño de la iniciativa pierde muy pronto la ventaja de la situación y no tarda en verse cercado por grupos de enemigos.

Antes de 1914 la tarea de la diplomacia alemana hubiera sido grande y proficua si, por una circunspecta acción, se la hubiera orientado hacia la necesidad de romper de cualquier modo la Entente, separando a uno de sus miembros, para reducir a Francia a la impotencia, aun a costa de hacer mutuas concesiones con el Estado que se eligiera al efecto (probablemente Rusia).

Si se observaba el conjunto que ofrecían los pueblos de Europa, se descubría fácilmente que Francia, Inglaterra y Rusia se unieron con la finalidad común de aniquilar a Alemania, pero tomadas en detalle las aspiraciones de ellas son fundamentalmente distintas y aun antagónicas. ¡Cuánto campo de acción hubiera tenido la diplomacia alemana si se hubiera decidido por el estudio de alguno de los numerosos problemas que le ofrecían otras numerosas soluciones!

Con las guerras de los Balcanes, la Triple Alianza fué enormemente reducida en su poder indirectamente y tan es así

que Francia e Inglaterra lo festejaron como un triunfo sobre ella. Gran error resultó permitir que Turquía fuera aniquilada por los pequeños Estados balcánicos; bastaría pensar lo que hubiera representado una Turquía poderosa, que amenazara seriamente a Inglaterra, emprendiendo una acción terrestre contra el canal de Suez y que pudiera cortar una parte tan sensible y vital para Inglaterra. Por otra parte, esta entrada podría ser la única puerta por donde recibieran los Imperios Centrales víveres y materia prima para su industria, desde que debía descartarse en absoluto el tráfico por el norte, este y oeste. Por sobre todo Alemania, menos que nadie, estaba en condiciones de asistir al debilitamiento de los pueblos que le eran afectos. La superioridad numérica de sus enemigos le imponía evitar toda disminución en los efectivos y poder que algún día pudieran estar de su parte. La guerra europea *era inevitable*, tanto daba que ella se produjera años antes o después, si ello iba directamente en beneficio propio.

Los lazos que unían Italia con la Triple Alianza eran indudablemente los de sus mayores intereses, a condición de que esa alianza la hubiera apoyado en sus pretensiones. Es indudable que donde accionan dos fuerzas antagónicas equivalentes, la situación de un móvil central es de equilibrio instable, pero tan pronto como una de esas fuerzas disminuye en el mínimo esfuerzo, el móvil cede. Así puede considerarse a Italia, que en comparación con el principio mecánico enunciado, estaba en equilibrio entre la Triple Alianza y la Triple Entente. Las diferencias que la separaban de Austria-Hungría disminuirían cada vez más si la Triple Alianza se encargaba de facilitar con el prestigio de su fuerza, la expansión que Italia necesitaba como salida natural de su superpoblación. Así el sentimiento irredentista hubiera paulatinamente perdido su valor. Italia tiene su interés político y económico en el Mediterráneo. Este interés no tendría en Alemania ni en Austria-Hungría un competidor. En cambio lo tendría y de gran importancia en Francia por sus colonias en Túnez, que representa la colonia natural de Italia y que ha sido colonizada por esta

nación. La Triple Alianza hubiera conquistado definitivamente a Italia si se hubiera opuesto terminantemente a la ocupación de Túnez por Francia y ayudado a Italia a ocuparlo, aun a costa de un peligro de guerra; con ello, mientras por un lado se hubiera reforzado de manera efectiva la situación de Italia en el Mediterráneo, por otra se habría creado un motivo de agresividad y antagonismo permanente entre Francia e Italia, que redundaría en beneficio de la Triple Alianza.

En cambio aconteció todo lo contrario: ayudada por Francia e Inglaterra ocupó Trípoli y se alejó en forma sensible de sus aliadas, tanto que mucho antes de la guerra ya no se contaba con su cooperación, sino más bien manteniendo su neutralidad u ocupando un puesto al lado de los enemigos de los Imperios Centrales.

Otro asunto que debió encarar la política alemana antes de 1914 fué un acercamiento con los Estados Unidos de Norte América; para ello se presentaba propicio el natural antagonismo comercial anglo-norteamericano. El enorme acrecentamiento del poder inglés, que podía resultar de la derrota de Alemania, pudo haber sido contrario a los intereses e intenciones norteamericanas y un acuerdo de éstas con Alemania ser factible.

El error ha partido siempre del hecho de mantener una política demasiado pacifista y por temor a la responsabilidad de provocar la guerra, como si ella fuera acaso de semejante magnitud como la que resulta de haber llevado su patria a la ruina.

El ejemplo que hemos comentado, que es transcripción de mi libro *El frente Oriental de la guerra Mundial en 1914*, creo que satisfará prácticamente esta explicación.

Se comprenderá fácilmente que la derrota alemana en la Guerra 1914-1918 se debe en su mayor parte a las fallas fundamentales de su política y a la ineptitud de su diplomacia. Nos deja como enseñanza, en cambio, que el éxito en la guerra depende en un cincuenta por ciento de las condiciones que

el político haya sabido crear a la situación general que deba resolver el militar.

E.—LAS CONDICIONES POLITICO-INTERNAS

Como ya hemos hecho presente al considerar los factores que influyen en la acción guerrera, la política interna tiene gran importancia en la preparación del país para una guerra. Siendo aquélla «*el arte de gobernar y dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas y conservar el orden y las buenas costumbres*», se comprenderá fácilmente en cuantos sentidos podrá influir moral y materialmente en las fuerzas vivas del país el hecho de una mejor preparación y organización. Ella actúa en la paz y continúa su acción en la guerra con mayor entusiasmo y ahinco.

En líneas generales hemos mencionado la acción de ésta durante la paz, por lo que nos referiremos ahora al tiempo de guerra, dejando exponer sobre este punto a von der Goltz: «Diferente de la *política exterior* es durante la guerra la acción de la *política interior*. Ella no pierde en importancia durante las hostilidades en comparación con el tiempo de paz. Más bien sucede lo contrario. Su misión es clara y sencilla. Debe procurar que constantemente fluyan nuevas fuerzas para sus defensores que se hallan frente al enemigo. El interior es la fuente de las fuerzas del ejército. No solamente debe enviarle el reemplazo de personal fresco y útil y todo el material de guerra necesario, sino ante todo el refuerzo moral. Por estas razones es necesario mantener en el pueblo, aun en los más grandes sacrificios y penurias, la voluntad de la victoria, en lo que ejerce un papel importante el cuidado previsor de la alimentación. Toda disidencia interior debe cesar ante el peligro que amenaza desde afuera la vida de la nación. Es preciso fomentar el comercio y el trabajo, especialmente las actividades de las industrias importantes para la guerra. Los elementos peligrosos para la existencia del Estado deben reprimirse y se deben contrarrestar los esfuerzos del enemigo para quebrantar

el espíritu guerrero. Sólo un gobierno fuerte y consciente, podrá responder a estas tareas. La forma en que se cumplirá su misión dependerá enteramente de la madurez política y del estado cultural del pueblo. Las democracias occidentales, dice el mismo autor, en las cuales la masa de la población poseía un criterio político más desarrollado que la nuestra, otorgaron a sus gobernantes durante la Guerra Mundial poderes dictatoriales—jamás monarcas en la época contemporánea tuvieron tantas facultades como Clemenceau y Wilson—con lo que lograron resultados superiores a los del pueblo alemán, cuyos distintos gobernantes, en el período de la guerra, estaban constantemente preocupados de que no se fuera a lesionar cualquier pretendido derecho de la población. Mientras en Francia se contrarrestó a los motines mediante fusilamientos en masa, en todos los países de la Entente las personas que eran sospechosas de trabajar por la paz eran, sin más trámites, encarceladas o fusiladas; en Alemania, por el contrario, el gobierno fué pasando cada vez más a manos de los partidos de la izquierda del Parlamento, a los que interesaba más el derrumbe del Estado monárquico que la victoria y el futuro de la patria. Estos partidos, una vez llegados al poder después de la derrota producida por la revolución, trataron de mejorar con medidas de política interna la situación política exterior de Alemania. Con la mayor rapidez posible disolvieron al ejército que volvía del frente e hicieron desaparecer el antiguo orden que diera tan buenos resultados. A fin de demostrar a los gobernantes de la Entente su sometimiento a los ideales de la democracia, como los únicos que podrían hacer la felicidad de la nación, recurrieron a los rebajamientos más profundos... Hasta ahora nunca ha dado buenos resultados el mendigar misericordia al vencedor, como medio político, para influir en los resultados de una guerra. En cambio, la actitud viril de Talleyrand, que representó en el Congreso de Viena a la Francia vencida e incapaz de toda acción de defensa, obtuvo grandes éxitos.

» Pero una vez estallada (la guerra), la política, tanto la

exterior como la interior, no debe conocer actualmente otro fin que el de procurar por todos los medios que se consiga el objetivo de guerra. El comandante en jefe y el hombre de Estado que dirigen los negocios deben estar firmemente convencidos de que el mejor servicio que la guerra puede hacer a la política, es conseguir *la derrota completa del enemigo.*

» Observando este principio fundamental, la política cobra el mayor grado posible de libertad, a la vez que procura el mayor campo de acción al empleo de las fuerzas. ¡Ay del Estado en que durante la lucha obtienen el predominio las corrientes políticas que han inscripto otras aspiraciones en sus banderas!

» Una derrota será la consecuencia segura.»

3. — LOS FACTORES ECONÓMICOS

Conocido es el aforismo atribuído a Napoleón: «el dinero hace la guerra» y el de von del Goltz: «Para hacer la guerra se necesita dinero, dinero y más dinero.» Las últimas guerras han probado suficientemente que tales aseveraciones tienen hoy gran valor, porque el empleo desconsiderado de todos los medios disponibles de «la nación en armas» impone utilizar hasta el último crédito, hasta la última energía económica, para presentarse en la decisión con todas las fuerzas y poder continuar luchando si esa decisión no se produce, en contra de todas las previsiones y seguridades.

A.—LA INDUSTRIA Y LA PRODUCCION, LA ECONOMIA Y LAS FINANZAS

Para que las anteriores afirmaciones puedan tener en la guerra una sanción práctica y una aplicación provechosa a la finalidad de la misma es necesario una minuciosa preparación en tiempo de paz y una escrupulosa administración en tiempo de guerra. Nada, en el sentido económico, puede ser obra de

una improvisación de último momento y menos aun durante los acontecimientos. Esta razón fundamental de la organización impone, dentro del concepto de la preparación integral del país para la guerra, la creación de numerosos planes (económico, industrial, financiero, etc.), que forman parte del *«plan de guerra»* y que están destinados a fijar las normas en que se prepararán y emplearán estas importantes ramas de la «estrategia nacional».

Estos planes y dentro de ellos esas normas, tienden a coordinar los diferentes esfuerzos, a desarrollar los incipientes, a encauzar los desviados, a poner en condiciones de máximo aprovechamiento al total de las fuerzas vivas de la nación y por encima de todo a organizarlas en forma de servir, en las mejores condiciones, a las fuerzas armadas del Estado en las operaciones de guerra.

B.—LOS MARES EN SU RELACION CON LA GUERRA TERRESTRE

Los Estados que en la guerra moderna tienen libre el mar cuentan con muchos más caminos para utilizar sus créditos que los que pueden ser aislados inmediatamente del comercio mundial. Ello lo confirman los ejemplares de la acción del gobierno de la defensa nacional de Francia en 1870-1871, donde, a no mediar tal circunstancia, no hubieran podido formar las masas que movilizaron. En la Guerra de Secesión la derrota de los Estados del sur se debió, indiscutiblemente, a que las vías transoceánicas les fueron cortadas. En la Guerra Mundial se ha probado lo mismo: el bloqueo de Alemania, en primer término, fué marítimo y llevado a tal extremo que «estas condiciones engendraron un tal agotamiento físico y moral del pueblo alemán, que, desalentado, bajó las armas.»

El *dominio del mar* proporciona así directamente una mayor fuerza, aun cuando las escuadras no estén en condiciones de prestar un apoyo directo a las fuerzas terrestres.

C.—LOS BLOQUEOS MARITIMOS Y SU INFLUENCIA EN LA GUERRA

A pesar de la importancia que le reconocemos al dominio del mar, es necesario hacer constar que ello representa un factor importantísimo que coopera al éxito en forma relativa a la situación geográfica y militar de los países, pero que difícilmente puede llegar a tener una preponderancia tal en la guerra que, por sí, represente una decisión.

Esta importancia crece en su valor relativo cuando se trate de países que no se basten a sí mismos, ya sea porque carezcan de materia prima o porque la capacidad de su industria esté por debajo de las necesidades de guerra, pero aun en esos casos, a pesar de su enorme importancia, no es decisivo.

Bastaría sólo pensar cómo se habrían presentado las cosas en Europa en 1914 si, a pesar del bloqueo de Alemania, sus fuerzas terrestres hubieran derrotado en la batalla del Marne a las francesas e inglesas, para formarnos un juicio del valor relativo del bloqueo en la decisión de la guerra.

D.—LA GUERRA TERRESTRE Y LA MARITIMA

Puede afirmarse que la decisión de la guerra entre los países continentales pertenece siempre a las fuerzas terrestres. En este caso la *guerra marítima* sirve especialmente a los factores económicos, prestando así a la guerra terrestre un servicio importante y fundamental. La defensa del litoral marítimo y de las probables fuentes de producción que en él se encuentran representa otro de los objetivos a cumplir con el poder naval. Las operaciones combinadas entre el ejército y la armada son excepcionales, aun cuando no puede discutirse la importancia y el provecho de ellas, cuando las circunstancias las favorecen.

En nuestra situación concreta, las operaciones navales tendrán una importancia capital por razones que explicaré en clase.

4. — LOS FACTORES ORGANICOS

Si se considera que la guerra moderna se caracteriza por el empleo de ejército de masas con violencia extraordinaria, aparecerá clara la necesidad de pensar muy seriamente en la importancia que los factores orgánicos entrañan para la preparación y ejecución de tal guerra.

Los ejércitos modernos no se improvisan. La experiencia de guerra indica con claridad meridiana la indispensable necesidad de organizar las fuerzas y prever hasta el último detalle de su mecanismo, si no se quiere llegar a la guerra en estado de inferioridad con respecto al enemigo.

No debe entenderse por organización el mero fraccionamiento de las fuerzas, sino la preparación de todas las actividades que conciernen al ejército mismo, en la más grande previsión de sus necesidades. Para establecer esas necesidades debe procederse con el más amplio criterio, si se quiere que la conducción tenga algo que agradecer al organizador si, como en muchas partes sucede, no están bajo la dirección de una misma persona ambas actividades.

« *El conductor de ejército* no sólo debe saber conducir el ejército a la victoria; también debe organizarlo, armarlo, equiparlo, instruirlo, vestirlo y alimentarlo. Quizá se hallen otros que, en su lugar, se encarguen de estas tareas, pero no lo harán de modo que él tenga algo que agradecerles. El conductor de ejército no puede ponerse a la cabeza de una tropa cualquiera.»

La explicación de este concepto schlieffeano es simple. Dada la naturaleza de la conducción moderna del país se prepara para una guerra determinada y no «para la guerra». Del mismo modo el ejército se prepara para esa misma guerra. Luego la organización de las fuerzas se hace pensando ya en el acto guerrero en que intervendrán.

¿Quién da las bases para esa organización?

Responderemos: *el conductor*, porque siendo él quien recibe las hipótesis de guerra del director de la política, es él quien

determina el plan de operaciones, que no es otra cosa que el establecimiento de cómo piensa *«aniquilar al enemigo»*. En dicho plan establece su idea operativa, los caminos que piensa seguir, la «herramienta» que necesita, el temple que a ella será necesario darle, como asimismo las condiciones que debe reunir y su forma adecuada al manejo que debe hacerse de ella. Todas esas cuestiones debe contemplar al organizar el ejército, ya que él es la verdadera "herramienta" a utilizar.

Ese es, entonces, el concepto básico de la organizacin de las fuerzas: deben ser en sus condiciones generales adecuadas a las necesidades. ¿De dónde salen esas necesidades? Del *plan de operaciones*. Siendo el conducaor quien dispone este plan, es el único que puede y está en la obligación de decir qué *ejército quiere* para obtener el *objetivo* de su plan y cuáles deben ser sus *características*.

En *primer término* es necesario fijar la *cantidad;* para ello, del *plan de operaciones* debe salir, de acuerdo con las necesidades, la cantidad de *unidades operativas, tropas especiales y servicios* que serán necesarios para las operaciones previstas. De ello se toman las bases para la movilización en condiciones de que esta operación asegure la *cantidad* en los lugares y tiempos previstos.

En *segundo término* es necesario fijar la *calidad;* para ello se impone proceder en forma semejante. Del plan de operaciones deben extraerse las tareas a ejecutar por las tropas y de ellas deducir las *características generales y particulares* a que esas tropas deben satisfacer.

En este orden de ideas la calidad podríamos sintetizarla del siguiente modo:

1º *Organización:*
- Comandos.
- Tropas.
- Servicios.

2º *Doctrina:*
- Leyes.
- Reglamentos.

3º *Instrucción:*
- Oficiales.
- Tropas.
- Servicios.

1º Organización

Para fijar la organización, ya sea de los comandos como de las unidades operativas, tropas especiales y servicios, en su constitución, agrupamiento y fraccionamiento, será necesario un profundo estudio sobre su probable actuación en las diversas operaciones en que les toca á actuar, cuestión que sólo puede salir del plan de operaciones. De acuerdo con esa actuación se podrán organizar las fuerzas teniendo en cuenta su conducción, el teatro de operaciones y el enemigo.

Este paciente estudio, comúnmente apoyado en las enseñanzas que la Historia pone a nuestra disposición, nos permitirá presentarnos a la guerra por lo menos en las mejores condiciones que pueden alcanzarse con las previsiones de paz. Sin duda alguna no serán perfectos, porque la perfectibilidad orgánica no existe, pero serán las mejores, porque el único camino para llegar a ello es el que parte del *plan de operaciones.* Digo esto porque a menudo la organización de las unidades operativas, comandos, tropas especiales, servicios, etc., se adopta de una similar extranjera, lo que representa un profundo error, si no se han contemplado las necesidades propias del plan de operaciones.

2º Doctrina de guerra

La doctrina de guerra no puede salir sino del *plan de operaciones* y cristalizarse en un cuerpo de doctrina sintetizado en las directivas, instrucciones y reglamentos.

Que nuestro *plan de operaciones* dispone una ofensiva vigorosa y por golpes rápidos; será entonces necesario traducir esa doctrina en los reglamentos, para que el ejército se instruya y se forme en esa escuela, que será la única capaz de

asegurarle un buen desempeño en la guerra, cuando se ponga en ejecución el plan previsto.

Alemania, antes de 1914, tenía prevista una ofensiva de esta característica contra Francia. Así, sus reglamentos traslucían una doctrina estratégica ofensiva con las características más decisivas, es decir, con masas lanzadas hacia el punto decisivo y empleando especialmente la maniobra de ala. Su plan de operaciones, que conocimos después que sus reglamentos, nos dió la clave de ello. Respondían fielmente a él. Francia, en cambio, había andado fluctuando entre la doctrina ofensiva y defensiva. Sus reglamentos, hasta poco antes de 1914, respondían a una doctrina defensiva, para ser cambiados por la ofensiva *à outrance*. La clave la tuvimos también cuando conocimos su plan de operaciones, que prescribía dos ofensivas frontales, divergentes y simultáneas.

Queremos hacer resaltar de la manera más absoluta que la doctrina de guerra que ha de inculcarse al ejército por medio de los reglamentos y de la instrucción, sólo puede salir del plan de operaciones y que los reglamentos extranjeros, con todo lo sabios que puedan ser, no representan una panacea o un bálsamo de Fierabrás, que todo lo cura. No es posible *adoptar* traduciendo los reglamentos. Es necesario *adaptarlos* o crearlos, si queremos que ellos respondan a nuestras necesidades y poseer una doctrina de guerra apropiada.

3º La instrucción

La instrucción tiende a dar al ejército las condiciones y características de todo orden, necesarias para el mejor desempeño de su misión en la guerra. ¿Cuáles deben ser esas condiciones? Según los casos. Unas veces podrán ser diametralmente opuestas de un caso a otro. ¿Quién puede, entonces, dar la pauta? Sólo el *plan de operaciones* puede hacerlo.

Ya hemos dicho que los reglamentos y la doctrina de guerra tienen sus bases en el plan y de acuerdo con ello prescriben la instrucción a impartir y las cualidades y calidades a inculcar y desarrollar en los comandos y tropas.

Hemos querido seguir paso a paso el proceso orgánico que en este sentido debe establecerse desde el plan de operaciones hasta el detalle más pequeño del ejército, para poner en evidencia la necesidad de que todo responda al fin común, única forma de no dispersar los esfuerzos.

El *plan de operaciones* debe ser como la *estrella polar*, una *guía absoluta* que dirija: todo esfuerzo de *organización* hacia el objetivo de servicio de la manera más amplia; todo esfuerzo de *instrucción* hacia la necesidad de preparar el ejército para ejecutarlo de la mejor manera.

A.—SITUACION MILITAR DE LOS BELIGERANTES

Las previsiones y los esfuerzos orgánicos deben ser oportunos. La *oportunidad* es una de las condiciones más importantes de la organización.

Algunos países, por imprevisión, llegan a estados de efectiva inferioridad con respecto a sus adversarios. Cuando la crisis política se precipita, ya no hay remedio a los males ocasionados por la imprevisión, la desidia o la falta de patriotismo efectivo de los hombres de Estado.

Ello sucedió en Alemania, en 1914, que ante las enormes necesidades de su situación, no instruyó todas sus reservas y causa de ello es que mientras se decidían los destinos del imperio en la batalla del Marne, un millón de alemanes permanecían sin ser empleados en ese hecho tan decisivo. Rusia en 1904-1905, en su desgraciada guerra con el Japón, por fallas lamentables en su organización, recibió derrota tras derrota, en su campaña de Manchuria; Italia en la Guerra Mundial, cuya deficiencia orgánica pone de manifiesto el General Cadorna en sus *Memorias*, le acarreó sucesivas derrotas en la primera mitad de la guerra. Austria-Hungría, cuyos errores orgánicos fueron manifiestos, recibió también de la sanción de los hechos la enseñanza de lo que valen las previsiones de paz y lo difícil que es en la guerra rectificar tales errores. Como estos ejem-

plos podrían presentarse cientos, pero no es su utilidad mencionarlos, sino sacar provecho de su experiencia.

Es necesario que en la organización se lleve una comparación permanente sobre la *situación militar* del probable enemigo, única forma de no dejarse aventajar por éste.

Por eso, en general, los planes de operaciones contienen este estudio y comúnmente de cada plan de operaciones debe salir un programa a realizar en un número determinado de años y que tiene por objeto evitar las ventajas que el enemigo pueda tener sobre las propias fuerzas y obtener algunas sobre éste.

B.—UNIDAD EN LA DIRECCION DE LA GUERRA

Uno de los asuntos más importantes a tener en cuenta para la preparación y ejecución de la guerra es que ésta esté preparada y sea conducida con la más absoluta unidad de acción. Si bien la conducción puede llenar este requisito mediante una conveniente organización del Comando Supremo de las fuerzas de mar y tierra, es necesario pensar en la necesidad de un organismo superior que coordine ya sea en la preparación como en la acción a todas las fuerzas vivas que concurren.

De las numerosas fuerzas vivas de la nación ninguna hay que deba marchar mas constantemente unida con la política, que la militar, que le debe estar subordinada ya sea en la paz como en la guerra. En la paz, para una mejor preparación de las fuerzas, con objetivo claro, para poder ser en el momento dado *«la continuación de la política por otros medios»*; en la guerra, para colaborar estrechamente en la consecución del objetivo previsto. La historia de cada guerra prueba que la política y la conducción se dan la mano. Es indudable que tratándose de un asunto importante como éste no convendría librar todo a la buena voluntad del Ministro de Relaciones Exteriores, sino que deben establecerse prácticas más eficientes para asegurar desde tiempo de paz la *unidad en la preparación y dirección de la guerra*, desde sus dos aspectos fundamentales: *la política y la conducción de guerra.*

Tales prácticas sólo pueden afirmarse en verdaderas bases cuando la organización del Estado las prevé y asegura un funcionamiento armónico y adecuado a las necesidades presentes y futuras. En ello la previsión y el punto de vista claro deben estar por sobre la tradición y los intereses menguados de un presente demasiado ficticio. Analicemos brevemente tales cosas a la luz de los hechos, sin otro interés que los hechos mismos y sin otro criterio que el crítico necesario: la organización del Imperio Alemán establecía como Comandante en Jefe del Ejército al Emperador, de quien dependía el Jefe de Estado Mayor General, *responsable de las operaciones terrestres.* El Canciller del Imperio era nombrado por el Emperador, *responsable de la dirección de la política* y dependía directamente de él. La centralización de tales tareas venía, en último análisis, a estar en manos del Emperador, en cuyo caso o éste debía subordinarse a la política del Canciller como Comandante en Jefe del Ejército y Armada o, en caso contrario, debía tener aptitudes extraordinarias para imponer a la vez la dirección política y de acuerdo a ella imponer la organización y efectuar la conducción de la guerra, tareas imposibles de cumplir en la actualidad por un solo hombre.

La organización de la República Francesa establecía, por el contrario, que el Comandante en Jefe dependía del Ministro de Guerra, dependiente a su vez del Presidente de Ministros, cuyo gabinete era responsable ante las Cámaras. Así, la política, en manos del Presidente de Ministros, pasa a ser la directriz de las actividades del Gabinete y, en consecuencia, la preparación y conducción del ejército, están en manos del propio conductor de la política, verdadero director en la guerra de todas las actividades concurrentes.

La historia de las guerras anteriores prueba que la política y la estrategia se penetran hasta el punto de que a veces se confunden. Es natural que así sea, por cuanto la política es una lucha por obtener ventajas o intereses; cuando éstos no

pueden obtenerse por medios pacíficos, se presiona primero y luego se emplean las fuerzas. La política ha continuado en la paz como en la guerra; son sólo los medios los que han cambiado y por ello las fuerzas militares son en realidad un instrumento de la política y deben en consecuencia *estarle subordinados*. Lo propio sucede con todas las demás fuerzas de la nación (economía, finanzas, industrias, comercio, agricultura, ganadería, etc.), que deben obedecer a una sola dirección: la de la política. Para ganar la guerra la nación debe realizar la unión de las inteligencias, de los corazones y las almas lo mismo que de todas las fuerzas físicas y potencias materiales.

Se ve en todo caso cuán estrechamente unidas están la política y la conducción de guerra, dirigiendo forzosamente una a la otra, porque el conductor militar no puede tomar ninguna resolución sin tener presente los fines de la política.

Si se buscara una explicación a la victoria alemana de 1870, por un análisis de los factores políticos y los estratégicos, se comprendería que sería incompleto atribuirlo a una sola causa. Fué en realidad algo mucho más complejo y mucho más hermoso lo que condujo al resultado final: *fué la obra de todos los alemanes*. «Un rey, grandes pensadores civiles y militares, un hombre político dotado de una voluntad ardiente y de una energía muy grande, numerosos hombres de acción, políticos, generales y modestos ciudadanos, todos pusieron su grano de arena.». «Es el resultado de la obra preparada por algunas generaciones y ejecutada por otras.» Es, en último análisis, el acuerdo completo de la política, síntesis de los esfuerzos de una nación tendentes a un fin determinado, con la estrategia, síntesis de los esfuerzos de un ejército que trabaja siguiendo las huellas trazadas por la política, lo que condujo tan rápidamente a los alemanes a la victoria. Es Bismarck siguiendo y apoyando a Moltke durante la guerra, apartando los obstáculos de su camino, proporcionándole las fuerzas de toda Alemania, impidiendo que Austria e Italia se unan a Francia, obrando más aún que el estratega para determinar a Bazaine a que entregue Metz y el ejército, librando las fuerzas de Federico

Carlos que debían aplastar los refuerzos franceses. El papel de un estratega se facilita si tiene la ayuda de un verdadero político de ese temple.

Nunca, desde Napoleón y Federico II, cuyos genios encarnaron en ciertos momentos la política y la estrategia a la vez, se vió realizado un acuerdo tal como el de Bismarck y Moltke.

Si el espíritu de ambos hombres, político y conductor, hubieran animado con un soplo de su talento a Bethmann Hollweg y a Moltke (el joven), pese a la mala organización estadual en Alemania, la Historia del mundo hubiera torcido su curso en 1914.

En la actualidad se ha buscado remedio a estas necesidades creando los *consejos de defensa nacional*, que como órganos asesores del poder central trabajan por la unidad en la preparación y dirección de la guerra. En nuestro país aún no se ha dado este paso, que *a priori* parece tan conveniente. Existe otra medida que con el anterior organismo parecería dar una solución a este problema: sería la creación del puesto de Comandante en Jefe del Ejército en tiempo de paz, dejando al Ministro de Guerra las funciones político-administrativas y pasando al Comandante en Jefe las militares; éste a su vez sería miembro del Consejo de Defensa Nacional. Nuestra Constitución se opone a que el Presidente de la Nación delegue el Comando Supremo del Ejército en persona alguna, representando ello una traba a esta solución. Pero es necesario pensar que cuando nuestra Constitución se hizo, la guerra no representaba lo que hoy y que bien puede nuestra Constitución estar un poco anticuada en materia de guerra, ya que ésta ha evolucionado totalmente en los últimos cincuenta años.

C.—EL COMANDO SUPREMO

Las necesidades de una conducción moderna pueden sintetizarse en la existencia de *un Comando único para todas las fuerzas*. No debe entenderse este concepto como limitado exclusivamente a la guerra. En tiempo de paz también es necesa-

rio, pues es tan importante la *unidad de preparación* como la *unidad de ejecución.*

Sólo la existencia de un Comando Supremo puede garantizar el cumplimiento del aforismo schlieffeano: «*el conductor de ejército no sólo debe saber conducir el ejército a la victoria; también debe saber organizarlo... El conductor de ejército no puede ponerse a la cabeza de una tropa cualquiera. Debe tener su propio ejército.*» Es indudable que la existencia de un comando de esta naturaleza es lo más conveniente a las necesidades de la defensa nacional, ya se las mire a éstas desde el punto de vista de la preparación, como de la conducción de la guerra.

La creación de un Inspector General del Ejército, como sucede en algunos países—una interpretación justa del precepto orgánico esbozado por Schlieffen—puede llegar a ser una solución aceptable, pero para ello es necesario que concurran algunas circunstancias indispensables al buen desempeño que tal cargo impone. Es necesario para ello que el Inspector General del Ejército, presunto conductor, sea el organizador, instructor y conductor del ejército, tanto en la paz como en la guerra. No puede responsabilizarse a un militar de un acto ordenado, ni del mal cumplimiento de una misión, en la que ha sido guiado paso a paso por otra autoridad superior a la suya. Si ello sucede, si el Inspector General del Ejército no es el superior directo del mismo, de quien dependen todos los órganos y su autoridad es completa en todas las cuestiones que compiten al ejército y su preparación para una guerra, tal cargo es una instancia más, innecesaria y generalmente estéril. No caben dos situaciones, cuando el dilema es «*ser o no ser*».

Si al nombrar un Inspector General del Ejército se quiere tener un militar capacitado en quien delegar las funciones de preparar al ejército para una guerra, es necesario que ello no implique desde ya tácitamente que él será el Comandante en Jefe en ella, porque no debe aceptar tal cosa que le cargaría de responsabilidad ante el país y no le daría las prerrogativas naturales del cargo. Podrá serlo, pero es necesario relevarlo

de esa responsabilidad y dejar tal designación librada a la elección posterior del gobierno. Ello es conveniente, porque en casi todos los países existen influencias ajenas al servicio y que por razones de política interna, favoritismos políticos o circunstanciales, pueden hacer que el tal Inspector General no sea en realidad el conductor más capacitado o indicado, en cuyo caso sería un grave error designarlo para el Comando en Jefe.

La creación de una cierta independencia del Inspector General del Ejército, para entenderse directamente con el gobierno, por sobre el Ministerio de Guerra, no la creemos conveniente, pues probablemente llevaría a lo mismo que aconteció en Rusia en 1905, en que se quiso seguir el ejemplo de Alemania, dando al jefe de Estado Mayor esta atribución, lo que trajo por consecuencia que éste se encontraba dejado a un lado y no podía conseguir que se aceptaran las medidas que consideraba más urgentes e indispensables. Su independencia personal, lejos de serle un factor de fuerza, lo fué más bien de debilidad.

La falta de estabilidad en el cargo de Inspector del Ejército, es otra falla fundamental del sistema en cuestión. Tratándose de tareas muy largas y que sólo pueden orientarse en muchos años, sólo pueden ser llenadas con unidad de miras por la acción constante y permanente de una dirección capacitada.

Es este un asunto de capital importancia a resolverse cuanto antes, pues la experiencia aconseja no dejar pasar en la paz tales fallas, que repercuten en la guerra con una influencia difícil de salvar. Así, gran parte de las fallas observadas en el Alto Comando alemán, en la Guerra 1914-1918, se deben a las defectuosas relaciones establecidas ya en la paz entre los distintos órganos y componentes.

Si consideramos que la preparación del país para la guerra requiere una absoluta unidad de criterio, en la creación, estudio y preparación de las fuerzas vivas que deben capacitar al país y al ejército para una guerra, así como la instrucción y orientación del ejército para el desenvolvimiento de las intenciones operativas del Comando, se verá claramente la necesidad

de centralizar todos estos asuntos en una sola persona, con organismos dependientes bien establecidos y sin intermediarios.

D.—UNIDAD EN LA CONDUCCION DE LAS OPERACIONES

Nada puede haber más importante para la conducción acertada de un ejército, que el empleo de las diferentes partes de éste sea hecho con la más absoluta unidad de concepción y acción. Esta unidad tiene sus bases, como lo decimos anteriormente, en una adecuada constitución del Comando Supremo, que, por otra parte, debe haberse determinado claramente desde la paz, si se quiere que los frutos puedan recogerse «maduros».

Al tratar la conducción nos referiremos al *«comando único» en forma más amplia.*

CAPITULO IV

PLANES DE OPERACIONES

1. — DEFINICIONES Y ACLARACIONES

A.—PLAN DE GUERRA

Es el conjunto de previsiones de todo orden que el país pondrá en ejecución al declararse el estado de guerra, para obtener el o los *objetivos políticos* que persigue por medio de la fuerza. Estas previsiones de todo orden están en relación directa con el objetivo político a alcanzar sobre el enemigo, considerado en la *hipótesis de guerra.*

En este concepto, para confeccionar un *plan de guerra* es indispensable determinar previamente: la hipótesis de guerra que lo *motiva* y el *objetivo político* que es su *finalidad.*

El estudio de la *situación político-internacional* de nuestro país, de los limítrofes y de algunos más alejados, permite deducir los objetivos políticos de cada uno de ellos. Dicho estudio exige un análisis completo y profundo de las razones de carácter histórico, político, étnico, geográfico, económico, financiero, social, etc., contemplando no solamente el pasado, sino también el presente y futuro inmediato. Este examen corresponde a la dirección política del Estado: sus conclusiones es decir, los objetivos políticos, sirven de base al conductor para la confección de sus planes.

Los *objetivos políticos* pueden clasificarse así:

1º Aquellos que se alcanzan sin alterar la paz, por tratados, arbitrajes, concesiones recíprocas, etc., y que llamaremos *objetivos políticos de paz.*

2º Los que para obtenerlos es indispensable recurrir a la

guerra o bien aprovechar una situación desfavorable de guerra del país sobre el cual se persigue el objetivo buscado (reivindicaciones o expansiones territoriales, adquisiciones de mercados para sus productos, hegemonías etc.) y que llamaremos *objetivos políticos de guerra.*

El análisis de los *objetivos políticos de guerra* de los distintos países relacionados y combinados entre sí, contrapuestos unas veces y concurrentes otras en perjuicio de un determinado país, permite establecer las probables hipótesis de guerra a que nuestro país puede verse abocado.

En síntesis: es cuestión previa para la confección de los planes de guerra disponer del *estudio de la situación política internacional* para deducir los *objetivos políticos de guerra* que permitan plantear las diferentes *hipótesis.*

A cada *hipótesis de guerra* corresponde su respectivo *plan de guerra* por cuanto el esfuerzo a realizar por el país variará de acuerdo con la importancia del enemigo que se considere y el objetivo político que se persiga.

Cada plan de guerra se designará con una característica especial que los diferencia entre sí.

Todo plan de guerra se lo encabezará con la *hipótesis de guerra* que lo motiva y con el *objetivo político de guerra* que se persigue. Tanto la hipótesis como el objetivo, se sacan de los estudios previos para la confección de los planes de guerra.

Las numerosas previsiones de todo orden que corresponden a un plan de guerra importan un trabajo de colaboración de los distintos ministerios nacionales, en la parte de su especialidad respectiva. De aquí la subdivisión del plan de guerra en sus partes denominadas: Plan militar, plan político exterior, plan político interior, plan industrial y comercial, plan económico y plan financiero.

El plan militar determina las necesidades y, por consiguiente, es el que proporciona las bases para la confección de los demás planes; éstos cooperan en la obtención de la finalidad perseguida por aquél y proveyendo oportunamente los elementos que necesita la fuerza armada o actuando en determinado

sentido y en el momento señalado para facilitar o favorecer la acción del plan militar.

B.—PLAN MILITAR

Es la parte del plan de guerra que comprende las previsiones de todo orden que el ejército y la armada pondrán en ejecución al declararse la guerra.

Comprende tres capítulos, a saber:

a) Resolución operativa.

b) Plan de operaciones del ejército.

c) Plan de operaciones de la armada, fundamentos, anexos y estudios bases.

La resolución operativa: Indicará las misiones asignadas a las fuerzas armadas de la nación.

El plan de operaciones del ejército: Este plan comprende la *resolución operativa* y las *medidas ejecutivas* que realizará el ejército desde el momento de la inminencia o declaración de guerra hasta la primera batalla en lo posible. En la resolución operativa deben incluirse las ideas directivas que constituyen el norte del Comando hacia el cual se orientarán las operaciones en la medida que las circunstancias lo permitan.

El resto de las *medidas ejecutivas*, es decir, *movilización, concentración, protección y vigilancia de fronteras, operaciones iniciales a partir de la concentración, cooperación de la marina, organización de los servicios de retaguardia, alimentación durante la concentración y organización de la zona del interior* y cooperación de los ministerios nacionales, forman capítulos aparte, por separado, determinándose en cada uno de ellos las diversas medidas a ejecutar.

Los estudios que hayan servido de base para concretar las medidas ejecutivas, que son las que únicamente deben figurar en los distintos capítulos del *plan de operaciones*, constituyen los estudios bases para la confección del plan militar; por lo tanto, dichos estudios no forman parte del mismo, pero deben acompañarse como documentos agregados.

El plan de operaciones de la armada: En forma similar al del ejército, es preparado por el Comando Superior de la misma.

2. — CONTENIDO DEL PLAN DE GUERRA, MILITAR Y DE OPERACIONES

A.—PLAN DE GUERRA

Estudios previos

1º Estudio de la situación político-internacional.
2º Los objetivos políticos de nuestro país y los probables de los países limítrofes y de algunos otros más alejados.
3º Diversas hipótesis de guerra a que nuestro país puede verse abocado.

PLAN DE GUERRA

I Parte.—Plan militar.
II Parte.—Plan político externo.
III Parte.—Plan político interior.
IV Parte.—Plan industrial y comercial.
V Parte.—Plan económico.
VI Parte.—Plan financiero.

B—PLAN MILITAR

Estudios bases

1º Potencialidad militar de los países considerados en la hipótesis de guerra.
2º Potencialidad militar de nuestro país.
3º Estudio comparativo de la potencialidad militar de nuestro país con respecto a la de los adversarios que se consideren.
4º Estudio geográfico militar de los probables teatros de operaciones.
5º Estudio sobre los puntos principales del probable

Plan militar del enemigo

a) Intención operativa y modo de intervenir en el conflicto.
b) Zona de concentración, movilización y concentración.
c) Operaciones iniciales.

6º Estudio correspondiente al plan militar propio:

a) Zona operativa.
b) Zona de concentración y tiempos de movilización y concentración.
c) Protección y vigilancia de fronteras.
d) Operaciones iniciales.

7º Estadística de las probables zonas de guerra.
8º Estadística de la zona del interior.
9º Etc., etc.

Contenido del plan militar

A.) Resolución operativa.
B.) Plan de operaciones del ejército.
C.) Plan de operaciones de la armada.

C.—PLAN DE OPERACIONES

1º *Resolución operativa:*

Resolución operativa incluyendo ideas directas.

2º *Movilización:*

Unidades operativas y demás formaciones de movilización.
Servicios de retaguardia y movilización.
Clase de movilización.
Orden de prioridad de las unidades de movilización.
Tiempos de movilización.
Servicios públicos cuyo personal no será movilizado en el primer momento.

3º *Concentración:*

Zona o zonas de concentración.
Preparación de la zona de concentración.
Tiempo de concentración parcial y total.
Previsiones en caso de falta de éxito de la concentración en la zona elegida.
Protección de la concentración.

4º *Protección y vigilancia de las fronteras:*

Sectores a cubrir.
Tropas a emplear.
Dispositivo del servicio.
Fecha del establecimiento y duración probable del servicio.
Instrucción para el jefe de dichas tropas.

5º *Operaciones iniciales:*

Clase y finalidad de estas operaciones.
Dispositivo y empleo de las tropas.
Instrucciones o directivas para las mismas.
Medidas especiales para un eventual franqueo o aprovechamiento de obstáculos geográficos.

6º *Cooperación de la marina:*

Todas aquellas necesidades que surjan de los estudios de los capítulos anteriores.

7º *Organización de los servicios de retaguardia:*

Determinación de la zona de guerra.
Organización inicial de los servicios de retaguardia.
Tropas para la seguridad y protección.
Su distribución y empleo.

8º *Alimentación durante la concentración:*

De las tropas de protección y vigilancia de fronteras.
De las tropas de la zona de concentración.
De las tropas de los servicios de retaguardia.

9º *Organización de la zona del interior:*

Resumen de los puntos importantes de la organización de la zona.

Resumen de los elementos más importantes a adquirir en el extranjero y fecha probable de llegada al país.

Tropas para seguridad y protección. Su distribución y empleo.

10. *Cooperación de los ministerios nacionales:*

Todas aquellas necesidades que se deriven de los estudios de los capítulos anteriores.

Fundamentos:

Este plan llevará como anexo los fundamentos correspondientes de los capítulos que él comprende.

3. — CONSIDERACIONES SOBRE LOS PLANES DE OPERACIONES

A.—PREVISIONES Y ALCANCE DEL PLAN DE OPERACIONES

Hemos dicho que las previsiones y medidas del plan de operaciones pueden llegar hasta la primera batalla. Más allá entra en el campo de lo imprevisible y por lo tanto no es posible planear acción alguna.

Muchas veces se ha afirmado que algunos conductores, como Moltke, sabían prever y calcular anticipadamente con exactitud el desarrollo de los acontecimientos y que predecían dónde y cómo vencerían al enemigo. Igual afirmación se ha hecho de Federico II «¡Y cuánto se ha extendido la idea de que las batallas de Königgratz, Vionville, Saint Privat y Sedán, estaban todas en los planes de Moltke!»

Afirmaciones como éstas son comunes en los que no entienden o entienden poco de la guerra.

« Solamente los profanos pueden creer percibir en el curso de una campaña el desarrollo exacto y completo de un plan concebido y calculado de antemano, detallado, minucioso, seguido hasta el fin. Ciertamente el Comandante en Jefe no perderá de vista sus grandes fines y no se dejará perturbar por las alternativas de los acontecimientos; pero los caminos precisos por los cuales ha de llegar a ellos, no pueden prefijarse con seguridad muy lejos.» (De la obra del Estado Mayor alemán sobre la Guerra de 1870).

A Napoleón se atribuye la frase: «*Je nai jamais eu un plan d'opération*» y por otra parte el siguiente pensamiento: *Nada se obtiene en la guerra sino por el cálculo;* en una campaña todo lo que no está profundamente meditado en sus detalles, no produce ningún resultado; toda expedición es preciso hacerla según un sistema; la casualidad sola no es la madre del éxito favorable.» Esta aparente contradicción no es tal en el fondo. Lo que Napoleón quiere decir es lo mismo que afirma anteriormente el Estado Mayor alemán. El que este conductor se refiera despectivamente en la primera afirmación a los planes de operaciones, sólo se dirige contra los planes de campaña de los antiguos sabios militares que, a pesar de la apariencia de perspicacia, no eran otra cosa que lucubraciones y especulaciones teóricas e inútiles. Él ha pensado, evidentemente, que mientras podían presumirse con alguna claridad las primeras acciones, él también las encaraba con toda precisión, preparando minuciosamente su éxito. Con toda su audacia, fué un conductor muy reflexivo.

Una prueba de esta anterior afirmación encontramos en el siguiente ejemplo descripto por von del Goltz:

Croquis 10 « El plan que presentó *Carlos Guillermo Fernando de Brunswick* el 3 de noviembre de 1805 en el consejo de monarcas de Potsdam, Napoleón había hecho prisionero a Mack en Ulm y estaba a punto de avanzar hacia el corazón de Austria indefensa. Pero el Duque probó que el Emperador no podía pasar por delante del Tirol mientras los austríacos se mantuvieran allí y que, por consiguiente, era muy fácil detenerlo.

Entonces los prusianos debían atacarlo desde el norte, los austríacos por la espalda desde el sur por Füssen y apenas comenzase precipitadamente la retirada, lo que con seguridad se suponía, sería acosado de cerca por los rusos. En el Neckar quería el Duque cortarle las comunicaciones con la patria, de modo que debía salvarse pasando rápidamente el Rin o hasta buscar refugio en Suiza. En el invierno, después de estos felices acontecimientos, los aliados debían establecer en el Rin, desde Wésel hasta el lago de Costanza, para aferrar a Napoleón del otro lado. Pero el generalísimo prusiano quería, además, que los aliados le atacaron por Holanda y por Italia. Así se debía extender una gran red desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo, envolviendo al León, para aprisionarlo dentro.»

¿Pero qué sucedería si por una batalla se desembarazaba de ella? El Duque, con gran facilidad, contestó a esta objeción: «Napoleón perderá la batalla; *tiene que perderla.*»

Por cierto, si se pudiera calcular así, se podría fijar con anticipación un plan de operaciones que sirviera hasta el final. Pero, en lugar de la retirada de los franceses, se efectuó la marcha a Viena, en lugar de ser derrotados ganaron la victoria de Austerlitz y todo el plan demostró ser lo que era: *una fantasía sin valor.* Contra esa clase de planes es que Napoleón se resiste y afirma no haber tenido plan alguno.

En la guerra, puede preverse que después de la concentración comenzará el imperio de la incertidumbre, que es la regla en la misma. Generalmente, a partir de este momento, los acontecimientos se desarrollarán de distinta manera de lo previsto, porque «a la voluntad propia se opone pronto la voluntad independiente del enemigo. El que pretendiera determinar con anticipación el curso de los acontecimientos, tendría que establecer un cálculo con una cantidad conocida y otra desconocida. El resultado tendría que ser completamente inseguro.» Agrega a esto von del Goltz: «Los generales que entienden su profesión, no aceptarán como exactos tales cálculos. Sus planes de operaciones son de una sabia limitación. Únicamente los primeros pasos se determinan. Más allá no hay más que *gran-*

des ideas directrices, que hay que mantener siempre que de alguna manera las circunstancias lo permitan.»

En esta misma idea parece ponerse Clasewitz al afirmar: «El proyectar un buen plan de operaciones no hay que considerarlo como una obra maestra. La gran dificultad de la guerra estriba en su dirección, en permanecer fiel a las grandes líneas del plan trazado en medio de las incertidumbres y los desfallecimientos que se producen en el curso de una campaña y para esto, más que un gran talento, lo que se necesita es un buen sentido sostenido por un gran carácter y una gran fuerza de alma.»

Croquis 11 Analicemos brevemente el plan de operaciones que Moltke elaboró en el invierno de 1868 - 1869 y que se aplicó en la Guerra de 1870. «Después de consideraciones generales sobre la situación de Alemania y Francia y de la comparación de sus respectivas fuerzas, se ocupa el proyecto de la concentración del ejército alemán. Llega a la conclusión de que hay que formar tres ejércitos e indica sus zonas de concentración casi exactamente como después se verificó en realidad. Luego está expresado claramente que era preciso buscar y atacar la fuerza principal francesa; ésta podía suponerse, de todos modos, próxima al frente alemán. Las direcciones de avance, las mismas que se siguieron en los días de agosto de 1870, se podían deducir fácilmente de todo lo anterior. Más allá se estableció, como pensamiento director, la necesidad de empujar la fuerza enemiga hacia el norte, cortándola de sus comunicaciones con París y de los ricos recursos del sur francés

« La realización de esta idea general era segura en cierto grado. Se le puede reconocer fácilmente en el avance alemán contra el Mosela por el sur de Metz, a donde Bazaine se había retirado, en el movimiento del 3. Ejército sobre Châlons y en la marcha sobre Sedán. Fué ese pensamiento director el que más allá de la primera batalla aunó los esfuerzos de los distintos ejércitos alemanes en una sola dirección uniforme.»

Moltke tiene en cuenta ideas precisas sólo hasta el momento del choque; en cambio, para la actuación ulterior sólo posee

ideas generales; la razón de ello debe buscarse en el hecho de que nadie podía prever el resultado de ese choque. Esa es la regla en la guerra, todo depende de la decisión táctica. «*Por esta razón ningún plan de operaciones debe determinar con precisión lo que se hará después del primer choque decisivo.*»

Tampoco una batalla victoriosa es suficiente para asegurar por completo la ejecución de los planes, por cuanto después de ella éstos quedan dependiendo de las situaciones que puedan presentarse. Ni la batalla de Sedán, ni la del Marne, fueron suficientes para asegurar tal cosa a los alemanes y los franceses, respectivamente. Generalmente, las complicaciones del momento resultantes de la fuerza y la resistencia, conducen a nuevos combates cuyas condiciones son difíciles de prever.

E.—LA SITUACION POLITICA Y EL PLAN DE OPERACIONES

Hemos establecido que el plan de operaciones debe tener *un pensamiento director*, que guíe las operaciones a través de las numerosas situaciones que pueden presentarse. «Cada nueva situación provoca un nuevo plan, dice von der Goltz y de la perseverancia y de la perspicacia del Comandante en Jefe dependerá que en ellos se perciba un *gran pensamiento director*, como un hilo de Ariadna.»

¿De dónde sacar este pensamiento?

Surge de la situación militar, política y económica. Si se analizan éstas a fondo, se ha de llegar generalmente a una conclusión determinada sobre lo que será preciso conseguir a fin de quitar al enemigo los deseos de continuar la lucha.

Esta es la causa que aconseja permanente unión y colaboración que debe existir entre la dirección política y la conducción de las operaciones y a la que ya nos hemos referido al tratar los factores políticos.

Uno de los defectos más graves observados en la Guerra Mundial ha sido el permanente divorcio en que se han mante-

nido los políticos y los militares, que tantos peligros entrañó para el éxito de la guerra en el lado aliado y tanto contribuyó a la derrota de los alemanes (von der Goltz): «Reconocemos así la necesidad de que la armonía entre el comandante en jefe y el estadista, que falló del lado alemán en forma lamentable en el año 1914, esté asegurada ya en tiempo de paz por el *más íntimo trabajo común*. Debe existir una compenetración mutua espiritual de los problemas. El comandante en jefe debe sentir en sí algo del estadista, el estadista algo del conductor de ejército. Solamente entonces se realizará la transición de las medidas políticas a las militares sin quebrar la línea recta.»

C.—EL OBJETIVO DE GUERRA Y EL PLAN DE OPERACIONES

El objetivo de guerra es la finalidad perseguida por el plan de operaciones y que en todos los casos está representado por el *aniquilamiento del enemigo*.

Para obtener tan alta finalidad es necesario seguir un camino adecuado y sobre el cual no existan, por lo menos teóricamente, posibilidades de sorpresas desagradables. Esta es la tarea que incumbe al que elabora un plan de operaciones.

En primer lugar será necesario elegir «el hombre». No todos los militares que forman las listas de los elevados grados del escalafón tienen condiciones para ello. El que sea designado comandante en jefe y deba preparar un plan de operaciones, debe reunir un cúmulo de condiciones difícil de satisfacer; a cualidades y calidades excepcionales de su espíritu debe reunir las condiciones de una preparación acabada. Sólo así podrá conducir en la guerra las operaciones que contenga su plan, en forma de que el país no peligre por haber confiado sus fuerzas a un hombre incapaz de llevarlas a la victoria.

Si la designación recae sobre un conductor incapaz, él será el responsable sin duda y sobre él cargarán las culpas de la derrota. Pero, ¿y el país? Podremos quizá después de los hechos hasta fusilar al mal conductor, pero la nación arrastrada a la ruina no recibirá con ello compensación alguna.

La responsabilidad de un hombre es relativa cuando se tiene por delante el destino de la nación y con él el de muchos millones de hombres.

Esta designación es fundamentalmente grave; en ella no deben intervenir otros factores que la capacidad reconocida y probada en pruebas efectivas y fehacientes.

Von der Goltz, al tratar este punto y fijar la gravedad de esta designación, insiste aún más allá diciendo: «Si es el general en jefe quien elabora personalmente el plan de operaciones, deberá preguntarse con toda sinceridad y sin hacerse ilusiones sobre sus méritos si realmente se siente capaz de llevar a buen término las grandes cosas que se propone.»

Sentada esta necesidad, la elaboración del plan debe encararse en la forma establecida, para lo cual el conductor dispone, como término del problema a resolver:

a) Objetivo de guerra.
b) Medios disponibles.
c) Terreno para la realización.

Es decir, la *finalidad a alcanzar, los elementos a disposición* para lograr tal finalidad y el *teatro de sus actividades*. Le queda combinar la forma y elegir el camino para el logro del objetivo.

Desde este punto de vista el plan de operaciones es sólo la elección de los procedimientos. Para ello, como hemos dicho antes, será indispensable encarar el problema desde un punto de vista *puramente objetivo*.

D.—LOS MEDIOS DE ACCION Y EL PLAN DE OPERACIONES

Es natural que la única medida que puede indicar los medios que se necesitan para la acción es el objetivo mismo, desde que sólo de allí se puede deducir el esfuerzo a realizar.

El esfuerzo será, en general, directamente proporcional a la importancia del objetivo. A grandes objetivos corresponderán grandes esfuerzos y como consecuencia impondrán grandes medios.

Por otra parte, es necesario pensar que no se podría utilizar más medios de acción que los que pueda proporcionar el propio país. En caso así y cuando el objetivo es desproporcionado a los medios, será conveniente reducir el objetivo haciendo varios a alcanzar sucesivamente, o renunciando a él.

Debe entenderse que al que elabora un plan de operaciones no se le puede fijar un gran objetivo y no poner a su disposición los medios necesarios para alcanzarlo. Todo el esfuerzo del país y del ejército en particular, debe dirigirse a satisfacer tales medios; pues de lo contrario se irá al fracaso. Los planes deben basarse en realidades y no en fantasías.

E.—ELABORACION Y DIRECCION DE LOS PLANES

Al decir que debe ser el mismo conductor quien elabore el plan de operaciones hemos querido significar de una manera efectiva, la necesidad de una dirección permanente y orientadora de su parte.

Como es natural, el trabajo material es la obra del Estado Mayor General del Ejército, pero en ello debe tener la dirección absoluta el Comandante en Jefe. Está probado que la ejecución de un plan debe ser hecha por el mismo que lo ha combinado, nadie podrá hacerlo en su lugar en forma de que las operaciones salgan ganando. Se tiene un ejemplo de tan inconveniencia en la aplicación que hizo Moltke del admirable plan concebido por Schlieffen en 1914, en el frente Occidental y esto sólo como el más reciente, porque tal cosa ha sucedido en casi todas las guerra. Las diferencias marcadas de temperamento y de personalidad de un conductor a otro tiene una influencia decisiva en este sentido. Nos bastaría considerar los atrevidos planes de Napoleón, que difícilmente podrían ser

aplicados por otros conductores menos audaces y mucho menos aún por aquellos que han demostrado ser incapaces o timoratos. El más audaz y apropiado de los planes fracasaría lamentablemente en manos de un conductor mediocre y probablemente lo llevaría al fracaso más absoluto, en tanto que con su propio plan no sería peor.

El haber confeccionado un plan de operaciones y terminado sus numerosos detalles formales no quiere decir que la tarea del director del mismo y la del Estado Mayor hayan terminado y que se debe meter en una caja fuerte esperando la guerra para comprobar su bondad y ponerlo en práctica.

Es necesario comprobar antes su bondad en todas formas. Mediante estudios y trabajos profundos debe ser aplicado parte por part en trabajos de gabinete y en el terreno. Ellos darán una idea más acabada sobre su practicabilidad, conveniencias y defectos.

Los medios para estas comprobaciones se reducen, claro está, a trabajos teóricos en la carta, juegos de guerra estratégicos, viajes de estado mayor, de cuadros y tácticos, viajes de caballería, maniobras parciales y generales.

Lo más aceptable parece ser seguir una progresión en los trabajos, representada por estudios diversos, en la siguiente forma:

1º Juegos de guerra estratégicos y tácticos, sobre los diversos episodios que pueden desprenderse de las operaciones previstas, desarrolladas en el Comando en Jefe y de las unidades operativas que participarán en ellos.

2º Juegos de guerra estratégicos de conjunto.

3º Viajes de instrucción por el Comando en Jefe.

4º Viajes de instrucción de estado mayor por los comandos de las unidades operativas sobre situaciones probables.

5º Viajes tácticos por los comandos de unidades operativas.

6º Maniobras parciales de unidades operativas.

7º Grandes maniobras.

En esta forma y si el Comandante en Jefe sigue de cerca todas las actividades y en ellas interviene su estado mayor, el plan puede ser perfeccionado al máximo y preparar en la mejor forma a los comandos subordinados para su ejecución.

CAPITULO V

TEATRO DE OPERACIONES

De los cuatro elementos fundamentales de la acción militar *(tropas, tiempo, espacio, terreno)*, el teatro de operaciones representa un importante factor a tener presente, con todas las ventajas y desventajas que sus accidentes y elementos pueden representar para las operaciones mismas.

Las definiciones que hemos hecho en el capítulo correspondiente a la estrategia (II - 3) tienen estrecha relación con el teatro de operaciones, ya sea por tratarse de asuntos que se encuentran dentro de él, como también por cruzarlo o comprenderlo como sucede con la línea de operaciones y el teatro de guerra, respectivamente. De ello, que exista entre la estrategia y el teatro de operaciones una permanente y estrecha vinculación.

El estudio del teatro de operaciones ha sido en todos los tiempos de un carácter fundamental, porque siendo el escenario de los sucesos militares y campo donde se desarrollan las operaciones, es necesario conocerlo muy bien para aprovecharlo en forma adecuada a las necesidades. El terreno puede ser un «aliado» valioso o el enemigo más encarnizado, según le saquemos todo el provecho posible volviéndolo a nuestro favor por una buena preparación para vencerlo o, de lo contrario, no nos hayamos compenetrado de sus características y, en consecuencia, seamos impotentes para vencerlo.

El teatro de operaciones es un elemento fijo y, desde luego, para sacarle todo el provecho posible, es menester estudiarlo, conocerlo a fondo personalmente y combinar la forma de sacarle el más grande rendimiento.

El establecimiento de planes de campaña y el desarrollo

de operaciones, no podrán hacerse en forma conveniente sin un conocimiento profundo y cuidadoso del o de los teatros de operaciones.

Tan importante resulta para la preparación de una guerra el estudio del teatro de operaciones, que todos los estados mayores de los ejércitos del mundo disponen de departamentos, divisiones o secciones que se dedican exclusivamente al estudio de los probables teatros y reúnen en monografías, memorias operativas, reconocimientos, etc., los datos que sirven de base para el planeo de las operaciones.

Ahora bien: para el desarrollo mismo de las operaciones y tendiente al conocimiento más perfecto posible del teatro de las mismas, los comandos deben completarlo:

a) Por estudios geográficos y topográficos.
b) Por memorias operativas.
c) Por viajes especiales.
d) Por el conocimiento personal de los jefes.

Tan importantes resultan estos estudios que, como veremos después, tienen influencia directa en la preparación para una guerra, en la organización del ejército, en su concentración, en la maniobra estratégica, en el plan de operaciones y en las operaciones mismas. Nada puede escapar a la influencia del teatro de operaciones en la guerra; él representa el medio en que se realizan todas las acciones e impone medidas y características especiales, de las que no se puede prescindir.

En los estudios de historia militar el conocimiento y estudio previo de los diferentes teatros de operaciones es la base de todo juicio serio. Resulta a menudo inútil toda consideración sobre los hechos y crítica de maniobras que consideran las tropas y no tienen presente el terreno y sus características.

Para nuestros estudios es imprescindible colocarse en la situación de *época* y *lugar*. De *época*, porque resulta innocuo estudiar hechos *pasados* sin conocer las condiciones en que ellos se desarrollaron. De *lugar*, porque resulta inconsecuente considerar sucesos prescindiendo del escenario que sirvió de marco e influyó en toda forma en los sucesos mismos.

1. — EL TEATRO DE OPERACIONES Y EL PLAN DE OPERACIONES

La influencia del teatro en el plan de operaciones es grande y llega, en ciertos casos, a ser determinante.

Las operaciones que se planean deben necesariamente ser adaptadas en absoluto al terreno, tanto cuando en éstas se trate de operaciones activas (caso de una invasión estratégica) como cuando se trate de una defensiva en el propio territorio.

Cuando las necesidades impongan vencer un obstáculo será necesario planear meticulosamente los detalles de ejecución (caso, por ejemplo, de una ofensiva estratégica) contra Brasil o Chile. Sería necesario preparar contra el primero el pasaje del río Uruguay y contra el segundo el pasaje de la Cordillera). Tales planes imponen medidas especiales y que se refieren exclusivamente a un profundo estudio del terreno en relación con las propias tropas que deben operar y el enemigo.

« La misma naturaleza algunas veces, el fatalismo geográfico otras, aconseja a los conductores de ejércitos el camino de la victoria.» Estos factores, unidos a sus necesidades y a los objetivos políticos, determinan muchas veces el procedimiento a seguir o inducen a soluciones para resolver conflictos guerreros continentales. Al decir de Napoleón, los obstáculos más grandes que se presentan a un conductor de ejércitos están representados: en primer término, por el desierto; en segundo término, por las grandes cadenas de montañas y en tercero, por los grandes y caudalosos ríos.

Tales obstáculos, diremos, de primera magnitud, se presentarán a menudo en mayor o menor grado en las operaciones de todos los ejércitos, especialmente en teatros de operaciones poco poblados y de gran extensión, cuando no aislados, combinados entre sí. Las operaciones ofensivas encontrarán en estos obstáculos sus principales enemigos, ya que ellos estarán siempre *movilizados* en todo su verdadero valor.

Si la ofensiva estratégica está impuesta a través de obs-

táculos fluviales y éstos no pueden ser salvados por sorpresa en tiempo, debiendo hacerlo frente al enemigo, será una razón más para pensar y estudiar minuciosamente la ejecución de tan difícil operación.

Si en lugar de ríos se trata de desiertos, la crisis entonces dura aún mucho más y aquéllos mantienen su valor de obstáculos permanentemente (antes, durante y después del pasaje). Las cadenas de montañas son tan difíciles y peligrosas para pasarlas como el tenerlas a retaguardia; si la importancia de éstas es como la de nuestros Andes, sólo puede pensarse en vencerlos, pero se tendrá después de pasarlos el espectro del invierno que amenace cortar absolutamente las comunicaciones. (Del capítulo Ofensiva - VIII).

Si se reflexiona sobre lo anteriormente expuesto se llegará fácilmente a la conclusión de que, si alguna de las tres circunstancias enumeradas concurren en la elaboración de un plan de operaciones, imprimirán a éste características y estudios especiales y llegará, en casos particulares, a modificar la idea operativa y a imponer operaciones que, de no existir, comprometerían el éxito. Es decir, *que el teatro de operaciones tiene una importancia fundamental en el elaboración de los planes de operaciones.*

2. — ESTUDIO GEOGRAFICO DEL TEATRO DE OPERACIONES

Para obtener un resultado conveniente es necesario estudiar los teatros de operaciones desde todo punto de vista geográfico-militar. En ese concepto es conveniente hacer notar que mientras algunos estudios contienen todo lo que se refiere al conocimiento geográfico, otros contienen todo lo referente a su aprovechamiento militar. Entre los primeros estarían las monografías geográficas, memorias geográficas, recopilaciones de carácter geográfico, etc. Ellas tienen por objeto dar una idea completa del teatro de operaciones desde el punto de vista

físico, económico, industrial, ganadero, agrícola, humano (antropogeográfico), demográfico, climatológico, etc.

Las segundas son las memorias operativas del terreno y contienen, desde el punto de vista geográfico-militar y topográfico-militar, todos los elementos que deben ser considerados en una acción militar, es decir: Configuración y conformación general, hidrografía, orografía, clima, población, practicabilidad, recursos, condiciones para el estacionamiento, condiciones para el empleo de las tropas, líneas de operaciones, líneas de comunicaciones, posiciones, líneas férreas, obras de arte, desfiladeros, bosques o montes, elementos de transporte, etc.

Mientras los estudios geográficos generales son hechos desde el punto de vista del conocimiento integral del terreno y sus accidentes, como así también de las condiciones climatéricas, demográficas y antropogeográficas, los estudios geográficos y topográfico-militares son hechos bajo una orientación puramente militar y dentro de una situación claramente definida.

Así, una misión para el estudio geográfico general de la frontera oeste sería: «Memoria gráfica general de la frontera oeste» y una misión para el estudio geográfico o topográfico-militar sería: «Memoria operativa de la frontera oeste en el sector Paso Pino Hachado - Paso Tromen, desde el punto de vista de operaciones ofensivas de este a oeste con una división de ejército.»

En esta forma, por numerosos trabajos de oficiales de Estado Mayor se completan sucesivamente los estudios geográficos de toda la zona que puede preverse como teatro de operaciones, tanto en el propio como en el territorio del probable enemigo. Esos estudios sirven de base, además del conocimiento personal de los oficiales de Estado Mayor, para que la primera división del Estado Mayor General del Ejército establezca los respectivos planes de operaciones.

En este sentido nosotros tenemos un excelente material y en largos años de pacientes estudios y penosos viajes se ha conseguido tener estudios más o menos completos de las fronte-

ras. Siguiendo esa práctica tan provechosa, todos los años la División Geográfica del Estado Mayor confecciona un plan de reconocimientos para el año y numerosas comisiones salen a su turno para completar y actualizar lo existente.

3. — EL TEATRO DE OPERACIONES DESDE EL PUNTO DE VISTA ESTRATÉGICO

Conocido el teatro de operaciones por los estudios geográficos y topográficos, debe ser estudiado minuciosamente desde el punto de vista estratégico, es decir, desde el punto de vista de las grandes operaciones militares. De este estudio salen numerosas conclusiones de carácter estratégico, no sólo referentes a las propias operaciones, sino también a las del probable enemigo y que son especialísimas en cada caso.

Esta consideración se hace desde el punto de vista estratégico y dentro de la hipótesis de guerra probable sobre la cual se trabaja. Las conclusiones estratégicas generales sobre un teatro de operaciones no tienen valor alguno; sólo pueden servir y ser valiosas cuando esas conclusiones resultan sometidas al caso concreto que se estudia y trata de resolverse.

Los valores geográficos en las operaciones están dados por la situación de las tropas con relación a los distintos elementos del terreno, por carecer éste de valor militar intrínseco; por lo tanto, el estudio y consideración debe hacerse sometidos absolutamente a las necesidades operativas o tácticas que les dan valor.

Como sería largo enumerar las cuestiones que intervienen en este estudio estratégico-geográfico y a fin de ilustrar a los señores alumnos con un ejemplo que los hará comprender mejor, les recomiendo leer el Capítulo B - Teatro de Operaciones, página 109 a 117 del libro *El frente Oriental de la Guerra Mundial 1914*, Volumen CLII de la BIBLIOTECA DEL OFICIAL —del que soy autor—. En él yo he pretendido hacer ese estudio, que presento a la consideración de los señores alumnos, no como un «modelo», sino simplemente como un ejemplo.

4. — INFLUENCIA DEL TEATRO DE OPERACIONES EN LA ORGANIZACIÓN

Ya hemos dicho, al referirnos a la organización y preparación del ejército, que estas tareas no se desarrollan pensando ambiguamente en la *preparación para la guerra,* sino que ello entraña una tarea más concreta: *el ejército se prepara y organiza para una guerra determinada.*

Ahora bien: esa *guerra «determinada»* impone un *esfuerzo «determinado»* también, a realizar en un teatro de *operaciones «determinado».* Luego, es natural que siendo el ejército el instrumento destinado a cumplir ese esfuerzo en ese teatro de operaciones, tenga el temple y las condiciones necesarias a ambas cosas.

Así, a cada tipo de teatro de operaciones corresponde un tipo de organización adecuado. En nuestro caso que tenemos dos teatros bien determinados: el oeste y el este, montañoso el uno y con numerosos obstáculos fluviales el otro, impondrán dos tipos de organización opuestos.

Teatro de operaciones oeste: Regiones de alta, media y baja montaña.

Impondrá disponer de tropas especiales para misiones en la montaña misma. Como tropas de montaña deberán tener personal, material y ganado especiales, como asimismo dotación de vestuario y equipo apropiados.

Como consecuencia de las misiones tácticas en la montaña su encuadramiento será más numeroso y abundantemente dotado de armas automáticas, etc.

Teatro de operaciones este: Grandes extensiones de llanuras y terrenos ondulados, cruzados de numerosos cursos de agua, clima tropical, etc.

Impondrá disponer de personal, material y ganado de este tipo. Abundante dotación de caballería y material de trenes de puentes y zapadores. Material especial de puentes de alta borda, etc.

Es necesario hacer presente que a pesar de tener dos fron-

teras tan opuestas en sus características, el problema de la organización y dotación puede resolverse fácilmente con las actuales tropas de que se dispone.

Para ello me baso en que difícilmente nosotros llevaríamos una invasión a Chile, pudiéndose prever que, si ellos invadieran, la batalla se daría en la baja montaña o en la llanura, para lo cual nuestra organización y dotación actual es excelente. Para las operaciones en la montaña misma, con las unidades de ese tipo que disponemos, sería suficiente. Para el teatro de operaciones del este la organización es igualmente apta.

Ningún ejército del mundo podría estar a la vez organizado para atravesar una cordillera de los Andes y luego luchar en la llanura en ese terreno. Atravesar la montaña, luchando con un enemigo al frente, para lo cual es necesario disponer de un material, armamento, equipo y vestuario y de una organización especial, no permite tener los elementos indispensables para luchar en la llanura en buenas condiciones. Bastaría pensar en un combate de tropas de montaña, con sus cañones livianos y obuses livianos a lomo, contra una de llanura con sus cañones y obuses livianos y pesados de campaña, en un terreno llano, para darse cuenta de la inferioridad en que aquélla se encontraría.

En resumen, puede afirmarse que el teatro de operaciones tiene una influencia capital en la organización y dotación de los ejércitos que deben actuar en ellos y que ese problema de tan capital importancia sólo puede resolverse mediante un minucioso estudio y medidas apropiadas que resuelvan las dificultades propias que crean el terreno y las condiciones del clima, salubridad, etc., de la región.

Nos limitamos sólo a mencionar estas cuestiones, ya que los señores alumnos la tratarán en forma detallada y profunda en organización y geografía. Por otra parte, al tratar la campaña libertadora a Chile del General San Martín, tendremos oportunidad de estudiar el teatro de operaciones en forma práctica.

5. — EL TEATRO DE OPERACIONES EN LA INSTRUCCIÓN, CONCENTRACIÓN Y MANIOBRAS ESTRATÉGICAS

Las características del teatro de operaciones influye también en la instrucción del ejército, pues como se comprenderá fácilmente, distintos terrenos originan distintas orientaciones y exigen cuestiones particulares a tener en cuenta en la preparación de los comandos y en la instrucción de las tropas.

Naturalmente que tanto los trabajos para oficiales y jefes, como la instrucción con tropas difiere mucho de un terreno de montaña a uno de llanura, por ejemplo. En menor escala será diferente entre dos terrenos de llanura, pero que cada uno de ellos tenga diferentes características (ríos, montes, bosques, pantanos, etc.).

En la concentración del ejército influye también el teatro Croqui
de operaciones en forma marcada. La forma de la frontera tiene en este caso una influencia a veces decisiva y en otros los obstáculos pueden obligar a concentraciones especiales. La concentración de los Ejércitos 1, y 2, rusos en la Guerra Mundial de 1914-1918 en dos grupos separados y con un intervalo de más de 100 kilómetros, estaba impuesta por la existencia de los lagos Masurianos que debían ser dejados en el medio del avance estratégico.

En cambio, la concentración alemana del 8. Ejército, era de una sola masa, para poder operar sucesivamente contra ambos ejércitos por línea interior.

La concentración rusa en el frente austríaco era de un amplio semicírculo, tal como lo imponía la frontera semicircular de Galitzia.

Muchas veces la forma misma de la frontera puede obligar a un apresto en amplio frente y de allí partir directamente a la maniobra estratégica, como sucede con la invasión a Bohemia en 1757 por Federico el Grande.

En la maniobra estratégica el teatro de operaciones tiene

también influencia que, en casos, llega hasta imponer el tipo de maniobra a realizar.

La invasión a Bohemia de Federico, en 1757, es una maniobra de ejércitos convergentes impuesta por el teatro de operaciones.

La ofensiva rusa en Galitzia en 1914 es otra maniobra de ejércitos convergentes impuesta también por la forma de la frontera.

La maniobra rusa contra el 8. Ejército alemán en la Prusia Oriental, en 1914, es una maniobra de ala impuesta por la existencia de los lagos Masurianos, como asimismo la maniobra por línea interior del 8. Ejército alemán, que realiza tan admirablemente el General Hindenburg, sólo fué posible por la existencia de dichos lagos.

Como síntesis puede afirmarse que en la concentración y maniobras estratégicas, el teatro de operaciones tiene capital importancia y que circunstancias dadas impone la zona y el dispositivo de concentración como asimismo la maniobra estratégica a realizar.

CAPITULO VI

LA REUNIÓN DE LOS MEDIOS

(MOVILIZACION)

Dos operaciones iniciales son en la guerra moderna las que efectúan la transición del pasaje de pie de paz al pie de guerra. La primera consiste en el conjunto de medidas necesarias para *la reunión de los medios: la movilización.*

La segunda, que trataremos en capítulo aparte, procura el transporte y apresto de los medios reunidos en el teatro de operaciones: *la concentración.*

La movilización es hoy, dentro del concepto de «la nación en armas», una operación integral que busca la reunión de todos los elementos que han de constituir la fuerza, en los centros sindicados de antemano, para lo cual debe tener en cuenta la dispersión que las actividades normales presuponen de tales elementos y la reunión de los mismos que imponen las circunstancias de guerra. A la reunión del personal y a su incorporación, debe agregar la provisión al ejército de todo aquello que no tiene permanentemente a su disposición. Poner en vigor la formación de nuevas unidades previstas y comprender en la movilización a los establecimientos militares y civiles que sea necesario.

La ejecución sin tropiezos y rápida de la movilización, es una de las primeras condiciones para una feliz iniciación de la guerra.

Federico el Grande y, por lo tanto, Prusia, es la iniciadora y creadora de la movilización. Moltke la perfeccionó en alto grado, a tal punto que en las guerras de 1866 y 1870 dió el más brillante resultado y, como consecuencia de la utilidad

puesta de manifiesto en la primera, es que el sistema se extendió a toda Alemania antes de que se produjera la segunda. El desarrollo tan ventajoso y fácil de esta guerra, para Alemania, se debe en gran parte a lo perfecto de su movilización y a que en Francia tal operación resultara un verdadero desastre.

En la Guerra Mundial de 1914 las condiciones habían cambiado fundamentalmente en el sentido de que ya no podía hablarse de grandes diferencias en el tiempo en favor de Alemania. Sus enemigos habían aprendido de ella y sus movilizaciones respondían a los mismos principios alemanes. Así sucedió que, frente al ejército alemán de operaciones, cuando se aprestó en la frontera, tenía enemigos a su frente en el mismo grado de apresto.

Sin embargo, puede considerarse la movilización alemana de 1914 como un acabado modelo en su género. Jamás nación alguna ha alcanzado un grado de mayor perfectibilidad en tal operación.

Debe considerarse que ninguna unidad está inmediatamente en condiciones de partir, lista para la guerra, desde su guarnición. Esto también rige para los que deben partir inmediatamente para cumplir misiones especiales y dar la protección de fronteras. Ellas, generalmente, parten con los efectivos de paz, apenas reforzados y terminan su pasaje al pie de guerra frente al enemigo. La fortaleza de Lieja fué tomada al principio de la guerra por tropas en estas condiciones. De esas mismas unidades regresaron algunas a sus guarniciones para completar su movilización. A pesar de ello se reconoce la necesidad de prever la necesidad de movilizar aceleradamente tales unidades para evitar los inconvenientes que aquello presupone. Para ello se cuenta a menudo con tiempo suficiente en los períodos que anteceden a la declaración de guerra.

Para dar una idea de lo que representa en la época presente una movilización organizada y bien preparada y ya que citamos el ejemplo de Alemania, veamos cómo se efectuó ésta en 1914: «La declaración de la guerra, fué la señal que arrancó más de un millón de hombres hábiles de su ocupación civil, para acudir a las filas. Todo reservista y guardia nacional, ya en la paz, tenía en su poder su destino de movilización. Él sabía precisamente a qué unidad, a qué día y a qué hora tenía que presentarse, qué tren tenía que tomar y en qué punto de su trayecto recibiría su alimentación. Se inició, entonces, inmediatamente un movimiento intenso de ferrocarriles. Éste fué preparado del modo más exacto por una división del Estado Mayor General del Ejército, en combinación con funcionarios de los ferrocarriles, reuniendo a los convocados en transportes y alistando los trenes necesarios. Simultáneamente corrieron otros trenes urgentes. Además del transporte de unidades de tropas enviadas a las fronteras con urgencia y de los transportes de material de guerra de toda clase, de caballos y subsistencias, había que transportar ante todo carbón, trenes vacíos y locomotoras. El horario de paz fué reemplazado por el militar.

» En 1870 el ejército alemán que debía invadir a Francia fué también alistado en tiempo perentorio.

» En efecto: se decretó la movilización en la noche del 16 al 17 de julio y el 4 de agosto, partes importantes habían ya pasado la frontera y obtenido la primera victoria. En 1914 todo se desarrolló con mayor rapidez, aun cuando las circunstancias eran enormemente más desfavorables por el aumento considerable de los efectivos y la complejidad de todo el organismo. Así, las primeras medidas preparatorias comenzaron el 31 de julio, a las 13 horas; el 2 de agosto fué el primer día de movilización y el 18 empezó el avance general contra el enemigo en el frente occidental. En el oriental tuvo lugar el primer combate el día 17.

» Ningún inconveniente se produjo en la movilización alemana del año 1914, pero sin embargo los mismos alemanes que la realizaron reconocen que «restan algunos deseos para el porvenir»; según afirman, «hubiera sido mejor que el conocimiento de los trabajos relacionados con el pasaje del ejército al pie de guerra se hubiera divulgado más de lo que realmente fué.» Mientras el modo de preparar la movilización hasta el más mínimo detalle fuera una ventaja exclusiva del ejército

alemán, la conservación del secreto tenía razón de ser. Pero desde que desapareció esa ventaja, ya no había mucho que ocultar. Folletos fáciles de entender por la generalidad de la población. que instruían sobre la movilización, editados por autoridades oficiales, ya hacía muchos años habían sido difundidos en Francia. La omisión de tal medida en Alemania sólo hizo que muchas personas que debían cooperar con responsabilidad en el pasaje del ejército al pie de guerra quedasen a obscuras en lo que respecta a sus deberes, sin que eso fuese una ventaja para el conjunto. La ignorancia general tuvo después como consecuencia las medidas exageradas contra el espionaje»...

Ello deja la enseñanza de que, si bien el secreto de la preparación de la movilización tiene sus ventajas, es necesario divulgar algunas cuestiones en la población, ya que por otra parte no serán ellas novedades para los posibles adversarios. En todo caso será necesario mantener en secreto el resultado final de la movilización o sea el efectivo, la composición, la distribución y el empleo de las fuerzas combatientes resultantes de ella, debiéndose conservarlo de la manera más rigurosa.

1. — LA MOVILIZACIÓN Y EL PLAN DE OPERACIONES

La movilización es en sí una operación dispuesta y dependiente del plan de operaciones.

Sus numerosos trabajos deben estar orientados en el sentido de servir a las necesidades del ejército que disponga el plan, así como de las fuerzas especiales que éste necesite. Por esa razón, como vemos al considerar el capítulo sobre los planes de operaciones y en especial al contenido de los mismos, la movilización tiene allí sus bases que le indican las unidades operativas y demás formaciones que debe aprestar; los servicios de retaguardia que será necesario organizar; la clase de movilización a que deberán responder los elementos; el orden y prioridad de la movilización de los mismos; los tiempos en

que deben ser movilizados y los servicios públicos que no se movilizan en el primer momento.

Orientados hacia tan alta finalidad los órganos encargados de la movilización deberán comprender que su misión estriba en servir a las operaciones y allanar dificultades y jamás ponerlas. El «movilizador» sirve al conductor y en ese concepto es un órgano *subordinado y dependiente.*

2. — LA MOVILIZACIÓN Y LA INICIACIÓN DE LA GUERRA

En los países donde el grado de instrucción del personal es muy elevado y donde los medios para la movilización están muy desarrollados, es posible comenzar las operaciones a los pocos días de iniciada la movilización (caso de Alemania y Francia). El período de la movilización es extremadamente corto, pudiendo afirmarse que casi no existe una solución de continuidad entre la paz y la guerra. En cambio, en los países en los cuales las mencionadas circunstancias de personal y medios, no han alcanzado un elevado grado de preparación, como serían, por ejemplo, los países sudamericanos, debe contarse con prolongados períodos de movilización. Ello implica que las operaciones se iniciarán recién después de largo tiempo de declarada la guerra.

La circunstancia de que tales períodos pueden ser mayores en un país que en otro, ponen en evidencia las ventajas con que iniciarán las operaciones sus ejércitos, con respecto a los de sus enemigos, retardados en la movilización.

Es necesario reconocer la ventajosa situación en que se encontrará un ejército, que debe obrar en la ofensiva estratégica, especialmente si consigue una ventaja en su movilización sobre el adversario; con ello sus éxitos iniciales están asegurados.

3. — MEDIOS Y RECURSOS PARA ACELERAR LA MOVILIZACIÓN

Las desventajas apuntadas en el número anterior han impulsado a los distintos países a buscar soluciones al problema, recurriendo unos al medio de perfeccionar la operación y otros a encontrar la solución por arbitrios de distinto orden.

Citaremos algunos casos para ilustrar, con ejemplos, los sistemas empleados. Tomemos para ello la Guerra Mundial de 1914 - 1918.

En la época anterior a la guerra, todos los países habían comprendido el significado de una movilización rápida que les diera una situación de partida en iguales o mejores circunstancias que la de su enemigo y en esas condiciones, por unas u otras medidas, todos los países prepararon, en la forma que les fué factible, *acortar la duración de su movilización en beneficio del tiempo,* para la iniciación de las operaciones sin desventajas. *Alemania* había obtenido por ello un alto grado de perfección en la técnica de la movilización misma. *Francia,* cuya competencia con Alemania era su característica más saliente, buscó por todos los medios no quedar detrás del movimiento; con el fin de evitar una invasión enemiga por sorpresa y obtener un mayor apresto de tropas en su frontera, encontró la forma de solucionar esto, dando al Ministerio de Guerra la facultad de movilizar las tropas destinadas a la protección de fronteras, constituídas por el total de la caballería (10 divisiones) y las divisiones de ejército fronterizas (11 divisiones de ejército). En ello indudablemente debe verse, más que el simple deseo de proteger el territorio, una medida para acelerar en *forma velada* su apresto. Esta medida puesta en práctica ya en el mes de julio, indica lo ventajoso de este sistema.

Rusia, cuya desventaja en el tiempo era marcada, con respecto a Alemania y Austria-Hungría, en 1914, se vió ante la amenaza de no cumplir sus compromisos con Francia.

Para tratar de compensar tal desventaja creyó encontrar la solución en numerosos arbitrios, a que echó mano antes de

decretar su movilización, los cuales, unidos a prácticas especiales del tiempo de paz, tuvieron como resultado un acortamiento considerable en los tiempos de movilización general.

Ya en 1912 se decía en Rusia que era conveniente separar bien la movilización de la iniciación de la guerra y que sería mejor cuanto más se anticipara la movilización. Ello era para ganar algunos días (adormeciendo a los adversarios). La creación del «reglamento para el período preparatorio de guerra» de 1913, estaba destinada a ganar esos días. Por dichas medidas se trataba de preparar las operaciones destinadas a acelerar la movilización y concentración del ejército. Prescribía, en consecuencia, incorporar personal y ganado, cuando la tirantez de las relaciones políticas lo aconsejara.

Este sistema no dió a Rusia el resultado que esperaba, pues como naturalmente debía suceder, sus enemigos se dieron cuenta del verdadero alcance de tales «medidas preparatorias» y pusieron en seguida remedio a la situación. Así, cuando el 23 de julio los agregados militares de Alemania y Austria-Hungría comunicaron a sus gobiernos que Rusia había iniciado la movilización en forma secreta, estaban en lo cierto; no era otra cosa que el tal *período preparatorio de guerra.* Sin duda esta fué una medida inadecuada y antipolítica.

Pensamos que muchos recursos pueden encontrarse para ganar tiempo, pero el único que puede asegurar un resultado conveniente es aquel que se dirige a obtener el máximo de perfeccionamiento en la técnica de la operación.

CAPITULO VII

EL APRESTO DE LOS EJÉRCITOS

(CONCENTRACION)

LA CONCENTRACIÓN

A la movilización sigue la concentración y si la primera representa *la reunión de los medios*, la segunda implica *su transporte a la frontera y su apresto en las mejores condiciones para operar*. Por esta causa su plan es de exclusiva incumbencia del Comando en Jefe, por intermedio del Estado Mayor General del Ejército.

Como puede observarse en el capítulo correspondiente a «Planes de Operaciones», la concentración es uno de los asuntos más importantes que allí se trata. Estando destinada a aprestar las fuerzas, de ella depende en alto grado una buena iniciación de las operaciones. Como consideraremos más adelante en sus diversos aspectos, la concentración representa una difícil operación, que debe ser prevista hasta en sus más mínimos detalles, pues el traslado a una región, quizá despoblada, de varios cientos de miles de hombres, que deben vivir en ella y operar, resulta una cuestión de por sí difícil y complicada. Nos bastaría pensar en la concentración de los ejércitos de la Guerra Mundial, que «representaron el cuadro de la más grandiosa migración». Fueron en total más de ocho millones de hombres y más o menos dos millones de caballos que repentinamente inundaron las zonas elegidas por ambas partes para la concentración. «Resulta superfluo, dice von der Goltz a este respeto, mencionar el gran trabajo y la previsión que fueron necesarios para mantener en orden los innumerables trenes de ferrocarril que iban y regresaban. Los trabajos preparatorios

en ese sentido demandan en los ejércitos interesados, la actividad de un número considerable de oficiales de Estado Mayor, de empleados y de técnicos.

Si bien es cierto que la concentración es una operación difícil, es necesario reconocer en cambio que es la única acción que el Comando en Jefe del ejército tiene exclusivamente en sus manos. Las condiciones y consideraciones a tener presentes son múltiples; pero ellas se pueden calcular con anticipación, siendo así diferentes a los demás acontecimientos de la guerra en que intervienen «los poderes absolutos del Destino» que substraen la previsión de los acontecimientos hasta a la más alta inteligencia humana.

Refiriéndose a la concentración, afirma von der Goltz: «En todo caso, el más genial plan de guerra sin una preparación a fondo de la movilización y de la concentración, no será más que un castillo en el aire. El Estado que, por cualquier causa, no puede realizar esos trabajos, está sin defensa. Aun si dispusiera de un Alejandro, Federico o Napoleón, no podría impedir que el territorio propio fuera inundado por las masas de las tropas enemigas antes de que fuese posible la formación de ejércitos propios de alguna consideración.

» Los enemigos de Alemania sabían muy bien por qué en el Tratado de Versailles le impusieron la obligación de no efectuar preparativos de cualquier clase para la formación de un ejército en caso de guerra. Todo alemán debe hoy darse cuenta clara de que su patria se halla indefensa y abandonada a la arbitrariedad de sus vecinos mientras exista esa obligación y su cumplimiento pueda ser vigilado por autoridades residentes en el país.»

Para estudiar la concentración en una forma sintética y en sus asuntos más fundamentales, como corresponde a nuestro curso, hemos preferido dividirla y tratarla en los diversos aspectos que a continuación se detallan. Para ello descartemos un estudio sobre la concentración misma, del carácter técnico en que se la considera en un plan de operaciones, para considerarla en sus distintas relaciones con las operaciones mismas.

1. — LA CONCENTRACIÓN Y EL PLAN DE OPERACIONES

La concentración, como dijimos antes, constituye una parte del plan de operaciones; en consecuencia, se elabora dentro de él y responde al gran pensamiento director del mismo.

Especialmente en las guerras modernas, por el elevado número de los combatientes y los enormes medios a disposición, la *concentración inicial adecuada* ha adquirido una fundamental importancia en las operaciones mismas. La obra del Estado Mayor alemán sobre la Guerra Franco-Alemana de 1870-71, refiriéndose a esto afirma: *los errores que se cometen en la concentración inicial de los ejércitos, difícilmente pueden repararse en todo el transcurso de la campaña.*

Esta afirmación por sí sola sería bastante para poner en evidencia la importancia de la operación que estudiamos. Es indudable que la influencia de la concentración se siente en todo el transcurso de la campaña ya sea directa o indirectamente. Los amplios dispositivos de los ejércitos de operaciones modernos, difícilmente pueden modificarse para subsanar inconvenientes ocasionados por la imprevisión o el error y menos aun pueden hacerlo dentro de las exigencias de tiempo y espacio que las operaciones plantean.

No puede desconocerse que las circunstancias en que se encuentre un conductor al fijar sus planes de operaciones y dentro de ellos la concentración, pueden variar fundamentalmente según disponga de:

a) Una hipótesis clara y definida.

b) Una hipótesis condicional, en que debe contar con diversas probabilidades.

Para una hipótesis clara y definida de guerra, en base de la cual trabaje un Estado Mayor, resulta siempre más simple y se puede preparar la concentración en forma más definida y sin tener que contar con ulterioridades que pudieran hacer variar en algo las condiciones fundamentales en que se concibieron tales medidas. Ello es naturalmente distinto cuando las

hipótesis de guerra deben contemplar distintas actitudes de sus probables enemigos, que ocasionan otras tantas variantes a sus planes. Siempre se está más expuesto a cometer errores en una concentración en el segundo caso.

En todos los casos será necesario establecer la idea operativa y bajo esa gran idea directriz disponer la concentración de modo que responda de la mejor manera a ella y cree las mejores condiciones posibles para la lucha.

En otros casos la concentración puede llegar hasta modificar parcialmente la realización de la idea operativa y hasta puede, en casos especiales, influir decisivamente hasta en los mismos planes de operaciones. De ello se infiere que de los diferentes trabajos de la preparación para una guerra, la concentración, su zona, su dispositivo, etc., deben establecerse de modo que exista una relación mutua entre ésta y la idea operativa que fije el plan de operaciones y que, en algunos casos, la concentración puede imponer modificaciones al plan y en otras el plan exigirá una concentración de especiales características.

Sin embargo, debemos reconocer que la concentración depende del plan de operaciones, como regla general y que sus diversas características, dentro de los medios disponibles y las circunstancias creadas, deben responder de la mejor manera a la idea operativa trazada.

Contemplada esta condición fundamental de la concentración, seguirían otras numerosas circunstancias que influyen en la operación misma, como ser: la red de ferrocarriles, la seguridad, la protección del territorio, etc., que trataremos parcialmente en los apartados subsiguientes:

Como puntos de vista generales pueden tomarse los siguientes, de *La Nación en Armas:* «Puesto que hay que evitar en todas las circunstancias las pérdidas de tiempo en la concentración del ejército, se deben repartir las grandes unidades sobre todas las líneas de ferrocarril que conducen a la frontera. Las estaciones de ferrocarril que sean todavía seguras, indican aproximadamente la zona de concentración. Será preciso

examinar en qué condiciones se halla ésta con respecto a la zona de concentración del enemigo. Es verdad que ésta no se conoce; pero es posible preverla aproximadamente, pues ha de aplicar las mismas normas que rigen la propia concentración. Examinando cuidadosamente el trazado de los ferrocarriles del país enemigo, la necesidad de proteger las provincias amenazadas y más tarde la capital, como también la ubicación de fortificaciones fronterizas, no será dudoso fijar dónde se halla la probable zona en la que tendrá lugar su concentración.

» Como generalmente se conoce también la fuerza aproximada de los combatientes enemigos y el rendimiento de los ferrocarriles, de lo que se desprende el tiempo necesario para la concentración, al final, el conjunto del cuadro se aproximará bastante a la realidad. No es extraño, por consiguiente, que en la literatura militar francesa se encontrasen, antes de la guerra, estudios sobre la probable concentración occidental alemana, que casi correspondía exactamente a la efectuada por nosotros. Se reconoció entonces acertadamente que el ejército alemán no se podía desplegar en la frontera Alsacia-Lorena, sino que tenía que extenderse con su ala derecha considerablemente más al norte.

» De la comparación de la propia concentración, con la del enemigo, se deducirá si uno está obligado a mantenerse por lo pronto a la defensa o si, lo que es siempre deseable, puede pasar al ataque. En el primer caso es preciso tener en cuenta que debe ser posible la reunión en un punto favorable para la batalla; en el segundo, que desde la zona de concentración conduzcan buenos caminos hacia el enemigo. De acuerdo con estos puntos de vista se disponen las tropas, después de su desembarque, por medio de cortas marchas. Se sobreentiende que, entonces, las divisiones de caballería se colocarán delante y la artillería pesada y las columnas de parque y trenes atrás.

» De la situación de las estaciones terminales de los ferrocarriles y de los caminos que desde ellas conducen al enemigo resulta, por lo general, el dispositivo de todas las fuerzas combatientes en cada uno de los diferentes ejércitos. Así se hizo

en 1870; así también en 1914. En todo caso no se efectuarán desplazamientos innecesarios y que demanden tiempo sólo con el objeto de hacer más fuerte un ejército y más débil a otro, o de agregar cuerpos determinados a este o a aquel grupo.

» Del mismo modo que la concentración de una gran potencia sólo es posible en una zona a la cual conducen numerosos ferrocarriles de mucho rendimiento, también la aglomeración de grandes masas de hombres y de animales puede realizarse únicamente donde pueda atenderse a su abastecimiento de agua y de alimentación y se disponga de alojamiento.»

2. — EL DISPOSITIVO DE CONCENTRACIÓN

Consideramos como dispositivo de concentración a la disposición, el agrupamiento y el articulado general de las fuerzas dentro de la zona elegida al efecto. En ese concepto, un dispositivo de concentración bien elegido tiene características netamente marcadas, de las que puede deducirse la idea estratégica u operativa del Comando Superior, en forma más o menos definida, de acuerdo con los indicios que revelan tales características. Así, si tomamos el dispositivo de una concentración, cualquiera que ella sea, podremos deducir si la intención que lleva en germen es ofensiva o defensiva, lo mismo que, si ésta es ofensiva, la probable operación que se planea, por el agrupamiento de las fuerzas.

La concentración alemana proyectada por el conde Schlieffen para el frente occidental, contiene enseñanzas muy importantes sobre el agrupamiento de las fuerzas.

13 La creación de una *fuerte ala derecha es lo fundamental* para llevar allí el *centro de gravedad*, que daría la decisión. La relación de este *centro de gravedad* con el resto del frente, que en forma tan admirable distribuye el conde Schlieffen, hacen ver en esa operación un verdadero arte militar superior, en el aprovechamiento de uno de los factores de la estrategia: el *espacio*. (En este caso: la distribución de la fuerza en el espacio).

Aparte de lo anterior, es también un ejemplo del *empleo artístico de la fuerza*, la utilidad de gran enseñanza que se deduce del agrupamiento de las fuerzas de cada sector del frente, en vista de las dificultades que tendrán que vencer de acuerdo con las misiones asignadas.

Un análisis profundo era necesario para determinar la dosificación de fuerzas a asignar a las tropas del ala derecha: 1., 2. y 3. Ejércitos, de acuerdo con la misión que se les había encomendado. No era menor la importancia que tenía la determinación de los efectivos para el centro: 4. y 5. Ejércitos para hacer una repartición adecuada de los efectivos. Lo mismo pasaba con el 6. y 7. Ejércitos, donde la dificultad residía precisamente en una justa apreciación del proceder del enemigo.

Si se hubiera querido, por ejemplo, restarle al 5. Ejército los efectivos necesarios para hacer el ala derecha de maniobra lo más fuerte posible, no habría sido aconsejable, puesto que él constituía el eje de la conversión e iba a soportar, posiblemente, la ofensiva más fuerte del enemigo (al norte de Metz), y posteriormente sería encargado del sitio de Verdún.

Si se analiza el «Plan Schlieffen» en todas sus partes, podrá observarse tanto en el empleo de las *fuerzas*, como en el *tiempo* y el *espacio*, la manifestación de una conducción superior, caracterizada por la visión clara, la penetración deductiva y el justo empleo de los elementos de la estrategia. Surge de este plan el arte del comando, que reside en la acertada asignación de efectivos para realizar la ofensiva en la dirección decisiva; en ella estriba el éxito, porque si la fuerza que debe decidir ha sido convenientemente elegida, en los demás sectores es natural que lo haya sido también. En esto debe tomarse en cuenta: primero, la intención operativa; luego, las dificultades del terreno y, por último, la acción que el enemigo pueda desarrollar.

Si este proceso se desarrolla bien en la elaboración del

plan de operaciones, no sería difícil que el enemigo, en conocimiento del dispositivo de concentración, pudiera deducir toda la operación planeada. Por ello, el secreto en este asunto adquiere una importancia tan capital como el plan mismo.

Puede afirmarse de una manera general que el *centro de gravedad* de la concentración, contiene en su dispositivo el germen de la batalla decisiva misma o por lo menos de la primera batalla. Dicho centro de gravedad se manifiesta con mayor anterioridad cuanto más grande sea la unidad que se emplea. En un ejército es necesario tener el centro de gravedad elegido ya en la *concentración.*

En resumen: podríamos determinar, a grandes rasgos, las características generales de los dispositivos de concentración en ofensiva y defensiva.

a) Concentración ofensiva

a) Su *dispositivo* evidencia una *dirección estratégica definida.*

b) Dispone de un *centro de gravedad* claramente establecido.

c) El *dispositivo* resulta *menos articulado.*

d) Tiene en general la característica más semejante a un *dispositivo lineal.*

b) Concentración defensiva

a) No presenta una *dirección operativa definida.*

b) No tiene un *centro de gravedad* establecido.

c) El dispositivo es, en general, muy articulado.

d) Tiene una *gran profundidad.*

Veamos brevemente a qué obedecen cada una de estas características en los dos tipos de concentración:

A.—CONCENTRACION OFENSIVA

a) Su dispositivo evidencia una dirección estratégica definida porque, siendo la idea operativa *ofensiva,* es natural que busque desde un principio tomar la iniciativa e imponer al enemigo su propia *ley de acción.* Para ello es necesario que encamine sus operaciones en una dirección dada, hacia la cual lanzará el verdadero esfuerzo. Una ofensiva en todo el frente es lo que se ha llamado la *ofensiva à outrance,* vale decir, la negación de la ofensiva, desde que ésta presupone una acción violenta en un sector determinado donde se busca la decisión, porque a los ejércitos modernos les resulta muy difícil, si no imposible, ser suficientemente fuertes *en todas partes.*

Una operación planeada en estos puntos de vista necesita una preparación y un apresto muy adecuados, si se quieren tener las mayores probabilidades. Por esa razón es indispensable que en una concentración de este tipo se cuente con un dispositivo de las fuerzas que sea perfectamente adaptable y adelante todo lo posible a la operación. Ello impone a esta concentración una *dirección estratégica bien definida.* Si tal cosa no hubiera sucedido, tan pronto se inicien las operaciones comenzarán los cambios y desplazamientos de tropas y elementos. Si se tiene en cuenta que las unidades operativas encargadas de la ofensiva se desplazarán constantemente, todo cambio por imprevisión en la concentración, representa el peligro de que fuerzas más o menos importantes no puedan llegar a la batalla o de que lleguen tarde. «Esta misma razón hace que la afirmación de *que los errores cometidos en la concentración difícilmente pueden corregirse en el curso de la campaña»,* sea especialmente cierta en las concentraciones que sirven a *planes estratégicos ofensivos.*

b) Dispone de un centro de gravedad claramente establecido, por las mismas razones del apartado anterior. A una dirección *estratégica definida,* cuyo germen encontramos en el dispositivo de la concentración, se une un centro de *gravedad bien* establecido por el agrupamiento de las fuerzas y que en

la concentración representa el germen del centro de gravedad de la ofensiva y probablemente de la batalla.

Si se tiene una idea operativa que responda a la *ofensiva estratégica*, como regla, será un error que pueda costar muy caro no partir de una concentración cuyo *dispositivo* evidencie y sirva a una *dirección estratégica bien definida* y cuyo *agrupamiento de las fuerzas* responda a la determinación de un *fuerte centro de gravedad*. Ello responde al precepto estratégico hoy universalmente aceptado de que, en la ofensiva, es necesario dirigir el esfuerzo sobre el punto débil del enemigo y encaminar hacia allí, para el *máximo esfuerzo*, el *máximo* de medios posibles, creando las mejores condiciones para la decisión.

c) El dispositivo resulta menos articulado, porque llevando la acción con la iniciativa, se acciona desde el *primer momento con todas las fuerzas disponibles* sobre el enemigo, sin dejar elementos en segunda línea, ya que el esfuerzo estratégico debe ser simultáneo. La ofensiva estratégica impone en tal caso un dispositivo articulado en el sentido del frente y excepcionalmente en profundidad. Por ello resulta menos articulado el dispositivo de la concentración que deba aprestar las fuerzas para una acción estratégica ofensiva.

d) Tiene, en general, la característica más semejante a un dispositivo lineal, por las mismas causas anteriormente expresadas. El empleo simultáneo de las fuerzas, tal como corresponde a un esfuerzo estratégico ofensivo, impone la necesidad de concentrar el ejército en un dispositivo tal que permita el empleo de las fuerzas conjuntamente en un esfuerzo único y poderoso, por cuya causa en este tipo de concentración deben evitarse los escalonamientos en segunda línea y a grandes distancias del frente estratégico general.

B.—CONCENTRACION DEFENSIVA

a) No presenta una dirección operativa definida.—El que se decide por la *defensiva estratégica*, aun cuando piense emplear la *ofensiva táctica*, pierde, por lo menos hasta la batalla, *su libertad de acción*. Siendo así deberá concentrar sus fuerzas, no como en la ofensiva para *servir a su idea operativa*, sino para *oponerse a los designios del enemigo*, por lo menos hasta que conquiste su libertad de acción. Entonces su concentración no presentará una *dirección operativa definida*, porque nada puede definirse hasta tanto el enemigo accione con el total de sus fuerzas. Esta concentración es una *situación de espera*, cuyo dispositivo debe responder de la mejor manera a todas las situaciones que puedan presentarse cuando el enemigo accione; al contrario de la ofensiva, que es una *situación de apresto* que sólo sirve a una idea operativa definida. Ahora bien: como el enemigo será quien dicte su «propia ley de acción», es natural comprender que la concentración defensiva no puede tener una dirección estratégica definida, sino que sus dispositivos deben responder a dos o más direcciones estratégicas.

b) No tiene un centro de gravedad establecido. — Si el dispositivo no está orientado en ninguna dirección determinada, porque debe responder a la acción del enemigo, el agrupamiento de las fuerzas no puede tener un centro de gravedad establecido, por la misma razón. Será necesario agrupar las fuerzas en forma de poder lanzar un fuerte centro de gravedad en una o varias direcciones distintas y para ello nada mejor que formar el frente estratégico general y mantener a retaguardia las fuerzas que formarán el centro de gravedad, listas para ser lanzadas en la dirección que el enemigo evidencie como decisiva. De ello surge que la concentración defensiva es especialmente en profundidad.

c) El dispositivo es, en general, muy articulado.—Te-

niendo en cuenta la necesidad de responder a la acción del enemigo, puesta ya en evidencia en este tipo de concentración, es natural que ello imponga la necesidad de que el dispositivo que deba ser adaptable en alto grado, disponga de una gran facilidad de maniobra, para lo cual será necesario que sea muy articulado, ya sea en el sentido del frente como en el de la profundidad.

d) Tiene una gran profundidad.—Como ya hicimos notar al referirnos al centro de gravedad, para poder responder a varias direcciones será indispensable utilizar la profundidad en la concentración defensiva. Si se tiene en cuenta que el despliegue estratégico y avance del enemigo será en general relativamente largo, se podrá utilizar entonces ampliamente la profundidad. En todo caso el límite de tal profundidad estará dado por el tiempo (traducido en espacio) que el enemigo emplee para llegar a nuestra zona de concentración. En ningún caso fuerzas importantes del ejército deben ocupar emplazamientos tan alejados que hagan peligrar su intervención a tiempo en la batalla.

3. — LA ZONA DE CONCENTRACIÓN

Entendemos como *zona de concentración* la región o extensión de terreno asignado al ejército y a cada una de sus unidades constitutivas para el apresto que precede a la iniciación de las operaciones de guerra.

Los factores que influyen más directamente sobre la elección o determinación de la zona de concentración son: la *intención operativa*, los *medios de comunicación* y *transporte, la seguridad* y *la protección del territorio.*

a) La intención operativa es sin duda el factor más preponderante de los que influyen en la elección de la zona de concentración.

Una *intención ofensiva* requiere una concentración lo más adelantada posible, teniendo en cuenta que la rapidez es la principal necesidad de esta intención y con ella para crearse las condiciones de tiempo que permitan el empleo de todas las fuerzas disponibles, si es posible por sorpresa, lo que se buscará conseguir por una acción que tome al enemigo desprevenido por la rapidez con que se ejecuta o, a menudo, porque éste no esté en tiempo ni condiciones para tomar contramedidas eficaces.

Una *intención defensiva,* al contrario de la ofensiva que impele las fuerzas hacia la frontera, busca retardar y ganar tiempo hasta ponerse en condiciones de obtener la *máxima eficacia.* La zona de concentración estará entonces lejos de la frontera (salvo, es claro, en casos especiales como fronteras de obstáculos representados por desiertos, grandes cadenas de montañas o caudalosos ríos, que obran en el sentido de aumentar la seguridad y el tiempo).

La *intención operativa* influye también en la forma y dispositivo en general de la zona de concentración. En algunos casos, como comentamos antes, la zona de concentración se desarrolla en amplio frente y poca profundidad y viceversa. En otros casos el ejército se concentra en dos o más agrupaciones, también en dos o más zonas de concentraciones separadas, según lo aconseje la intención operativa y las necesidades o conveniencias de las operaciones que han de seguir inmediatamente a la concentración.

Otras veces el terreno en combinación con la idea operativa pueden dar a la zona de concentración características especiales, como por ejemplo sucedió en 1914 en el frente oriental de Alemania. El 8. Ejército alemán se concentra en la Prusia Oriental, en una línea general al oeste de los lagos Masurianos, lo que indica claramente una intención defensiva. Su gran dispersión aumenta aún el carácter negativo de su concentración, pues tienen también su dispositivo respondiendo a una protección de fronteras. Las condiciones ferroviarias y de vialidad de la Prusia Oriental, de acuerdo con los efectivos empleados, satisfacían ampliamente a las probabilidades Croquis 1[illegible]

de una concentración rápida y segura en cualquier parte que se debiera buscar la decisión primero, respondiendo a la idea operativa que era tomar rápidas ofensivas tácticas, buscando así batir al enemigo superior.

De cualquier modo, esta concentración no podría haberse hecho ni más al este ni más al oeste de donde se hizo, debiendo siempre mantenerse próxima a la región de los lagos, por cuanto se desprende claramente de los estudios de los jefes del Estado Mayor alemán y especialmente del conde Schlieffen, que dicho lagos representaban el eje de las operaciones proyectadas y largamente meditadas. Estas operaciones prevén el aprovechamiento de dichos lagos, en calidad de valiosos obstáculos, para favorecer una operación por línea interior, que desde largo tiempo se había previsto y resuelto en numerosas formas.

Este caso, especialísimo sin duda, se caracteriza por circunstancias especiales que influyen no sólo en la concentración, sino aun mismo en la conducción de las operaciones. Así, no sólo *intención operativa* indica la *zona de concentración* a ocupar, sino también la forma de llevar a cabo dicha intención operativa.

Pueden presentarse numerosos ejemplos de concentraciones, así, por ejemplo, Alemania y Francia, que en 1914 estaban animadas de la misma intención operativa ofensiva, hicieron sus concentraciones en la frontera misma, lo que descartaba una sorpresa en el primer momento y si las operaciones demostraron después una grave defección en las previsiones francesas se debe al error en el dispositivo adoptado y a una inconveniente concepción operativa, pero no a un error en la elección de la zona, de acuerdo con la intención del Comando. Si analizamos, en el frente oriental, la actuación de Rusia y Austria-Hungría, ambas contrapuestas y con la intención ofensiva, procedieron de muy distinta manera.

Cada concentración realizada dará lugar a provechosas enseñanzas en su consideración; preferimos dejar este asunto para comentar en clase, a fin de no alargar más estos apuntes.

b) Las comunicaciones y, en especial, los *ferrocarriles* de un país, tienen una influencia muy marcada en la concentración de sus fuerzas. Por esta razón el esfuerzo de las naciones en su preparación para la guerra, está en gran parte orientada hacia el perfeccionamiento de su red ferroviaria. Antes de 1914 los países beligerantes de la Guerra Mundial habían hecho verdaderos sacrificios para llevar adelante tal perfeccionamiento, que les asegurara en forma completa que sus concentraciones no fueran influídas por las deficiencias de sus ferrocarriles. La zona de concentración de los países como Alemania y Francia no fué influída en forma alguna por los ferrocarriles, que satisficieron las necesidades en forma absoluta. También Austria-Hungría pudo librarse de tal influencia y satisfacer sus necesidades de concentración, a través de los Cárpatos, en la Galitzia, con sus siete líneas férreas. Rusia, en cambio, no pudo librarse de tal influencia y si bien sus ferrocarriles habían sido perfeccionados en sus sistema general por la construcción de ferrocarriles estratégicos convergentes hacia Varsovia, había escapado a tal perfeccionamiento la red necesaria hacia su frontera sudoeste. Como consecuencia de ello, Rusia presenta en 1914 un ejemplo clásico de subordinación de la zona de concentración al rendimiento de los ferrocarriles. Dicho ejemplo lo encontramos en el frente sudoeste, que, como decimos anteriormente, era el más propicio para tal efecto. Entre las previsiones rusas, sobre la probable intención austríaca, la ofensiva del norte a sur entre el Vístula y el Bug era la preponderantemente aceptada, en razón de que los planes austro-húngaros fueron conocidos por los rusos con bastante anticipación por el bochornoso suceso de un jefe de Estado Mayor. Era para los rusos, pues, un hecho que los austro-húngaros concentrados en Galitzia llevarían una ofensiva temprana y rápida, probablemente tendente a tomar a los rusos sin que pudieran terminar completamente su concentración. Esta ofensiva era esperada, pero el rendimiento de los ferrocarriles rusos en ese sector, no garantizaba una rapidez de concentración a los efectivos necesarios para

oponerse en fuerza a tal avance enemigo. Ello implicaba en sí dos peligros igualmente graves. Por uno lado, una derrota parcial de las tropas que se concentraban en esa región, donde las condiciones de defensa eran desfavorables y, por otro, las consecuencias que podía tener un avance ulterior austro-húngaro más al norte de la línea Varsovia-Brest-Litowsk, contra la retaguardia rusa del grupo de ejército del nordeste. Teniendo en cuenta esta circunstancia fué necesario para los rusos prolongar su zona de concentración hacia la Wolhynia y la Pololia (Dubno y Proskurow) persiguiendo como objetivo inmediato neutralizar la ofensiva austro-húngara por un avance concéntrico hacia Galitzia. En esa forma se aprovechaban en la concentración los ferrocarriles de la región sur de la Polesia.

« El *transporte rápido del ejército* de una gran potencia desde sus guarniciones, distribuídas en todo el país, hacia la frontera, es posible únicamente con el auxilio de los ferrocarriles. Esto se ha reconocido en todas partes desde la memorable concentración por ferrocarril en el año 1866, la primera de su clase. Por esta razón, todas las grandes potencias europeas construyeron sus redes de ferrocarril no solamente contemplando necesidades económicas, sino también militares. Esto lo puede comprobar aún el que no es profesional por una rápida ojeada sobre el mapa de los ferrocarriles del Continente. Se buscaría, por ejemplo, inútilmente la razón por la cual los rusos construyeron entre las dos grandes vías de transporte, que conducen de Petersburgo y Moscú a Varsovia, una tercera línea de doble vía en línea recta de Bologaje a Siedlce, si no existiese una explicación de que debe aliviar a las dos primeras vías en una concentración. Del mismo modo no se hallará una explicación clara de por qué motivo tuvo que construirse la línea Revigny le François con cuatro vías.» (*La Nación en Armas*).

c) La protección del territorio.—Federico el Grande ha dicho que para *poder ganar una guerra es necesario saber perder una provincia.* Con ello ha querido significar que en las operaciones guerreras el objetivo debe ser el ejército enemigo y que, derrotado éste, las conquistas territoriales de poco pueden valer. En realidad de verdad, desde el punto de vista estratégico, este aforismo sigue hoy teniendo exactamente el mismo valor.

El criterio de la protección del territorio no debe entenderse como una defensa absoluta del mismo, en forma de hacer depender de ella ninguna de las medidas encaminadas a obtener una decisión sobre las fuerzas del enemigo. Sin embargo, será necesario contemplarla en su aspecto estratégico y por las consecuencias políticas que pueden derivarse en perjuicio de la conducción.

En el libro *La Nación en Armas* se establecen conceptos al respecto, cuya síntesis transcribo por considerarlos muy útiles al respecto. «La primera exigencia que debe establecerse a una concentración es la *protección de las fronteras del país.* Las provincias fronterizas están amenazadas por la invasión enemiga, con todas las miserias y las pérdidas consiguientes para la población. Si el enemigo cruza la frontera las primeras batallas se librarán en suelo propio. ¿Y quién no desearía evitar a la Patria semejante prueba? Que lo consiguiera, en general, el ejército alemán en el año 1914, a pesar de la superioridad de sus enemigos, no se lo podrá agradecer suficientemente el pueblo...

» La necesidad de la protección de las fronteras tiene, además, hoy, un significado distinto al de antes. Por los tiempos en que las guerras dependían únicamente de la voluntad soberana de monarcas absolutos, no era raro que se abandonaran pasajeramente provincias enteras. La teoría de la guerra ha sostenido también que tales sacrificios deben aceptarse sin vacilar cuando un interés superior lo exige. Mas hoy, en que entran en juego el valor, la fuerza y la confianza de un pueblo entero, como también su crédito nacional, desempeñando un papel demasiado importante, ya no puede admitirse. Imagínese solamente la impresión que hubiera causado que Alemania

principiase la Guerra Mundial con el abandono de la margen izquierda del Rin o con la desocupación de Prusia hasta el Vístula. Del mismo modo, en 1914, Rusia no hubiera estado en condiciones de hacer retirar su ejército inmediatamente al interior de su inmenso imperio para susbtraerse a un ataque alemán.

» Los motivos que justificasen, a los ojos del militar, tales medidas, quedarían ocultos para la masa general. Se hubiesen intranquilizado vivamente al ver que vastas zonas se abandonaban al enemigo sin necesidad. Esto hubiera tenido una influencia desfavorable sobre el espíritu guerrero de la nación. Cuando, a pesar de las medidas de defensa tomadas, se produjo en 1914 la invasión de los rusos en Prusia Oriental, intervinieron fuertes influencias ante el Comando en Jefe del ejército pidiendo el refuerzo de las tropas que combatían allí, lo que era posible únicamente a costa del ejército del oeste. La prensa y la opinión pública pidieron violentamente la liberación del suelo patrio y, efectivamente, se enviaron dos cuerpos de ejército al este, antes de haberse obtenido la victoria sobre Francia. Esto fué un acto militarmente injustificado y explicable únicamente por la política. Este acto demuestra la fuerte influencia que el punto de vista de que hablamos, puede ejercer sobre las resoluciones del Comando en Jefe.

» Con la evacuación voluntaria de una provincia se renuncia, a la vez, al aprovechamiento de sus fuerzas y recursos. Frecuentemente no se estará en condiciones de hacerlo. El abandono de Prusia Oriental, cuya agricultura es indispensable para el pueblo alemán, hubiera puesto en peligro la alimentación pública; el abandono de la margen izquierda del Rin hubiera comprometido la provisión de equipo y armamento para el ejército...

» Después de la desgraciada campaña de 1806, críticos doctos han sostenido que el ejército prusiano, al presentarse Napoleón, debió haberse retirado sin más detrás del Oder para reunirse allí con los rusos. Aun cuando Sajonia hubiese hecho defección y muchos hombres hubieran desertado en la larga retirada, la proporción de fuerzas hubiera resultado al final desfavorable para los franceses. Esto es muy cierto. Pero aunque el ataque de Napoleón en la línea del Oder hubiera fracasado, él se habría apoderado, mientras tanto, de las mejores provincias de Prusia y el ejército prusiano hubiera tenido que reconquistar con victorias, el propio territorio para llegar adonde estaba antes de la guerra. La tentativa de defenderlo desde un principio no merece, por lo tanto, censura alguna. También en la guerra vale el refrán: *Beati possidentes* (felices los que poseen).

» Por esta razón Federico el Grande, en 1757, mantuvo ocupada la Prusia Oriental durante todo el tiempo que pudo. Se cuidó, durante sus distintas campañas en Lusacia, de la seguridad de la Alta Silesia. Lo mismo sucedió cuando, en 1805, el ejército prusiano se concentró en Turingia y en Franconia, dejando, empero, un cuerpo en Neisse. También en 1866 se concentró en esta última zona un ejército prusiano, aunque la invasión a Bohemia fuese cosa resuelta. Al estallar la Guerra Mundial, Alemania, aunque dirigía el primer golpe decisivo contra Francia, dejó fuerzas de consideración en el este.

» Pero no es preciso buscar la protección de fronteras amenazadas en una ocupación directa de ellas. Con mucha frecuencia dicha protección resultará de la proximidad de un gran ejército que haría demasiado peligroso para el enemigo un avance dentro de una zona desocupada. Decidiéndose por la ofensiva, su efecto asegurará muy pronto la zona propia adyacente. A territorios distantes el enemigo no puede mandar sino fuerzas reducidas. Se puede confiar, por consiguiente, la vigilancia de ellas a la guardia territorial o a las levas en masa de la población. En 1795, cuando amenazaba una guerra con Rusia, quería el ministro von Schnoetter proteger la Prusia Oriental, rica en lagos, montes y bosques, por medio de 50 a 60.000 habitantes, apoyados en algunos puntos fortificados: una proposición que resulta de especial interés en vista de la situación actual de esa provincia.

» Las unidades del ejército de campaña, cuya primera misión durante la concentración sea la protección de las fronteras, no deben ser substraídas, sino por excepción, de la intervención en las grandes operaciones. Si, al mismo tiempo, detienen una superioridad de fuerzas enemigas, como en la Guerra de Siete Años el cuerpo del Mariscal Lewald y como el 8. Ejército alemán al principio de la Guerra Mundial a los rusos, o si, finalmente, alejan a un enemigo de mayor fuerza del punto decisivo, como Massena en 1805 en Italia, se pueden dejar separadas de la propia fuerza principal: se pagan bien, entonces. Esto se manifestó, por ejemplo, en el cuerpo turco, reforzado por tropas alemanas que, en 1916, avanzó contra el canal de Suez. A pesar de su debilidad, contaba únicamente con 10.000 hombres, aferró considerables fuerzas inglesas para la protección de Egipto, que, de otro modo, hubiesen contribuído a hacer aplastadora la superioridad en el Somme.

» Pero, cuando un empleo provechoso de las unidades de tropa destacadas no parece posible, es preciso colocarlas de modo que su aproximación para las grandes operaciones quede asegurada.»

Como se dice anteriormente, existen dos clases de seguridad y protección del territorio: una, *directa,* que consiste en ocuparlo y otra, *indirecta,* que resulta de la colocación estratégica de las fuerzas. Un ejemplo del primer caso lo tenemos en la concentración alemana en el frente occidental de la Guerra Mundial. La ocupación sistemática de toda la frontera aseguraba todo el territorio.

Un ejemplo de protección indirecta del territorio se encuentra en la concentración del 8. Ejército alemán en Prusia Oriental y del ejército austro-húngaro en Galitzia. Dichas concentraciones aseguraban de por sí los territorios de Posen y Silesia, a la vez que impedían a los rusos inciar operaciones hacia el centro de Alemania y concentrarse en Polonia Occidental.

El 8. Ejército alemán, dentro de lo reducido de su efectivo, ha cumplido, por su buena zona de concentración, una

tarea que, de otro modo, hubiera representado enormes efectivos. Así, ha dado la protección directa al territorio de Prusia Oriental y la indirecta a Prusia Occidental, Posen y Silesia.

4. — LA SEGURIDAD PARA LA CONCENTRACIÓN

Una importante necesidad a tener en cuenta, para la elección de la zona de concentración, es la que ella no pueda ser atacada por el enemigo con fuerzas de alguna consideración mientras la operación se realiza.

En esta, como en todas las acciones militares, los elementos de la seguridad estarán dados por:

a) Las tropas.
b) El tiempo.
c) El espacio.
d) El terreno.

La combinación de estos cuatro elementos debe satisfacer todas las condiciones de seguridad que cualquier operación militar exija y en la concentración se alternen de modo tal que aseguren de la mejor manera una concentración ordenada, rápida y segura.

En primer lugar se busca especular con *el tiempo.* Para ello los países agotan los medios de preparación que les procuren una ganancia de tiempo en la movilización y concentración, de manera que, concentrándose antes que el enemigo o simultáneamente con él, desaparezca todo peligro de una acción seria de sus fuerzas sobre la concentración. En este caso se hallaba Alemania en sus concentraciones del oeste y del este. *En la primera,* contra Francia, no existía diferencia alguna en los tiempos de concentración, de manera que, al terminarla, puede decirse que ambos enemigos estaban listos para operar. *En el este,* contra Rusia, tenía una ventaja de cinco días a su favor, residiendo, en consecuencia, especialmente

en el tiempo la seguridad de la concentración del 8. Ejército alemán.

El espacio, de por sí, procura una seguridad, pues debiendo el enemigo recorrerlo antes de accionar, ello crea un margen en el tiempo que evita la sorpresa y permite tomar contramedidas eficaces. En el ejemplo citado anteriormente, el espacio dió al 8. Ejército alemán una cierta seguridad, desde que las necesidades operativas obraron en favor de una concentración de 25 a 30 kilómetros al oeste de la frontera. Generalmente, en todos los casos de concentraciones defensivas, por tener su zona lejos de la frontera, cuentan con una seguridad por el espacio, que, a menudo, está en razón directa con la distancia. En otros casos, la necesidad de una seguridad por el espacio, ha llegado a obrar perjudicialmente en la concentración. Tal es el caso de Rusia, en 1914, que, debiendo obrar ofensivamente contra Alemania, concentró sus fuerzas en una zona a dos jornadas de la frontera, por temor a un ataque del 8. Ejército, que se concentraba en Prusia Oriental con una apreciable ventaja en el tiempo.

El *terreno* puede también completar de la mejor manera la seguridad, ya sea con obstáculos (desierto, montañas, ríos), como también con fortificaciones permanentes o semipermanentes, bajo cuya protección puede realizarse una concentración. En el ejemplo de la Guerra Mundial, que seguiremos citando, puede observarse esto en todos los frentes. En el oeste, Francia y Alemania concentran sus ejércitos con el Mosa por medio en el ala nordeste y con las líneas fortificadas en el ala sudoeste. Alemania, en el este, igualmente completó el margen de seguridad de su concentración, con el Angerapp, los lagos Masurianos, fortificaciones del lago Spirding-Ortelsburg en el frente y el río Pregel, apoyado en Koenigsberg, por el norte. Los rusos (1. y 2. Ejércitos), a su frente, se concentraron detrás de las líneas fluviales fortificadas del Bobr y Narew.

Como síntesis del ejemplo que venimos citando podemos decir: que la concentración del 8. Ejército alemán estaba asegurada en la forma más completa posible por los elementos *tiempo, espacio* y *terreno* y completado todo ello por *tropas.* El grupo de ejércitos rusos del noroeste, en cambio, no disponía del tiempo a su favor y por ello tuvieron que contar con el peligro de una temprana ofensiva alemana, que hubiera podido producirse cuando las tropas rusas se encontraban aún en plena concentración. Ello influyó grandemente en la concentración de los 1. y 2. Ejércitos rusos, que trataron de buscar la seguridad en *el espacio y el terreno* Por eso, a pesar de que su intención ofensiva les aconsejaba una concentración sobre la frontera enemiga, ellos buscaron, por una parte, en *el espacio* la seguridad, concentrándose más al este y, por otra, en *el terreno,* a favor de las barreras fluviales del Niemen - Bobr - Narew y de las fortalezas de Kowno - Grodno - Lomsha - Varsovia.

El elemento *tropas* constituye, sin duda, el medio primordial de seguridad, reemplazando a los otros o completándolos en la generalidad de los casos.

Difícilmente el *tiempo,* el *espacio* o el *terreno,* por sí solos, pueden dar la seguridad necesaria a una concentración. Puede asegurarse, sin temor a un yerro, que el elemento *tropas* ha sido el preponderantemente empleado en la Guerra de 1914 - 1918. Las causas de ello deben buscarse en el adelanto de los pueblos que lucharon en esa guerra, que eliminaron en gran parte las marcadas diferencias en el tiempo, no dando, en general, lugar a acciones de importancia contra tropas que no hubiesen aún terminado su concentración.

En nuestro caso particular, por las características especiales de nuestras fronteras, la seguridad de nuestra concentración será un elemento interesante de estudio, sobre el que hablaré detalladamente en clase.

CAPITULO VIII

LA CONDUCCIÓN

1. — EL CONDUCTOR

No habríamos completado el estudio de la teoría de guerra si no nos refiriéramos, siquiera en forma somera, al *conductor de ejército*. Él representa, como dijimos antes, la *parte viviente del arte* y, por lo tanto, es el *alma de la conducción*.

De los numerosos factores que influyen en la guerra, sin duda alguna, el conductor representa uno de los más decisivos, y en sus capacidades (físicas, morales e intelectuales) descansa, a menudo, el destino del pueblo cuyo ejército conduce.

Arte militar y *conductor* son los dos elementos inseparables. De ellos las operaciones dependen en su totalidad. El primero representa la teoría misma del arte, el segundo al artista. El conductor es el destinado a dar vida y formas prácticas a esa teoría. De él depende, pues, la totalidad de la obra que realice. De donde el *conductor* es, por antonomasia, el elemento primordial y fundamental de la conducción. Así lo afirma el General Fortmüller: «En último análisis, las guerras han sido perdidas por los conductores.» El jefe lo es todo. Los mejores ejércitos, puestos en manos ineptas, van irremediablemente al fracaso.

La Historia, que es verdad y es justicia, nos enseña la extraordinaria importancia del conductor de ejército. Los macedonios triunfan sobre enemigos diez veces superiores y no dudamos de que hubieran sucumbido si *Alejandro* no hubiera estado a su frente. *Aníbal* hizo de los cartagineses, por algún tiempo, los vencedores del primer pueblo guerrero del

mundo. Unicamente el genio de un *César* pudo triunfar en Alesio, Farsalia y Alejandría. Sólo con *Napoleón* a la cabeza, los vencidos de Rossbach pueden pasearse victoriosos por toda Europa.

También la Historia presenta numerosos casos en que ejércitos que fueron batidos en manos de un conductor, ha bastado el cambio de comando para tornarlos victoriosos. Cuando en 1796 el ejército de Italia se debatía en la miseria y la derrota, la llegada de Bonaparte cambia todo y, victoria tras victoria, arroja al dominador austríaco de Italia y lo derrota finalmente. En la guerra de nuestra independencia, después de las brillantes victorias de Salta y Tucumán, el cambio del comando español de Tristán por Pezuela, trajo como consecuencia las desgraciadas acciones de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe. En la Guerra Mundial 1914 - 1918, el cambio del comando del 8. Ejército alemán de Prittwitz por Hindenburg y su jefe de Estado Mayor, Ludendorff, trocó la mala suerte de Stallupönen y Gumbinnen en las hermosas victorias de Tannenberg y lagos Masurianos (Angerburg).

En otros casos grandes capitanes fueron capaces de dar nuevo brillo a las armas de naciones oprimidas o descadentes, como lo demuestran los ejemplos de Aristómenes, Belisario, Narciso y Aetio. El pueblo persa vencido y arruinado, emprendió vigorosas guerras de conquista, cuando Nadir Cha se puso a la cabeza. La entrada en juego de San Martín cambia totalmente la suerte de las armas americanas en esta parte del Continente, la de Bolívar, en el norte, se produce en forma similar.

También existen ejemplos en que la eficacia de los ejércitos han terminado con la desaparición de sus conductores, así afirma Schlieffen: «Cuando voló el espíritu del filósofo de Sans-Souci, también murió su ejército. El ejército de Napoleón no sobrevivió a Waterloo. No fué ese ejército el que sucumbió en Sedán. Y tampoco fué el ejército de Federico el Grande el que condujo el duque de Brunswick a Jena.» Cuando Alcibíades ya no mandaba a los ejércitos de Atenas, fueron vencidos y aniquilados. Cartago sucumbió cuando abandonó sin refuerzos y sin medios de acción a Aníbal. Las hordas de los conquistadores mogólicos desaparecieron cuando dejaron de ser conducidas por Gengis Kan y Tamerlán. Cuando Turena murió en medio de una guerra victoriosa, poco faltó para que sus sucesores sufrieran una derrota completa; finalmente no pudieron hacer más que salvar al otro lado del Rin al ejército hasta entonces victorioso.»

« Asombra—escribe Federico el Grande en *Historia de mi tiempo*—encontrar el fin del reinado de Carlos VI tan inferior a su brillante principio. La causa debe atribuirse exclusivamente a la pérdida del Príncipe Eugenio. Después de la muerte de este gran hombre no había nadie que lo reemplazara.»

En la época napoleónica, en 1813 y 1814, era de observar que los franceses eran vencidos donde no se encontraba el Gran Bonaparte y el éxito más completo se manifestaba en las acciones que personalmente dirigía.

Otros numerosos ejemplos podríamos encontrar en el extenso campo de la Historia, que no harían más que corroborar la influencia enorme que el conductor ha tenido en las operaciones de guerra de todos los tiempos.

Hoy, como siempre, para que la conducción de ejércitos pueda seguir por los brillantes caminos de la gloria, será necesario elegir al hombre que de tal modo la guíe. Ello no resulta un problema fácil de resolver y «aunque la influencia de una personalidad genial se hará sentir hoy como siempre, ha cambiado, sin embargo, la medida de ella comparada con la de épocas pasadas.

» En nuestros tiempos se necesitan cualidades especiales para alcanzar un grado en la jerarquía militar, en que los talentos sobresalientes del conductor recién puedan brillar y ser útiles.

» Con razón decimos que el carácter hace al jefe. Pero los caracteres fuertes suelen exteriorizarse de una manera que más bien impide en vez de facilitar su rápido ascenso en tiempo de paz. Sin la Revolución Francesa, Bonaparte y Carnot hubiesen terminado probablemente como teniente coroneles o

coroneles. Federico el Grande, si no hubiera nacido príncipe, sin duda hubiera sido retirado como teniente.

» Los grandes conductores de ejércitos sólo pudieron surgir independientemente de las circunstancias que los rodeaban en los tiempos en que los ejércitos estuvieron compuestos de personal más o menos voluntario y en todos sus aspectos dominaba, por decir así, una cierta espontaneidad.

» En tales condiciones la energía y la influencia personal encuentran el más amplio campo de acción, el que desaparece con las condiciones culturales ordenadas y, por lo tanto, restrictivas. Nadir Cha en la Alemania actual habría parado en una cárcel, pues empezó su carrera como capitán de bandidos.

» La capacidad de las tropas está hoy más íntimamente relacionada con la de los jefes que antes. *Unicamente cuando existen condiciones sanas en el ejército se hallarán buenos generales a su cabeza.*

» Para éstos está cerrado el camino tan pronto domine el favoritismo, los círculos y el espíritu de partido y cuando la sumisión se estime más que la franqueza y la convicción.»—(*La Nación en Armas*).

Las anteriores afirmaciones son siempre de actualidad en todos los ejércitos del mundo. No deben llegar al Comando Supremo sino los capaces, los que representan la más amplia garantía de dominar su profesión y poseer las condiciones básicas requeribles a quien conduzca ejércitos.

El conde Schlieffen parece haber querido sintetizar estas ideas en su expresión: «*A la cabeza de un ejército en campaña es colocado un Comandante en Jefe o un Comando Superior, un Generalísimo o un General en Jefe. El soberano o el jefe del Estado que efectúa tal nombramiento cree poseer en el ascendido un conductor de ejército. No pocas veces se verá desilusionado, pues un conductor de ejército no se hace por decreto, sino que nace y es destinado con anterioridad.*» Esta aseveración ha sido justificada ampliamente durante la Guerra Mundial, en la cual los hechos han demostrado que el Comando Superior requiere un hombre completo y también superior.

Es indudable que en la designación de los conductores de la Guerra 1914-1918, los jefes de Estado se han visto «no pocas veces *desilusionados*», como afirma el conde Schlieffen.

La dificultad de encontrar al hombre no debe llevar a un fatalismo, pues no debe pensarse que ello representa un don del cielo, ya que hombres de talento existen en todos los ejércitos del mundo.

« Si la nación en armas pudiera prescindir de ese hombre —afirma el Coronel Fasola Castaño—y, llegado el caso, poner a su frente a cualquiera, podríamos despreocuparnos de tenerlo; pero, desgraciadamente, no es así y lo mismo que se prepara al soldado, durante la paz, enseñándole el arte de aprovechamiento del terreno y del eficaz empleo de sus armas, también hay que preparar, durante la misma, a los grandes jefes que han de conducirnos en la guerra. estimulando las personalidades que se diseñan desde jóvenes, como poseedores de algunas de las virtudes fundamentales; enalteciendo y no achatando el carácter; fomentando la capacidad profesional y sólo llevando a los altos grados de la jerarquía a los más capaces, sin lesión ni desmedro para nadie. Este deber es de todas las jerarquías, pero especialmente de las más altas y debe cumplirse fría, conscientemente, como si fuera una consigna sagrada que la patria misma nos la hubiera dado a todos, para que, asegurando la eficacia del Comando cuando ella se levante en armas, pueda descontarse como intangible, el patrimonio de su honor e inalterable los destinos de la estirpe.»

Sobre el detalle de cada una de las condiciones que debe reunir el conductor se ha escrito mucho y preferimos no detenernos a enumerarlas, recomendando la lectura de: *Características de un Comandante en Jefe*, del Coronel Francisco Fasola Castaño.—*Revista Militar*, Nº 315, del mes de abril de 1927. «El conductor de ejército.»—Capítulo II, título I del libro *La Nación en Armas*, tomo I.

Nos detendremos en cambio a tratar más detalladamente lo que se refiere a los comandos. Para ello diferenciaremos claramente, por sus características y su misión, el *Comando*

Superior y los *comandos subordinados* o lo que es lo mismo, el *comando estratégico* y los *comandos operativos*. Ambos tienen misiones distintas y por lo tanto aparte de las condiciones que son comunes a todo comando, tienen sus exigencias especiales, que trataremos de poner en evidencia.

La conducción moderna, un tanto sistematizada y adaptada en todos los órdenes al adelanto de las ciencias, las artes y la industria, ha debido naturalmente evolucionar hacia un grado de perfectibilidad orgánica, en lo que se refiere a los comandos mismos. En la Antigüedad, el Comandante en Jefe, o sea el *conductor*, dirigía personalmente el conjunto de las operaciones e intervenía directamente hasta en los detalles de la conducción misma, cuestión que era posible dado las formas de combatir de la época y en general lo relativamente reducido de los efectivos. Ello ha ido evolucionando con los tiempos y hoy la conducción requiere en el Comando verdaderos organismos dotados de todos los medios tendentes a hacer posible la difícil conducción de enormes masas y complicados medios de acción.

Hoy el *conductor* es un elemento inseparable de ese organismo. Es su cabeza; pero así como ninguna cabeza vale sin el agregado del cuerpo y las extremidades, el conductor sin el organismo que componen su comando sería impotente para conducir los ejércitos modernos.

No desconocemos la importancia que las calidades del conductor tienen para las operaciones, pero deseamos poner en evidencia que la constitución del Comando tiene hoy una importancia fundamental en el desarrollo de las mismas. Todos los ejércitos del mundo han comprendido la capital influencia que el Comando ejerce en la conducción y hoy la tarea superior de la instrucción no se dirige solamente a formar conductores, sino que grandes actividades se orientan hacia la necesidad de preparar oficiales especialmente dotados para colaborar en los comandos de todo orden, ya sea desde el punto de vista de la conducción misma o de las diversas ramas técnico-militares.

Así, el Comando está representado hoy por el Comandante, su Estado Mayor y numerosos comandos y medios agregados para su mejor función.

La guerra moderna y en especial la de 1914-1918, por la magnitud del teatro de la guerra y el número de los combatientes, ha puesto en evidencia, una vez más, la importancia capital de la *conducción superior*. Ella, por otra parte, ha sido naturalmente dificultada en grado sumo por las mismas circunstancias apuntadas. Por eso toda conducción ha adquirido, en la guerra moderna, un aspecto singularmente particular, que en las operaciones se ha manifestado por la relación entre el *comando estratégico* y los *comandos operativos*, destinados: el primero, a las operaciones de conjunto, es decir, a la conducción de la campaña en el más amplio sentido de la palabra y los segundos, a la conducción de las operaciones, ya sea en un frente de guerra o con ejércitos independientes, que sólo están ligados al Comando Superior.

Como por razones de brevedad no podemos estudiar los comandos en sus numerosos y diversos aspectos, debiendo hacerlo desde un punto de vista un tanto general, recomiendo como elemento de consulta, que puede completar en otros sentidos lo aquí expuesto, el capítulo E «La Conducción», páginas 212 a 248, de mi libro *El frente Oriental de la Guerra Mundial en 1914*, de la Biblioteca del Oficial, Volumen CLII. En él encontrarán los señores alumnos que lo deseen, un estudio más amplio, donde expongo mis ideas al respecto y el juicio que este aspecto del arte militar ha merecido a los autores más caracterizados que lo trataron.

2. — EL COMANDO SUPERIOR

Ante todos debemos aclarar que en la acción de este comando no existen limitaciones. El Comando Superior gobierna y dirige la totalidad de las fuerzas y los medios que el país ha movilizado para llevar la guerra contra el enemigo. Toda limitación en su acción es siempre un factor negativo en las

operaciones militares. Será necesario que el régimen orgánico que establezca las relaciones de comando desde el tiempo de paz, cumpla este precepto, si se quiere que en la guerra no exista divergencia en los esfuerzos; que los medios sean empleados con unidad de concepción y sobre todo que no queden fuerzas dispersas, que hayan escapado a la acción del comando en el momento en que se jueguen los destinos de la Patria: la batalla.

La acción del Comandante en Jefe será decisiva en su comando, ya que él será quien lo prepare y lo instruya. Su tarea estará grandemente facilitada si dispone de un personal capacitado, formado en la verdadera escuela del trabajo y del estudio, con gran amor por la responsabilidad, con amplio espíritu de sacrificio y animado de un gran sentimiento de colaboración.

El Comandante deberá conocer a sus colaboradores y para ello será necesario que la constitución del Comando del Jefe no sea una cuestión improvisada y de última hora. El ideal debe ser que el conductor pase de la paz a la guerra sin ninguna solución de continuidad en sus tareas. El Comando que ha organizado, instruído y gobernado al ejército en la paz, debe ser quien lo concentre y lo conduzca en la guerra.

« El conductor no sólo debe saber conducir un ejército a la victoria; también debe saber crearlo, armarlo, equiparlo, instruirlo, vestirlo y alimentarlo», ha dicho el conde Schlieffen. Todo ello representa la tarea del Comando. Es indudable que la conducción traza las direcciones a seguir, planea la operación a realizar y luego conduce al ejército en la guerra y lo lanza a la batalla, que es el fin que persiguió en todas las demás operaciones. En la batalla misma lo emplea según su propio criterio. Es en realidad ese ejército el «instrumento» que, accionado por su voluntad, debe realizar un esfuerzo determinado, que el conductor conoce o debe conocer; es entonces el único capaz o por lo menos el mejor capacitado para elegir el verdadero temple del «instrumento». Nadie podrá, en consecuencia, estar en mejores condiciones para organizar el ejército en la paz que quien deba conducirlo en la guerra.

Si, como hemos afirmado antes, «las guerras han sido perdidas por el Comando», grande es la importancia que este organismo desempeña en las operaciones. Es indudable que esta afirmación está abonada por la experiencia de muchas guerras y en especial por las de los últimos tiempos. Es entones, desde todo punto de vista, fundamental la preparación de los comandos superiores, pues si ellos, como afirma el General Fortmüller son en realidad los que han perdido las guerras, pasan a constituir un elemento primordial de ellas y desde luego merecen preferente atención.

Hemos visto precedentemente el radio de acción del Comando en Jefe, la acción que el Comandante ejerce sobre él, la tarea que el Comando debe desarrollar en la preparación del ejército para una guerra y la importancia que de ello se desprende para el Comando Superior; veamos sintéticamente las características de la conducción que ejerce.

Una verdadera conducción estratégica comienza por transmitir al ejército la idea del Comando. El conductor dirá: *Esta es mi concepción. Ella se transforma en hecho.* Desde ese momento la principal tarea del Comando consistirá en conseguir *que un solo pensamiento domine a todo el ejército. Ese pensamiento será el del Comandante en Jefe.* La colaboración de todos los órganos hacia un fin propuesto sólo puede producirse si se llena este primer requisito indispensable: «nadie debe ignorar cuál es el fin que se propone el Comando y en cuya consecución pondrá toda su capacidad y voluntad.»

Esto, a menudo no se consigue sino cuando un Comando Superior tiene una idea estratégica o operativa claramente definida y sus órdenes, directivas u orientaciones, van todas dirigidas hacia ese fin supremo. Es el «*hacedme sólo fuerte el ala derecha*», que el conde Schlieffen decía en su delirio de muerte. Lo contrario era, en cambio, la elección de dos objetivos por Moltke, que recuerda al cuento del cazador que

persigue a dos liebres al mismo tiempo y que termina por no dar alcance a ninguna.

En el desarrollo de las operaciones mismas, el Comando Superior las sigue paso a paso, interviniendo y dirigiendo todas las acciones de las unidades operativas, de acuerdo con las necesidades y conveniencias de la acción estratégica de conjunto y evitando desviaciones siempre posibles de las mismas.

Una conducción centralizada, tan útil y factible en la guerra moderna, se apoya indudablemente y es consecuencia de las *condiciones personales del conductor y de lo claro y definido de su concepción.*

Un general del tipo Schlieffen tenía necesariamente que ser partidario de esta conducción. Los medios modernos la hacen posible y su idea definida, clara y precisa, que surge de su plan, la imponían como la más amplia garantía de una ejecución sin tropiezos y una verdadera cooperación en la unidad de acción del ejército.

En cambio Moltke (el joven) siguió la tendencia de su glorioso tío, que era de otra época, en la cual los medios no hacían posible una conducción centralizada, pero las actuales facilidades de las comunicaciones aseguraban la intervención siempre oportuna del Comando en Jefe. Le faltó intervenir eficazmente y, fiado más en sus subordinados que en sí mismo, no supo conseguir la verdadera unidad de concepción en el mando. Le faltaba, como dice Gröener, «pasta de baqueteador en lo operativo».

En lo que respecta a la acción del Estado Mayor en la conducción misma transcribimos a continuación algunas reflexiones de la dirección histórica del Estado Mayor alemán, referentes a este asunto.

« *La composición del Cuartel General de un ejército* es de una importancia que no siempre se reconoce en toda su extensión. Hay comandantes en jefe que no necesitan consejos, que meditan y resuelven por sí solos; los que le rodean no tienen sino que dar cumplimiento a sus órdenes. Pero éstos son

estrellas de primera magnitud, de las que en cada siglo apenas si aparece una.

» En la mayoría de los casos el conductor de ejército no querrá privarse de consejos. Estos pueden muy bien ser resultado de las deliberaciones de un número más o menos grande de hombres cuya instrucción y experiencia les habilite especialmente para una apreciación acertada. Pero ya en este número no debe prevalecer más que una sola opinión. La jerarquía militar debe ayudar a que exista la subordinación, hasta en el pensamiento. Al Comandante en Jefe sólo debe someterse esta *única* opinión a su propio examen y ser expuesta por el único autorizado para ello. Este debe ser elegido por el Comandante en Jefe, no por el escalafón, sino por su completa confianza personal.

» Aunque la proposición no fuese siempre la absolutamente mejor, con tal que se proceda con lógica y constancia en la misma dirección se podrá llegar a un desarrollo provechoso. Al Comandante en Jefe le queda el mérito infinitamente más trascendental que el de su consejero: de asumir la responsabilidad de la ejecución.

» Pero si se rodea al Comandante en Jefe de un gran número de hombres, independientes uno del otro, cuanto mayor sea su número, cuanto más caracterizados, cuanto más inteligentes, tanto peor; que escuche tan pronto el consejo de uno como de otro, que ejecute una medida, en sí, apropiada hasta un cierto punto y emprenda después la ejecución de otra más apropiada aún en una dirección distinta; que reconozca luego las objeciones bien motivadas de un tercero y acepte, por último, las proposiciones de un cuarto para remediarlo todo, se puede apostar cien contra uno que con todas esas medidas, quizá todas ellas bien motivadas, perderá su campaña.

» Existe en todo Cuartel General un cierto número de personas que saben hacer resaltar con mucha perspicacia todas las dificultades de cada empresa propuesta. Al primer tropiezo que ocurra, ellos probarán convincentemente que todo lo habían previsto. Siempre tienen razón, pues como ellos mismos difí-

cilmente proponen algo positivo y mucho menos lo ejecutan, el resultado nunca puede contradecirles. Estos hombres de la negación son la perdición de los Comandantes de Ejército.

» Pero el más desdichado de los Comandantes en Jefe es el que se halla sometido a una fiscalización constante, aquel que debe dar cuenta todos los días y a toda hora de sus proyectos, planes e intenciones; con un delegado de la autoridad superior en su Cuartel General o, por lo menos, con un hilo telegráfico a sus espaldas, tiene que desaparecer toda iniciativa propia, toda resolución rápida, toda empresa arrojada, sin las cuales la guerra es imposible.»

ASPECTO MORAL DE LA CONDUCCION ESTRATEGICA

Ha dicho el conde Schlieffen que un Comando Superior tiene por misión: «*aniquilar o dominar completamente a un adversario, aunque sea superior, del cual no sabe dónde está, hacia dónde marcha, qué intenta.*» Muchos pueden ser los caminos que elija un conductor para cumplir esta misión y muchos podrán ser también los arbitrios de que se valga para ello, pero su orientación no estará nunca fuera de los límites de la norma trazada por su personalidad moral, si él es quien ha fijado tal operación.

El más hermoso plan, el más audaz, resultará temerario e inaceptable para algunos conductores. Cada Comandante en Jefe necesita su propio plan si quiere poner en su aplicación todo lo que posee.

Mucho podría decirse sobre las condiciones morales del Comandante en Jefe, pero nunca se habría llegado a agotar el tema; ellas están distribuídas en todos los hombres en partes distintas, que en los casos reales y ante la situación concreta siempre habría faltado alguna o sobrado otra. Muchas batallas se ganaron por la capacidad moral del conductor y muchas se perdieron porque el conductor no poseyó esa capacidad; es cuanto se puede decir en concreto.

Por eso resulta irrefutable: «*El conductor deberá seguir tenazmente el camino que él elija para alcanzar su objetivo, salvar con máxima energía todas las dificultades que se opongan, encontrar pronto un arbitrio en las circunstancias imprevistas, buscar el éxito hasta el último extremo, soportar virilmente los golpes del Destino.*» (Schlieffen).

En la estrategia de aniquilamiento es donde el conductor necesita tener más capacidad y un temple especial. La *fe en sí mismo* es allí indispensable. Ella sólo se adquiere con el trabajo personal, que le proporcionará ascendiente intelectual y moral y le dará la medida de su propia capacidad, base de la fe que él tenga en sus propios medios y alcances. Lo conseguirá con el sacrificio de su vida por el ideal superior. San Martín era grande por ser el absoluto servidor de una causa, por la que sacrificó todo. Esta abnegación hace grande al hombre ante los demás y ante sí mismo.

El conductor «*debe sentirse apoyado y protegido por un poder superior*»; este apoyo, mezcla de *fe en sí mismo* y *sano optimismo*, forman el verdadero espíritu del conductor.

El pesimista, el derrotista, ven siempre los inconvenientes y las dificultades ante los cuales, si no se declaran vencidos, por lo menos no ponen la poca voluntad que tienen para encontrarle el remedio a sugerir las contramedidas. El peor peligro para la conducción del ejército está en el corazón del pesimista. La serenidad de espíritu, en cambio, da al optimista la medida de lo que debe pensar y hacer y así los grandes conductores han sido optimistas y aun en las situaciones más desesperadas encontraron un recurso para salir bien del apuro y jamás pensaron en abandonarse a su propia desesperación.

Ese optimismo es el que hace exclamar a Bonaparte en el puente de Arcola: «*verán ahora cómo se pasa un río en las barbas del enemigo*»; es el mismo que en Brzeziny hace desenvainar la espada del viejo General Litzmann, para atacar a la cabeza de sus tropas y romper el cerco ruso. El General San Martín, a los 20 días después de ser deshecho en Cancha Rayada, contra la opinión de todos sus jefes, ataca al enemigo en Maipú y lo somete a un moderno Cannas. Lo que impulsó al

Gran Federico, optimista en alto grado, a realizar verdaderas hazañas y aun cuando la situación era mala en extremo, no quiso hacer una paz desventajosa porque esperaba el éxito, en el que él sólo pensaba y agregaba que, como último recurso, le quedaba el de *sucumbir gloriosamente*. Él aconsejaba a sus generales que debían tener una profunda fe en sí mismos y en el éxito, por lo menos en su exterior. Si el ejército ve que su General está pensativo, se dirá: «*la cosa no va bien*» y llega a decir que, si el General no está bien o está poco convencido del éxito, debe pretextar una enfermedad y retirarse. Con ello quería librarse de la influencia de los pesimistas.

Otro de los defectos fundamentales del pesimista es la limitación que ellos imponen a los Comandos subordinados cuando les dan una misión. Sus directivas generalmente contienen estas fatídicas palabras: «*sin comprometer demasiado sus fuerzas o sin exponerse a ser derrotado decisivamente*», que debían prohibirse a toda directiva. A un comando a quien se lo designa para cumplir una misión, debe dejárselo para que la cumpla o sepa «*sucumbir gloriosamente*».

¿Cómo podría cumplir su deber y su misión un jefe a quien se le impide utilizar las fuerzas como convenga? Las limitaciones son siempre factores negativos en la acción militar. La libertad en la elección de los medios, es la base para cumplir una misión. Se adoptan todas las medidas posibles y luego se lanza todo hacia la decisión buscada. No hay actividad humana en que el azar no tenga una parte de intervención. Esos factores, que escapan a la previsión humana, no hay que considerarlos de antemano como adversos. Hay que esperar y ser optimistas. Lo contrario será someterse a esos factores, ser «yunque y no martillo». Todos los generales afortunados fueron optimistas.

Tomar la iniciativa e imponer la ley de acción al adversario requiere una voluntad superior del conductor y tiene gran importancia para las operaciones de una guerra. El conductor que procede en esa forma consigue obligar al enemigo a seguir cierta dependencia de sus acciones y le impone generalmente el lugar, el momento y el frente en que se desarrollan las operaciones. El saber mantener esa iniciativa mientras existan probabilidades de éxito acarrea grandes conveniencias a la conducción.

El Comando Superior, además de una gran *voluntad*, debe poseer una gran *tenacidad*; el mantenimiento fiel de la idea estratégica inicial, que representa una cuadidad indispensable del conductor y sólo en esa tenacidad descansa el poder mantenerla. Las crisis que se produzcan en la campaña, no deben ser suficientes para quebrantarla.

LAS FORMAS DE LA CONDUCCION ESTRATEGICA

Otro de los asuntos que en la guerra moderna ha sufrido variaciones de todo orden es el referente a las formas de la conducción estratégica. Si bien los ejércitos de millones de hombres han aumentado los frentes y las profundidades en forma jamás sospechada, los medios modernos de transporte y comunicaciones han ido aún mucho más allá, por el perfeccionamiento técnico de tales medios, facilitando la conducción centralizada de tal masa.

Hoy, la iniciativa de los Comandos subordinados en el campo estratégico ha sido un tanto restringida, porque el Comando Superior puede intervenir a tiempo y con la verdadera idea y propio conocimiento del conjunto, asegurando la unidad de concepción y acción y sin dejar en ningún momento a ésta librada a la buena o mala interpretación de un tercero. Ello no quiere decir que no haya casos en que el Conductor Superior dé sus puntos de vista y directivas a un Comando subordinado y luego le deje elegir los medios para cumplir la misión, sino que ellos son casos más limitados en la actualidad.

El emplazamiento de los Comandos Superiores ha sentido también la influencia de los medios modernos. Hoy puede un Comando Superior conducir las operaciones en dos frentes separados por varios cientos de kilómetros de distancia, aunque

como siempre es aconsejable su mayor proximidad al frente principal.

El Comando Superior no debe tampoco estar tan cerca de las tropas, cuya conducción haya tomado en sus manos, que sufra la influencia directa del combate.

Si el Comando Superior necesita llegar al pensamiento de sus subordinados y *asegurarse que una sola idea, la suya, domina a todo el ejército,* tiene numerosos medios para ello. El transporte aéreo lo pone en condiciones con rapidez, de conversar con sus generales el día antes de la batalla. También puede resultar conveniente mandar oficiales de Estado Mayor, tratando de llegar a la mente del Comando subordinado y conocer sus propias ideas. Influir también sobre él y estimularlo a acciones decididas, haciendo entrar en juego su valor, patriotismo, etc.

El Comando moderno dispone de numerosos órganos propios de *información, de comunicación y oficiales destacados.* Es necesario asegurarle al Comando todos los medios, teniendo destacamentos de oficiales que estén en condiciones de apreciar la situación y resolver; tenerlos listos para salir, con aeroplanos, motocicletas, automóviles, etc., para ser adelantados a tomar impresión de la situación.

Las directivas tienen una marcada importancia y deben ser objeto de especial atención en lo referente a su redacción. Si la directiva reemplaza a la orden cuando el Comando Superior no puede dominar la situación en sus diversas variantes, es necesario que ellas sean lo suficientemente amplias para no representar un obstáculo al propio cumplimiento de la misión encomendada. Su redacción es especialmente importante, y, por tratarse de normas, es necesario estudiarlas bien, de modo que ningún giro inesperado pueda tomarse de sus palabras. En tal caso, si la directiva es mal interpretada, o simplemente incomprendida, debe estarse listo para ordenar.

LA DOCTRINA ESTRATEGICA

La doctrina estratégica es en cada país de una orientación especial, porque responde a modalidades diferentes, condiciones y necesidades propias.

Así, el carácter de la doctrina estratégica es nacional y está dictado por las necesidades militares y navales e influído por las condiciones históricas, etnográficas, geográficas, políticas, económicas y morales. Por ello pueden existir doctrinas estratégicas reales y efectivas o engaños que subsisten en el papel o la teoría, pero que la guerra, con la efectividad aplastante de sus demostraciones, desenmascara en sus mismos prolegómenos.

Una doctrina estratégica efectiva es el producto de una elaboración racional, de acuerdo con las necesidades de todo orden y que surge del plan de operaciones. Una doctrina ficticia puede resultar de la adopción de modalidades o formas de ejecución, que como un trasplante se introducen de otro país, donde, por sus factores propios ha sido impuesta y que en la práctica ha dado buenos resultados.

La doctrina estratégica no puede importarse. Es característica y cada nación necesita la suya propia. Responde a necesidades particulares y es justo que tenga especiales particularidades en cada caso.

El Comando Superior es el encargado de fijar ya en tiempo de paz tan importante cuestión, sin la cual no será ventajoso el proceder de los directores de la instrucción del ejército y se dispersarán energías que bien orientadas podrían producir los mejores resultados.

Muchas son las ventajas que en las operaciones mismas encontrará el beligerante que haya sabido establecer una apropiada doctrina estratégica, que oriente y fije los rumbos, evitando la anarquía que, en el mejor de los casos, conduce a una dispersión de esfuerzos y a la pérdida de la unidad de concepción y acción tan necesarias.

LOS OBJETIVOS DE LA CONDUCCION ESTRATEGICA

Fijar los objetivos (principales y secundarios) y determinar la conducta operativa a seguir con cada uno de ellos, es, sin duda, el hecho más trascendental de todo acuerdo y lo más fundamentalmente importante en los casos de guerra de coalición. Ello es aún más importante si se trata de una guerra en dos frentes como fué la de 1914-1918 para los Imperios Centrales y los Aliados.

A menudo es dable observar que se acierta en la determinación de los objetivos y se yerra en la determinación de la conducta operativa a seguir. Un error en cualesquiera de estas cuestiones tiene siempre consecuencias importantes para la conducción de guerra. Sólo un estudio muy profundo, una compenetración muy absoluta de la situación propia y del aliado, a la vez que del enemigo y un entendimiento perfecto, pueden asegurar una comprensión del problema y la resolución adecuada en cada caso.

La Guerra Mundial, como en general, todas las guerras de coalición, presentó en el cuadro general de la situación los más numerosos y variados *objetivos*. Entre todos ellos la conducción debía, para cada beligerante, determinar y clasificar cuáles eran *principales* y cuáles *secundarios*. Para ello fué necesario un acuerdo entre los países, ya que un Comando único no existía, ni es probable que exista nunca en la paz, por grandes que sean las relaciones entre los futuros aliados de lucha.

No es tarea fácil, en realidad, fijar acertadamente tales casos ante una situación estratégica como la de 1914. Si bien se sabe que en la guerra el medio más eficaz es la destrucción del ejército o las fuerzas del enemigo, no siempre el camino para llegar a ello se encuentra en forma tan clara para elegir el más corto. Ello es siempre difícil de determinar, pues, a las condiciones generales instables de la guerra, es necesario sumarle la voluntad contrapuesta del enemigo que, a menudo, escapa a la lógica más sutil.

Schlieffen sintetiza en forma admirable esta difícil tarea

al indicar: «*La misión del conductor* de ejército es aniquilar o dominar completamente a un adversario, aunque sea superior, del cual no sabe dónde está, hacia dónde marcha, ni qué intenta. Deberá seguir tenazmente el camino que él elija para alcanzar ese objetivo, salvar con máxima energía todas las dificultades que se opongan, encontrar pronto un arbitrio en las circunstancias imprevistas, buscar el éxito hasta el último extremo, soportar virilmente los golpes del Destino. Para realizar esto deberá poseer algo de sobrehumano o extraterrestre, llámese genio o de cualquier otro modo.»

RELACION ENTRE LOS MEDIOS Y LOS OBJETIVOS

La relación entre los medios y los objetivos es fundamental en todos los órdenes de la guerra. Nos bastaría, para afirmar esto, reflexionar sobre cualquier misión que se recibe, en la que el encargado de cumplirla se preguntará: ¿Con estas fuerzas puedo cumplir la misión? Así también en las operaciones en grande, ya sea en el orden operativo como en el estratégico, esa pregunta es lo primero que surge a la mente del conductor. Es natural que casos hay y numerosos, en que un conductor más capacitado o ayudado especialmente por las condiciones de tiempo, espacio y terreno, ha cumplido misiones, con fuerzas muy inferiores en número a las del enemigo; pero ello indica que por otro lado tales fuerzas han sido aumentadas por otras circunstancias especiales, en forma de que en realidad los medios fueron iguales o superiores a los del enemigo, a pesar de la inferioridad numérica.

Ello sólo indica que en la guerra el análisis de los medios propios y del enemigo debe ser ejecutado en conjunto, apreciándolos en su justo valor y, en consecuencia, destinando a cada objetivo los medios suficientes. Una apreciación exagerada hará que otro objetivo sufra la falta de tales medios, los cuales han sido asignados de más al precedente. En esto reside especialmente el arte del conductor: *Asignar a cada objetivo los medios necesarios. Asegurar al objetivo principal los medios principales y tratar los objetivos secundarios con medios secundarios.*

3. — LOS COMANDOS SUBORDINADOS

La conducción de los grandes ejércitos lleva aparejada la importancia de los Comandos subordinados. Ellos, dentro de la conducción estratégica, representan un órgano de ejecución inteligente, a quien se confía la verdadera conducción de las partes del articulado dispositivo estratégico.

Para que éstos Comandos sean verdaderamente eficientes necesitan poseer un cúmulo de condiciones personales muy grandes, pues a sus condiciones morales y de carácter deben reunir las de una intelectualidad superior; sólo así podrán salir airosos de las pruebas a que diariamente los someterán los acontecimientos.

Entre las primeras, debe ser su abnegación, que le hará poseedor de un desprendimiento personal, capaz de hacerle sacrificar todo en bien del conjunto.

El propósito operativo está siempre por sobre el táctico y, en consecuencia, se necesita una gran visión y carácter para salir del cuadro inmediato de la acción táctica y pensar en el conjunto de las operaciones.

El Comando subordinado sólo debe vivir la idea del Comando Superior y ser un colaborador leal a esa idea. Para ello necesita tener una gran supeditación intelectual. Subordinar todo su «yo» a las necesidades que han de servirse. Él da su opinión y aun cuando discrepe con el superior, una vez rechazada ésta, debe olvidarla y cumplir la de su jefe.

Si bien es una gran cualidad la de un jefe que colabora dando su opinión, que puede ser la mejor—sin anular su propia personalidad—al plegarse sin más ni más a la del superior demuestra ineptitud y falta de colaboración. Será siempre una cualidad la del que se subordina conscientemente a la idea del superior, aun cuando ella sea diametralmente opuesta a la suya y pone toda su voluntad e inteligencia para cumplirla.

Un Cannas o un Tannenberg es sólo posible si los Comandos subordinados no se dejan desviar por éxitos tácticos que no sean los convenientes a la acción de conjunto.

La verdadera cooperación de los Comandos subordinados con el Comando Superior es, pues, una cuestión fundamental y preciosa; especialmente si ella es inteligente y leal.

La iniciativa es muy buena condición en todos los Comandos, siempre que no vaya en contra de la obediencia, que es la condición fundamental de la guerra.

A un Comando subordinado se le presentan dos caminos ante cada orden: cumplir a o dejarla de cumplir. En el primer caso, que es la regla, cumple simplemente con su deber. En el segundo comete *desobediencia,* que será tanto *más grave* cuanto mayor sea la jerarquía del que la comete. Sólo se justifica el dejar de cumplir una orden cuando la situación para la cual se dió haya sido sobrepasada por los acontecimientos y cuando evidentemente no corresponda a ese momento; aun en ese caso queda el recurso de una consulta al superior. Ante una situación inesperada o cuando no se ha recibido orden, es indudable una condición que debe poseer el conductor de tropas: la iniciativa. Ella reemplaza y completa la voluntad del Comando Superior ausente, la que debe ser tenida especialmente presente.

Surge de todo lo anterior la necesidad de seleccionar minuciosamente los Comandos subordinados de acuerdo con las características enumeradas. Hombres que tengan fe en el Comando en Jefe, gran lealtad, espíritu de cooperación, optimismo y abnegación en bien del conjunto.

Estos Comandos, ya desde el tiempo de paz, pueden elegirse de acuerdo con las condiciones personales de los hombres que actúan en el ejército permanente. Los jefes proceden en la guerra en la misma forma en que están acostumbrados a actuar durante la paz. Puede fácilmente deducirse que un hombre egoísta y que en las tareas de su destino en la paz muestre ya las tendencias a un exagerado espíritu de inclinación hacia su «yo» y que, pretenda, como suele observarse, *que el ejército sea para él y no él para el ejército,* ése no tendrá las condiciones necesarias, aun cuando su preparación sea óptima y las demás cualidades morales excelentes.

CAPITULO IX

FORMAS ESENCIALES DE LA GUERRA

En la guerra dos pueden ser las formas fundamentales de ejecución en todos los aspectos: *las operaciones ofensivas* y *las operaciones defensivas*; que generalmente se indican genéricamente con las designaciones de *ofensiva* y *defensiva*.

Además, dentro del conjunto de la teoría de guerra las actividades generales han sido agrupadas en dos partes, que componen *la estrategia* y *la táctica* y que ya hemos definido al tratar el capítulo correspondiente.

De la combinación de tales criterios de clasificación surgen las siguientes designaciones:

a) Ofensiva estratégica.
b) Ofensiva táctica.
c) Defensiva estratégica.
d) Defensiva táctica.

Esta subdivisión permite indicar, por medio de una sola palabra, de qué género de operaciones militares se habla haciendo más fácil y sencillo el abarcar por entero la teoría de guerra. Por tal razón, aun cuando a veces se mezclen y confundan los elementos de la estrategia y de la táctica, no convendrá abandonar el uso de tales denominaciones.

Si nos atenemos al desarrollo de las operaciones de guerra y a sus diversas formas de ejecución, se tendrá la combinación de las subdivisiones antes mencionadas. Así, tanto a la *ofensiva* como a la *defensiva estratégica*, pueden seguir la *ofensiva* y la *defensiva táctica*.

Entonces, las operaciones en general estarán comprendidas en una de las siguientes:

Ofensiva estratégica seguida de la *ofensiva táctica*. *Ofensiva estratégica* seguida de la *defensiva táctica*. *Defensiva estratégica* seguida de la *ofensiva táctica*. *Defensiva estratégica* seguida de la *defensiva táctica*.

Generalmente los que han escrito sobre las ventajas y desventajas de la ofensiva y la defensiva, hacen nacer en la mente del lector la idea de que cada General en Jefe está libre para elegir, en su conducción, uno u otro de los mencionados procedimientos. Nada más erróneo. Difícilmente un conductor se encontrará en tales condiciones. La generalidad de las veces, el procedimiento o la acción del ejército, estarán determinados por necesidades de orden superior.

«*Serán, pues, las circunstancias las que impondrán su papel a cada uno de los bandos y éstos deberán resignarse a aceptar el que respectivamente les corresponda. De aquí que las discusiones relativas a saber cuál de las dos formas (ofensiva o defensiva) ofrece más ventajas, son completamente inútiles. Lo que importa es formarse concepto cabal de los caracteres especiales de cada una de ellas.*» (Mariscal von der Goltz, en su libro *La Dirección de la Guerra.*)

Antes de estudiar la *ofensiva y defensiva estratégica* en detalle, a fin de aclarar y ponernos de acuerdo, definiremos brevemente las asignaciones que hemos mencionado:

A) Ofensiva estratégica

Es la conducción de una campaña o de toda la guerra en busca de la decisión por *medio de la lucha*. Consiste en tomar la iniciativa en las operaciones de guerra, buscando el contacto con el enemigo para librar la batalla decisiva.

B) Defensiva estratégica

Es la conducción de una campaña o de toda la guerra que no busca, en forma directa, la *decisión por medio de la lucha* o, por lo menos, trata de retardarla el tiempo que juzgue necesario. Consiste generalmente en rehuir a la batalla decisiva,

buscando obtener antes el equilibrio o la superioridad sobre el adversario. Otras veces se le emplea para conservar las fuerzas a la espera de la acción y del enemigo, para atraerlo a un campo más propicio, etc. y luego atacarlo en busca de la decisión.

C.—OFENSIVA TACTICA

Es una acción de combate desarrollada con unidad de concepción, cuyo medio de lucha es el *ataque*. Se considera que sin ofensiva táctica no se alcanza la decisión. Sólo el ataque impone la ley al adversario.

D.—DEFENSIVA TACTICA

Es una acción de combate desarrollada con unidad de concepción, cuyo medio de lucha es la defensa. Constituye una de las formas del combate, en la cual uno de los adversarios trata de anular la acción ofensiva del otro, recurriendo al aprovechamiento del terreno y desgastando al enemigo en busca del equilibrio en la fuerza combativa; conseguido éste, o una superioridad de fuerzas o situación, el defensor toma, a su vez, la ofensiva.

La defensiva pasiva o absoluta, en la cual el defensor se limita exclusivamente a acciones pasivas, sin tomar en ningún momento la ofensiva, ha sido desterrada de las formas de conducción. Ella se considera en todos los casos como un error injustificable de la misma.

Definidas brevemente estas cuatro formas de acción de las fuerzas militares en el campo estratégico y táctico, nos limitaremos al estudio de la *ofensiva y defensiva estratégicas* que corresponden a nuestra materia, dejando las acciones tácticas libradas a la consideración del señor profesor de la materia.

1. — LA OFENSIVA ESTRATÉGICA

La *ofensiva estratégica* es sin disputa, la forma más fuerte de la guerra, la que mayores ventajas entraña y por la que se

llega, por el camino más corto, a la decisión. En cambio ella impone mayores calidades y condiciones de todo orden para su ejecución satisfactoria, limitando así su empleo acertado a determinadas acciones.

Los países de situación geográfica relativa céntrica, a menudo encuentran en ella una forma de solucionar sus cuestiones guerreras, cuando circunstancias especiales hacen posible una operación de tal naturaleza.

La ofensiva estratégica, en este concepto, desde el punto de vista del conjunto de la guerra, es la que se presta mejor para una buena economía de fuerzas y es especialmente conveniente para los países que, en la situación céntrica apuntada, deben dirimir superioridades con dos o más países, que aislados sean inferiores, aun cuando en conjunto resulten muy superiores. Es aceptado también comúnmente que la ofensiva estratégica se presta para batir ejércitos muy numerosos, pero mal dirigidos y dotados, pero en tales casos es necesario que toda la potencia que presupone el enemigo en su superioridad numérica, sea reemplazada y aun duplicada por una excelente conducción, una gran movilidad estratégica y una capacidad mayor de parte de las propias fuerzas.

Si las condiciones de aptitud y capacidad guerrera (estratégicas y operativas) son iguales o similares a las de uno de los enemigos excéntricos, es ya un indicio claro para pensar en la *defensiva estratégica*, siempre que otras condiciones que prácticamente se evidencien, no ofrezcan las posibilidades de acción ofensiva de *grandes proyecciones y utilidades contra uno* de los adversarios. Entiéndase por «grandes proyecciones y utilidades» cuando esa acción implique una *decisión absoluta* o *una paz por separado*, únicas condiciones indefectibles para la realización de una maniobra estratégica por línea interior.

Es natural que la contraposición de valores morales y materiales que se consideren en la apreciación de la situación, debe establecerse sobre la única base firme: la realidad palpable, los datos numéricos y las cualidades comprobadas feha-

cientes de los valores espirituales e intelectuales. En la apreciación de los medios materiales es necesario considerar a éstos llevados a un máximo de perfeccionamiento *factible*, pero jamás más allá. Es común el error, generalmente funesto, de basar las apreciaciones estratégicas en factores de orden especulativo que, obedeciendo a causas que generalmente escapan a toda previsión, sólo podrían tenerse presentes, pero jamás basar hecho alguno que dé por descartada su factibilidad tan aleatoria.

Los países que por incapacidad o mala organización de sus gobiernos no tienen una orientación político-internacional bien definida y por lo tanto no tienen un objetivo político bien determinado, están en las peores condiciones para elegir los medios y procedimientos de su acción guerrera. No conociendo con exactitud tal orientación, los objetivos aparecerán vagos e inciertos. La desarticulación del órgano político del militar, la falta de relación entre ambos, crea una situación de desconocimiento mutuo, que lleva a un verdadero caos de aspiraciones inconexas y, como resultado de ello, a una orientación de actividades muchas veces contradictorias.

Si la *ofensiva estratégica inicial* necesita una base claramente definida, ella es la orientación político-internacional. No existiendo ésta, todo se dificulta y todo se trastorna. Queda un solo camino, que nunca es el mejor: que el militar se encargue de suplantar al político y arremeta contra las dos tareas aceptando y resolviendo la parte política bajo el resultado fatal de los acontecimientos internacionales, ya que no está en sus manos el dirigir los actos y orientaciones políticas abandonados por el canciller del Estado. La parte militar resulta así beneficiada a medias, porque si bien dispone del fundamento político necesario a sus planes y proyectos, ello no es obra de una consciente y apropiada dirección de los asuntos internacionales, sino la imposición política del adversario que fijará así normas y descargará los acontecimientos a su arbitrio. Tales condiciones, es necesario reconocer, son en realidad las menos convenientes a la realización de una ofen-

siva estratégica inicial, que reclama ante todo una orientación política que desde tiempo de paz sea bien determinada.

La Naturaleza algunas veces, el fatalismo otras, aconsejan a los conductores de ejército el camino de la victoria. Estos factores, unidos a las necesidades y a los objetivos políticos, determinan muchas veces el procedimiento a seguir o inducen a soluciones para resolver los conflictos guerreros continentales. Al decir de Napoleón, los obstáculos más grandes que se presentan a un conductor de ejército están representados en primer término por el *desierto*, en segundo término por *las grandes cadenas de montañas* y por *los grandes y caudalosos ríos* en tercero. Tales obstáculos, diremos, de primera magnitud, se presentarán a menudo, en mayor o menor grado en las operaciones de todos los ejércitos especialmente en teatros de operaciones poco poblados y de gran extensión, cuando no aislados, combinados entre sí. La ofensiva estratégica encontrará en estos obstáculos sus principales enemigos, ya que ellos estarán siempre «movilizados» en todo su verdadero y poderoso valor.

Si la ofensiva estratégica está impuesta a través de los obstáculos fluviales y éstos no pueden ser salvados por sorpresa en tiempo, debiendo hacerlo frente al enemigo, serán una razón más que hagan pensar en la necesidad de buscar una forma más factible de operar con menos riesgos. Si en lugar de ríos se trata de desiertos, la crisis entonces dura aún más y aquéllos mantienen su valor de obstáculos permanentes. Las cadenas de montañas son tan difíciles y peligrosas para pasarlas, como el tenerlas a retaguardia; si la importancia de éstas es como la de nuestros Andes, sólo puede pensarse en vencerlas, pero se tendrá, después de pasarlas, permanente, el espectro del invierno que amenace cortar absolutamente las comunicaciones.

Los medios de acción en su relación con el objetivo a alcanzar darán la pauta de las posibilidades. La historia de guerra demuestra en forma convincente el peligro de la ofensiva estratégica inicial con medios reducidos en relación a los objetivos propuestos.

Los *rusos*, en su campaña de la Prusia Oriental, cuyas ba-

tallas de Tannenberg y lagos Masurianos y retirada posterior dieron claramente los resultados lógicos que podían esperarse—aun frente a la inferioridad numérica del 8. Ejército alemán—de una ofensiva estratégica, con medios movilizados y concentrados inconclusamente, en una operación precipitada, desde una concentración ineficaz en su dispositivo general, con fuerzas insuficientes, al fin propuesto y quebrantando el objetivo político ruso, ante la presión francesa.

Los *austríacos*, en su ofensiva estratégica inicial desde la Galitzia, con triunfos parciales en su ala oeste, en los primeros días, pero con la derrota absoluta de *Lemberg* al final de los primeros 30 días de ofensiva, dan un ejemplo digno de tener en cuenta, sobre los desastres que prepara una ofensiva estratégica inicial con fuerzas insuficientes y basada en suposiciones y éxitos más especulativos que reales.

Los *alemanes* en su ofensiva estratégica inicial contra Francia, con fuerte ala derecha de conversión, representan un caso de esta guerra, en que resalta con una claridad meridiana el fracaso a que conduce esta operación cuando no se han preparado los medios de acción necesarios al esfuerzo a realizar. Tal ofensiva estratégica inicial, según el plan de Moltke y su realización, careció en primer término de un despliegue inicial de fuerzas de la magnitud necesaria al esfuerzo; fué así débil en el centro de gravedad y faltó el conductor necesario a una ofensiva estratégica de esta envergadura. Es un caso donde si bien se tenía una marcada superioridad sobre el enemigo, no se poseyó la fuerza necesaria para vencerlo, especialmente en el lugar decisivo. De todo ello los alemanes se arrepienten, al recordar al «viejo Schlieffen», que todo lo había previsto en su plan de operaciones y proyecto de organización del ejército alemán. Moltke se dejó impresionar por los primeros éxitos, ya previstos, pero las dificultades con que tropezaron después en la realización del proyecto de operaciones, fueron mucho más allá que las previsiones de paz, como comúnmente sucede en estos casos y las fuerzas escasearon y faltaron en el momento decisivo.

Los *franceses* presentan el más clásico ejemplo de una *ofensiva estratégica inicial*, aceptable en la teoría o las combinaciones de paz, pero irrealizable en la guerra, por todas las razones de que hablamos antes, a lo que se sumaba la voluntad férrea de un enemigo que desde su movilización comienza imponiendo su propia ley de acción. La variante del Plan XVII francés es una especulación fantástica y optimista, pero que los hechos se encargaron de desvirtuar, con una sanción de las más aplastantes de la Historia. Era simplemente una ofensiva estratégica inicial en su orientación, pero jamás en su espíritu y menos aun en la realidad. Ellos mismos, los franceses, reaccionaron y se resolvieron por una retirada estratégica meditada a medias y a medias impuesta por el enemigo, como resultado de no haberse decidido a tiempo por una *defensiva estratégica inicial*, de acuerdo con lo aconsejado por el General Mitchell, que llevaba implícita la idea del contraenvolvimiento. Por eso alargaron su guerra, tomaron tarde y con enormes esfuerzos la contraofensiva, estuvieron al borde del desastre y con la victoria del Marne sólo consiguieron un éxito indeciso y sin ventajas positivas para la terminación de la guerra.

Los *austríacos*, en el frente servio, son otro ejemplo de una ofensiva estratégica inicial inadecuada por todos los conceptos y que tuvo los resultados negativos que se podían esperar de ella.

Puede afirmarse, de una manera general, que en el campo estratégico, las acciones que tuvieron por principio una ofensiva inicial, en la Guerra 1914-1918, fracasaron en su realización, no consiguieron objetivo alguno en relación al desgaste enorme de las fuerzas y a la capacidad guerrera de las naciones que las realizaron. Parecería que en los tiempos modernos esta acción guerrera va perdiendo paulatinamente el valor de otros tiempos, debido a las condiciones diferentes y peculiares en que se desarrollan las luchas entre las naciones de los tiempos modernos.

Si bien es cierto que ofensivas estratégicas iniciales dieron

buenos resultados en las Guerras Austro-Prusiana de 1866 y Franco-Prusiana de 1870, es necesario mencionar que en tales guerras el desequilibrio de fuerzas y capacidades era tal que no podía pensarse en otra acción que no fuera una ofensiva estratégica inicial por parte de los prusianos.

Todo ello no hace sino corroborar lo que antes se afirma, es decir: que la ofensiva estratégica inicial es más un resultado impositivo de una superioridad manifiesta de medios y capacidad, unido a un objetivo político positivo y a la certidumbre de que se cuenta con la fuerza necesaria, que el resultado de un pensamiento o lucubración teórico-filosófica.

No son los proyectos ni las ambiciones de los conductores o colaboradores de éstos lo que fijan en realidad de verdad la conducta inicial de la guerra, sino cuestiones complejas y difíciles que se encarnan en el corazón mismo del núcleo nacional, donde se encuentran amalgamadas las necesidades, aspiraciones y posibilidades del país.

La tarea estará más en dilucidar cuestiones de fondo, aclarar las verdaderas orientaciones, buscar la dirección de las verdaderas necesidades, contrapesar los factores contrapuestos y elegir el de mayor fuerza, investigar causas y determinar efectos, descifrar, en fin, el camino más conveniente y de todo ello no imponer soluciones, sino deducir la forma y fijar la doctrina estratégica que conviene a las necesidades del éxito en la guerra.

Esa parece ser la tarea y ajustada a la doctrina moderna que se siga en la confección del plan militar y proyecto de operaciones. Nunca determinando las operaciones por preconceptos, aspiraciones, lucubraciones fantásticas o deseos de ejecución de una operación dada. Los objetivos a alcanzar deben ser discretamente proporcionales con los medios a poner en ejecución, porque si existe desproporcionalidad entre ellos, por lógica, debe considerarse que los objetivos propuestos no se alcanzarán o se alcanzarán a medias. Por esta simple razón, entre la *operación estratégica planeada* y la *preparación de los medios para ejecutarla* debe existir una estrecha relación de

efecto a causa. En la justa apreciación de esos medios está el talento del conductor y organizador del ejército, verdadero artífice, que debiendo realizar su obra deberá encargarse de preparar su instrumento dándole el tamaño, dureza y temple convenientes. Por eso se afirma con verdadero fundamento que el ejército no se prepara *«para la guerra»*, sino para *«una guerra determinada»*.

El planeo de operaciones, sin contemplar los recursos y las posibilidades de su utilización adecuada y en tiempo, no conduce a nada práctico. La seriedad de los trabajos de preparación de una guerra exige la subordinación de la magnitud del objetivo a los medios de acción disponibles. Por eso es anacrónico confeccionar proyectos de operaciones pensando en posibilidades más o menos remotas, ello implica la necesidad de cambiar dichos proyectos de acuerdo con el perfeccionamiento alcanzado y el progreso general de los medios de acción. De nada podría servir la persecución de un objetivo que los medios disponibles no ponen a nuestro alcance. En tales casos, el procedimiento más cuerdo a adoptar, sería reducir el objetivo a otro más inmediato, pero de factible consecución. Otro tanto puede decirse de la conducta inicial de la guerra y, si la *ofensiva estratégica* no cuenta con los medios necesarios para obtener un éxito, convendrá pensar que siendo la estrategia *«un sistema de arbitrios para salir de apuros»*, será preciso buscar dentro de ella misma otro arbitrio que nos saque de él. El General San Martín, en su estada en Mendoza, mientras organiza el Ejército de los Andes, da un ejemplo claro de su genial interpretación de las cuestiones mencionadas. Siendo su *objetivo positivo*, cambia el plan sucesivamente de acuerdo con los medios y posibilidades de cada momento: así, ante la noticia de una posible invasión española, planea primero una retirada hacia Córdoba, pero, poco después, cuando ya se siente más fuerte, puesto en el mismo trance, proyecta defenderse en Mendoza y en 1817 invade a Chile en la forma magistral que conocemos «para terminar con los Godos», según su propia expresión. Los medios le dictaron siempre su ley de acción y es in-

dudable que en todos los casos sus previsiones hubieran triunfado en la mejor forma imaginable.

Von der Goltz afirma: «La ofensiva estratégica tiene, como hemos visto antes, su origen en los ideales políticos dirigidos hacia un fin positivo, luego en el sentimiento de que se posee la fuerza necesaria para alcanzar este fin y finalmente, *en la conciencia clara y definida de que se tiene marcada superioridad sobre el adversario* (1).

Esta marcada superioridad sobre el adversario debe entenderse porque éste no puede oponerse con éxito a la consecución del objetivo que nos proponemos alcanzar, única forma lógica de comparación en la guerra; se refiere este autor a la superioridad de Prusia sobre Francia en 1870, donde a pesar del enorme desgaste de las fuerzas prusianas en su ofensiva, se llegaba a la acción en superiores condiciones, pero no como se aprecia la superioridad alemana sobre Francia en 1914, que a pesar de su reconocido poder superior estuvo muy lejos de alcanzar el objetivo propuesto.

La ofensiva estratégica lleva en sí la enorme carga del desgaste progresivo, sumado al alejamiento sucesivo de su centro de provisión, elementos éstos que dificultan tanto más, cuanto menor desarrollo tengan las comunicaciones en los teatros de guerra y operaciones. Ello puede acarrear la ruina del ofensor, cuestión que no escapa a los planes del defensor, pues según Clausewitz dice: «el defensor cosecha lo que no ha sembrado».

Es que el avance, en muchas ocasiones, resulta un enemigo tan peligroso como las propias fuerzas adversarias; la historia militar presenta casos de una demostración evidente de tal afirmación: Desde Saint-Privat a Sedán solamente la Guardia Prusiana perdió de 5 a 6 mil hombres de sus efectivos y, en 1870 mismo, los prusianos que cruzaron la frontera con 372.000 hombres, al cabo de un mes y medio de campaña, llegaron a los alrededores de París con 171.000. Napoleón en 1812 invade Rusia con 442.000 hombres y antes de tres meses entra

(1) *La Dirección de la Guerra.*

en Moscú con 95.000. Massena en 1810, en España, pasa los Pirineos con 400.000 franceses y avanza logrando frecuentes éxitos, pero llega a las líneas de Torres Vedras sólo con 45.000, y fracasa la campaña. En 1829 el Mariscal Diebitsch invade los Balcanes con 160.000 rusos y cuando llega a Andrinópolis apenas le quedan 20.000. En 1878, de los 460.000 rusos que cruzan el Danubio, a duras penas llegan 10.000 a las puertas de Constantinopla. Admirable «cosecha de lo que no han sembrado» se desprende de estos ejemplos para los respectivos adversarios, sin contar que las condiciones en que esos efectivos podrían operar en la situación en que llegan, será tanto más difícil cuanto mayores sean las líneas de operaciones que pesadamente arrastrarán tras de sí.

Por otra parte si la ofensiva estratégica presupone dos acciones consecutivas, como sería el caso de una maniobra estratégica por línea interior, es necesario que a todas las condiciones enumeradas anteriormente se agregue la de la capacidad de reacción para la segunda parte de la maniobra. Es natural que la ofensiva estratégica busque aniquilar al primer adversario en el menor tiempo y para ello el camino será proceder en las operaciones iniciales encaminándolas a aparecer por sorpresa y rápidamente en la zona ocupada por el enemigo, ponerse en contacto y obligarlo a aceptar la batalla en las condiciones más convenientes.

Este procedimiento sería sin duda el más provechoso para volver después sobre el enemigo del frente opuesto, siempre, es claro, que la decisión absoluta se produjese, pero desgraciadamente ello no es lo que comúnmente sucede. Si el primero de los adversarios alarga la acción, cediendo terreno y substrayéndose a la decisión—como resultado de que sus objetivos fundamentales (centros vitales) se encuentran alejados del teatro de operaciones,—el desgaste, la pérdida de tiempo y la necesidad de mantener grandes efectivos en ese frente impedirán la realización de la segunda parte de la operación con probabilidades de éxito.

Si la decisión contra el primer adversario se consuma fa-

vorablemente, es necesario pensar si se quedará, después de haber consumido la fuerza viva y debilitado al ejército, en condiciones de buscar una nueva decisión con el otro enemigo, con las suficientes fuerzas y medios que tal acción impone.

Si el país central debe ejecutar esta operación contra dos enemigos más o menos de su misma potencialidad, ello aconsejaría desistir a tiempo, pues ninguno, teniendo que luchar con tan reducidos medios, está en condiciones de derrochar sus fuerzas. Generalmente, para ejércitos de reducidos efectivos la ofensiva estratégica debe ser muy meditada y proyectada, pues un primer fracaso asegura, por lo general, la derrota a corto término; los adversarios cobran bríos y las acciones se precipitan en forma inesperada.

La ofensiva estratégica impone siempre una gran rapidez de acción (sorpresa) desde el primer momento de la guerra, si ella es una cuestión premeditada y decidida ya en el proyecto de operaciones y, sobre todo, si especula en una ganancia de tiempo sobre el adversario, tardío en su movilización o concentración. En tales casos, es natural que el país que tal actitud quiera tomar, haya asegurado, durante la paz, mediante sabias disposiciones, que esa ganancia de tiempo *sea efectiva*. El pasaje de pie de paz al de guerra es, para las operaciones, un punto de apoyo fundamental. Las mejores lucubraciones estratégicas fallan lamentablemente en el momento de su aplicación si no han sido apoyadas en conclusiones concretas sobre las posibilidades y necesidades que las fundamentan.

Los países donde la preparación para la guerra es embrionaria; donde la instrucción militar de las reservas es deficiente y sólo alcanza a un tanto por ciento limitado; donde las industrias guerreras no existen y las transformables no están debidamente preparadas; donde ni aun la situación político-internacional es claramente definida (como sucede en los viejos países) y poseen problemas de toda clase; donde no se cuenta con poderosos medios marítimos mercantes y posibilidades de dominio marítimo de guerra y donde no se han resuelto tales problemas, por otros medios, no se puede pensar en la acción

sorpresiva y rápida contra un adversario en las mismas condiciones. La ofensiva estratégica inicial para tales países entraña problemas tan difíciles y delicados, que son suficientemente elocuentes para descartar tal acción guerrera de las posibilidades del país. Von der Goltz opina: «La ofensiva estratégica emprendida con ejércitos improvisados y mal dirigidas sólo conducirá al éxito cuando el enemigo sea de cualidades marcadamente inferiores. Los ejércitos de milicianos son absolutamente impropios para realizarla y la marcha avanzada bastará por sí sola, casi siempre, para aniquilarlos por completo.» (1).

2. — LA DEFENSIVA ESTRATÉGICA

La *defensiva estratégica* es *«la clave compensadora»* que los ejércitos débiles utilizan cuando deben hacer frente a los más fuertes. En otros casos, es una forma de operar de estos últimos si circunstancias especiales así lo aconsejan. Entre tales extremos existen múltiples gradaciones intermedias.

No debe considerarse a la defensiva estratégica como un estado de pasividad en el que no habría más que supeditación a la acción del enemigo. Por el contrario, no sólo no excluye el movimiento y la acción, sino que representa el método de guerra que consiste, por parte del defensor, en concentrar sus fuerzas en una región adecuada para oponerse al enemigo, de cualquier parte que venga, en condiciones de operar contra él con la totalidad de las fuerzas, en el terreno más apropiado y después de haberlo convenientemente desgastado.

El hecho de poder combinar la defensiva estratégica con la ofensiva táctica, o también emplear originariamente la defensiva estratégica para luego tomar decididamente la ofensiva estratégica, son hechos que ponen en evidencia que, aun cuando la defensiva estratégica es un arbitrio, puede servir en forma muy adecuada como forma esencial y especialmente inicial de la guerra.

Puede considerarse, de una manera general, que los casos

(1) *La Dirección de la Guerra.*

en que el procedimiento defensivo puede encontrarse en las situaciones de guerra más comunes, son tres. Ellos han sido clasificados así por Blume en su tratado de *Estrategia* y denominados como: *defensiva de posición, defensiva de retirada* y *defensiva-ofensiva.*

El *primero de ellos* será cuando las fuerzas reunidas se defiendan en una posición ocupada, hasta conseguir reunir la totalidad de las fuerzas en condiciones de obrar contra él. Este método de conducción, aun cuando no presenta ventajas particulares, permite retrasar el combate decisivo que, en un principio, sería difícil que se resolviese en favor del defensor, y, por otra parte, deja mayor margen para el desarrollo de acontecimientos imprevistos que pudieran serle beneficiosos.

El segundo método de defensiva estratégica es esencialmente móvil y consiste en retirarse ante el enemigo, que ataca, hacia el interior del país, retirada en la cual se gana tiempo y se deja que las diferentes causas vayan desgastando y debilitando al enemigo y prolongando sus líneas de operaciones, a la par que se aleje paulatinamente de sus centros de provisión. Por el contrario, el defensor se irá aproximando a sus centros vitales y engrosando sus fuerzas por tropas que no estuvieran listas al principio de la guerra hasta llegar, en algunos casos, a ser más fuerte que el adversario.

Se comprenderá fácilmente que, para que esta clase de defensiva sea aplicable, será necesario disponer de extenso territorio y que partes vitales del mismo no puedan ser entregadas sin más al ofensor, sin que ellas influyan decisivamente en las operaciones de guerra.

Un ejemplo clásico de este tipo de defensiva estratégica se encuentra en la campaña de Napoleón a Rusia, cuyas consecuencias funestas para los franceses pusieron en evidencia el valor de la famosa táctica de los escitas.

Otro ejemplo hallaremos en la Guerra Mundial 1914 - 1918, en la retirada francesa que siguió a las batallas de frontera y que se epilogó en la batalla del Marne.

El tercer método de defensiva estratégica es esencialmente

móvil y consiste en dejar que el enemigo realice su despliegue estratégico y comience su avance, para arrojarse contra él con todas las fuerzas reunidas, aprovechando las faltas que cometa y los puntos débiles que presente.

Indudablemente, este es, de los tres, el mejor y más eficaz. En este caso, la defensiva viene a ser un auxiliar de la ofensiva, a la que se subordina por completo.

Un ejemplo de este tipo de operación lo hallamos en la campaña por la liberación de la Prusia Oriental, en la Guerra 1914 - 1918. El 8. Ejército alemán, apretado detrás de los lagos Masurianos en la defensiva estratégica, aprovecha el avance del 1. y 2. Ejércitos rusos con gran separación para reunirse y lanzarse sucesivamente contra ellos y derrotarlos en Tannenberg y Angerburg.

Cualquiera sea la situación, como regla general, la defensiva estratégica tiene como fundamento la tendencia a restablecer el equilibrio de las fuerzas de ambos adversarios, desiguales al principio de la guerra, aprovechando un menor desgaste en las propias fuerzas y uno mayor en las del enemigo.

La defensiva estratégica no persigue sino objetivos *negativos*, que son más fáciles de obtener que los *positivos*, que imponen que se obre, en lo cual se puede llegar fácilmente a incidentes desfavorables. Si el ofensor comete errores en la realización de su plan, éste fracasa, lo que, de por sí, constituye un éxito para el defensor, que lo habrá conseguido sin salir de su inacción. Aun en el caso de que el atacante proceda acertadamente, la simple pérdida de tiempo constituye una ventaja para el defensor. El solo hecho de no haber llegado a sufrir una derrota, en un determinado momento, representará en algunos casos un verdadero éxito.

Otra ventaja del defensor estará representada por el conocimiento del teatro en que opera y que, por el contrario, el atacante desconoce en la generalidad de los casos el terreno en que actúa. Por otra parte, la guerra en el propio territorio hallará grandes ayudas en la población. En general, se puede añadir que, en la defensiva, el ejército cuenta con el apoyo de

la nación entera y que los habitantes ven crecer el daño que amenaza al país, lo que los incita a realizar esfuerzos extraordinarios, como pudo observarse en España, en su acción contra Bonaparte en 1808 a 1813, en Alemania en 1813 y en Francia en 1870 y 1914 - 1918. El atacante no cuenta con esta ventaja. Su país lo ve victorioso, en país enemigo, sin ver de cerca las dificultades y, posiblemente, cuando el atacante ha llegado casi al límite de la campaña, le falta el apoyo que, entonces, resulta necesario para terminarla. Bastaría, como ejemplo, recordar la acción de Aníbal en su lucha contra Roma, cuando pidió refuerzos a su patria y le fueron negados con la frase: *«Si Aníbal es victorioso no los necesita, si es vencido no los merece.»*

En general, estas son las principales ventajas de la defensiva estratégica, pero en contra de ello tiene también sus inconvenientes. Ella, de por sí, no puede resolver el pleito de la guerra y el solo hecho de defenderse presupone una debilidad.

En la generalidad de los casos la defensiva estratégica trae aparejada la ocupación, por el enemigo, de una parte del territorio nacional, con los grandes inconvenientes que de ello se derivan.

El espíritu de debilidad, que se pone de manifiesto por el solo hecho de tomar la defensiva, generalmente tiene consecuencias fatales para la moral del ejército. En cambio, el atacante, a medida que avanza, va fortaleciendo la moral de sus tropas.

Otra grande desventaja es que, a causa de que el ofensor está en constante movimiento y dispone de su libertad de acción, él puede amenazar constantemente las comunicaciones del defensor.

« Pero, todos esos inconvenientes, afirma el Mariscal von der Goltz, tienen escasa importancia si se les compara con el defecto capital de la defensiva estratégica—como de la defensiva de todo género—que es permitir, a lo más, evitar la derrota, pero no alcanzar la victoria.»

CAPITULO X

LAS MANIOBRAS ESTRATÉGICAS

Especialmente en el ordenamiento del programa he puesto este asunto para desarrollar inmediatamente antes de los principios de guerra, porque, sin duda alguna, unos y otros guardan una estrecha relación y tienen aún una más estrecha vinculación.

Las maniobras estratégicas, aun cuando son meras formas de ejecución, llevan implícito en su realización operaciones militares, tendentes, como todas las acciones estratégicas, a llegar a la batalla en las mejores condiciones posibles de colocación, vale decir: de fraccionamiento o dispositivo, en forma de producir una decisión favorable y aprovechar de la mejor manera las consecuencias mediatas e inmediatas de tal decisión.

Si consideramos que la mencionada aplicación de fuerzas puede hacerse en distintos sentidos y diversas proporciones, llegaremos a apreciar que los principios de guerra tienen una utilización marcada en las maniobras estratégicas y que el resultado de éstas depende en alto grado de la aplicación consciente y conveniente de esos conceptos fundamentales, que tanto hemos mencionado.

Tales maniobras estratégicas en su concepción y ejecución se basan en la conveniencia de aplicar la fuerza propia, destinada a obtener la decisión en un lugar (o zona) del dispositivo enemigo que resulte su lado más vulnerable y, por lo tanto, el que ofrezca mayores probabilidades de presentar la posibilidad de una decisión favorable.

En tal concepto, aceptando que la operación que más éxito presupone es aquella que evita acciones frontales, se han bus-

cado, en general, maniobras dirigidas en particular sobre los flancos y retaguardia del enemigo.

La Historia ha probado de la manera más absoluta que la batalla frontal no ofrece nunca grandes perspectivas; es una maniobra ordinaria dirigida contra el lado más fuerte, por lo tanto, menos vulnerable del dispositivo enemigo. De manera que toda maniobra que, desde los preliminares operativos, se dirija a esa acción, puede anticiparse que, si bien no se expone a su vez, tampoco tendrá perspectivas de obtener grandes éxitos.

Puede decirse que hoy la batalla frontal y, por lo tanto la maniobra que encamine a ella, se considera como una negación del arte militar, relegada a último término y sólo para el caso en que no exista en absoluto la posibilidad de actuar o maniobrar hacia los flancos o retaguardia del enemigo.

Las operaciones modernas buscan generalmente una batalla de decisión absoluta y para ello sólo hay dos formas de conseguir tal objeto:

a) Una batalla de doble envolvimiento.
b) Una batalla con frente invertido.

Una acción frontal jamás conduce a la obtención de tan elevado objetivo.

Las maniobras destinadas, pues, a obtener los resultados que se buscan, deben hallarse en la aplicación de nuestras fuerzas en los flancos y en la retaguardia del dispositivo enemigo. Para ello se exige de la conducción los más altos valores. Un conductor audaz y que sea capaz de jugarse en una operación de esta naturaleza sólo podrá obtener grandes éxitos.

A ello tienden, especialmente, *la maniobra de ejércitos convergentes y las maniobras de ala.*

La *maniobra por líneas interiores* es sólo la aplicación del concepto de batir al enemigo antes que realizar la reunión cuando se encuentre en dos medios separados. Se aplica, ya sea en el orden estratégico (guerra en dos frentes), como en el orden operativo (contra dos agrupaciones separadas).

La *maniobra de ruptura* es, generalmente, el recurso usado en la guerra de posición o contra un enemigo que tiene ambos flancos apoyados. Un conductor consciente y que conozca su arte apelará a su empleo sólo en último término. En realidad de verdad, el objeto de esta maniobra es producir flancos, para actuar contra ellos. Es de difícil realización, exige sacrificios enormes y generalmente (en la guerra de posición) obra más por el desgaste que por una aplicación potente de la fuerza en un corto período de tiempo.

Clasifiquemos, pues, las maniobras estratégicas, para estudiarlas separadamente, en la siguiente forma:

1º *Maniobra por líneas interiores.*
2º *Maniobra de ejército convergentes.*
3º *Maniobra de ala.*
4º *Ruptura estratégica.*

Por razones de tiempo, me limitaré a dar en estos apuntes sólo una breve explicación doctrinaria y en clase a poner ejemplos que puedan ilustrar a los señores alumnos en forma más amplia y completa.

1. — MANIOBRAS POR LÍNEAS INTERIORES

Hemos dicho y explicado en clase ya, el concepto de esta maniobra y las posibilidades de ejecución que presenta en los casos especiales. Como norma particular no podría darse ninguna, desde que su realización depende de las circunstancias. En esta, como en la mayor parte de las situaciones que en la guerra pueden presentarse, *son las circunstancias las que deciden.*

Al explicar esta maniobra, cumpliendo la anterior afirmación, es sólo a las circunstancias que debemos dirigirnos.

Tales circunstancias serán en las maniobras de dos naturalezas: unas, de carácter imprevisible y que escapan a nuestra acción de comandos, otras, que pueden ser creadas mediante sabias disposiciones del conductor.

Las primeras fatalmente obrarán como factor equilibrador o desequilibrador, en pro o en contra y sólo la suerte o la desgracia las hará volver en nuestra ayuda o las pondrá en contra de nuestros designios. De ellas, por lo tanto, poco puede esperar el conductor en sus especulaciones operativas.

De las segundas, en cambio, debe esperarlo todo y como está en sus medidas encaminarlas, las buscará y producirá, como único medio de no abandonarse al fatalismo de los acontecimientos, sino encauzar a éstos en la mejor forma posible. Sus medidas, en tal caso, le crearán los cimientos de su éxito o le cavarán la fosa de su derrota.

Es, entonces, a estas circunstancias *creables* a las que nos referiremos al estudiar todas las maniobras estratégicas y, en particular, a las de líneas interiores.

En sí, las maniobras por líneas interiores permiten, con una inferioridad numérica y de medios, en relación al enemigo, batirlo y vencerlo, pero, para ello, es necesario que concurra la circunstancia de que tal enemigo se halle dividido en dos núcleos. En esa circunstancia, esta maniobra permite batirlos por separado y sucesivamente, en dos esfuerzos diferentes.

En las medidas del conductor está el permitir esta difícil maniobra, en la que, según se asegura, Napoleón fué un maestro y la empleó en gran proporción, aunque, sin embargo al final, perdió con ella el trono y la libertad.

Esta maniobra se basa en:

a) Espacio para la maniobra.

b) Actividad, actividad y actividad.

c) Asegurar el aniquilamiento de un núcleo.

A.—ESPACIO PARA LA MANIOBRA

Gran influencia favorable tiene para la realización de esta maniobra una gran separación entre los dos núcleos enemigos que deben batirse sucesivamente.

La posibilidad crece siempre en forma directamente proporcional a esa distancia.

Ello es explicable: el espacio procura al que realiza, la necesaria libertad de acción, por la natural seguridad que presupone el tiempo y espacio que nos separa del otro núcleo enemigo.

Si mientras nosotros aniquilamos a uno de los núcleos enemigos, el otro no está en tiempo para concurrir y, por lo tanto, podemos descartarlo de la acción, se habrán presentado las mejores condiciones para realizar la maniobra.

Ello no quiere decir, sin embargo, que si tales circunstancias no se presentan, no será posible tal maniobra, puesto que ello, como dijimos anteriormente, *puede crearse*, ya sea protegiendo y procurándose libertad de acción por una conveniente seguridad destacada sobre el núcleo que debe batirse en segundo término o también, por una actitud de inactividad por parte del Comando enemigo de ese segundo núcleo. (Caso del 1. Ejército en Tannenberg).

Es natural que la existencia de obstáculos (desiertos, montañas o grandes ríos) entre dos núcleos enemigos, pudiéndolos utilizar, concurren como circunstancias favorables a la realización.

B.—ACTIVIDAD, ACTIVIDAD, ACTIVIDAD

He designado a la *movilidad* por esta expresión, porque ella traduce mejor el concepto y porque Napoleón ha querido significar con esas palabras, en forma más clara, la necesidad de emplear una gran movilidad en esta clase de maniobras.

Hemos afirmado anteriormente que las posibilidades de esta maniobra están en razón directa con el espacio de que se disponga. Ahora bien; el movimiento traduce ese espacio en tiempo. En consecuencia, para un mismo espacio, a mayor movimiento, representa un menor tiempo.

De donde, lógicamente y por los mismos fundamentos anteriormente expuestos, la rapidez de acción y de desplazamiento es una condición imprescindible para esta maniobra, especialmente en aquellos casos en que los núcleos enemigos estén muy próximos (caso de Tannenberg y lagos Masurianos).

Los medios modernos de transporte pueden ser auxiliares importantes de este tipo de maniobra. El caso se presentó en la guerra europea en el orden estratégico, cuando Alemania podría haber transportado su ejército del frente oeste al este por sus numerosas vías férreas, en un tiempo relativamente corto y en el orden operativo, la maniobra realizada entre Gumbinnen y Tannenberg, que se ha clasificado como una «verdadera maniobra sobre ruedas de ferrocarril».

Lógicamente debe considerarse que siendo la contramedida más eficaz para contrarrestar una maniobra por líneas interiores, el ataque simultáneo de los dos núcleos sobre el móvil central, tanto el espacio como la rapidez de maniobra, tienen una importancia fundamental para ambos adversarios.

Ese espacio, para uno será necesario aumentarlo para obtener libertad de acción por medio de la rapidez de desplazamiento y por la seguridad; para el otro será necesario disminuirlo también por la movilidad. Sólo obtendrá ventajas en este terreno el que tenga mayor actividad y movilidad.

C.—ASEGURAR EL ANIQUILAMIENTO DE UN NUCLEO

Esta maniobra, como hemos hecho constar, se compone de dos acciones distintas, si bien coordinadas en el tiempo y en el espacio.

La primera parte sería el *aniquilamiento* de uno de los núcleos enemigos. Digo el aniquilamiento y no simplemente la derrota, porque ésta no asegura en manera alguna ni descarta la nueva intervención de ese núcleo vencido. Para hacer posible la maniobra es necesario asegurar la no intervención del núcleo batido, en la segunda parte de la operación y para ello es necesario obtener su completo aniquilamiento. El no haber Napoleón obtenido esto sobre Blücher, en 1815, le costó «su trono y su libertad» en Waterloo.

Un enemigo insuficientemente aniquilado puede volver siempre fuerzas, que aunque pequeñas en la retaguardia o flanco del que realiza la segunda parte de esta operación, pesarán por un valor del triple o cuádruple de las fuerzas que presente.

Este hecho hace indispensable el aniquilamiento del número que se elija en primer término. Una batalla indecisa o de resultados aleatorios, será a menudo funesta para la maniobra por líneas interiores.

Ello se producirá muy probablemente en el caso de un conductor que al realizar esta maniobra pretendiera dar una batalla frontal contra el primer núcleo enemigo.

Se infiere, pues, que en una maniobra por línea interior será necesario, por lo menos contra el primer núcleo, buscar una batalla del tipo clásicamente decisivo: *de frente invertido* o *de envolvimiento*, únicas capaces de procurar el aniquilamiento necesario a la continuación de la maniobra.

Debe ser una batalla de las preconizadas por Clausewitz: «no basta ganar una batalla, es preciso una completa victoria» y «para obtenerlo, corresponde un ataque envolvente o una batalla con frente invertido, pues ambas dan al desenlace un carácter decisivo.» (Freitag Loringhoven).

Para ello será necesario la audacia de que nos habla el mismo Clausewitz: «En muchas situaciones la mayor prudencia está en la mayor audacia y ésta tiene hasta algunos privilegios en la guerra: es una verdadera fuerza creadora. La audacia extemporánea será siempre una hermosa falta. ¡Feliz el ejército en el cual se repite con frecuencia! Es una exuberante excrecencia, pero prueba que el suelo es fértil. La audacia guiada por un espíritu dominante es, en cambio, el signo característico de los héroes.»

Para los que se sienten amilanados por las condiciones excepcionales de la guerra moderna, habrá que contestarles con las palabras admirables de Freitag Loringhoven: «El frecuente reproche de que en las actuales circunstancias no serían posibles éxitos como los que Napoleón conquistó muchas veces por operaciones en la línea interior, ha sido desmenuzado por el ejemplo de la campaña Hindenburg en la Prusia Oriental. Hoy, como antes, son las circunstancias las que deciden.»

2. — MANIOBRA DE EJÉRCITOS CONVERGENTES

Esta maniobra está basada en una perfecta coordinación en el tiempo y en el espacio. Generalmente presupone superioridad numérica y busca en el mejor de los casos el doble envolvimiento, dirigiendo las columnas (Ejércitos, Cuerpos de Ejército o Divisiones de Ejército), desde una regular distancia para atacar en forma concéntrica y generalmente simultánea al ejército enemigo concentrado.

Impone en su ejecución crear condiciones especiales, para alcanzar en lo posible una sorpresa estratégica, velar el avance de las columnas y poder concurrir simultáneamente a la batalla.

Contra un enemigo que tenga un Comando inactivo y poco maniobrero, esta operación generalmente promete éxito.

Contra un enemigo activo y maniobrero se expone a ser batido en detalle, mediante una maniobra de líneas interiores de las que hemos descripto anteriormente. En consecuencia, la realización de una maniobra por ejércitos convergentes implica tomar numerosas medidas de seguridad y planear meticulosamente tal operación en el tiempo y en el espacio.

En algunos casos esta maniobra suele estar impuesta por la forma del propio teatro de operaciones, como sucedió en la invasión a Bohemia por Federico el Grande en 1757 y el caso de Rusia en su ofensiva a Galitzia en 1914.

Estos ejemplos los desarrollaré en clase, con lo que creo daré una explicación más acabada de este tipo de maniobra.

También un ejemplo de maniobra de ejércitos convergentes, perfectamente planeada y realizada, se tiene en la batalla de Liao-Yang, en la Guerra Ruso-Japonesa, donde la inactividad absoluta del Comando ruso fué la circunstancia que más facilitó el feliz desenlace que, para los japoneses, tuviera tal acción de guerra.

3. — LA MANIOBRA DE ALA

Sabemos que esta maniobra ha sido creada con *objeto muy*

positivo, es decir, encontrarse con la *masa* de las fuerzas en el flanco, retaguardia o comunicaciones del enemigo, puntos que representan en sí sus lados más débiles.

Esta maniobra es de las que queden producir un éxito de la manera más completa, desde que casi siempre obliga a una batalla de aniquilamiento.

Como ejemplos de esta maniobra pueden citarse numerosos casos y ya en la Antigüedad, Epaminondas derrota con 8000 hombres a 11.000 espartanos. Federico II, a quien se le atribuye el honor de haber sido uno de los que más han empleado el orden oblicuo, ha obtenido grandes triunfos con él. Napoleón en 1805 realiza una admirable maniobra de ala.

Cuando las distancias responden, el enemigo se verá obligado a dar frente a esa masa, que amenaza su flanco; esa maniobra de dar frente, cuesta enormes sacrificios y tiene grandes dificultades y aun en el caso de que consiga hacerlo a tiempo, habremos conseguido una ventaja: la de imponer al enemigo nuestra voluntad y obligarlo a una modificación fundamental de su plan primitivo de operaciones.

Es de hacer notar que, buscando el aniquilamiento, la maniobra de ala, ya sea un ataque envolvente o simplemente al flanco, debe contar con fuerzas suficientes para realizarlo. «Los medios necesarios para un fuerte ataque de flanco sólo se pueden obtener haciendo lo más débil posible las fuerzas a emplear contra el frente enemigo.»

El aferramiento moderno sólo puede garantizarse en el tiempo lo que dura la luz de un día (12 horas), pues durante la noche nada podrá obligar al enemigo a que permanezca donde se encuentre, pudiéndose retirar en cualquier momento. Ese hecho hace aún más necesario, en la mayoría de los casos, hacer fuerte la tropa que debe atacar el flanco, pues debiéndose contar que con la retirada del enemigo la batalla se convierta en una persecución, podrá contarse en tal caso con mejores probabilidades.

Un vigoroso aferramiento frontal es sólo posible en algunos casos y por tiempo limitado.

Será necesario proceder en el flanco de esta maniobra a armarla cuidadosamente en el *tiempo y espacio*, para conseguir una absoluta coordinación en el articulado general de la *fuerza*. Es, sin duda alguna, la que necesita una más minuciosa preparación previa a la ejecución y en la que *la sorpresa* trae aparejadas *mayores ventajas*.

Es tmbién donde la caballería puede cooperar, por su movilidad, en mejor forma en la batalla, estando su empleo indicado en la retaguardia enemiga y aun en el flanco mismo.

4. — LA RUPTURA ESTRATÉGICA

Ya hemos hecho notar que esta maniobra está indicada en casos especialísimos; ello, por el enorme esfuerzo que representa y las grandes dificultades que es necesario vencer para llevarla a cabo.

De las numerosas tentativas que se hicieron en el frente oeste de la Guerra Mundial para emplear esta maniobra, ninguna dió resultados positivos y menos aún de trascendencia.

Para su realización eficaz es necesario conseguir la sorpresa estratégica, cuestión hoy muy difícil de alcanzar por los excelentes y numerosos medios de exploración y de información a que se ha llegado.

En la batalla de Tannenberg se empleó esta maniobra en el ala derecha el día 26 de agosto y se consiguió el éxito buscado.

Otros ejemplos tomaremos para hacer resaltar las dificultades y probabilidades que la experiencia asigna a esta difícil maniobra de concepción simple, pero de complicada realización.

OBSERVACIONES FINALES

Deliberadamente en este resumen he consignado sólo los puntos más importantes teniendo en cuenta que en las clases se expondrán los detalles más elementales, que por otra parte están en conocimiento y al alcance de todos.

El mecanismo de las maniobras mismas y las distintas formas de ejecución, tan sencillas en sí, las explicaré brevemente

y sólo para poner el asunto en evidencia, sobrentendido que yo supongo que todos los señores alumnos conocen estas cosas por ser sumamente elementales.

Dentro de estas cuatro formas de maniobra se encuentran clasificadas, desde un punto de vista general, todas las maniobras que pueden realizarse en el campo estratégico u operativo. También suele designarse a algunas de ellas con nombres distintos, como, por ejemplo: a la maniobra de ejércitos convergentes se la llama también «maniobra por línea exterior» y a las de ala, «envolvimiento, doble envolvimiento, ataque de flanco», etc.

Tales distintas designaciones no tienen mayor importancia; lo útil de conocer es precisamente la idea operativa que cada una de ellas contiene y que como conclusión consigno a continuación:

1º *Maniobra por línea interior:* Consiste en maniobrar entre dos agrupaciones enemigas separadas en el espacio o en el tiempo, en forma de destruirlas por dos acciones sucesivas, en esfuerzos diferentes con toda la fuerza disponible o la mayor parte de ella.

2º *Maniobra de ejércitos convergentes:* Es la operación que aspira a la ofensiva concéntrica y simultánea sobre un enemigo, en forma de atacarlo desde varias direcciones y especialmente en sus flancos y retaguardia, buscando su destrucción.

3º *Maniobra de ala:* Consiste en aferrar frontalmente al enemigo mientras las fuerzas principales buscan la decisión por un ataque sobre sus flancos o retaguardia. Puede ser desde el simple envolvimiento hasta el doble envolvimiento y el ataque sobre la retaguardia. Cuanto mayores sean las fuerzas que actúen sobre el flanco o la retaguardia, más probabilidades habrá de un total aniquilamiento.

4º *La ruptura estratégica* está caracterizada por un ataque frontal en una zona del frente enemigo, buscando la ruptura del frente para penetrar profundamente en él y luego proceder al ataque de una o las dos alas creadas en la ruptura.

CAPITULO XI

LOS PRINCIPIOS DE LA GUERRA

A fin de tratar en forma clara y precisa esta tan importante bolilla del programa, la dividiremos en dos partes:

La primera comprenderá:

a) Idea sobre lo que es un principio de guerra.
b) Qué finalidad persigue la enseñanza al considerarlo.
c) Cuáles son los principios según los diversos autores.
d) En qué consiste cada uno de ellos.

La segunda parte comprenderá:

a) Su carácter, su valor relativo y su alcance.
b) El valor relativo y circunstancial de los principios a la luz de los ejemplos históricos.
c) La guerra no cabe en el estrecho marco de un número limitado de principios.
d) El principio de guerra sometido al caso concreto.

He querido dividir en esta forma la bolilla para poder desarrollarla de manera más o menos completa, dentro de la síntesis que nos impone el tiempo, por la importancia capital que personalmente atribuyo a esta parte del programa.

A fin de unificar ideas consideraré, sólo a los fines de la clase, que los señores alumnos no conocieran nada a este respecto y, por esa causa, trataré el tema en forma inicial y sencilla, para llevar a su mente desde el conocimiento elemental hasta la interpretación misma del asunto. A pesar de ello, considero que muchos de los señores tendrán conocimientos suficientes para iniciar directamente el estudio crítico de los principios, pero, en bien de una mayor unidad y comunidad de ideas, prefiero, como repaso, empezar por lo más elemental.

En ese concepto, en esta clase, trataremos sólo la primera parte, es decir, cuáles son los principios comúnmente enunciados y en qué consisten éstos:

1. — IDEA SOBRE LO QUE ES UN PRINCIPIO DE GUERRA

Los principios de la guerra son conceptos fundamentales, extraídos por inducción del estudio de la historia militar. En el análisis de numerosos hechos de guerra se han presentado ellos como ciertas verdades fundamentales, cuya observancia ha contribuído al éxito y cuya violación ha influído en mayor o menor grado en la derrota.

Desde remotos tiempos se ha hecho referencia a ellos y generales griegos, romanos, Federico, Napoleón, Moltke y numerosos escritores militares de todas las épocas los han mencionado, atribuyéndoles mayor o menor importancia, según los casos.

Como es natural, los tales principios enunciados por diferentes autores o conductores, han tenido variantes en la forma de exponerlos y aun por diferentes apreciaciones de los mismos se han establecido algunos principios no aceptados por otros, y viceversa.

Pero lo que es evidente y nadie niega, es la existencia de algunos conceptos fundamentales de la conducción de guerra, cuyos dictados no puede violar el conductor impunemente cuando las circunstancias de guerra se desarrollan en una forma normal.

Los principios son reglas o conceptos fundamentales fijos en su enunciación, pero de aplicación siempre variada o variable en el campo experimental.

Tales principios en su totalidad, forman lo que algunos autores llaman la teoría de la guerra, conjuntamente con algunas otras disciplinas de estudio que más adelante veremos.

La tal teoría de la guerra encarna, por decir así, los cono-

cimientos de la técnica del arte. «Podemos, pues, con razón, llegar a la conclusión: El arte de la guerra, como todos los otros, tiene sus teorías, sus principios, o bien no sería un arte.» (Mariscal Foch).

Se ha discutido la existencia de estos principios y también sus fundamentos; sin embargo, los numerosos autores y conductores que a continuación citamos los aceptan.

Napoleón: «Los principios de la guerra son los que han guiado a los grandes capitales cuyos altos hechos nos ha transmitido la Historia.»

Lloyd: «Por carecer de principios seguros y determinados, se cae en cambios continuos, ya se trate de organización, de formación o de maniobras.»

Mariscal Bugeaud: «Existen pocos principios absolutos, pero hay algunos. Cuando se trata de establecer un principio sobre la guerra, inmediatamente gran número de oficiales creen resolver la cuestión diciendo: Todo depende de las circunstancias; según sople el viento hay que orientar la vela. Pero si de antemano no sabéis la vela o la forma de vela que conviene a tal o cual viento, ¿cómo podréis orientarla según el tiempo?»

Jomini: «Buenas teorías basadas en principios verdaderos y justificados por los hechos son, en nuestra opinión, agregados a las lecciones de la Historia, la verdadera escuela del mundo. Si ellas no hacen un grande hombre—porque los grandes hombres se hacen solos cuando las circunstancias las favorecen—forman por lo menos jefes bastantes hábiles para desempeñarse perfectamente, puestos a órdenes de grandes generales.»

General Peuker: «Mientras más hace falta la experiencia de guerra a un ejército, tanto más necesita recurrir a la historia de la guerra, como instrucción y como base de esa instrucción. Aunque la historia de la guerra no esté en condiciones de reemplazar la experiencia adquirida, puede, sin embargo, prepararla. En la paz pasa a ser el verdadero medio de aprender

la guerra y de determinar los *principios fijos del arte de la guerra.*»

Mariscal Foch. Refiriéndose a la teoría de la guerra, dice: «Estas palabras deben entenderse como la concepción y puesta en práctica, no de una ciencia de la guerra o de un dogma cerrado—lote de verdades intangibles, fuera de las cuales no habría más que herejía,—pero sí de *cierto número de principios*, indiscutibles cuando han sido bien establecidos, de aplicación variable, según las circunstancias, lo que es racional, pero siempre orientados, sin embargo, en un mismo sentido: el sentido objetivo.»

Podríamos citar numerosos escritores, como Mordacq, von Bernhardi, Dragomiroff, von der Goltz, Hohenlohe y muchos otros que han escrito sobre los principios y sus fundamentos.

Sin embargo es de hacer notar que otros autores han reconocido la existencia de los principios, pero no le atribuyen sino un valor y alcance relativos y circunstanciales, es decir, que son las circunstancias las que decidirán los que deben observarse y en qué medida y cuáles son los que deben dejar de lado. Tal es la opinión del Mariscal Conde Schlieffen, expresada en su conocido trabajo titulado: *Moltke y los principios de la guerra,* en que llega a la conclusión de que Moltke violó muchos de los principios establecidos por los eruditos, en el correr de los tiempos, como base de la teoría de la guerra.

Moltke, en cambio, como decíamos anteriormente, era el hombre del caso concreto. Nunca se dedicó a escribir sobre la estrategia pura. Sus estudios fueron siempre de aplicación. Sobre los principios él afirmaba: «Si en la guerra, al partir del comienzo de las operaciones, todo es inseguro, salvo lo que el conductor tiene en sí mismo de voluntad y de energía, resulta imposible que tengan valor práctico para la estrategia los principios generales, las reglas derivadas de ellos y procedimientos basados en esas reglas.»

Por lo anteriormente expuesto podrán darse cuenta los señores alumnos que sobre este asunto existen aún divergencias de opinión en los mismos hombres que han estudiado profunda-

mente la guerra. En el campo de las disquisiciones teóricas puede considerarse ya sumamente profundizado el tema, pero es necesario sentar como conclusión que:

1º La existencia de algunos principios de guerra es indiscutible.

2º Que su aplicación en la guerra misma es cuestión de adaptación al caso concreto.

3º Que en la guerra y según el caso concreto, algunos principios se aplican y otros no.

4º Que en el estudio de la guerra, el caso concreto, como en la guerra misma, debe representar la verdadera disciplina científica.

5º Que los principios, por eso, deben considerarse que son de aplicación siempre variable, según las circunstancias, pero siempre con una orientación única, el *sentido objetivo.*

6º Que a pesar de la existencia de los principios no deben éstos representar «un lote de verdades intangibles fuera de las cuales no haya más que herejía», como dice Foch.

Queremos encontrar en las palabras de Clausewitz una afirmación a cuanto hemos dicho a este respecto. Los principios son sólo un estudio de las condiciones fundamentales a tener en cuenta en el estudio de las operaciones, porque en la guerra las circunstancias son las que deciden.

« De este modo—dice Clausewitz—el estudio educará para la guerra el espíritu de los futuros jefes, o mejor aún, *les servirá de guía* en la educación de sí mismos, pero no los acompañará en el campo de batalla, del mismo modo que un sabio profesor dirige y facilita el desarrollo intelectual de sus discípulos sin llevarlos con andadores toda la vida.

» El que quiera desempeñarse en un medio como la guerra, no deberá llevar de los libros sino la educación del espíritu. El que vaya con ideas hechas, que no han sido inspiradas por la realidad, que no ha producido por sí mismo, se encontrará con que bien pronto los acontecimientos derribarán el edificio que pretende levantar.»

Es, pues, con este concepto, que el estudioso debe considerar la teoría de la guerra y sus principios, con una gran amplitud de criterio, considerando que el inmenso campo del arte de la guerra, como el de todas las artes, no puede limitarse arbitrariamente dentro de dogmas o leyes cerradas y absolutas; que el genio del artista que conduzca ejércitos hallará siempre creaciones felices para la realización victoriosa de sus designios, pero que, a los que no posean ese genio, sólo el estudio y el método podrá acercarlos a él para la realización feliz de los hechos que la vida les depare para dirigirlos. El genio es también trabajo.

2. — QUÉ FINALIDAD PERSIGUE LA ENSEÑANZA AL CONSIDERARLO

La enseñanza no puede, pues, prescindir de esa teoría de la guerra ni de sus principios y, menos aún, abandonar estas formas conocidas para encarar nuevas direcciones de orientación, experimentando, en cambio, nuevas fórmulas y enunciados, que aun cuando alcanzaran feliz resultado no podrían variar fundamentalmente el arte, ni llegar a conclusiones diferentes de las que tenemos en nuestro poder, cosechadas a través de siglos por mentes privilegiadas, en la mayoría de los casos.

El arte de la guerra, como las demás artes, vive en permanente evolución, pero, como ellos, mantiene firme sus principios que le sirven de sustentación. Podrá haber discrepancia en la apreciación de esos principios, podrán algunos enunciar principios erróneos, podrán otros no sujetarse aparentemente a las normas indicadas por ellos, podrá violarse con éxito alguno de los principios, pero negar su existencia sería negar la existencia misma del arte. Lo que ocurre comúnmente es que, siendo la guerra un arte eminentemente experimental, cuyo resultado depende en alto grado de numerosos factores morales y materiales, que intervienen en el «drama sangriento» y cuya apreciación no puede hacerse exactamente, no puede pre-

tender encajarse a toda aquélla dentro del estrecho límite de un número limitado de principios.

El error de muchos profesionales está casualmente en que consideran los principios como un cuerpo de doctrina dentro del cual debería estar comprendida la realización misma de la guerra. Es decir, que pretenden recetas para crear obras maestras como Austerlitz, mas «he ahí lo que la teoría es incapaz de dar», dice Foch, «pero presenta esos modelos como temas de estudio a la meditación de los hombres de guerra y esto no para que los imiten servilmente, sino para que se penetren de su espíritu y para que se inspiren en ellos.»

» La teoría del arte de la guerra no tiene pretensiones de formar Napoleones, pero procura el conocimiento de las propiedades de las tropas y del terreno. Señala los modelos, las obras maestras realizadas en el campo de la guerra y con ello allana las vías de los que la Naturaleza ha dotado de capacidades militares.»

El estudio de la historia militar, prescindiendo de la teoría y sus principios, sería largo, difícil e inútil, porque no permitiría cristalizar en nítidas conclusiones las enseñanzas recogidas. Esas enseñanzas, que resultan el sedimento útil de los estudios militares de la historia de guerra, llámense principios, teorías, conclusiones o enseñanzas, son fundamentales si el estudioso no quiere debatirse entre lucubraciones teóricas y aspirar a ser un diletante de la guerra.

Es necesario tener el concepto: los ejemplos presentados por la historia de guerra no son para volver a aplicarlos por si el caso se repite, sino para aprender a ser más capaz en todas las situaciones.

Así, también los principios no son fórmulas que se aplicarán a todos los casos de la misma manera, porque ello daría triste idea sobre el arte, sino enunciados aplicables a algunos casos en una forma y a otros en otra. De la misma manera que para un médico no hay enfermedades, sino enfermos y que la solución terapéutica varía con cada paciente, en la guerra

sucede lo mismo: hay sólo casos concretos y la solución será también distinta en cada caso.

Eso, tampoco puede negar la existencia de normas que, en el caso del médico como del conductor, sirvan para todas las circunstancias.

La historia militar, como materia que estudia la conducción de los ejércitos, debe determinar esas normas o principios, de cuya aplicación, en cada caso, hará un examen bien fundamentado. De ese examen saldrá qué principio se ha empleado y por qué, como también cuáles no se han empleado y qué fundamentos se han tenido en cuenta para prescindir de ellos.

Es decir, que la relación de causa y efecto, que debe establecerse en todo estudio lógico y razonado, es necesario al referirse a la guerra someterlo al caso concreto, a la luz de cuyas circunstancias sólo puede llegarse a la verdad que se busca.

No son, pues, los principios un cartabón para medir los acontecimientos guerreros, buscando una verdad absoluta en su comparación, sino normas establecidas que, sin ser absolutas, orientan el criterio y dan bases para juzgar los hechos.

Un curso de historia militar que prescindiera de los principios de la guerra, sin duda alguna, sería incompleto y probablemente estéril. Lo que sí, para que el estudio resulte provechoso, es necesario que el profesor, al mencionar los principios y su carácter, ponga en claro a sus alumnos sobre el alcance que ellos tienen, su valor relativo y la forma de su aplicación siempre variable.

Por eso, he hecho presente, desde la primera clase, que la teoría de la guerra es fácil de enunciar, pero difícil de interpretar y más difícil aún de aplicar al caso concreto.

Estas dificultades nacen de las infinitas variantes que los acontecimientos guerreros tienen, como consecuencia de que la Historia no se repite, porque, aunque sean casos parecidos, las circunstancias de situación, tiempo, terreno, hombres, factores morales, etc., será siempre distinta de un caso a otro.

3. — CUÁLES SON LOS PRINCIPIOS, SEGÚN LOS DIVERSOS AUTORES

Como es sabido, los autores militares no han llegado a un acuerdo aún sobre los principios de guerra y, tal vez, nunca lleguen a ello. No se trata, aquí, de la enunciación de leyes físicas, ni premisas matemáticas y, por lo tanto, a lo variable de la guerra se agregan las diferentes formas de interpretar sus asuntos y, como consecuencia de ello, cada autor cree sacar conclusiones distintas, aunque la mayor parte de ellas tienen mucho de común o coinciden en la mayoría de sus puntos. Sólo el anunciado presenta diferencia en cada caso.

Como corresponde a nuestro objeto, no tomaremos un número limitado de principios, sino que analizaremos brevemente los que los autores más conocidos enuncian.

Napoleón: En una carta que dirige a Marmont le dice, entre otras cosas: «Recuerde usted siempre estas tres cosas: *reunión de las fuerzas, actividad y firme resolución de morir con gloria.* Son estos tres grandes principios del arte de la guerra que siempre me han hecho favorable la fortuna en todas mis operaciones.»

Jomini: Dice que existe un pequeño número de principios.

Clausewitz: También dice que son pocos.

Hohenlohe: Afirma que son cinco, sin enunciarlos.

Mordacq, escritor militar y ex profesor en la Escuela Superior de Guerra de Francia, dice que son: Seguridad estratégica o libertad de acción, la masa, la velocidad, la destrucción.

Foch dice: «Si la teoría de guerra se ha extraviado es porque muy pocos teóricos habrán visto la guerra.»

Existe, pues, una teoría de guerra. En primer término comporta los siguientes principios:

Principio de la economía de las fuerzas.
Principio de la libertad de acción.
Principio de la libre disposición de las fuerzas.
Principio de la seguridad, etc.

Von Bernhardi dice, entre otras cosas: «Y también a considerar cómo, bajo estas circunstancias tan modificadas pueden en la actualidad ser tenidos en cuenta los grandes principios permanentes y decisivos que, en la guerra, conducen al éxito: el mantenimiento de la iniciativa; el empleo del ataque como forma decisiva de combate; la reunión de las fuerzas en la dirección decisiva; la elección de esta misma dirección; la superioridad de los factores de fuerzas morales sobre los simples medios materiales de acción; la relación entre el ataque y la defensa; la resolución de obtener la victoria; la política en absoluta dependencia de las exigencias y de los resultados de la conducción de la guerra, es decir, del poder guerrero.»

Teniente Coronel López Rivarola: De los numerosos autores que, según él, ha consultado, ha extractado los principio más mencionados, que ha clasificado en la siguiente forma:

1º La ofensiva.
2º La iniciativa.
3º La libertad de acción.
4º La seguridad.
5º La economía de las fuerzas.
6º La reunión de las fuerzas en tiempo y espacio.
7º La cooperación.
8º La coordinación de los esfuerzos.
9º La continuidad de los esfuerzos.
10º La rapidez: en la concepción y la acción.
11º La unión, en todas las formas.
12º La unidad: de dirección y de comando.
13º La sorpresa.

Otros autores.—Entre los numerosos autores que han hablado y escrito sobre esto pueden mencionarse otros principios que, en favor de la brevedad, citaré evitando nombres:

1º «La masa, o la acción en masa.» (Principio similar al denominado economía de las fuerzas).

2º «Destrucción o aniquilamiento.» (Fin material de la guerra).

3º «Adopción de los medios al fin.» (Principio general aplicable a toda actividad humana).

4º «Separarse para vivir; reunirse para combatir.» (Principio enunciado por otros como reunión en tiempo y espacio).

5º «Superioridad de medios en el punto decisivo.» (Principio enunciado como economía de las fuerzas).

6º «Articulación, dosificación o distribución de las fuerzas.» (Principio enunciado como economía de las fuerzas).

En general, sobre este punto podríamos seguir citando principios, expuestos de diferentes modos y con distintas palabras, pero que giran sobre las mismas cuestiones.

En resumen de lo expuesto, resultan:

1º *La ofensiva*. (Resolución de obtener la victoria, destrucción o aniquilamiento, etc.).
2º *La iniciativa*. (Libre disposición de las fuerzas, mantenimiento de la iniciativa, elección de la dirección decisiva, etc.).
3º *La libertad de acción*.
4º *La seguridad*. (Seguridad estratégica, etc.).
5º *La economía de las fuerzas*. (Reunión de las fuerzas, la masa, reunión de las fuerzas en la dirección decisiva, la acción en masa, superioridad de medios en el punto decisivo, articulación, dosificación o distribución de las fuerzas, etc.).
6º *La reunión de las fuerzas en tiempo y espacio*. (La reunión de las fuerzas, separarse para vivir, reunirse para combatir, etc.).
7º *La cooperación*.
8º *La coordinación de los esfuerzos*. (Relación entre el ataque y la defensa, etc.).
9º *La continuidad de los esfuerzos*.
10. *La rapidez*. (En la concepción y la acción).
11. *La unión* (En todas las formas).
12. *La unidad de dirección y de comando*.
13. *La sorpresa*.

Hago la aclaración que los enunciados anteriormente no son los principios que yo escojo o acepto; se trata solamente de una recapitulación de todos los mencionados por los diferentes autores que hemos tratado anteriormente.

La Dirección de la Escuela así lo indica en las instrucciones al respecto: «En el I Curso se deben hacer conocer las distintas opiniones acerca de los principios de guerra exponiendo brevemente las principales características de los que aceptan los diferentes autores, ilustrándolos en ejemplos históricos y poniendo de manifiesto su valor relativo y circunstancial, también a la luz de los acontecimientos de guerra, pero sin expresar nuevas listas y sin limitar su número, considerándose, especialmente, los que dan base a nuestros reglamentos de conducción y combate y de las armas.»

Como resultaría demasiado extenso escribir cada uno de los principios y su significado, ejemplificados con hechos de la Historia y como, por otra parte, éstos se encuentran tratados por numerosos autores, dejo librado a cada uno esa tarea.

En el volumen LIIa.: *Los elementos de la conducta de la guerra y su enseñanza*, se encontrará esta explicación.

En la parte anterior hemos desarrollado suficientemente el tema de los principios y creo que la mayor parte de los señores estarán en claro sobre ellos Ahora bien: durante esa explicación he insistido sobre el carácter, valor relativo y alcance de los principios de la guerra, pero creo oportuno insistir aún sobre este punto, porque habré cumplido con mi deber si en el espíritu de cada uno de ustedes quedan claramente definidas las siguientes conclusiones sobre los principios:

1º Algunos de los principios existen como normas o conceptos fundamentales.

2º De enunciación fija, pero de aplicación siempre variable, de acuerdo a las circunstancias.

3º Los problemas guerreros no se resuelven por el lado de los principios, deben encararse desde el punto de vista objetivo. «Para cada caso hay que hacer lo más conveniente, el jefe debe tener completa libertad para hacer lo que crea le permitirá conseguir la victoria.» (Schlieffen).

La aparente contradicción de las anteriores premisas, en

el fondo no es otra cosa que una asignación proporcional de importancia en los asuntos elementales a considerar en toda operación de guerra. Quien ante el caso concreto coloca delante los principios de guerra como un libro abierto, buscando en ellos la inspiración, no la encontrará, sino que, por el contrario, le tapará el único cuadro que podrá inspirar su resolución: el propio caso concreto. (Recordar a Verdy du Vernois al llegar al campo de batalla de Nachod).

Los principios no pueden dar solución alguna ni menos inspirar una resolución en el Comando; la idea operativa es la parte del arte que corresponde a la *«creación»* del artista; la aplicación de los principios es la parte de la teoría del arte que permitirá la realización más o menos perfecta de esa concepción del conductor.

El error en que comúnmente se incurre es considerar a los principios como una panacea capaz de reemplazar al talento que falta para «crear», que es la suprema virtud del artista. En ningún arte, ninguna teoría sería capaz de llegar a tal extremo, menos aún podrá ser en el de guerra.

Un pintor o escultor que domine la teoría y la técnica de su arte de una manera perfecta, pero que carezca de genio o de talento para concebir, podrá ejecutar una obra de mérito quizá, pero nunca conseguirá pintar o modelar algo que lo inmortalice. A su obra le faltará vida, le faltará algo que él no pudo ponerle porque no tenía, «algo del óleo sagrado de Samuel». Lo mismo ocurrirá a un conductor que domine la teoría del arte de la guerra y la técnica de la misma. Podrá en una campaña o batalla cumplir estrictamente todos los principios y preceptos de la técnica del arte, pero si careció de talento y de inspiración para «crear» (tomar la resolución y establecer la idea operativa) nunca podrá realizar ni esa campaña, ni esa batalla, en forma que lo inmortalice. Para ello es necesario «tener algo del óleo sagrado de Samuel».

En la conducción estratégica, los principios son auxiliares de la única condición que puede hacer del hombre un conductor: «la cualidad de creación, que es la suprema condición del artista».

Por eso cuando sea necesario y la ocasión llegue, como Verdy du Vernois, será necesario dividir todo en dos períodos:

1º El de la resolución, el de la creación. (En ese momento hay que exclamar como aquél: «¡Al diablo los principios y la historia militar! ¿De qué se trata?» y resolverse.

2º El de la ejecución, donde será necesario tener a mano esa teoría del arte que ayudará a *«construir»*, pero que en manera alguna pudo ayudarnos a *«crear»*.

4. — EL VALOR CIRCUNSTANCIAL Y RELATIVO DE LOS PRINCIPIOS A LA LUZ DE LOS EJEMPLOS HISTÓRICOS

Fijado, pues, en el acápite anterior, el valor de los principios en este arte *«sencillo y todo de ejecución»* y sentada claramente la conclusión: *de que ellos* no ayudan a *concebir*, y menos a *crear*, sino que son auxiliares de la ejecución, veamos entonces su valor circunstancial y relativo, pero dentro exclusivamente de ese campo: *«el de la ejecución»*.

Definidos así los límites, dentro de los cuales se encuentra el campo de acción de los principios, analicemos su valor como tales en auxilio de la conducción.

Se atribuyen a Napoleón las siguientes frases:

« Negar la existencia y la influencia de los principios fijos del arte de la guerra es como negar el sol; ello constituye una prueba de que no se ha comprendido absolutamente la guerra. Mi genio ha consistido solamente en eso: aplicar continuamente y en la mayor amplitud esos principios.

» Un buen ejército es aquel en que todo oficial es capaz de proceder de acuerdo con las circunstancias.

» No hay reglas determinadas e invariables; todo depende de las condiciones del general, de las aptitudes de la tropa,

de la estación y de mil otras circunstancias que hacen que nunca un caso sea igual a otro.»

Sabemos que a Napoleón se le ha hecho decir muchas cosas, y, mejor que en tales declaraciones, la verdad del pensamiento napoleónico surge en sus magníficas y memorables campañas. De su estudio resalta claramente que él jamás se sujetó a sistemas ni se aferraba ciegamente a preceptos, sino que procedía según las circunstancias. Sin embargo, en sus campañas se ven aplicados magistralmente muchos de los principios que hoy se preconizan, pero esas acciones llevan un sello característico: *es el sello del genio napoleónico.* Como cualquier otra obra de arte tiene bien claramente definidas las características de su autor. *Quiere decir, entonces, que por sobre la técnica o teoría del arte aquí están las personalidades de sus autores que irradian sus calidades identificadas en sus propias obras. Por eso tiene razón Napoleón cuando afirma: «El hombre es todo, los principios son nada.»* Es natural, entonces, que el hombre esté por sobre la teoría y los principios en los casos en que su genio o su talento le asigne tal lugar, en la apreciación de sus méritos, si no no.

Podía Napoleón prescindir de principios cuando quisiera; podría en otros casos aplicarlos, pero ello no allanaría nada para los hombres que no fueran Napoleón mismo.

Nosotros no podemos renegar de los principios y menos aún de la teoría de la guerra, porque veamos algunos ejemplos de la Historia donde ellos no se aplicaron y se obtuvo el éxito, porque en la generalidad de los casos la aplicación de ellos ha sido una de las circunstancias que han influído en primer término para la consecución de brillantes victorias.

Pero ante ambas cosas es necesario reflexionar que las condiciones y características de la guerra que se desarrolla en un medio tan variable, son también tan diversas que hacen necesario anteponer a toda otra cosa su finalidad fundamental: obtener el éxito que se busca.

Es, pues, la reflexión la que prevalece sobre todo otro elemento, para poder anteponer las necesidades del caso concreto

sobre toda otra razón preconcebida y sobre todo principio preestablecido.

Esto hace ver que muchas veces las circunstancias de la guerra obligarán al conductor a alejarse del cumplimiento de un principio de guerra o a abandonar una premisa de la teoría que se acepta como cierta, porque las circunstancias lo imponen como indispensable. La gran dificultad está precisamente en apreciar convenientemente y con acierto, las circunstancias.

Napoleón, en la campaña de 1796, que estudiaremos, se inicia violando un precepto estratégico reconocido, que aconseja *que cuando haya que luchar contra dos adversarios, se derribará primero al más fuerte.* Esto es principalmente importante porque generalmente ahorra el esfuerzo de tener después que luchar con el otro que rehusa la lucha en la mayor parte de los casos.

Napoleón, en 1796, se aparta de esta regla derrotando primero al adversario más débil (ejército sardo) para volverse después contra el más fuerte (ejército austríaco). Pero es que las circunstancias aconsejaban por todas las razones hacerlo así. Los hechos, naturalmente, le dieron la razón a Napoleón. Prueba ello mi anterior afirmación, pero también es necesario reconocer que una falsa apreciación de estas circunstancias puede acarrear esfuerzos mucho mayores al ejército, cuando no una derrota.

Kuhl dice al respecto: «Las disposiciones del Directorio comprueban evidentemente que en la conducción de guerra se emplean, por cierto, *principios, pero que no hay reglas aplicables a todos los casos.* Los principios pueden servir de guía si del análisis resulta que su aplicación es conveniente en el caso de que se trate. Indudablemente es exacto el principio de que en una lucha contra dos adversarios de fuerza diferente se debe derrotar primero al más poderoso de ambos. La batalla de Königgratz en 1866 decidió también la campaña del ejército del Mein. Sin embargo, en este caso particular, debemos considerar más justa y adecuada la intención de

Bonaparte, quien no desistió de la idea de derrotar primeramente el ejército piamontés.» ..

Es indudable que como éste se encuentran muchos ejemplos en la historia de guerra, pero ello se debe exclusivamente al hecho de que la complejidad de la guerra no puede encerrarse en una teoría que sea un dogma cerrado sino que, por el contrario, es conveniente no aferrarse servilmente a verdades generales, que pueden llegar a fallar. Para esa falla debe estar preparado el conductor cuya reflexión le indicará, en tal caso, el nuevo camino del éxito.

5. — LA GUERRA NO CABE EN EL ESTRECHO MARCO DE UN NÚMERO LIMITADO DE PRINCIPIOS

La guerra constituye un hecho de una complejidad mayor a toda posibilidad de apreciación.

Los factores que en ella actúan son de toda índole. Entre ellos de carácter moral, espiritual o pasional, por cuya causa no pueden ser apreciados en su justo valor y menos, exactamente. En tales circunstancias será mutilar y deformar la terrible realidad de la guerra el pretender encajar su vasta complejidad en un número limitado de principios o preceptos estratégicos.

6.—EL PRINCIPIO SOMETIDO AL CASO CONCRETO

Si se ha seguido lo anteriormente expuesto será fácil comprender que en el estudio de la estrategia no puede especularse con apreciaciones teóricas o de carácter doctrinario, porque ellas carecen en gran parte de valor.

El único estudio positivo es la ejercitación en *el caso concreto*, donde será necesario aplicar conscientemente esa doctrina, aceptando o fundamentando en contra de toda verdad aparente.

7. — LOS PRINCIPIOS NAPOLEÓNICOS

1º Reunión de las fuerzas.
2º Actividad.
3º Firme resolución de morir con gloria.

«Son estos tres grandes principios del arte de la guerra que siempre me han hecho favorable la fortuna en todas mis operaciones», decía Napoleón en su famosa carta a Marmont.

Si analizamos, aunque sea brevemente, los conceptos que encierran las premisas del gran corso, nos daremos cuenta de la grandiosa concepción que, del arte de la guerra, ellas encierran en su ajustada síntesis.

La reunión de las fuerzas, como enunciado, representa algo así como una columna vertebral que sostiene a la teoría del arte de la guerra. Equivale a decir: emplear de la guerra, en la batalla, la totalidad de las fuerzas. Es también el empleo de la masa. *Saber y poder*, en el campo estratégico; ser más fuerte en el campo táctico (la batalla), que es donde verdaderamente se decide la suerte de todo. Encierra también, por extensión, el concepto de que, en la batalla, se debe *saber y poder* ser más fuerte en el lugar donde se desea obtener la decisión. Todo ello es a base de *saber y poder* reunir las fuerzas. Pero naturalmente ello presupone la conducción acertada del todo y de las partes del articulado estratégico y táctico. Lógico es reconocer que representa así la esencia misma de toda la conducción y, por lo tanto, la médula misma del arte de la guerra.

No puede negarse que la enunciación de tales cuestiones se orienta directamente a la solución del gran problema de la guerra (las operaciones) en su concepción más integral y, por lo tanto, no se trata de postulados de detalle sobre tan grandiosa cuestión. Como corresponde a la caracterización de

un principio general, que abarca también la totalidad del arte de la conducción, la verdad que encierra es indestructible e indiscutible. En todos los tiempos ha sido y será cierto que, en el campo experimental de la guerra, la reunión de fuerzas es factor de poder y que la dispersión de las mismas lo es de debilidad. Por eso, este es, en nuestro concepto, el principio general que abarca y gobierna a cuanto principio pueda crearse o enunciarse.

Ello no podía escapar al extraordinario genio de Napoleón, cuando, al referirse a las causas de sus éxitos, expresa que el cumplimiento de este principio le había hecho favorable la fortuna en todas sus operaciones.

El segundo asunto del consejo a Marmont dice *actividad*. Ello quiere decir: ¡muévase!, ¡maniobre!, o, lo que es lo mismo, multiplique usted su fuerza, por el movimiento. ¡Es decir, por una mayor *actividad* y *velocidad* (activité et vitesse), aumente su esfuerzo, acumule efecto, agrándese!

Nada puede haber más cierto. A igualdad de efectivos, el que mayor esfuerzo desarrolle obtendrá un mayor trabajo útil y, en consecuencia, un mayor efecto, que, en germen, representa un mejor resultado.

La guerra, en todas sus manifestaciones, prueba de una manera irrefutable que la *actividad* es uno de sus elementos más fundamentales. En la conducción estratégica sólo un mayor movimiento, una mayor capacidad maniobrera, puede suplir la falta de efectivos. En la conducción táctica (de la batalla) los hechos prueban, desde Timbrea a Tannenberg, que el éxito se inclinó siempre al adversario que más y mejor maniobró y que, aun en los casos de inferioridad numérica, no debe desesperarse por el éxito si se sabe maniobrar.

La batalla frontal, sin maniobra, es la expresión de la ausencia absoluta de arte. Es la batalla «ordinaria». La batalla de aniquilamiento, con sus maniobras, es la expresión más alta del arte. Es la batalla-maniobra por excelencia.

Son los Aníbales, los Alejandros, los Napoleones, los Federicos, los San Martines, que observaron esto, los que fueron

capaces de legar al arte y a la Historia obras maestras como Cannas, Gránico, Austerlitz, Leuthen y Chacabuco.

La firme resolución de morir con gloria. La incitación a la decisión. La fuerza motriz que debe animar al Comando. La guerra, como el juego de azar, impone exponerlo todo si se desea ganar también el todo. La guerra prueba que los Comandos indecisos y excesivamente conservadores o meticulosos, en el mejor de los casos, si bien no han sufrido grandes derrotas, sólo han sido capaces de conquistar éxitos secundarios. Los éxitos secundarios no dan la victoria en la guerra. Unicamente los grandes éxitos aseguran las grandes empresas.

Es naturalmente lógico, entonces, que Napoleón, que según su propia expresión: «*nada deseaba tanto como una batalla*», para jugarse en ella el todo por el todo, aconsejara a Marmont hacer lo que dichosamente él había realizado en más de diez campañas y treinta batallas victoriosas.

CAPITULO XII

LA BATALLA (1)

Un curso de *historia militar*, cuya finalidad sea el estudio de la *estrategia*, no podrá tener una culminación feliz si en él no se considera *la batalla*, objetivo y razón de ser de todo estudio de carácter militar de la conducción.

La estrategia, por el amplio campo de las actividades que comprende en su estudio, debe considerar al ejército en sus actitudes fundamentales: *estacionado, marchando* y *combatiendo*. Si bien la batalla se ha considerado siempre como el acto táctico por excelencia, no por ello puede escapar al campo estratégico, que comprende al táctico, cuyas decisiones, comúnmente lo fijan y determinan en el tiempo, en el espacio y en el terreno, como asimismo han influído en la fuerza y su agrupamiento.

«*La estrategia moderna no aspira más que a un resultado: la batalla*», es decir, la estrategia es el arte de conducir los ejércitos en el teatro de guerra en forma tal de imponer la propia voluntad al enemigo o conseguir su aniquilamiento; su finalidad: llegar a la batalla en las mejores condiciones.

¿Terminaría, acaso, la estrategia al iniciar la batalla o al empeñar las fuerzas? No sólo no termina, sino que allí comienza la parte más ardua y más difícil de sus tareas, como también se prolongan a través de la batalla y de todos los actos de la guerra hasta la terminación feliz o desgraciada de la misma, para rendir sus últimos tributos interviniendo en la fijación de las condiciones de paz.

(1) Por la amplitud de este tema nos limitamos solamente a enunciar sus más elementales rudimentos.

Ello prueba que no puede circunscribirse de una manera rígida la órbita de acción en que desenvuelve sus tareas la conducción estratégica, ni fijar tampoco exactamente dónde termina la estrategia y comienza la táctica. Son actividades que se corresponden, que se superponen, que se complementan y que forman el conjunto de las actividades que el arte militar debe estudiar como elementos básicos de su formación.

Tal diferenciación (estrategia y táctica) no son el resultado de la guerra, sino de la necesidad de su estudio, que el hombre, en su incesante tarea de investigación y ordenamiento filosófico, ha establecido como una manera de circunscribir los hechos por su naturaleza. Es lógico, entonces, aceptar que, no ajustándose esta división exactamente a las actividades que la guerra desarrolla en su realidad, siempre distinta, no puedan clasificarse tales actividades de una manera sino *general* y que, en modo alguno, descarte las interferencias que naturalmente asocien a ambas en los acontecimientos.

Una práctica, quizá demasiado ajustada a las formas y denominaciones, ha llevado al estudio de la estrategia un poco desligado de la *táctica*, presentando a ambas materias como estudios distintos, cuando, en realidad de verdad, no comprenden sino una actividad común. Con ello se habría conseguido disociar lo que la guerra presenta como un acto conjunto e indivisible.

La historia militar, tal cual la comprendemos nosotros, no puede circunscribir su acción al estudio de las operaciones anteriores y posteriores a la batalla, dejando al táctico el privilegio de estudiar la parte activa de la lucha, donde la acción del conductor estratégico tendrá la parte más activa y más crítica de toda su acción. Tal procedimiento implicaría despreciar la enseñanza de los hechos allí donde mayor utilidad pueden presentar al que los penetre.

Con ese criterio, un tanto rígido, de la diferenciación más marcada, se estudiaba en historia militar la conducción de las operaciones hasta la batalla, se mencionaba a ésta en sus líneas generales y sus resultados y luego se continuaba estu-

diando la conducción, a partir de la persecución o la retirada. Es decir, no se trataba cuál había sido la actitud y las actividades del Comando durante la batalla, porque ello se consideraba objeto del estudio táctico de la misma.

En táctica, como sabemos, el estudio se realiza a base de situaciones lógicas, generalmente basadas en problemas en la carta o el terreno, que presentan un caso concreto a resolver, que varía desde el ejército a la menor unidad táctica. Se aprecia la situación, se resuelve y se desarrolla todo a base de lógica y ajustado a las prescripciones que la experiencia de la guerra ha fijado como normas de ejecución más convenientes.

Son muy raros los casos en que en los estudios tácticos se tome una batalla o un combate, que la historia militar puede brindar con lujo de detalles y se ejerciten allí las actividades tácticas, sacando las enseñanzas que la realidad de hechos ya sucedidos puedan presentar como una forma de la experiencia real de la guerra.

Consideramos que este sistema complementaría muy bien al comúnmente usado, ya que haría ver a los ejercitantes que en la guerra no siempre es *la lógica* la que determina las consecuencias de causas que se han percibido.

Como quiera que ello fuese, se comprenderá que en el estudio de ambas materias, de la manera antes mencionada y en la forma en que apuntamos, la batalla, en lo que a la conducción del Comando Superior se refiere, no podía estudiarse y penetrarse profundamente, como corresponde a estudios serios y provechosos.

Una natural reacción en este sentido se ha producido y hoy se estudia en historia militar la batalla en su aspecto integral y en sus relaciones diversas, sin pensar en que puedan superponerse tales actividades con las tácticas. Esta superposición se evita fácilmente tratando en historia militar solamente las decisiones y medidas que están reservadas al Comando Superior y a la conducción de éste en la batalla misma y aun de algunos Comandos subordinados, que especialmente interesen, pero sin intervenir minuciosamente en los hechos mismos, lo que haría interminable su estudio.

La consideración de la batalla, generalmente impone al juego de guerra como el medio más completo para tratarla. Se plantean las situaciones, se siguen los acontecimientos y se van estudiando las decisiones del Comando en los momentos interesantes.

De otra manera no podría explicarse el contrasentido que resulta de afirmar que «*la batalla es el hecho más fundamental de la guerra*» y en los estudios estratégicos basados en la realidad de la historia no se tratara por el temor de invadir la jurisdicción de la táctica que, por la forma de su estudio, tampoco la considera en su completa realidad, ni le saca el provecho total que presuponen los estudios realizados a base de hechos reales y fehacientes.

1. — RELACIÓN ENTRE LA MANIOBRA ESTRATÉGICA Y LA BATALLA

Aclararemos previamente que llamamos *maniobras estratégicas*, con el criterio sostenido en el capítulo X, a las formas de ejecución mencionadas que se emplean hasta el momento de empeñar la batalla. Desde ese momento, las maniobras que se realicen en el campo táctico son de este carácter y designación (maniobras tácticas). Las relaciones existentes entre la maniobra estratégica y la batalla, son de efecto a causa. La maniobra estratégica sirve a la batalla, asegurando llegar a ésta en las mejores condiciones. Por otra parte, la segunda representa la culminación de la primera. Se explicará así fácilmente que, tanto las formas esenciales de la guerra como sus maniobras y formas de ejecución, sólo son *medios* para llegar a la lucha activa en busca de la decisión, que es el *fin*.

No existe ni existiría maniobra estratégica alguna cuya finalidad, directa o indirectamente, no tenga sus proyecciones hacia la batalla.

La ofensiva estratégica es así la forma de operar que marcha rectamente a la batalla, buscando la decisión por el camino más corto.

La defensiva estratégica es, en cambio, una manera de postergar la decisión, para que, alcanzada una mejor situación, adoptando un proceder activo, sea posible buscar una solución favorable.

Las maniobras estratégicas (por líneas interiores, ejércitos convergentes, de ala y de ruptura), sirven a la *ofensiva estratégica* como medios más adecuados para empeñar la batalla en la forma más conveniente en busca del éxito.

En la *defensiva estratégica*, sin libertad de acción y ya que la ley de acción la impone el enemigo, será necesario, inicialmente y mientras tal situación se prolongue, echar mano a las formas indicadas (ver «defensiva estratégica», pág. 274), para finalmente resolver el caso por una maniobra ofensiva de carácter táctico, que obedece a las mismas formas de las estratégicas ya mencionadas.

De ello se infiere que la totalidad del planeo y la ejecución de una maniobra estratégica estarán intimamente ligados a las necesidades impuestas por la batalla y que toda maniobra que no responda a esta premisa creará una fantasía sin valor, cuando no una situación estratégica falsa, cuyas faltas se pagarán a caro precio en la decisión.

Inversamente, la batalla será la consecuencia y el fiel reflejo de la maniobra realizada. Si la segunda ha sido mala, sólo un proceder táctico muy acertado podrá subsanar los inconvenientes que se deriven de los errores cometidos en el campo estratégico y previos a la batalla. Lo común será que se empeñe la acción en condiciones desfavorables.

2. — LAS FORMAS DE LA BATALLA

Consecuentes con lo tratado en el capítulo IX, dos son las formas generales de la batalla: una, que emplea la ofensiva táctica y otra, que emplea inicialmente la defensiva combinada

con una ofensiva ulterior. Llamaremos a estas formas: *batallas ofensivas y batallas defensivas*, a fin de entendernos mejor.

La conducción por el Comando Superior, en ambas batallas, es totalmente diferente y distintas son las formas de ejecución, aun cuando la finalidad es la misma: *aniquilar al enemigo*.

Batalla ofensiva

Dispone el Comando de libertad de acción.
Elige el momento para empeñar la batalla.
Obra por la ofensiva táctica.
Busca activamente la destrucción del enemigo.
Para ello dispone de la iniciativa.

Batalla defensiva

El Comando dispone de libertad de acción.
Se libra a base de contramedidas.
Porque no se dispone de la iniciativa.
Obra por la defensiva táctica inicial.
Se combina finalmente con la ofensiva.
Para buscar la decisión después de recobrar la libertad de acción.
El objetivo inicial es evitar la propia destrucción: el final buscar la del enemigo.

La enumeración sintética de las características que mencionamos, son suficientemente elocuentes para presentar a ambos casos como absolutamente diferentes. Trataremos de caracterizarlos aún mejor recurriendo a sus formas de ejecución.

La batalla ofensiva, generalmente, es la culminación de una maniobra estratégica iniciada desde la zona de concentración, por aquel de los adversarios que dispone de mayores medios o que posee un Comando más enérgico, audaz o capaz. También, generalmente, se dirige con sus fuerzas en un dispositivo de amplio frente y poca profundidad, buscando desde

temprano la acción sobre los flancos y la retaguardia del enemigo, única forma de buscar su destrucción por el camino más corto, que es la finalidad.

Las batallas ofensivas modernas se distinguen por el empleo de una de las dos únicas formas de obtener el aniquilamiento: *la batalla con frente invertido* o *la batalla de cerco.*

Dueño inicialmente de la libertad de acción, el Comando que actúa en la ofensiva es quien impone el momento en que ha de iniciarse la batalla. Desde entonces ha de buscar mantener la iniciativa imponiendo, en todo caso, su propia ley de acción, sometiendo al enemigo a su voluntad, *«siendo martillo y no yunque»*. La pérdida, aunque sólo fuera momentánea, de esta condición es el más grande peligro, porque el enemigo recobra así la oportunidad de actuar en forma ofensiva.

La ofensiva táctica presupone una acción de extraordinaria violencia donde se realice el esfuerzo principal. Allí es donde resulta imprescindible imponer la ley al adversario. Las acciones secundarias, atendidas con medios secundarios. Ellas se limitan a la defensiva o a ataques destinados a aferrar.

La batalla defensiva, en cambio, debe considerarse dividida en dos etapas: la primera, destinada a evitar la propia destrucción y ganar la libertad de acción: la segunda, destinada a contramaniobrar buscando la destrucción del enemigo.

En la fase inicial se recurre a menudo al terreno, que es el gran aliado de la defensa. Si el enemigo elige el momento, en cambio, el que actúa en la defensiva opta por elegir el terreno en que ha de batirse y lo refuerza.

No disponiendo de la iniciativa, toda la conducción de la batalla defensiva en la primera etapa de la misma se realiza por contramedidas, supeditándose en absoluto a las medidas del enemigo y preparando desde ya cómo se ha de proceder tan pronto se recobre la libertad de acción. Todo ello reglado en un plan bien meditado.

El dispositivo defensivo será especialmente profundo, pues ello se adapta mejor a las necesidades de esta forma de combatir.

Durante la primera fase debe esperarse pacientemente a que llegue el momento de tomar la iniciativa. No es sencillo determinar ese momento; para hacerlo, es necesario vivir profundamente la situación y prever. El defensor sabrá que puede apoderarse de la iniciativa en el preciso momento en que el enemigo la pierda. Ello se produce cuando la acción principal del enemigo ha sido detenida. Es decir, cuando se ha parado el golpe. La contestación no debe hacerse esperar.

La batalla defensiva es una batalla de oportunidad. Si la contraofensiva se inicia prematuramente, está destinada a fracasar y, lo que es peor, no se evitará la propia destrucción. Si se inicia demasiado tarde no tendrá efecto, pues la reacción natural del enemigo generalmente la neutralizará. El talento del Comando está en apreciar correctamente el momento.

El proceder en la segunda etapa, es decir, la parte activa, comparte en absoluto las características mencionadas para la batalla ofensiva.

Son estas dos formas generales de las batallas las que se encontrarán combinadas en todas las batallas de la Historia, desde Timbrea a Tannenberg; en algunos casos, ambos conductores se han decidido por la batalla ofensiva en otros, ambas formas se han visto contrapuestas y aun, en algunos casos, muy raros, por decidirse ambos Comandos por un proceder defensivo, se han visto ejércitos que largos días se han detenido frente a frente, hasta que uno de ellos se ha decidido.

3. — LA BATALLA FRONTAL Y LA BATALLA MANIOBRA

El título de este acápite fija los extremos de lo ordinario y de lo excelso del arte. *La batalla frontal:* comúnmente llamada «batalla de efectivos», que se caracteriza por la ausencia absoluta de arte en la conducción, reemplazada por el empleo mecánico y brutal de las masas, batalla de los Comandos subalternos, sin una conducción superior que le dé

vida y la haga racional. Es, en último análisis, la batalla del primitivo, donde el impulso y la fuerza bruta ha prevalecido sobre la reflexión y el empleo inteligente y artístico de los medios.

La batalla maniobra, es en la que el Comando realiza su cometido con unidad de concepción y acción; donde el arte y la inteligencia han reemplazado a la fuerza y al número; donde la actividad ha multiplicado la fuerza hasta compensar al número; donde el arte se ha ingeniado para descubrir los puntos débiles del adversario para dirigir allí su golpe certero y decisivo; en fin, donde el hombre ha impuesto su inteligencia, su lógica y su talento sobre la fuerza inconsciente y brutal de la irracionalidad.

Entre ambos extremos (la batalla frontal y la batalla-maniobra) existen innumerables gradaciones, pero la Historia prueba de manera definitiva que el arte evoluciona hacia la utilización sin medida de las maniobras que procuren el éxito en la batalla.

Las *batallas primitivas* fueron frontales y se caracterizaron por la puja de ambos ejércitos que, aferrados mutuamente en sus frentes y entregados a la lucha cuerpo a cuerpo, decidieron las acciones por el número de muertos o el valor y perseverancia puestos en el combate. Es decir, el número y la fuerza sobre la concepción del arte.

Las *batallas helénicas,* con la aparición del arte militar griego, comienzan a maniobrar en procura de los flancos. Ciro, en Timbrea, muestra, 557 años a. de J. C., lo que puede la maniobra cuando con un tercio de los efectivos aniquila a Creso. Este caudillo persa parece ser el primero que especula a favor del arte con resultados halagüeños.

Las *batallas macedónicas,* con Alejandro, alcanzan una altura no igualada del triunfo del arte sobre la acción frontal, derrotando al persa Darío que con 1.000.000 de hombres, intenta destrozar al caudillo macedónico, que sólo cuenta con 50.000 hombres en Arbela.

Así siguen escalonándose las *batallas romanas, del renacimiento, de Federico, de Napoleón, de San Martín y de Moltke,* poniendo cada vez más en evidencia la incontrastable superioridad de la batalla-maniobra sobre la frontal, es decir, la importancia del arte sobre la negación.

Tannenberg, la última obra de arte de la conducción, se caracteriza por el empleo de todas las maniobras existentes. En efecto, se va a la batalla realizando una maniobra por líneas interiores, entre el ejército del Niemen y el ejército del Narew, rusos. La batalla misma, desde el 25 de agosto, en que se perfila claramente, encierra la realización de dos maniobras admirablemente concebidas y magistralmente realizadas.

Ellas están representadas:

1º El ataque de flanco y retaguardia ejecutado por los Cuerpos XVII de Ejército y I de Reserva, que se procuran libertad de acción batiendo al VI Cuerpo de Ejército ruso y arrojándolo hacia el sudeste.

2º La ruptura del I Cuerpo de Ejército en Usdau y la persecución del I Cuerpo ruso hacia el sur, con lo que se procuró el espacio para cooperar en la batalla y efectuar el doble envolvimiento, hasta llegar a la verdadera batalla de cerco. Todo esto lo realizaron Hindenburg y Ludendorf con 173.000 hombres contra los ejércitos rusos del noroeste que sumaban 485.000 hombres y la batalla de Tannenberg contra el ejército del Narew que tenía casi 200.000 hombres.

Esto parece probar que la batalla-maniobra seguirá siendo cada día más movida y que el arte en su incesante perfección, seguirá buscando los flancos y la retaguardia como recurso supremo para el *aniquilamiento.*

4. — NAPOLEÓN Y LA BATALLA

«Nada deseo tanto como una batalla», ha dicho Napoleón. Él fué casualmente lo que podríamos llamar el conductor de las batallas; en ellas su arte se ha caracterizado por la utilización de las maniobras de gran estilo. Las enseñanzas por él

dejadas a este respecto justifican su inmortal aforismo: «*Los genios son meteoros destinados a quemarse para alumbrar a su siglo.*» Su gloria y la experiencia dejada en lo que a la batalla se refiere, alumbrarán a muchos siglos.

Sus principios (véase pág. 308 y siguientes): «Reunión de las fuerzas», «Actividad, actividad, actividad» maniobra), «Firme resolución de morir con gloria» (decisión), son de una admirable adaptación a la batalla y casi podríamos afirmr que nada más se necesita en la batalla que *reunir la fuerza*, maniobrar para multiplicar el esfuerzo y llegar al punto vulnerable del enemigo y asestar el golpe que ha de voltearlo y para que todo ello se realice, obrar con la máxima decisión, jugando el todo por el todo, única forma de obtener grandes resultados.

5. — EL CENTRO DE GRAVEDAD DE LA BATALLA

El fundamental principio de toda conducción: *la economía de fuerzas*, tiene en la realización de la batalla su importancia más fundamental. Ello se logra en base a un proceder que consiga, por la disposición adecuada de la fuerza, *ser superior en el lugar donde se busca la decisión*. Para ello es necesario elegir convenientemente el lugar, fraccionar acertadamente la fuerza y disponerla correctamente en el tiempo, en el espacio y en el terreno.

« Debemos llevar el mayor número posible de tropas sobre el punto decisivo del combate.» (Clausewitz).

« El arte del Comando consiste en comprobar los puntos débiles del adversario y emplear contra los mismos fuerzas numéricamente superiores y aferrar al enemigo con fuerzas numéricamente inferiores.» (Stephani).

« La conducción debe hacer efectiva una fuerte superioridad en el punto decisivo, de modo que allí las pérdidas muy graves sufridas por el enemigo produzcan un éxito parcial.» (Loffler).

« Siempre se empleará la masa principal en el lugar decisivo.» (R. C. C.).

Las anteriores afirmaciones podrían verse corroboradas por la opinión de todos cuantos han entendido el difícil arte de la conducción. Es que ello representa la esencia misma de la batalla ofensiva y aun de la defensiva en su segunda fase en que busca una decisión.

La teoría del centro de gravedad, que tan bien ha tratado el Teniente Coronel Best (1), tiene su razón de ser en la ofensiva misma, ya que ella presupone una *acción violenta* en un punto, mientras, en otros lugares, medios secundarios atienden las acciones secundarias. Una ofensiva que ataque en todas partes con igual intensidad, que se ha denominado «ofensiva *à outrance*», es la verdadera negación de la ofensiva. Son acciones parciales agresivas, que en ningún caso llevan a resultados favorables si el enemigo hace actuar en un lugar su masa principal en busca de la decisión. Ello caracteriza a la ofensiva como un conjunto de acciones parciales y una principal, las primeras que son secundarias sirven indirecta o directamente a la segunda. Es por ello que la batalla moderna no se realiza como una acción única, sino que son diversas acciones más o menos ligadas en el tiempo y en el espacio, pero que todas llevan una finalidad que les es común: *el aniquilamiento del enemigo*. La acción principal, accionando directamente en el «*centro de gravedad*» en busca de la decisión. Las secundarias defendiendo los lugares vulnerables y aferrando fuerzas del enemigo, que le faltarán a éste en el centro de gravedad, que es de lo único que depende, en último análisis, el éxito.

Son también estas las causas que confirman que la verdadera economía de fuerzas en la batalla está en hacer tan débiles como sea posible las fuerzas encargadas de las acciones secundarias y tan fuerte como los efectivos lo permitan la principal, porque de ninguna manera se asegura mejor el éxito allí que con una gran potencia.

(1) Véase *Revista Militar*, Nros. 367 al 371.

En una batalla bien conducida nada habrá en su campo de acción que no sirva de una manera directa o indirecta al centro de gravedad. Con el centro de gravedad de las fuerzas convergen los centros de gravedad de los fuegos, comunicaciones, aéreos, vigilancia y observación, etc. El Comando tiene indicado allí su puesto y la mirada de todo el ejército se debe concentrar en él para inspirar toda resolución que se tome en el campo de batalla. En conclusión, al centro de gravedad hay que conocerlo, comprenderlo, sentirlo y servirlo, convencidos de que es la única manera de unir los esfuerzos y obrar con absoluta unidad de concepción y acción.

Mucho podríamos discurrir sobre tan importantísimo asunto, pero expresadas en su parte medular las más elementales cuestiones, tal como corresponde a estos apuntes, dejamos librado al espíritu investigador de los camaradas una profundización del tema, seguros de que al interesarlos hemos cumplido con cuanto podemos hacer al respecto.

6. — LOS MEDIOS

Nunca como en la batalla es necesario que exista una relación lógica entre los medios y los objetivos. Sabemos que el objetivo de la batalla es generalmente el aniquilamiento del enemigo y digo generalmente, porque en algunos casos, aunque raros, puede no ser esta su finalidad. Ello puede producirse cuando una desproporción extraordinaria en las fuerzas impida aspirar a tan grande objetivo.

El aniquilamiento del adversario es el más grande fin a que pueda aspirarse, por eso se ha dicho y con razón, *«nunca se podrá ser demasiado fuerte en la batalla.»* Ello implica no empeñarse en acciones cuya finalidad sea la decisión, sin tener los medios necesarios para asegurar el éxito. Dichos medios no implican la necesidad de una superioridad numérica ni de materiales, sino de la totalidad de los numerosos factores que hacen la verdadera *potencialidad integral* de una tropa.

Es claro que, entre ellos, el número de combatientes tiene gran importancia, pero éstos pueden ser a menudo *compensados* por una *moral superior,* una mayor *capacidad combativa* u *operativa* y una *conducción más enérgica* o *capaz.*

« No hay que desesperar por vencer a un enemigo superior en número, ha dicho Federico el Grande; ello es posible, pero en tal caso es necesario que el conductor valga él doble de lo que numéricamente falta.»

Esto, como toda la conducción, tiene su resorte en la habilidad del Comando, que sepa reunir su fuerza mientras el enemigo la disperse.

En todo caso, la batalla no debe darse sino con medios superiores.

7. — LA REUNIÓN DE LAS FUERZAS

Napoleón polariza toda su conducción en este consejo: *reúna usted su fuerza.* Es, al parecer, una verdad absoluta. En todos los casos el arte de todo Comando está en *reunir las fuerzas para la batalla y hacer concurrir el máximo posible hacia el lugar de la decisión.*

Debe entenderse por reunión de la fuerza, con los efectivos modernos, la colocación en el campo de batalla o sus inmediaciones, en forma de asegurar en tiempo y espacio, la cooperación de todos los elementos a disposición y según sea el plan del respectivo Comando.

La reunión de las fuerzas, en el concepto moderno de la frase, tiene así una gran elasticidad, pues basta estar en condiciones de cooperar en la acción, directa o indirectamente, para que se considere a una fracción de tropa reunida para la batalla.

8. — LA CONDUCCIÓN DE LA BATALLA

La conducción metódica de la batalla y el empleo de las fuerzas con verdadera unidad de concepción, imponen que el conductor sea quien dirija el conjunto de las acciones de la batalla. Los medios modernos de comunicaciones posibilitan en alto grado esta tarea al Comando.

Una verdadera «batalla-maniobra» sólo puede desarrollarse en la actualidad si una sola cabeza la concibe y la lleva a cabo. La batalla «ordinaria», en la que generalmente se deja a los Comandos subalternos que la desarrollen, no puede nunca ofrecer las perspectivas de un éxito máximo y a menudo degenera en una serie de combates parciales desligados en el tiempo y en el espacio.

La batalla del Marne se caracterizó en el lado alemán por la falta de una conducción superior centralizada y capaz de desarrollar la batalla con unidad de concepción y acción. La de Tannenberg, en cambio, se caracterizó por una hábil conducción desde el principio al fin por parte del Comando alemán del 8. Ejército. Su actividad se pone de manifiesto y es dable observar la acción personal del Comandante y su Jefe de Estado Mayor influyendo en las operaciones, especialmente en el ala derecha del ejército.

Nada de esto se observa en cambio del lado de los rusos, donde las medidas ordenadas por el Comando lo son con evidente retardo, lo que evidencia falta de previsión y una deficiente apreciación profunda de la situación, que ocasionan la falta de oportunidad en la intervención del Comando que más bien se deja llevar por los acontecimientos, en vez de encauzarlos dentro de su propia voluntad. En esa forma no *se conduce*, sino que más bien se *es conducido*.

En conclusión: *la batalla debe ser conducida desde el principio hasta el fin por el conductor*, «otros podrán hacerlo en su lugar, pero en caso alguno lo harán en forma que tenga nada que agradecerles.»

9. — EL ANIQUILAMIENTO ES SIEMPRE EL FIN

Sabemos que antes de 1914 no había otra finalidad en la batalla que el *aniquilamiento* mismo del enemigo. El *desgaste* ha surgido de la Guerra Mundial, pero ello no puede considerarse sino como un *medio* para alcanzar el *objetivo*. Es uno de los tantos arbitrios de que se vale la estrategia en su sistema «para salir de apuros».

En consecuencia, el empleo del desgaste estará sólo indicado cuando no sea posible el envolvimiento, en cuyo caso conviene desgastar al enemigo para provocar luego la ruptura y obtener flancos, por lo que podemos decir que el *aniquilamiento es siempre el fin*.

En esta guerra, en el frente oriental, no se hubiera justificado ninguna acción de desgaste, porque siempre era posible buscar una batalla de aniquilamiento por medio de la maniobra, en cambio, en el frente occidental, después de la batalla del Marne y la conocida «carrera al mar», con la que se creó una verdadera línea continua de Suiza al Mar del Norte, no quedaba otro recurso que la ruptura que, sin el desgaste, difícilmente podrían crearse las condiciones favorables para realizarla. En nuestros teatros de operaciones no creo que se pueda presentar el caso de comandantes de ejércitos tan poco hábiles que recurran al desgaste teniendo inmensos flancos en qué operar.

10. — LA SEGURIDAD Y LA SORPRESA

La seguridad en la batalla es asunto de capital importancia y destinada a descartar las sorpresas y prevenir la acción del enemigo, ya sea ésta del propio teatro de operaciones o que pueda concurrir a él desde otra región.

Contra la acción del enemigo con quien se está empeñado, la da la propia reserva. Contra el que pueda concurrir desde otra parte la dará el espacio, el tiempo, el terreno y, en últi-

mo caso, las fuerzas que sea indispensable destacar con ese objeto.

Es interesante aclarar que, en los casos en que tal seguridad deba destacarse, es necesario hacerlo con concepto bien claro de que tal misión es circunstancial y que las tropas se alejan de la misión en la batalla sólo circunstancialmente y que deben permanecer listas para concurrir a ella tan pronto su presencia no sea absolutamente indispensable en su misión de seguridad, ya sea con todas o parte de sus fuerzas.

Algunos ejemplos aclararán mejor este concepto.

Inicialmente y mientras se realiza el transporte del I Cuerpo de Ejército hacia el ala derecha alemana, el XVII Cuerpo de Ejército, el I Cuerpo de Reserva y la 1. División de Caballería, constituyen la seguridad que permanece frente al ejército del Niemen hasta el último momento. Cuando la batalla se ha empeñado ya en el sur, los XVII y I Cuerpos se lanzan contra el flanco norte del ejército del Narew, dejando como seguridad sólo a la 1: División de Caballería, porque el espacio y la inmovilidad del ejército del Niemen no hacían necesario distraer allí otras fuerzas.

Aún más: cuando se está produciendo la decisión de Tannenberg, la mitad de la D. C. 1 es dirigida hacia el sur, quedando allí sólo una brigada de caballería frente a un ejército. *No era necesario más.*

Este mismo concepto de la seguridad se lo vemos aplicar a Napoleón en su campaña de Italia de 1796. El día 18 de abril, después de su segundo ataque a Dego, dirige todas sus fuerzas contra Colli. La División Laharpe da la seguridad sobre el Bormida inferior, en Dego. Massena lo hace sobre el Bormida superior, desde Mombarco. Pero, tan pronto se produce el choque en el Corsaglia, Massena tiene orden de abandonar la seguridad y actuar en el flanco norte sardo, en tanto Laharpe debe mantenerse a la expectativa para concurrir en caso necesario. Así se hace y llega un momento en que, frente a los austríacos (ejército principal de los enemigos), sólo quedan débiles fuerzas que no alcanzan a un regimiento. No

era necesario más. El espacio existente y la inactividad de Beaulieu no imponían otra cosa.

Otros numerosos ejemplos podríamos presentar que confirman a éste como el verdadero concepto de la seguridad.

La sorpresa es el único principio, según comúnmente se afirma, cuyo valor, en todos los casos y cualquiera que sea la circunstancia, es considerable. Ella no sólo debe considerársela efectiva cuando se consigue llegar hasta el enemigo sin ser visto, sino que su valor es igualmente grande cuando las condiciones de tiempo y espacio lo imposibilitan para tomar contramedidas oportunas.

Para alcanzar la sorpresa, los medios más eficaces son: el secreto absoluto en el plan; la noche, cuando se está en contacto o próximo al enemigo; las acciones demostrativas y los rápidos desplazamientos, valiéndose de medios especiales (ferrocarril, camiones, etc.).

11. — ALGUNAS CONCLUSIONES

La batalla, por ser el acto más fundamental de la guerra, merece en los estudios estratégicos, preeminente consideración.

En las situaciones de la batalla, como en las situaciones estratégicas, cada momento impone nuevas medidas, que obligan al Comando a multiplicarse en su acción, si no quiere quedar rezagado en los acontecimientos.

En las medidas se deberán contemplar las condiciones que hemos enumerado y que son fundamentales en la conducción.

Si en la conducción estratégica el método y la circunspección son necesarios, en la de la batalla son absolutamente indispensables.

Si en la conducción estratégica el Comandante debe seguir la línea general trazada en su plan como un hilo de Ariadna, en la batalla ese hilo es también la guía y no se aparta jamás del camino que conduce al centro de gravedad.

La maniobra, la articulación de los dispositivos, la actividad incesante de las tropas en la batalla, multiplican con el esfuerzo sus efectivos, tal como en la conducción estratégica el número se reemplaza por la actividad.

La batalla se compone de acciones secudarias y acción principal. El arte del Comando está en hacer las primeras tan débiles como sea posible y la segunda tan fuerte que asegure el éxito en el centro de gravedad, lo mismo que sucede en la conducción estratégica cuando decimos que a las operaciones principales hay que destinarle medios poderosos, atendiendo a las secundarias con medios también secundarios.

El éxito de la batalla depende de la acción ofensiva. Ésta debe realizarse oportunamente, según un plan. Una ofensiva prematura o un ataque insuficientemente preparado, lleva en sí una debilidad en germen. El talento del Comando se pondrá de manifiesto en el empleo oportuno de este medio fundamental de la batalla, ya sea ésta ofensiva o defensiva. Ello impone un plan de acción donde se calculen minuciosamente, no sólo la fuerza, sino también su acción en el tiempo, en el espacio y en el lugar exacto de la decisión.

Así como en las operaciones estratégicas el plan llega hasta la primera batalla y luego sólo se prolonga una intención general, en la batalla, el plan de acción llega hasta el empeñamiento y luego se prolonga sólo una intensión, pero se está pronto para aprovechar toda circunstancia o éxito imprevisto, errores del enemigo, etc., en favor de esa intención. Si un éxito en otro lugar que el previsto se produce, debe estarse preparado para cambiar el centro de gravedad o adaptarse a la nueva situación creada.

En suma: la batalla impone una conducción centralizada, que asegure una absoluta unidad de acción y el empleo de la fuerza en forma que se adapte a la evolución de la situación, sumando circunstancias favorables y neutralizando las desfavorables con medidas y contramedidas oportunas, fija la atención en la gran idea directriz que guía la conducción y el anhelo puesto en el objetivo.

Se terminó de imprimir esta reedición de
3000 ejemplares, el día 28 de Mayo de 1974, en el
Establecimiento Gráfico de D. Libonati,
Piedras 1354, Buenos Aires.

Terrestre. Marítima.	Orange 1625 Gustavo Adolfo 1594 1632 Cromwell 1599 1658 Vauban 1633 1707 Príncipe Eugenio 1663 1736 Carlos XII 1682 1718 Maquiavelo - Turena - Condé - Montecuccoli Condottieris.	*Bicocca* 1522 *Pavía* 1525 *Nieuport* 1600 *Breitenfeld* 1631 *Rain an Lech* 1632 *Nuremberg* 1632 *Lützen* 1632 *Dunbar* 1650 *Worcester* 1650 *Dunquerque* 1658 *Zenta* 1697 *Hochstaed* 1704 *Turín* 1706 *Malplaquet* 1709 *Narwa* 1700 *Poltava* 1709	Independencia de los Países Bajos Guerra de nacionalidades. Guerra contra Dinamarca, Rusia y Polonia (Suecia). Guerra Danesa. Guerra contra Rusia. Guerra civil en Inglaterra. Guerra contra Holanda. Guerra de los Países Bajos. Guerra Turca. Guerra de Sucesión de España. Guerra de 1714. Guerra de Sucesión de Polonia. Guerra de Suecia contra Dinamarca, Sajonia, Polonia y Rusia.	*Ejército moderno.* Infantería. Caballería. Artillería. Auxiliares. Estado Mayor. Organización moderna.	**Orden lineal y paralelo. Orden oblicuo. Envolvimiento. Lucha por el fuego como un medio de aproximación, cuerpo a cuerpo en la decisión. Cambio fundamental en la estrategia y la táctica.**
Terrestre. Marítima.	Frederico 1712 1786 San Martín 1778 1850	*Praga* 1756 *Kolin* 1757 *Leuthen* 1757 *Rossbach* 1757 *Zarndorf* 1758 *Olmütz* 1758 *Kunerdorf* 1759 *Liegnitz y Torgau* 1759 *Chacabuco* 1817 *Maipú* 1818	1a. y 2a. guerra de Silesia. Guerra de Siete Años. Independencia sudamericana.	*Ejército moderno.* **Infantería. Caballería. Artillería. Auxiliares.**	**Orden lineal paralelo y oblicuo. Maniobras de ala. Envolvimiento. Lucha por el fuego como medio para la aproximación, decisión cuerpo a cuerpo. Formaciones en orden cerrado.**
Terrestre. Marítima.	Napoleón 1769 1821	*Tagliamento* 1797 *Las Pirámides* 1799 *Marengo* 1800 *Ulm - Austerlitz* 1805 *Jena - Auerstadt* 1807 *P. Eylau - Friedland* 1807 *Wagram* 1809 *G. Gorschen* 1813 *Bautzen* 1813 *Ligny* 1814	Campañas de 1796, 1797, 1800, 1805, 1807, 1808, 1809, 1812, 1813, 1814, 1815.	*Ejército moderno.* Infantería. Caballería. Artillería. Auxiliares.	Orden perpendicular (napoleónico). Orden disperso. Maniobras estratégicas. Batallas de aniquilamiento. Manifestación superior del arte.
Terrestre. Marítima.	Clausewitz 1780 1831 Moltke 1800 1891	*De la guerra.* *Sadowa* 1864 *Sedán* 1870 *Metz* 1870 *St. Privat* 1870 *Orleáns* 1870	Guerra de unificación alemana. Guerra de 1864. Guerra de 1866. Guerra de 1870.	*Ejército moderno.* Infantería. Caballería. Artillería. Auxiliares.	Orden abierto. Maniobras estratégicas. Batallas de aniquilamiento. Metodismo. El caso concreto. Compresión de la guerra.
Guerra terrestre. Guerra marítima. Guerra aérea.		Guerra submarina. Guerra química. Guerrá bacteriológica.	Guerra eléctrica. Guerra física.		Orden profundo.

ENSAYO I CLASIFICACION DE LA EVOLUCION DEL ARTE MILITAR

(Sólo se han tomado algunos datos a fin caracterizar los períodos por la conducción, los conductores, las guerras, las batallas y los métodos)

PERIODO DE EVOLUCIÓN DEL ARTE	ESTADO DEL ARTE	NACIONES GUERRERAS	FUERZAS	ARMAS	CLASE DE GUERRA	CONDUCTORES O CRONISTAS Y AUTORES CLÁSICOS	BATALLAS	GUERRAS Y CAMPAÑAS	ORGANIZACIÓN UNIDADES	OBSERVACIONES Características generales de las formas de combate. Empleo de los medios. Maniobras, etc.
I. Período Primitivo A. PRIMITIVO	Ausencia del arte. Primeras manifestaciones de la conducción.	Indios. Asirios. Egipcios. Hebreos.	Merodeadores. Hordas. Expediciones. Partidas. Conquistas de territorios por tribus.	Primitivas.	Terrestre.					Falta de método en la conducción, aunque no de disciplina.
B. TROYANO 1193 a. a. C.	Tradición del arte en su iniciación.	Grecia. Troya (Ilión).	Ejércitos primitivos. Guarniciones de ciudades.	Blancas. Primitivas.	Terrestre. De sitio.	HERODOTO HOMERO		De Troya.	Falange troyana.	Arte primitivo de la gue- guerra de sitio Ataque y defensa de fortificaciones.
II. Período Helénico. 579 - 350 a. a. C.	Arte miltar *griego.* Aparición real del arte, confirmado por la Historia.	Atenas. Corinto. Esparta. Tebas.	Ejércitos regulares primitivos.	Blancas. Arrojadizas.	Marítima. Terrestre.	CIRO 579 a. a. C. TEMÍSTOCLES 525 a. a. C. EPAMINONDAS 400 a. a. C.	*Timbrea* 537 a. a. C. *Artemisa* 480 a. a. C. *Salamina* 480 a. a. C. *Leuctra* 371 a. a. C. *Mantinea* 366 a. a. C. *Queronea* 338 a. a. C.	Guerras Médicas { 490 a. a. C. 450 a. a. C. Guerras del Peloponeso. { 432 a. a. C. 404 a. a. C. Corinto, Esparta y Tebas. { 394 a. a. C. 358 a. a. C.	Falange griega, 6500 hombres. Infantería. Caballería. Elementos accesorios.	Orden lineal y paralelo. Orden oblicuo. Envolvimiento. Lucha cuerpo a cuerpo en formaciones compactas. Tropas fuera de formación (sintagma) comba ten en formación dispersa.
III. Período Mecedónico. 350 - 300 a. a. C.	Arte militar *griego.* Perfeccionado.	Macedonia. Persia.	Ejércitos regulares.	Blancas. Arrojadi. .	Terrestre. Marítima.	FILIPO { 382 a. a. C. 336 a. a. C. ALEJANDRO { 356 a. a. C. 323 a. a. C.	*Gránico* 334 a. a. C. *Iso* 333 a. a. C. *Arbela* 331 a. a. C.	Conquistas de Alejandro Magno.	Falange macedónica, 13.000 hombres. Infantería. Caballería. Accesorios.	Orden lineal y paralelo. Orden oblicuo. Envolvimiento. Lucha cuerpo a cuerpo en formaciones compactas. Algunas tropas en orden disperso.
IV. Período Romano. 360 a. a. C. - 300	Arte militar *romano.*	Roma. Cartago.	Ejércitos regulares.	Blancas. Arrojadizas.	Terrestre. Marítima.	ESCIPIÓN (el Africano) { 234 a. a. C. 183 a. a. C. ANÍBAL { 247 a. a. C. 183 a. a. C. JULIO CÉSAR { 100 a. a. C. 44 a. a. C. AGRIPA { 63 a. a. C. 12 a. a. C.	*Trebia y Tesino* 219 a. a. C. *Trasimeno* 219 a. a. C. *Cannas* 216 a. a. C. *Zama* 202 a. a. C. *Mont Beuvray* 58 a. a. C. *Mulhausen* 58 a. a. C. *Aisne* 57 a. a. C. *Sambre* 57 a. a. C. *Charleroi* 54 a. a. C. *Alesia* 52 a. a. C. *Gergovia* 52 a. a. C. *Milas* *Nauloco* } 37 a. a. C.	1ª Guerra Samnítica. 342 a. a. C. 341 a. a. C. Guerra Latina. { 340 a. a. C. 338 a. a. C. 2ª Guerra Samnítica. { 326 a. a. C. 304 a. a. C. 3ª Guerra Samnítica. { 298 a. a. C. 292 a. a. C. Guerra contra Pirro de Epiro. { 280 a. a. C. 272 a. a. C. Guerra de picenos { 268 a. a. C. Guerra de salentinos y mesapios. } 267 a. a. C.	Legión romana. Variable. Infantería. Caballería. Accesorios.	Orden lineal y paralelo. Orden oblicuo. Envolvimiento. Lucha cuerpo a cuerpo en formaciones compactas. Algunas tropas en orden disperso.
V. Período Renacimiento. Siglo XV - 1740	Arte militar MODERNO. Se inicia el arte que ha llegado al presente.	Feudalismo. Religión. Formación de las nacionalidades.	Caballerías. Ejércitos regulares. Profesionales.	De Bla						
VI. Período Federiciano. 1740 1800	Arte militar MODERNO.	Prusia. Austria. Francia. Rusia, etc.	Ejércitos regulares. Profesionales.	De Blan						
VII. Período Napoleónico. 1800 1860	Arte militar MODERNO.	Francia. Europa.	Ejércitos regulares. *Leva en masa.*	De f Blanc						
VIII. Período Moltkeano. 1860 1900	Arte militar MODERNO.	Prusia. Austria. Francia. Dinamarca.	*Ejércitos regulares.* Movilización.	De f Blanc Explo						
IX. Período Moderno.	Arte militar MODERNO.	Mundial	Naciones en armas.	De fu Blanc Explo						